
ROSS ARMSTRONG
Ella te está observando.
Pero ¿quién la observa a ella?
ESCONDIDA
LOS IMPERDIBLES

Escondida

Ross Armstrong



Duomo ediciones
Barcelona, 2017

Índice

Escondida

7 días antes de que ocurra

Primera parte: La mirada

42 días antes de que ocurra

35 días antes de que ocurra

33 días antes de que ocurra

30 días antes de que ocurra

Segunda parte: La noche. Y el día que siguió

20 días antes de que ocurra.

19 días antes de que ocurra.

De vuelta a la noche de ayer

20 días antes de que ocurra.

19 días antes de que ocurra. 14:30

20 días antes de que ocurra.

Noche. 0:30

De noche. 03:00

19 días antes de que ocurra. 17:32

Tercera parte: La mujer del edificio Canadá

18 días antes de que ocurra. 10:00

16 días antes de que ocurra.

Cuarta parte: Una especie nueva

15 días antes de que ocurra. 02:02

15 días antes de que ocurra. 02:32

15 días antes de que ocurra.

15 días antes de que ocurra.

14 días antes de que ocurra. 19:00

Quinta parte: Pajareando

13 días antes de que ocurra. 08:30

12 días antes de que ocurra. 16:00

9 días antes de que ocurra

Sexta parte: Escondida en casa

Día 1: en resumen, no tengo nada

Día 2: Piso 11. Cortina subida. Vincent

Día 3: Piso 4. Alfred.

Día 4: bloqueo total

Día 5: las manos de Jonny
Hoy
9 días antes de que ocurra.
8 días antes que ocurra.
7 días antes de que ocurra.
7 días antes de que ocurra. Ahí fuera
Séptima parte: En el punto de mira
6 días antes de que ocurra.
6 días antes de que ocurra. Por la tarde
6 días antes de que ocurra.
5 días antes de que ocurra
4 días antes de que ocurra
2 días antes de que ocurra
1 día antes de que ocurra
1 día antes de que ocurra. 14:00
El día en que ocurre
Octava parte: La mujer del cuarto
El día en que ocurre. Por la tarde
El día en que ocurre. Por la noche
El día en que ocurre.
El día en que ocurre. Por la noche
28 de septiembre. 09:00
Novena parte: Tachando de la lista
28 de septiembre. 12:00.
28 de septiembre. 12:45. Nathan
28 de septiembre. 13:10. Sandra
28 de septiembre. 13:40. Thompson
28 de septiembre. 15:00. Mi salvador
28 de septiembre. 15:30
28 de septiembre. Por la tarde. 18:30
Décima parte: Las rarezas de Hastings
28 de septiembre. 19:15
28 de septiembre. 20:55
29 de septiembre. De madrugada
29 de septiembre. 06:35
29 de septiembre. 06:45

29 de septiembre. 06:55
29 de septiembre. 07:35. Amanecer
Undécima parte: Lista personal
1 de diciembre
Agradecimientos
Notas
Créditos

Para Catherine



7 días antes de que ocurra

Miro en su dirección. A unos cincuenta metros de distancia, tras una hoja de cristal, veo a una mujer de pie. Mirando hacia el embalse. Está en el bloque de enfrente. A él ya lo había visto antes en ese edificio, pero a ella no. A él lo he estado observando. Ella tiene más o menos la misma estatura y constitución que yo. Podría ser mi propio reflejo. Bueno, en realidad no podría serlo porque tiene la piel algo más oscura que yo. Tiene un aire… europeo. Se apoya con una mano, suavemente, en el marco del ventanal. Parece absorta en sus pensamientos. No, parece preocupada. Se mordisquea el labio inferior con los dientes. Se ha puesto carmín. Tiene el flequillo despeinado. Lleva un fino vestido azul, de estilo veraniego. Giro la rueda de enfoque de los prismáticos, para obtener una imagen más nítida. Las cejas, perfectamente depiladas, están fruncidas, en un gesto de contrariedad. El sol vespertino que se filtra por su ventana, orientada al norte, le ilumina a medias el rostro. Aunque tal vez no sea su ventana. Porque, yo desde luego, no había visto antes a esa mujer. Ahí. Con él. Lo cual me parece extraño.

Da un cauteloso paso hacia atrás. Un paso firme, felino. El sol retrocede ahora, le acaricia las facciones a modo de despedida. La penumbra de la habitación le oculta el rostro, como si fuera un manto, y la envuelve. Me cuesta más distinguir su expresión. Pero aún la veo. Está inmóvil. Atenta. Concentrada. Pensativa. Todos los músculos del rostro, hasta el último, tensos y preparados. En un gesto resuelto y decidido.

El tenue resplandor de la habitación aún la ilumina. Pero muy poco. Débilmente, muy débilmente. Tal vez sea el resplandor de una única lámpara. Parece una mujer fatal. Envuelta en sombras. Como en una película de 1954. Qué rápido se convierten todos en modelos ante mis ojos. Todos los que están tras las ventanas del edificio que tengo justo enfrente. Como si estuvieran posando para mí. Para una

sesión de fotografía. Qué bien actúan. Qué atractivos resultan. Casi como si lo supieran.

Sin pensar en lo que hago, simulo una pistola con la mano que tengo a un lado del cuerpo. La levanto. Muy despacio. Hasta apuntar directamente a la mujer. Si apretara el gatillo ahora, haría añicos el cristal de mi ventana y luego el suyo; la bala la alcanzaría justo entre las cejas, un par de centímetros por encima del puente de la nariz. Le reventaría el cráneo. Y caería al suelo.

Pam. Pam.

Ay, señor. Está mirando. Está mirando hacia aquí. Y me ha visto. Me ha pillado. Me tiene en la mira. Tensa las facciones. Pero lo que me sorprende es el cuerpo. No mueve ni un solo músculo. Yo tampoco. Estoy inmóvil, pero no paralizada. Estoy lista. Preparada. El codo apoyado en el alféizar. Con la mano izquierda sujeto los prismáticos. La derecha sigue simulando una pistola. Me mantengo firme por algún motivo. No me siento avergonzada.

Ella coge aire por la nariz. El pecho le sube un poco. A través de los prismáticos, la veo enfocar de nuevo la mirada. Las pupilas se le encogen una fracción de milímetro. Me mira fijamente.

Con un gesto premeditado, se lleva las manos al vestido y, sin apartar su mirada de la mía, se lo sube despacio para mostrarme el muslo derecho. Un moratón. Y justo encima, un poco más arriba, una quemadura. Me está observando fijamente. Ay, señor. Me está revelando algo. Sigue sujetando el vestido. Luego mira a su espalda. Ve algo. Deja caer el vestido. Tal vez no esté completamente sola. Aquí está todo tan silencioso.

Y entonces, a mi espalda, oigo el estruendo de las obras. Metal que se estrella contra el cemento. Tal vez el ruido ya estuviera ahí antes, tal vez lo haya sofocado yo misma. Con mi concentración. Siguen trabajando en los últimos edificios que quedan entre este bloque y el parque. Mientras la observo, prosigue el ruido de las máquinas y el estruendo de la bola de demolición. A mi espalda. *In crescendo* primero, para después descender inexorablemente. Un insistente zumbido. Como un muro de sonido, que sube y baja. Observo a la mujer y ella me observa a mí. Tal vez esté intentando decirme algo. ¿Está actuando? ¿Suplicándome? ¿Tratando de

comunicarme algo? De mujer a mujer. Curva las comisuras de los labios en una especie de sonrisa.

Bum. Bum. Bum. Bum.

La voy a llamar… Grace.

Como si hubiera aparecido por arte de magia, una mano la sujeta por la garganta y la arrastra hacia la oscuridad. El vestido revolotea y ella agita los brazos mientras alguien la arrastra fuera de mi campo de visión. Desaparece. Expulso el aliento, y sólo entonces me doy cuenta de que lo he estado conteniendo hasta ahora.

Suena mi teléfono fijo. Doy un respingo y me retuerzo el jersey con una mano. Reprimo el deseo de gritar. Suena cada vez más alto, como si se estuviera acercando. Dirigiéndose hacia mí.

Es extraño que suene mi teléfono. Porque nunca antes había sonado. No desde que me mudé aquí. Ni siquiera recuerdo haberlo conectado.

Riin, riin. Riin, riin.

Me retuerzo los vaqueros con las manos, pues necesito algo a lo que aferrarme mientras me armo de valor. Mientras me vuelvo y contemplo el teléfono.

Riin, riin. Riin, riin.

Es raro, ¿sabes? Porque nadie tiene el número. Nadie.

Ni siquiera tú.

Algo se estrella contra mi ventana. Caigo al suelo y apoyo la espalda en la sólida pared blanca. A salvo de miradas. Ahora respiro agitadamente. Estoy temblando. Se me ha erizado el vello de los brazos. Y noto el corazón desbocado en el pecho.

El cristal se ha resquebrajado. Ni siquiera me atrevo a volver la cabeza. Pero veo algo gracias a la visión periférica. Algo pegado a mi cristal ahora resquebrajado. No te vuelvas a mirar, me digo.

Pero veo algo. Por el rabillo del ojo.

No te vuelvas.

Veo algo. Que se está deslizando por el cristal. Muy despacio. De forma inquietante.

Respiro hondo por la nariz. Me muerdo la lengua con fuerza.

Me vuelvo. Y miro.

Primera parte:
La mirada



42 días antes de que ocurra

GC – *Passer domesticus* – Humedales – Buena vis, brisa ligera, 12 grados – Solo – 2 parches leucísticos, lista superciliar clara, vetas oscuras en lomo, hembra – 16 cm aprox. – Sociable, dominante.

Se me ocurrió enviarte a ti en particular mis descubrimientos. Porque estaba convencida de que tú, precisamente, lo entenderías. En los últimos tiempos no nos hemos visto mucho, claro, pero he estado pensando en ello y hay unas cuantas cosas que quisiera decir. Aunque tampoco me apetece exactamente decírtelas cara a cara. Ni por teléfono. Ni por Skype ni por ninguna otra plataforma de ésas.

No estoy tan ansiosa. No quiero una escena. No me muero por «soltarlo». De mujer a hombre.

Creía haberlo dejado todo muy claro. Haber expresado mi punto de vista. ¿Se dice punto de vista o de visión? Nunca lo he sabido. Sea lo que sea, creía haberlo expresado. Y pensaba que el tema había quedado zanjado. Para siempre. Entre tú y yo.

Pero ahora que lo pienso bien, hay unos cuantos temas más que me gustaría tocar. Explorar, por así decirlo. Sin tener que mirarte ni sentirme culpable o cohibida mientras hablo de ellos. Sin que me estés interrumpiendo todo el rato.

Seguramente, toda la culpa es mía. Lo sé. Sé que eso es lo que piensas. Sé que por eso crees que no hablamos. Pero escúchame, ¿vale? Quiero decir unas cuantas cosas y quiero que se me escuche. Eso es todo. Quiero un oído amigo, sin que me fulmines con la mirada. Sin que me juzgues.

¡Espero que todo esto no te suene demasiado serio! No pretendo que lo sea. De hecho, podría ser divertido. Podría ayudarte a recordar algunas cosas. Y tal vez escuches también cosas nuevas. Cosas que no sabes. He sentido la repentina necesidad de

contártelas. Se han producido muchos sucesos desde que tomé mi decisión…

Ya sé que mi sistema de notación no siempre es correcto, pero haz la vista gorda, ¿vale? Yo siempre lo he hecho así y sabes que me gusta hacer las cosas a mi manera. Y no te pongas en plan «tu manera de hacer las cosas» si te cuento algo que ya sabes; nunca es demasiado tarde para ponerse al día. No te estoy reprendiendo, siempre has tenido mucha paciencia conmigo. Siempre. Sólo necesito a alguien con quien hablar. Alguien que esté a cierta distancia, alguien con quien compartir mis descubrimientos y lo que siento, porque así tal vez podamos encontrarle sentido. Juntos. Necesito a alguien sensato. ¡Ya sé que no tienes formación como terapeuta! Pero antes hablábamos, cuando estábamos ahí fuera. Mira. Es que creo que me estoy metiendo en un lío.

No lo sé. Aiden cree que estoy atrapada en una rutina. Mentalmente. Eso es lo que dice. Mental y emocionalmente. Y económicamente. Y también en lo creativo y en lo profesional. Es bonito que te digan cosas así. Yo no le he preguntado nada; ha sido él quien se ha ofrecido a revelarme esa información. Así, por las buenas. No es que lo haya dicho para joderme, pero tampoco bromeaba. Y estoy casi convencida de que tiene razón.

Aiden me ha dicho todo eso esta tarde. Vaya, es un capullo muy listo, ¿verdad? Es como si pudiera ver dentro de mi cabeza. Ahora mismo me está observando con una media sonrisa, apoyado en la ventana. Está muy guapo, bañado en luz. Estamos los dos escribiendo en nuestras teclas de celuloide, el uno frente al otro. Una pareja moderna y alienada.

Él escribe con su portátil y yo con la vieja máquina de escribir de mamá. No sé si recuerdas el tipo de letra. La fuente. La encontré durante la mudanza y se me ocurrió que estaría bien volver a usarla. Soy un poco retro, ¿no? Me siento como la mujer de *Se ha escrito un crimen*. Lo malo es que no puedo equivocarme con este trasto, porque entonces tengo que usar típex y no me gusta nada el típex. Huele fatal. Así que escribo muy despacio. Y si digo algo de lo que luego me arrepiento… Bueno, pues ahí se queda.

Me lanza una mirada y sonríe con una expresión que quiere decir «prepárame un café con leche, anda», y yo lo haría, porque por algún motivo ahora siempre me toca a mí. Tenemos una máquina nueva y es como si viviéramos en una cafetería. He comprado sirope de avellana para darles un poco de carácter a nuestros sosos cafés con leche. Y virutas para espolvorear cortados y capuchinos. Al más puro estilo clase media. Somos hijos de Cameron, te escandalizarías si nos vieras.

No muevo ni un solo músculo. Si quiere café, que lo pida, como haría cualquier persona normal. Desvía de nuevo la mirada. Pero aunque ahora mira hacia abajo, sabe que lo estoy observando. Lo sé. La pantalla le ilumina el rostro. Su sonrisa es tan petulante que resulta casi diabólica. Con las piernas cruzadas, como yo, como si uno fuera el reflejo del otro. Está tratando de fastidiarme en silencio.

«Café, por favor, patito mío», dice su mirada.

Es capaz de producirme un cosquilleo sin apenas mover un músculo. De hacerme reír con su forma de sentarse o de arquear una ceja. Si se aclara la garganta, noto un codazo en las costillas. Si tararea en voz baja, para mí es como un cálido abrazo. Así de unidos estamos. Nos transmitimos nuestros sentimientos el uno al otro a través de vibraciones casi imperceptibles.

Ha descubierto una nueva forma de hacerme reír: poner una voz absurda que ha estado practicando. Siempre sé cuándo la va a utilizar. Lo veo pensar y luego, cuando está a punto de hablar, lo veo sonreír. Es como si pudiera ver a través de él. Ahora levanta la cabeza y me mira abiertamente. Vamos allá.

–Escribiendo tus cozitas, ¿eh? ¿Estás uzando tus celulitas grizes?

Sonrío, muy a pesar. Qué descarado es, el muy cabrón.

–Estaba penzando en esa marrquita marrón que tienes, encima del codo, en la parrte posterior del brazo.

Ha decidido que es hora de parar un rato, de mantener una de nuestras microconversaciones. Una discreta elipsis antes de que volvamos a sumergirnos en nuestros miedos y preocupaciones. Su sonrisa irónica me acaricia el rostro.

–¿Mi mancha de nacimiento?

–Zí. Tu lunar.

–Mi… peca.

–Tu mancha de té. Sí.

Ahora ha renunciado a la voz. Se ha puesto serio. O lo más serio que es capaz de ponerse, vamos.

–Estaba pensando en que es como un pequeño botón. Siempre lo he pensado. Y luego me he acordado de que una vez soñé que podía pulsar ese botón para hacerte perder la memoria. ¿Qué te parece?

Guardo silencio y cojo aire por la nariz mientras reflexiono sobre esa cuestión.

–Creo que eres un sujeto muy raro.

–Interesante que lo digas tú. Muy interesante –dice.

Asiente, entrecierra los ojos y me observa con una mirada maliciosa, como si fuera una especie de BudaYoda dispuesto a iluminarme con sus gilipolleces abstractas. Me acaricia un tobillo y luego se dispone a seguir trabajando.

–¿Lo hiciste? –digo.

–¿El qué? –dice él.

–¿Pulsaste el botón?

–Sólo era un sueño gracioso. Pensaba que te lo había contado.

–¡Lo pulsaste! Y ahora estás disimulando –digo, al tiempo que le lanzo un zapato.

Lo hago sólo para jugar, pero le doy en la cabeza con bastante fuerza.

–¡Ay! Por Dios. Ay, señor. El ojo. Creo que se me va a caer –dice.

Reacciona de forma exagerada para hacerme reír. Y, en cierto modo, lo consigue.

–Ay, señor. Dime qué pasó luego en ese lamentable sueño tuyo.

–No es un sueño lamentable. Es un sueño bonito –dice.

Tarareo en voz baja. Luego respiro ruidosamente. Lanzando entre ambos, como si estuviera en la bolera, una bola cargada de desdén.

–No es un sueño bonito, ¿verdad? No es agradable, ¿verdad? En realidad, es bastante horrible.

–Yo creo que «horrible» es un poco exagerado, terroncito mío –dice.

Es uno más en la larga y creativa lista de nombres cariñosos con los que suele dirigirse a mí. Y los usa precisamente porque no somos la clase de personas que los usan.

–Bueno, sólo lo decía porque es un sueño controlador, manipulador y veladamente sexista en el que soy básicamente una especie de muñeca con la que puedes jugar a tu antojo. Pero ahora que lo he dicho en voz alta, a lo mejor tienes razón, a lo mejor no es para tanto.

Frunce el ceño, con el gesto de quien está pensando. Guarda silencio. Luego me mira como si se dispusiera a zanjar esta conversación con un comentario absolutamente brillante. Algo que cause sensación.

–No permitas que los sueños de otra persona te controlen, Lily. Porque sólo tú eres dueña de tus sueños –murmura, en tono grave.

La habitación parece encogerse.

–Guau, qué pedazo de frase, Aid. Tendrías que ponerle de fondo la imagen de una puesta de sol y colgarla en Internet. A la gente le gustan esas chorradas.

–Tú ríete, Lil, pero tu reacción es de lo más elocuente. Te preocupas mucho por las implicaciones ocultas de lo que tú eres para los demás. Eres la dueña de tu destino y de tu…

–Vale, lo pillo. No te preocupes, estoy bien como estoy. Pero gracias por la psicología barata, papi.

Estoy molesta, pero pronto adopto un tono de coqueteo. Siempre acabo haciéndolo.

–De nada, te… rrorcito mío –dice.

Es como si absorbiera mis burlas. Ésa es una de las muchas cosas que me gustan de él: su discreción. Su delicadeza. Es modesto y terriblemente pedante al mismo tiempo. Y, en cierta manera, sigo sintiendo curiosidad por saber cómo lo consigue exactamente. Es todo un enigma. Una de esas cosas que hacen que una relación funcione. Se concentra de nuevo en su pantalla. Seis, ocho, diez golpecitos en el teclado.

–Ah, una cosa más. ¿Qué pasó cuando pulsaste el botón?

–Eh… Pues –murmura–. Ni idea. Nada más pulsarlo, me desperté.

Sin dar formalmente por terminada la conversación, Aiden dirige de nuevo la mirada a la pantalla de su ordenador. Se supone que debo dar por finalizado este callejón sin salida conversacional, pues cada uno regresa sin transición a su propio mundo. Luego me mira por encima de su portátil y me sonríe durante un segundo. Una sonrisa radiante. Una sonrisa que lo muestra tal cual es, sin careta. Luego se esconde de nuevo tras ella. Y reanuda el tecleo.

Mientras lo miro, veo los prismáticos a su lado. Me levanto y los cojo en un segundo para ver qué pesco por ahí. Me he fijado un máximo de dos sesiones de observación al día, porque no quiero obsesionarme. Ya me conoces. Y precisamente por eso te estoy escribiendo a ti. Porque tú me conoces, sabes cómo soy. Me apetece ver un pájaro más ahora que aún hay luz. Una paloma torcaz o un jilguero. Uno pequeñito. Ya sabes. Por pura diversión.



35 días antes de que ocurra

HC – *Cyanistes caeruleus* – Pastizales – Hora mágica, sol, en calma, 18 grad – Grupo de 10 – Pecho amarillo brillante, línea negra en pecho, macho – 12 cm más o menos – Inquieto, camina a saltitos, se lanza en picado sobre los áfidos.

Nunca he sido muy creativa, soy más bien persona de datos y números. Mi obra no será una gran pérdida para el mundo artístico. Soy la única persona, literalmente, incapaz de pintar. Ni un cuadro ni una pared, nada. Tal vez te parezca que no pasa nada, pero sí pasa. Cuando empecé a pintar el piso, Aiden me decía «brochazos largos y suaves» y yo lo intentaba, pero no me salía, así que terminó pintado él solo toda la habitación. Me dijo que me limitara «a observar y hacer comentarios graciosos para entretenerlo».

¿Quieres saber una cosa? Esto es creativo. ¡Toma ya, Aiden! Éste será mi proyecto, el que me ayudará a superar esta especie de bache. Puede que me suba un poco el ánimo, además de mantener ocupada mi cuadriculada cabeza.

Pero creo que lo que de verdad quiere saber es cuándo voy a ponerme de nuevo con mi libro. Lo sé porque hoy me lo ha dicho. Ha dicho:

–¿Cuándo te vas a poner de nuevo con tu libro?

Ante lo que he suspirado. Luego he pensado. Y luego he contestado.

–Aid, son muchos los sudorosos académicos que han escrito ensayos sobre Hitchcock, no creo que pueda aportar un carajo. No es más que un refrito. Un *remake* de un *remake*. Simple reproducción.

Él ha arqueado las cejas. Lo he sabido a pesar de no estar mirándolo en ese momento. Lo he intuido.

–Sí, desde luego, tienes toda la razón. Olvídate de tus sueños. Total, o sea, no es que no te hayan dicho que estudiar Cinematografía no hace ganar dinero a la peña, pequeña.

–Venga ya, Aid, no me vengas con chistes de padres. Mi padre se pasaba el día contándolos.

–¡No se necesita una carrera para trabajar en *Saturday Night Video*! –ha rugido.

–Ya estamos. ¡Gracias! –le he gritado yo.

Le he leído la mente. Siempre se la leo. Así de unidos estamos.

–Vale, entonces parece que te vas a dedicar para siempre a los estudios de mercado en el sector médico. Como plan, suena convincente. ¿Es ése tu plan?

–Créeme, ése nunca ha sido mi plan.

No, ni siquiera el orientador profesional más extravagante podría haberme llevado hasta ahí. A excepción de uno: el extravagante orientador profesional que es Londres, con sus cada vez más escasas oportunidades profesionales y sus exigencias económicas. Vete a la mierda, Londres. Volvería a Chesterfield de no ser porque me consta que eso me haría ponerle fin a todo. Hablo en serio. Volvería. Y sé que eso me haría ponerle fin a todo. Al menos, tal y como me siento ahora. Todo el mundo decía siempre que me parezco a mi madre. Espero no parecerme excesivamente a ella.

Salgo al balcón y dejo vagar la mirada más allá de los árboles, hacia una bandada de estorninos que revolotean en el azulado cielo vespertino y escenifican una especie de danza por encima del embalse. Intento fijarme bien cuando remontan el vuelo, con la esperanza de que la luz de la luna me permita ver mejor el plumaje. Luego, sin embargo, me concentro en la luna. Solíamos hacerlo de vez en cuando, ¿verdad? Es una noche despejada. Si se observa con la suficiente atención, hasta parece un sitio y todo, y no una simple estrella o lo que sea. Es de locos pensar que existen personas que han pisado esa enorme roca del cielo, ¿no? Vale, ya sé que suena a estupidez, pero es raro, ¿no? Luego, con gesto ausente, desplazo los prismáticos hasta el bloque de pisos que está a la derecha. Waterway, se llama. Todos los bloques tienen esos serenos nombres

del «mundo natural»,[*] como si así quisieran convencernos de que no vivimos en una especie de palomar al norte de Londres y trabajamos en los nuevos medios. Hasta tenemos un conserje. No me preguntes qué hace, pero viste uniforme. No creo que se encargue de reservar restaurante para la cena, como hacen los conserjes de los hoteles neoyorquinos en las pelis. Creo que se limita a firmar cuando llega el correo y a mediar en «discusiones por el aparcamiento». Cosa que sucede muy a menudo. Sí, es esa clase de edificio.

Veo una luz encendida en el ático. Siempre me he preguntado qué dimensiones tendrá. Sigo de pie, observando. Observo las cortinas de Habitat, que justamente vi en la tienda la semana pasada. No parecen demasiado pijas. Luego observo la mecedora que tiene en el balcón: ésa sí que parece cara. Y entonces lo veo a él. Lo observo. Ahí está. El tipo del ático de un millón de libras. Tampoco es que sea un tío imponente. De hecho, ahora mismo me parece bastante rarito. ¿Qué está haciendo? Observo con más atención. Analizo.

Le sube la espalda. Sube y baja. Cubierta por una fina capa reluciente. Va en calzoncillos. Este (sudoroso) tipo rubio, de estatura normal, con auténticos músculos abdominales que veo vagamente en un reflejo, está haciendo sentadillas con mancuernas en las manos. Me da la espalda. No tiene ni idea de que estoy aquí. Viendo todo lo que hace. Y él, en calzoncillos.

Tiene un aspecto ridículo, de auténtico cliché. Gira mecánicamente a la derecha, noventa grados, y le veo la cara de perfil, roja y húmeda de sudor. Está apretando todos los músculos del rostro: qué aspecto tan raro, qué ridículo. Ahora que oigo la música *trip hop* de los NOVENTA, que Aiden está escuchando en nuestra habitación, parece un clip musical. Sube y baja mecánicamente, como si siguiera el ritmo de la música. Es para partirse de risa: ¿no tiene vergüenza? Qué movimientos tan curiosos, qué extraños saltitos. Qué poca vergüenza manifiesta en su hábitat natural. ¿Es que no se da cuenta de que los demás pueden verlo? Si miran con atención.

Y justo entonces se pone de pie, se vuelve y mira directamente hacia mí. Sin pensar, me agacho y me echo a reír como una colegiala. Me oculto para que no me vea. Desaparezco en un segundo. Echo un vistazo de nuevo, sé que no me ve. Creo que ha decidido que su mente le ha jugado una mala pasada. Ha creído ver algo –a mí, con mis prismáticos–, pero luego ha decidido que todo ha sido cosa de su imaginación… No, se ha arriesgado a salir, enseñando medio culo. Está en el balcón. Me está buscando, pero yo estoy detrás de una silla de jardín, de madera, escondida como una cría. No puede verme. Estoy a salvo. Escondida en el observatorio.

–¿Qué coño haces? –grita Aiden desde dentro.



33 días antes de que ocurra

Pinzón – *Fringilla coelebs* – Humedales – Pecho marrón rojizo, hembra – Grupo de 8 – Gorjea, pero parece triste – 16 grad, llovizna – 15 cm.

Mierda. Me he metido en un lío. Después de pescarme espiando, Aiden me dijo que fuera al dormitorio y me habló en tono grave.

–Acabamos de comprar aquí nuestro primer piso, Lily, estamos fingiendo ser una pareja valiente… y adulta…, y a ti no se te ocurre nada mejor que observar como una pervertida a ese Jeremy…

–¿Podemos llamarlo Gregory?

–A ése…, vale, Gregory… Gregory el contable, mientras él te grita vestido sólo con sus ceñidos calzoncillos y la mujer que vive debajo sale corriendo al balcón justo a tiempo de verte entrar de nuevo en casa a cuatro patas…

Pero me doy cuenta de que está sonriendo todo el tiempo. Una discreta sonrisa en la comisura de los labios, que me indica que aún me quiere. Que en realidad no pasa nada. Esa sonrisita cómplice de la que me enamoré. Seguida de una discreto resoplido y una risita. Sigue estando ahí: el hombre del que me enamoré.

Ya sé que parece horrible, pero en realidad fue divertido. Es asombroso lo que las personas son capaces de hacer cuando creen que no las ve nadie. No me refiero a lo de hacer sentadillas en calzoncillos, eso lo puedo entender, sino a la mirada. A esa expresión de su rostro que únicamente debe de usar cuando cree estar solo.

Es como las aves. Pero las aves saben que las observan, en cierta manera es como si estuvieran preparadas; son «exhibicionistas natas». Eso es lo que solíamos decir. Pero los humanos son increíbles. Son unos seres vivos sorprendentes que hacen cosas asombrosas y ponen caras asombrosas. No voy a decir que espiar a

los demás sea la solución para todos los males, pero sí debo admitir que tiene algo. Algo especial. Algo emocionante.

Creo que hemos llegado aquí justo a tiempo, ¿sabes? Toda esta zona se está revitalizando, es un proyecto que durará veinticinco años. Y, sí, ya sé que revitalización no es más que otra forma de hablar de gentrificación; y no, no creo que sea horrible, esta zona es muy agradable, es muy bonita. Y nos costó mucho ahorrar el dinero, así que nos merecemos vivir aquí.

Pero lo siento mucho por las personas que vivían en el edificio Canadá. Algunas de esas personas llevaban allí treinta y cinco años y ahora se ven de patitas en la calle. Medio bloque está ya tapiado. Los pocos que aún quedan están esperando a que les den también la patada. Se habla de «realojarlos», pero quién sabe. Se cuentan historias de familias que se ven obligadas a pagar un alquiler que no pueden permitirse en un edificio nuevo. Se cuentan historias de gente que se ve obligada a vivir en la calle. O, peor aún, de familias a las que trasladan a Birmingham. Vale, es una broma, ya sé que tú naciste en Birmingham. Fui una vez a una conferencia en uno de los centros de exposiciones y estuvo bien. O sea, agradable, fue agradable. Sí, ya sé que se bebe más champán por kilómetro cuadrado que en cualquier otra parte de Gran Bretaña, así que deben de estar siempre celebrando algo. Sí, ya lo sé. Y tienen más canales que en Venecia. Aunque siempre he pensado que lo que a la gente le gustaba de Venecia era la belleza del paisaje y no los datos estadísticos sobre la longitud de los canales, pero en fin. Total, que aquí es todo muy bonito, estoy segura de que te gustaría. Lo triste es pensar en todas esas personas que se han criado aquí y que no pueden quedarse.

En un periódico leía la siguiente cita:

«… los inquilinos de los bloques de nueva construcción, al otro lado de la calle, tienden a evitar a los inquilinos de las antiguas viviendas sociales…».

Si eso es cierto, es espantoso. Estoy convencida de que no es verdad. Quiero decir, hoy mismo, nada más salir del metro, he cruzado a la acera de los bloques nuevos, pero sólo porque rocían con cañones de agua el lado de las obras, para dispersar el polvo o

no sé qué. No quería ensuciarme con el barro y el polvo de las casas viejas. Se pega a la cara y al pelo. No quiero quedar cubierta por lo que queda de los hogares de esa pobre gente. Y digo pobre gente, no gente pobre. Pobre en el sentido de que atraviesan una situación difícil, no en el sentido económico. En serio. Me siento fatal.

Pero si menciono todo eso es sólo porque justo cuando cruzaba a la otra acera… Es horrible. Justo cuando cruzaba a la otra acera he mirado hacia arriba y entonces la he visto. La he mirado directamente a los ojos. Jean. La habían puesto como ejemplo en el *Guardian*. Ella es quien pronunció la frase citada en la prensa. Se publicó una foto de ella junto a un largo artículo en el que decía que se siente «como si estuviera haciendo cola para la guillotina, viendo cómo van derribando una casa tras otra a mi alrededor. Viendo cómo las obras se van acercando cada vez más. Esperando el momento de que me echen a la calle a mí también. Es como una condena a muerte».

Es horrible. En serio. Pero… ¿qué quería ella que hiciera yo al salir del metro? ¿Quedarme en su lado de la calle, bajo una lluvia de polvo y barro, para poder ir a darle un abrazo o algo así? Porque, en realidad, eso es más o menos lo que tengo pensado hacer ahora.

No puedo contárselo a Aiden porque se preocuparía por los rumores que corren sobre lo que está pasando y por la clase de personas que, según nos han dicho, merodean de noche cerca de esos pisos. Estoy segura de que no son más que exageraciones. La he visto. La he visto entrar en su casa. La he visto y he pensado: «Ahora ya lo sé». Así que en cuanto me sienta preparada, iré a verla. Iré a verla y le pediré disculpas. Por haber cruzado la calle. Por todo. Quiero ver cómo es. Qué aspecto tiene. Será interesante. A lo mejor hasta le llevo un poco de sopa. ¿Le parecerá demasiado condescendiente? A la gente le suele gustar la sopa, ¿no? A lo mejor nos hacemos amigas.

Hoy, mientras cruzaba las viviendas sociales, he visto toscamente pegado a una farola el cartel de una persona desaparecida. Una chica de la zona ha desaparecido. Como por arte de magia, al parecer. No se lo voy a contar a Aiden. La gente desaparece

constantemente. Pero él se preocupa por esa clase de cosas. Se preocupa de verdad.

Una última cosa. Cuando leas esto, no puedes hablar absolutamente con nadie sobre lo que aquí te cuento. Ni con Aiden ni con nadie. Es más, sobre todo con Aiden. Si alguna vez cambio de idea acerca de verte. Si decido que iremos a verte o que vengas tú a visitarnos. Si eso llega a ocurrir alguna vez. No puedes decir ni una sola palabra de todo esto.

Que sea siempre algo entre nosotros. Sólo nosotros. Tú y yo. Para siempre. Como lo de los pájaros. ¿Vale? Hablo en serio. Pase lo que pase. Por viejo y senil que estés.

Recuérdalo.

Me suena el teléfono. Bip, bip. Y los dos sabemos quién me está enviando un mensaje. Y los dos sabemos qué dice el mensaje. Pero no. No, gracias.

Aún no estoy preparada para hablar.



30 días antes de que ocurra

PMB – Tippi y Janet – Waterway – Rubia y pelirroja – Grupo de dos – Relajadas, femeninas, serenas – 19 grad, al amparo de la noche, brisa ligera – Las dos 1,65 aprox.

Apago la luz. Prismáticos en mano. Aiden se está tomando una cerveza y se ríe porque todo esto le parece absurdo. Yo estaba observando la luna con los prismáticos. Bebiendo un poco de vino. Él finalmente se ha dado cuenta de lo que yo estaba haciendo, pero ha creído que se trataba de algo más siniestro. No sé exactamente qué. Observando otra vez a Gregory como una pervertida. Pero ahora sabe que puede participar, que es algo muy tonto y divertido. Le encanta. Hasta le apetece, en realidad. Se ha convertido en una especie de juego. Muy divertido.

Bajamos la cortina y dejamos sólo una estrecha franja en la parte inferior, para poder mirar. Nos aseguramos de que todas las luces estén apagadas y yo se lo explico todo muy despacio. Te encantaría. Es como estar otra vez escondidos en el observatorio, pero mejor. Apoyo los codos sobre una revista y miro, girando la rueda de enfoque y buscando alguna luz en el bloque Waterway. Paso por delante de un par de pisos a oscuras, seguramente propiedad de inversores extranjeros. Hay muchos pisos vacíos por aquí. Y entonces lo veo. Un piso iluminado como si fuera un árbol de Navidad. Una pareja. Dale que te pego. No me refiero a sexo. Sólo dale que te pego. Viviendo. Se ve la habitación entera.

–Vale, coge el cuaderno. El que te compré en la tienda japonesa. Venga. ¿Qué ves?

–¿Apartamentos Waterway? –se limita a decir.

–Bien, eso es el hábitat. Traza ocho columnas y escribe «Waterway» en el tercer espacio. ¿Qué más?

–Parecen muy modernas, son perfectas, como si estuvieran en bañador. A lo mejor trabajan de…

–Para el carro, vaquero. Cíñete a los hechos para completar las columnas. ¿Cuántas ves?

–Vale, Lil… Son dos. Una rubia y la otra pelirroja.

–¡Bien! ¡Grupo de dos! Pon eso en la quinta columna, y el color del plumaje, rubio y pelirrojo, en la cuarta. No sabemos sus nombres, así que ya inventaremos algo más tarde para la columna dos. En la séptima columna escribiremos una breve descripción del tiempo. Algo sobre el comportamiento en la sexta, y, en la última, la estatura aproximada. A mí eso se me da bien, así que propongo metro sesenta y cinco en ambos casos. Es un don que tengo. Con el tiempo, irás mejorando. Es el truco que uso para ligar, ¿no te lo he contado nunca? Por lo general, acierto hasta en las pulgadas.

–Centímetros –sonríe. Le encanta corregirme. Le encanta tener el control–. ¿Ez ezte el método de tu padrre? Háblame de tu padrre –dice.

Lo observo, quizá más tiempo del necesario.

–Es mi método. Sigamos. Para la primera columna, voy a decir… PMB. ¿Qué crees que sig…?

–Pareja… de mujeres… blancas.

–¡Muy bien! Muy. Bien. Y ahora…

Una pareja de lesbianas. ¡Es una pareja de lesbianas! ¡Qué interesante! Bueno, no el sentido de que sea raro y eso. Es sólo que no tengo amigas lesbianas y me gustaría mucho. Si me lo hubieran pedido, yo habría votado a favor del matrimonio gay. Sin dudarlo. Habría ido a pedir el voto puerta a puerta. Bueno, de haber vivido en Irlanda y eso. Escuché un *podcast* de personas que iban puerta por puerta, intentando hacer cambiar de opinión a los votantes. Sonaba muy guay. La mar de fácil.

Míralas. Podríamos ser amigas. Juntas podríamos organizar almuerzos para lesbianas. O montar un grupo de lectura para lesbianas. Me encantaría tener un grupo de lectura para lesbianas. Y ahora ya conozco a un par de lesbianas.

–Tienen un globo que se ilumina. Tienen un tocadiscos. Tienen una pera de boxeo. Con pedestal. Tienen una… librería de madera de roble. Tienen bolas de luz azules. Tienen una tostadora Dualit, ¡como nosotros! Oh, se han dejado fuera la mantequilla Country

Life. A lo mejor es porque una de las dos cree que quizá les apetezca una tostada en un futuro no muy lejano. Tienen cojines de Heal's… Y no son de los baratos, los he visto en Internet. Tienen un helecho muy alto en el ángulo donde por fuera se unen las ventanas. Tienen una orquídea rosa. Tienen un botellero con capacidad para doce botellas de vino. Tienen varias botellas vacías, listas para reciclar. Tienen una bici en un rincón, aunque abajo hay soporte para aparcar bicicletas. ¡Oh, es una Brompton! De las plegables. Tienen un marco de estilo chino con una copia del cartel original de *Las noches de Cabiria*, la peli de Fellini, y creo que…, sí… ¡es una edición limitada!

–¿Cómo crees que lo hacen? –dice.

–¿El qué? ¿Tener la casa tan ordenada? Pues supongo que cada una hace sus tareas.

–No, el sexo. El tema del… sexo entre dos mujeres.

–Pues viene a ser lo mismo. Pero con dos cosas iguales en lugar de una de cada.

–Ya, pero…

–Ay, señor, ¿es que te has criado entre algodones? Utiliza la imaginación. Bueno, no. Mejor no lo hagas. Me estás estropeando la diversión.

De vez en cuando, no le va mal una regañina.

–Quiero decir… ¿Crees que son de esas parejas que se ponen el pijama en cuanto llegan a casa? ¿O crees más bien que, no sé, la rubia por ejemplo coge en un arrebato a la pelirroja, la tumba sobre esa mesa de madera y… le echa un polvo?

–La verdad es que yo diría que no, porque la están barnizando. Aún no han terminado.

–¿Cómo lo sabes?

–Por la diferencia de color en la madera. Fíjate, uno de los extremos está cubierto con papel de periódico. Y al lado del fregadero hay varios pinceles en una jarra de cristal.

–Joder. Esto se te da muy bien.

–Y ahora que lo pienso, a esas dos ya las he visto antes.

–¿Dónde?

Me sostiene la mirada.

Yo la desvío.

Mierda.

–Guau. Estás… chiflada.

–No me digas eso. No es agradable –digo, en tono despreocupado pero firme.

¡Zuum! Un avión pasa a toda velocidad por encima de nuestras cabezas. En esta zona vuelan muy bajo. Da la sensación de que cada vez vuelan más bajo. Las mujeres miran hacia el cielo. Les veo el cuello pálido, la piel blanquísima. Janet le acaricia el pelo a Tippi. Lo lleva teñido. Ese color tiene que ser teñido.

Oímos pasos lentos y pesados en el pasillo. Guardamos silencio e intercambiamos esa risueña mirada de complicidad.

–Oh, oh. Dirría que el vecino de al lado ha llegado a caza –dice Aid, con un centelleo en la mira.

Dentro de poco, te hablaré del hombre que vive en el piso de al lado.

Segunda parte:
La noche. Y el día que siguió



20 días antes de que ocurra.
Noche. 22:00

HB – Cary – Parkway – Moreno – Solo – Pensativo – 21 grad, al amparo de la noche, ventoso – 1,78 cm.

Cary lleva su camiseta bretona preferida. Hace poco que se ha hecho uno de esos modernos cortes de pelo. Largo y liso por arriba, afeitado a los lados. Es el corte de pelo que llevaría el De Niro de *Taxi Driver* si se convirtiera en el tercer miembro de Wham! Seguro que trabaja en Shoreditch; allí es normal un corte de pelo de ese estilo. Ha completado su *look* con un fular rojo. Bastante arriesgado. Tengo la sensación de que ha tardado bastante en reunir el coraje necesario para vestirse así y, curiosamente, no le queda mal. Va bailando por la casa, seguramente al ritmo de algún tipo de música electrónica. Me gustaría saber de qué grupo o DJ se trata. Ojalá pudiera escucharlo. Para hacerme una idea más clara de todo el asunto.

Llegan sus colegas y se saludan levantando el puño cerrado, en un gesto claramente irónico. Lo más probable es que tengan pensando salir. «Colega 1» lleva una camiseta de Hot Chip. Uno de ellos desaparece y regresa al poco pellizcándose la nariz. Luego van desapareciendo los demás, uno tras otro, y hacen lo mismo. Empiezan a jugar a la Wii y parece que el juego es muy competitivo. Uno de ellos se pasa la lengua por los dientes mientras lanza el mando hacia delante y se le escapa. Se estrella contra la ventana. ¡La cosa se anima!

Todos se echan a reír, pero a Cary no le parece divertido. Seguramente sólo es copropietario del piso, como parte del sistema de propiedad compartida. No es un apartamento tan pijo como los pisos del bloque Waterway, pero es bonito, está en la misma planta que nosotros. Sabe que el cristal de la ventana no está roto ni rajado, pero les está diciendo:

«Eh, tío, cuidado, que estos cristales cuestan una fortuna».

Sí, creo que eso es lo que ha dicho. Y tiene razón, seguro que cuestan una fortuna. Cambiarlos no ha de ser nada barato. Le parece que ha quedado una marca. Hay una marca. Tiene un trapo en la mano. Oh, ya casi la ha quitado. Vale. No era una marca de verdad.

–¿Qué tal va la mesa de Tippi? –pregunta Aid, sin levantar la mirada.

–No del todo mal, creo. Hace una hora, parecía casi acabada, lista para empezar a secarse.

–¿Crees que la han lijado antes de barnizarla? Yo también podría hacer algo así, ¿no?

Él nunca podría hacer nada así. Ya no. Si prácticamente no sale de casa.

–Supongo que sí, Aid. Supongo que ya lo han hecho antes con otras mesas, colega –digo, con mi falsa voz de chica de clase media-alta urbana.

–Ah, ya lo suponía, nena. Supongo que en realidad las venden a través de Internet. Eso es lo que supongo. Nena.

Le encanta que hablemos así.

–Ah, sí, eso es justo lo que yo supongo. Será una mesa reciclada. De algún almacén de la periferia, de algún sitio del que jamás has oído hablar, colega.

–Ah, sí, colega. Supongo que Tippi y Janet pasan mucho tiempo en el almacén de reciclaje. Hay tantas cosas que uno puede… eh…, eh…

–¿Reciclar, nena?

–Exacto, colega, eso es.

No tengo muy claro de quién nos estamos burlando. De todo el mundo, supongo. Y de nosotros mismos.

¡Madre mía! Oh, no. Cary. Pobrecillo. Pobre modernillo ambicioso, estás sangrando. Qué dolor.

Apenas superado el incidente del trapo, se ha producido un nuevo escándalo. Lo he visto perfectamente. Lo he visto incluso antes que ellos. Los chicos, demasiado eufóricos, estaban haciendo el tonto con la Wii. Y Cary estaba demasiado cerca de la acción.

«Aquí alguien se va a hacer daño», he pensado. Y ¡pam! Le han dado con un mando en toda la cara.

Está sangrando mucho. Del labio superior. El que va peinado estilo mohicano está buscando algo, puede que hielo. Mientras, «Colega 1», que aún tiene en la mano el mando salpicado de sangre, se deshace en disculpas sin dejar de caminar de un lado a otro.

Llamaría a una ambulancia, pero no creo que me corresponda a mí hacerlo. Podría suscitar una serie de preguntas. Por ejemplo: «¿Quién coño ha llamado a la ambulancia?». O bien: «Eh, tío, ¿es que uno de nosotros está enviando mensajes a las ondas sin ni siquiera saberlo? ¿Con telepatía o algo así? ¿O con algún otro sistema silencioso de transmisión humana que ni siquiera conocemos?». Y: «Eh, joder, ¿quién es esa mujer que nos está observando con unos prismáticos desde allí?».

De todas formas, creo que llamar a una ambulancia sería un poco exagerado. Estoy segura de que dejará de sangrar enseguida. Aun así, me gustaría poder ayudar de algún modo. Iría yo misma a echarle un vistazo si fuera médico. Pero no lo soy. No. No soy médico.

–Estás obsesionada –murmura Aiden.

–No, no lo estoy. La gente siempre dice esas cosas sobre las mujeres. Está loca, está chiflada, está obsesionada. Y que lo digas precisamente tú, que escribes sobre mujeres buenas.

–Yo creo que escribo sobre la gente en general. O eso espero. Pero tienes razón. Lo siento. No volveré a decirlo. Es una estupidez.

–Sólo estoy interesada.

–Sí, y se te da muy bien. Seguramente, tiene que ver con tu pasado como «ávida aficionada a los pájarros». Cacho friqui.

–Nunca he sido una aficionada a los pájaros.

–¿Qué? Pues claro que sí. Me lo dijiste en nuestra primera cita.

–Te aseguro que yo jamás he dicho eso. Permíteme que te ilustre. «Aficionados a los pájaros»: van al parque del barrio, con unos prismáticos normalitos, y toman nota de todas las aves que ven en la zona. «Pajareros»: pueden desplazarse a otros países, ya sea por placer o por trabajo…

–¿Por trabajo? ¿Quién les paga por hacer eso?

–… o a donde sea, con el objetivo de ampliar su lista personal de especies avistadas. Existen unas diez mil especies de aves, pero ni siquiera el ornitólogo más entregado conseguirá avistar más de siete mil a lo largo de su vida. Bueno, luego están los que van a «pajarear»: suelen ir a puntos y observatorios concretos para avistar aves durante una tarde. También suelen llevar un registro o lista de lo que ven, como los pajareros. Y, por último, están los *twitchers*…

–¡Ah, los *twitchers*! –se burla.

–*Twitchers*: se concentran en algún ave poco común y viajan sólo para poder avistarla.

–Ah, vale. ¿Y tú a qué categoría perteneces? –dice.

–Bueno, no me considero una *twitcher*. Para tu información, amigo mío, uno de los más célebres *twitchers* fue Howard Medhurst, personaje de carácter especialmente inquieto.*

–Como tú. Tú también eres muy inquieta. Sí, entonces tú también eres una *twitcher*.

–No es verdad, yo no soy inquieta, no soy…

–Sí, mira, si hasta tienes un tic. Es como un parpadeo largo, y la mejilla también te tiembla un poco –dice sonriendo.

Qué descarado es el muy cabrón… Se cree que me ha ofendido.

–¿En serio? Pues yo nunca…, nunca me he fijado.

–Fien, perro lo hazez –dice mi psicoanalista austriaco.

Entrecierra los ojos y adopta un tono de voz algo más siniestro. Sonríe, en un gesto que está entre el de alguien preocupado y el de un depredador que me acecha. Y luego vuelve a hablar, entusiasmado.

–Entonces, zupongo que la verdaderra pregunta ez… ¿qué ez lo que esperras?

Alguien llama a la puerta. Me he librado del interrogatorio. Voy a abrir. Aiden se queda allí sentado, sin que se le ocurra siquiera la idea de levantarse para ir a abrir. Se queda sentado sin hacer nada, como el plancton, igual que siempre.

–¿Doctora Gullick?

Aiden se pone en pie de un salto, entusiasmado, y se coloca en un lugar desde el cual él pueda verme a mí y, sin embargo, la mujer que está en la puerta no pueda verlo a él. Me observa de arriba abajo, boquiabierto y sorprendido.

–Sí, yo misma –digo.

–¿Podría usted ayudarme? Se trata de una emergencia –dice.

–Sí, sí, claro –digo, al tiempo que trago con dificultad y voy en busca de mi neceser de cuero negro.

Vamos allá.

Ya te lo he dicho. No soy médica. Como muy bien sabes. Pero estas cosas me ocurren de vez en cuando.



19 días antes de que ocurra.
11:00. En el trabajo

HB – Phil – Escritorio junto a la puerta – Pelo castaño – Muy solo – Abierto, cordial, quizá demasiado simpático – Aire acondicionado estropeado, bochorno, temperatura sin determinar – 1,80 cm.

En cada rincón de la sala hay un alto helecho en una sencilla maceta de cerámica blanca, ya sabes a cuáles me refiero. Varios plátanos, medio negros, amontonados en un frutero esmaltado. Y la gente ha empezado a sentarse en una postura que está a medio camino entre «montar en biciclo» y «arrodillarse mientras te apuntan con una pistola». Dicen que va bien para la espalda, pero lo que se gana en postura se pierde en dignidad, estoy segura. No hay nada como el hogar. Y, desde luego, esto no se parece en nada a un hogar. Dicen que dentro de veinte años todo el mundo trabajará desde casa. Que nos comunicaremos con compañeros de trabajo y clientes única y exclusivamente a través de Internet y que las empresas ahorrarán miles de millones al prescindir de las oficinas. No veo el momento de que así sea.

Apago el teléfono porque hoy ha estado sonando otra vez. No quiero que me interrumpa ahora. Hasta tenía un mensaje de voz. Y los dos sabemos quién ha estado llamando. ¿Verdad? Pero no. Aún no estoy preparada para hablar. ¿Lo pillas? Cuando estoy en el trabajo, me paso el día entero hablando por teléfono. Con personas que están en países muy lejanos. Con personas a las que no conozco. Ni me apetece conocer. Más o menos, la cosa va así:

«¿Puedo preguntarle qué le ha parecido la distribución de los asientos durante el congreso?».

«¿Cree que las zonas de descanso disponían de suficientes asientos?».

«Interesante. ¿Qué clase de asientos le gustaría encontrar en el congreso del próximo año?».

«De acuerdo. De acuerdo. Ajá. Bien. ¿Ha…? Ja, ja. Desde luego. Bueno, la verdad es que… desde luego».

¿Has oído alguna vez los rumores sobre la temperatura en los despachos? ¿Que durante el verano, en el caso de que se estropee el aire acondicionado, se puede apelar a una antigua ley? La cual, según parece, es más fácil de ejecutar si las ventanas no se abren. Al parecer, aquí les preocupa la posibilidad de que, en el caso de abrir las ventanas, todo el mundo decidiera espontáneamente saltar. Es decir, que optaran por la dulce liberación que supone la muerte antes que llenar la enésima hoja de cálculo.

Ese rumor. Sobre esa ley. Que afirma que si alguien es lo bastante atrevido como para medir la temperatura oficial con un termómetro autorizado. Y que si el mercurio del interior llega al número mágico. Nos vamos todos a casita y cobramos la nómina entera. ¿Sí? ¿Has oído hablar de esa ley? Bueno, al parecer no es más que una gilipollez. Estoy tan cansada después de todo lo que ocurrió anoche. Lo único que quiero es dormir.

Ya sé que ese rumor es una gilipollez. Porque Phil, que tiene la mesa al lado de la puerta, ha intentado hace un momento acogerse a esa ley medieval. Ha utilizado un termómetro que casualmente guarda en el cajón de su mesa. Sí, es de esas personas. Luego ha ido a contarle lo que ha descubierto a nuestra gerente de línea. Y lo ha hecho sólo porque yo se lo he pedido. Es la única persona con la que hablo. El único tío del despacho que me parece mínimamente interesante. El único, ahora que a Lena y a Rob los han ascendido, que da muestras de tener personalidad.

En un momento de desesperación, le envié una llamada de socorro a través de Skype. Fue un momento hermoso. Sucedió más o menos así:

Gull1978: Sácame de aquí.

KentishPhil: ¿Por qué?

Gull1978: Estoy sudando. Hasta mi sudor suda. Estoy aquí sentada y es como si estuviera en una bañera.

KentishPhil: Una imagen muy gráfica. Pareces cansada.

Gull1978: Gracias. Esta noche no he dormido. Otra vez.

KentishPhil: Lo entiendo.

Gull1978: ¡Que me saques de aquí! ¡En serio!

KentishPhil: Vale. Tengo un plan.

Y entonces lo ha intentado. Ha cogido su termómetro. Ha medido la temperatura. Y entonces, con mucha habilidad y encanto, ha acudido a Deborah con su hallazgo, en un valiente intento de sacarnos a todos de aquí. Deborah se ha echado a reír y ha dicho:

–Menuda cosa. Te aseguro que nunca he oído hablar de esa ley. Siento mucho decepcionaros a todos.

Nos hemos echado a reír, aunque por dentro nos hervía la sangre. Deborah le ha dado unos golpecitos en el hombro. Y luego le ha preguntado si puede entregar el jueves el informe del viernes.

«Si tuviera que organizar un congreso perfecto para cardiólogos, ¿cómo sería?».

«Bueno, diga lo primero que se le ocurra».

«¿En serio?».

«Muchos más lavabos. De acuerdo».

«Hoteles más cerca del centro de congresos, bien».

«¿Perritos calientes gratuitos? Vale. Ja, ja. Muy gracioso. Cierto, nunca se sabe».

«¿Y qué tal un tobogán de agua? No, lo digo en broma».

«Sí, ya sé que sería inapropiado».

«Sí, ya sé que las enfermedades cardíacas son la primera causa de muerte en Gran Bretaña».

«Sí, ya lo sé».

«Lo siento».

Desde la ventana, veo pasar un avión que podría dirigirse a cualquier sitio. El cielo es intensamente azul. El avión lo surca a una velocidad asombrosa. En su interior, todo el mundo dispone de un cómodo asiento y de alguien que le sirve un café y una comida lo bastante decente. Se dirigen a Barbados, a Tenerife, a Ibiza, a Honduras, a la Toscana, a Agadir o a Cefalonia.

Pienso de nuevo en el cartel de esa persona desaparecida. De vez en cuando, se me aparece en la mente.

Me contemplo las zapatillas deportivas. Siguen manchadas de sangre, después de lo de anoche.

De vuelta
a la noche de ayer



20 días antes de que ocurra.
(Dra. Lily Gullick). 23:00

MB – Yo, Lily – En un apartamento, de noche – Pelo castaño claro – Casada, pero completamente sola – En el espejo – Podría ser doctora, en otra vida – 1,70 cm.

Para abreviar, a veces nos falla la conexión a Internet. Al final, hemos tenido que llamar nosotros a un técnico porque nuestra compañía tarda muchísimo en enviarnos a alguien para que solucione el problema. Nuestro técnico dice que no hay bastantes tomas en el bloque para todo el mundo. Así que, de vez en cuando, el técnico de Internet de algún otro vecino cambia las tomas y desenchufa una al azar, de manera que quien sea que le está pagando disponga ese día de una toma libre.

Es como aquello de tres había en la cama y el pequeño dijo dad la vuelta, dad la vuelta, así que dieron la vuelta y uno se cayó. Bueno, puede que no sea una buena analogía. Hay veintidós pisos en el bloque y veintiuna tomas de teléfono, así que es como el juego de las sillas, vamos a decirlo así. Siempre hay alguien en el edificio que, en un momento dado, no tiene teléfono ni conexión a Internet. Y tampoco tenemos cobertura de telefonía móvil porque, según parece, estamos demasiado cerca del agua. Se ve que no pueden instalar un repetidor por esta zona. Por tanto, no queda más remedio que aumentar la señal utilizando una aplicación y la conexión a la Red. O sea, que si no tienes Internet, en realidad no tienes nada. Estás colgado.

Volviendo a nuestro técnico, simpático técnico este Dexter. Grandote técnico. Se le ha ocurrido la idea de poner una pegatina en nuestro puerto que dice «médico de guardia». Según él, ya lo ha hecho antes. Y funciona.

La primera vez que alguien llamó a la puerta fue hace cuatro meses, a las cuatro de la madrugada.

–Por favor, el conserje me ha dicho que en el bloque vive un médico y me ha dado el número del piso –dijo una mujer–. Lamento molestar, pero se trata de mi marido.

Aiden estaba hecho polvo, así que me tocó a mí pagar los platos rotos. La doctora Gullick. No suena mal, ¿verdad? Inspira confianza, en cierta manera. No conozco a nadie en la rama holandesa de la familia. A lo mejor es que ya no queda nadie con vida. Sé que el apellido es holandés, pero me siento tan británica como el que más. Estoy convencida, sin embargo, de que los Gullick originales –los Gullick holandeses–, eran buena gente. Tal vez hasta fueran médicos. Quién sabe, a lo mejor he heredado algo de ellos. Como apellido, no es que sea muy bonito, pues significa «hombre bajito y calvo, sin barba». ¿Lo sabías? No es precisamente halagador para una chica, pero, en fin, es lo que hay.

Observé a la mujer mientras se me despertaba el cerebro. Finalmente, entendí de qué leches estaba hablando. Las ideas se conectaron entre sí en cuestión de un par de segundos. El conserje debía de haberse asomado en algún momento al panel de tomas telefónicas y, sin duda, había visto la pegatina. Había tomando nota mental de pedir a todo el mundo que no desconectara esa toma bajo ningún concepto, cosa que entraba dentro de nuestros planes. Pero esto no.

Pensé en la posibilidad de explicarle el malentendido, pero imaginé su expresión mientras confesaba nuestra treta. Podía decirle que había sido idea de Dexter, echarle a él toda la culpa. Es un tipo grandote, podrá soportarlo. Y tal vez la mujer vería el lado divertido del asunto. Pero no pude hacerlo. No soportaba la idea de pasar tanta vergüenza. Y no es que la alternativa me gustara precisamente. Las dos opciones eran bastante jodidas. Vamos, una versión menos conmovedora y socialmente más torpe de *La decisión de Sophie*. En fin, que siguiendo una especie de impulso cogí mi neceser de cuero, una bolsa de aspecto lo bastante ambiguo como para contener mi «material médico». Asentí. Y nos marchamos.

Le hice un reconocimiento a su esposo. Un fuerte dolor abdominal lo había mantenido en vela toda la noche. Le palpé con las manos el estómago desnudo. Qué intrusa tan extraña soy. Es

curioso hasta dónde puede conducirnos una mentirijilla de nada. Tenía la piel caliente y pegajosa. No tengo muy claro qué era lo que debía buscar. Ruido de tripas. Una contracción. Apliqué una suave presión y luego le hundí los dedos. El hombre se quejó. La piel es un tejido maravilloso. Aquél era el contacto más íntimo que había mantenido en bastante tiempo. El hombre empezó a respirar pesadamente y el ritmo de mi respiración también se alteró. Tensó el estómago. Volvió a quejarse. No es que me resultara excitante ni nada de eso. Sólo era algo.

La pareja aguardaba mi veredicto. Abrí la boca, pero no me salió nada. Sólo un soplo de aire. Se inclinaron hacia mí. El momento pareció alargarse eternamente. Me faltaban las palabras. Miedo escénico. Los tres intercambiando miradas, en aquel extraño *ménage à trois*. Yo fingiendo, ellos esperando. No tienen ni idea. Hay un intruso en su casa.

Mi silencio empezaba a parecer el presagio de una mala noticia. El doctor que tiene los resultados de las pruebas ejerce ese poder. Durante un segundo, disfruté de la emoción del momento. Pero debía hablar. Y, finalmente, oí de mis propios labios la típica respuesta telefónica del Servicio Nacional de Salud.

–Es difícil saberlo sin una radiografía. Decida usted si cree que se trata de una emergencia, ahora mismo llamo al 999. Si cree que puede esperar hasta mañana, vaya de Urgencias a su médico de cabecera y que lo visite en algún momento del día. Seguro que le encuentran un hueco a lo largo de la mañana.

Lo recité de carrerilla, como una mala actriz.

Luego subí de nuevo a la cuarta planta, me metí en la cama y seguí durmiendo.

Pero ahora tengo a otra paciente, plantada delante de mi puerta. Un ligero temblor le recorre la parte inferior del cuerpo. La clásica neurótica. ¿Su problema? Que no puede dormir. Imagina que eres médico de verdad y que te despiertan por esto cuando a primera hora de la mañana tienes un doble baipás coronario. O lo que hagan los médicos.

Me lleva a su habitación y me habla del estrés. Creo que también dice algo de un sarpullido. No sé si cree que yo dispongo de un alijo

secreto de pastillitas o si está enferma de verdad. Física o mentalmente. No sabría decirlo. No soy una experta. No soy médica.

Sea como sea, no creo que haya sido tan sincera con el conserje. Sin duda, él no le habría revelado mi «identidad» por algo así. Aunque a lo mejor sólo lo ha hecho para quitársela de encima.

Le pido que se siente. Le pongo una mano en la frente. Luego le tomo el pulso, asiento con aire sabio e improviso.

–Me temo que, aunque tuviera algo para ayudarla a dormir, no le serviría de gran cosa. Lo que usted necesita es dormir de forma natural. Cuente hasta quince mientras coge aire por la nariz y luego hasta diez mientras lo expulsa por la boca. Ésa es la mejor medicina que puedo prescribir. Inténtelo, coja aire mientras cuenta hasta quince. Bien. Y ahora expúlselo mientras cuenta hasta diez.

Allí, arrodillada junto a la cama de aquella mujer, pienso en mamá.

–Gracias, doctora.

Experimento una cálida sensación cuando ella pronuncia esas palabras.

–En cuanto al sarpullido, para eso sí puedo darle algo.

Rebusco en mi neceser una crema que uso a veces para el pie de atleta. Me pregunto si le hará algún efecto. A lo mejor la cura. O a lo mejor tiene algún componente que no le va bien. No lo sé. Yo no soy médica.

No levanto mucho el neceser, para no revelar que en lugar de estetoscopio y termómetro, mi «maletín de médico» sólo contiene tampones y horquillas de pelo.

–Puede quedarse la crema. Y ahora, por favor, intente descansar.

Me dirijo de nuevo a mi cama, con el maletín debajo del brazo, tratando de pasar desapercibida.

Me suena el móvil y pulso de inmediato la tecla colgar. Me dejan un mensaje de voz. Luego otro. Mientras subo a mi planta, escucho rápidamente los mensajes.

«Si no me coges el teléfono, me presentaré ahí. Lo haré, me da igual lo lejos que esté. Voy a ir. ¿Sabes qué? Decidido. Voy a ir…» Pulso la tecla borrar.

Y entonces veo una figura en el pasillo.

El tipo que vive en el piso de al lado: Lowell.



19 días antes de que ocurra. 14:30

Toc, toc.

Phil llama a mi escritorio y me pregunta si me apetece salir a fumar un pitillo. Me despierto de mi aturdimiento. En realidad no quiero ir, pero resulta muy extraño no hacerlo.

«Extraño» es la palabra que normalmente asocio con él. Lo miro y me imagino esa palabra grabada en su frente.

No fumo, pero Phil dice que si sostengo un cigarrillo entre los dedos, puedo hacer un descanso de diez minutos, así que acepto. En el exterior, luce el sol y Phil habla. Lo cual está bien, porque así me ahorra a mí el trabajo.

–… hasta que te sientes como, eeh, ya no puedo más, me duelen las costillas. Y entonces la peli se pone en plan reflexivo. Luego un poco rara. Luego más bien triste. Lo cual es…, bueno, ya me entiendes. Luego se pone otra vez muy divertida y ahí se acaba.

–Perdona, ¿de qué estábamos hablando?

–De la peli de Adam Sandler, *Click*.

–¿Es buena?

–Sí, claro que es buena. Puede parar el tiempo y hacer que avance otra vez. Porque encuentra un mando a distancia que es mágico. Creo que es mi peli favorita de Adam Sandler. ¿Te gusta el cine?

–Sí, claro, aunque si te soy sincera no he visto ninguna película de Adam Sandler.

–¿Te gusta el cine pero no has visto ninguna peli de Adam Sandler? ¡Ay, señor! ¿Cuál…? ¿Cuál es tu peli favorita, a ver?

–*Psicosis*.

–Guau. Ésa… no, me parece que no la he visto. Es en blanco y negro, ¿no?

–Sí.

–No suelo ver esas pelis.

Se produce una pausa extraña.

–Oye, sólo para que lo sepas. Lo sabemos todos.

Otra pausa.

–Lo hemos oído. Lo sabemos. Bueno, sólo quería decírtelo –concluye.

–¿Lo… sabéis?

–Sí. Lo… lo sabemos. Y con el tiempo te sentirás mejor. Te lo prometo.

Volvemos arriba. ¿Qué es lo que saben? Supongo que no lo he ocultado demasiado bien. Quiero marcharme. Tengo que marcharme. Esto se tiene que acabar. Todo el mundo en este despacho me ha estado observando y todo el mundo lo sabe. Detesto mi trabajo. Y no, Phil, con el tiempo no me sentiré mejor.

No puedo concentrarme en nada. Durante un instante, pienso en Cary y en su maltrecho rostro. Espero que esté mejor. Todos los días llama a su madre a las siete, puntual como un reloj. No es que se me dé especialmente bien leer los labios, pero estoy segura de que siempre se despide con un «te quiero».

Phil es majo. Es buen tipo. Un tío sencillo, desde luego. Pero eso no tiene nada de malo. Mirarlo me tranquiliza. Es como una lámpara de lava. En ese sentido, se parece un poco a Lowell. Ah, Lowell.

Lowell me cae bien. Lowell vive en el piso de al lado. Lo cual me lleva de vuelta a la noche de ayer.



20 días antes de que ocurra.
De noche. 23:45

HB – Lowell – Riverview – Rubio, pelo rizado – Excepcionalmente, en grupo de 2 – Digno de confianza – Interior – 1,90 cm.

Es estadounidense, creo. Bueno, en realidad el suyo parece uno de esos acentos de escuela internacional, lo cual significa que podría ser de cualquier parte. Suiza o Suecia. Hong Kong o Hawái. Singapur o Ciudad de Kuwait. Se le está empezando a caer el pelo, pero no le queda del todo mal. Es bastante fornido, musculoso. Tendría un aspecto formidable, imponente, de no ser por su rostro amable. Lo cual explica todo lo demás. Tiene el aire curtido de un representante comercial y la ternura de un padre adoptivo. Parece un ratón de biblioteca, pero tiene mandíbula de superhéroe. Es la clase de hombre que nunca podría pasar por un contable y, sin embargo, creo que de hecho es contable. Pero contable pijo. Para una gran entidad benéfica, creo. Y también trabaja para una panadería orgánica. No sé muy bien qué hace, pero no creo que sea hornear el pan. Gestión, asesoría, cuentas… Es de esas personas que todo el mundo quiere en su equipo del concurso *University Challenge*. De esas personas a las que dejarías coger en brazos a tu bebé.

Pasa junto a mí en el pasillo, casi como si se deslizara. Es prácticamente medianoche. Lleva unos caquis informales y una camisa blanca. Tiene el aspecto de alguien que lija una barca en alguna playa del mundo. Descalzo, mientras un perrillo corretea en torno a sus pies. Parece un anuncio de Gap de la década de los NOVENTA, pensado única y exclusivamente para dejar bien claro que es un hombre. Un hombre sano. Está con una mujer. Los dos visten ropa cómoda y práctica. Los dos parecen igualmente dignos de confianza. De un modo amable, moderado. Él la sujeta y ella parece haber bebido más que él. Se modera bastante. Siempre algún que

otro *gin-tonic,* pero no los suficientes como para perder el control. O eso imagino, porque nunca hemos salido de copas. Nunca ha estado en nuestro piso, ni yo en el suyo. No somos tan amigos. Pero me gustaría que lo fuéramos. Aiden tiene una especie de encaprichamiento masculino con él, creo. Dice, en broma, que una vez lo vio en bici y que casi se derrite. Nos gustaría tenerlo como amigo. Siempre tiene tiempo para pararse unos minutos a charlar. Nunca, hasta ahora lo había visto con una chica. Me alegro por él.

–Lily. ¿Cómo estás esta noche?

–Hola, yo bien. ¿Y tú? Tramando algo, espero…

–Sí, bueno, ya sabes cómo son estas cosas. Te presento a Sarah…

–Hola –dice ella, en tono maquinal pero cálido.

Sonríe. Tienes dientes blanquísimos, de chica del tiempo. Espero que venga a menudo por aquí. Puede que, desgraciadamente, Lowell esté enamorado de ella. O que sea muy exigente, ¿quién sabe? Es más digno de confianza que fascinante. Tal vez sea eso.

–Bueno, me encantaría quedarme, pero tengo cosas que hacer, como se suele decir –bromea.

–¿Eso se suele decir?

–Sí. Bueno, creo que sí. A mí me lo dicen siempre.

–No me lo creo para nada. Buenas noches.

Lo más curioso es que sí me lo creo. Tiene un talento extraordinario para parecer sólo un poquitín afligido, aunque a su lado tenga a la mujer perfecta. Puede que nunca pase de la primera cita. Puede que las mujeres echen a correr en cuanto ven el interior de su piso. A lo mejor es taxidermista y tiene horrendos seres disecados por todas partes. Me pregunto cómo será. Su piso por dentro, quiero decir. Y, ya puestos, su cabeza por dentro.

Estaba pensando en todas esas cosas cuando me metí en la cama. Tratando de no revelar que estaba pensando en otro hombre. Me pregunto qué le estaría haciendo Lowell a esa mujer exactamente, en el piso de al lado. Y me pregunto si Aiden se pondría celoso si supiera que estoy pensando en esas cosas. Da igual, Aiden duerme como un tronco ahora mismo. Mientras yo estoy

aquí, pensando en las posiblemente deplorables técnicas sexuales de Lowell.

Las paredes tienen un buen aislamiento acústico. Aunque tampoco espectacularmente bueno. Sin embargo, no se oyen nunca gritos de pasión. Ni golpes al otro lado de la pared. Pobre Lowell. Y pobre… ¿Suzanne? ¿Sandra? ¿Simone? ¿Cecily? ¿Sally? ¿Samantha? ¿Sophie? ¡Sarah!

Eso es.

No quiero alardear, pero estoy convencida de que más de una vez hemos golpeado la pared con el cabecero de la cama. Estoy convencida de que nos ha oído. Pero en el piso de Lowell nunca hemos oído ni pío. No es que quiera ser ordinaria, pero supongo que sabes cómo funciona la cosa. Sabes que estábamos buscando un bebé, ¿no? Hasta hace poco, por lo menos.



Noche. 0:30

Ya hace rato que ha pasado la medianoche.

Llega la una de la madrugada y pasa de largo. Pienso en la orquídea de Janet y de Tippi. Pienso en los labios ensangrentados de Cary. Pienso en la cara «lámpara de lava» de Phil. Cojo aire mientras cuento hasta quince. Y lo expulso mientras cuento hasta diez. Como solía pedirle a mamá que hiciera. Pero no funciona.

Dan las dos de la madrugada. Y yo sigo en el mundo de los vivos.

Pienso en todos los vecinos de este mismo bloque que, como yo, estarán contemplando el techo ahora mismo. ¿Cuántos de ellos estarán profundamente dormidos? Me pregunto, incluso, cuántos de estos apartamentos estarán ocupados. Es difícil seguir la pista a los vecinos en un sitio como éste. Por mucho que me esfuerce. Es difícil establecer lazos, porque no es eso lo que desea la mayoría de la gente. Ya casi nadie quiere eso. Lo único que quiere la gente es conexión a Internet y vídeos graciosos sobre gatos y caballos.

La gente viene y va. Apenas terminan de instalarse que ya están pensando en marcharse. Los precios suben y suben, lo cual se traduce de alguna manera en transitoriedad. La gente alquila de momento, pero aspira a comprar. La gente compra, pero pronto empieza a pensar en encontrar un sitio mejor. Oigo a muchas personas hablando de «revender la casa dentro de uno o dos años y sacarle unos buenos beneficios». Las oigo decir «a lo mejor me compro otra casa sobre plano y para cuando esté construida, ya la habré revendido también». La gente vive aquí durante la semana, pero cuando llega el viernes suben a sus coches para pasar fuera el fin de semana. La gente espera la oportunidad de marcharse para siempre de la ciudad. De un modo u otro, todo el mundo quiere huir de este sitio. Excepto yo. Yo he venido para quedarme.

Y luego están los que viven en países muy lejanos y compran pisos aquí para que sus hijos vivan en ellos el día de mañana. O los compran simplemente como inversión. Ni siquiera se preocupan de alquilarlos, porque es mucho jaleo. Así que ahí están, como conchas vacías. Como si estuvieran encantados. A veces me pregunto si lo estarán.

Es difícil ver en un edificio en el que ya estás. No puedes ver lo que pasa arriba. Ni abajo, ni a los lados. Con los prismáticos, es imposible. Se podrían oír los ruidos si las paredes no tuvieran tan buen aislamiento acústico. A veces, a través de las paredes, me parece oír que alguien llora, no sé si arriba o abajo. Pero luego pienso que es cosa de mi imaginación. Aunque sólo se oyera llorar, ya sería algo.

Así que nunca he llegado a saber quién vive aquí. Nunca oigo a los vecinos, ni percibo su presencia. Cualquier día, al doblar la esquina del pasillo, me cruzaré con un tío que lleve chanclas, luzca esa barba cerrada que está tan de moda y hable con acento de las antípodas. Jamás lo habré visto hasta entonces y es posible que jamás vuelva a verlo. ¿Vivirá aquí? ¿Será un intruso? ¿Un fantasma?

Puede que los fantasmas habiten en espacios, más que en habitaciones. Lo pienso muchas veces. Lo que quiero decir es que, aunque las cuatro paredes que me rodean existan desde hace poco más de dos años y aunque, según nos ha contado, una casa deba tener por lo menos veinte años, mejor si son cincuenta, para haberse ganado el derecho a un fantasma, es evidente que aquí ya había vivido alguien antes que yo. En este espacio. En el edificio anterior. El que echaron a tierra para poder construir éste.

Ese otro bloque lo construyeron a principios de los cincuenta. Eso es mucho tiempo, aquí puede haber pasado de todo. ¿Cómo era la vida de quienes vivían aquí? ¿Qué hacían cuando estaban aquí? En este espacio en el que ahora mismo estoy tumbada. ¿Nació alguien aquí? ¿Murió alguien? ¿Hubo sexo y peleas? En este espacio. ¿Son todas esas cosas los fantasmas?

Esta mañana, de camino al trabajo, me he detenido a contemplar cómo la bola de demolición partía un edificio como si fuera una hoja de papel. Brutal y eficaz. Se veía el interior de dos o tres pisos en

hilera, uno junto al otro. Uno de los pisos estaba pintado de azul oscuro: las paredes daban ahora al vacío, con el pecho al viento. El piso se había convertido en un enorme balcón.

Quienes vivían allí jamás pensaron, sin duda, que su casa acabaría así. Sin techo ni muro exterior. Que quedaría convertida en un estrecho saliente de suelo.

El siguiente estaba empapelado. Probablemente, por el aspecto del papel, en los setenta. Tonos marrones y beis. Los interruptores de la luz aún estaban en su sitio. Lo vi. Pero supe que desaparecerían con el siguiente golpe. Que caerían más de diez metros hasta el suelo, para después ser barridos y terminar en un contenedor de escombros.

El tercer piso estaba pintado de un estridente color rosa, como si fuera el interior de un cuerpo. Colores claros, para sacar el máximo partido al ya de por sí reducido espacio.

Y allí estaban los tres hogares. Reventados. Para que yo pudiera ver los restos y los adornos de las existencias que allí dentro se habían desarrollado. Como un corte transversal o una casa de muñecas. Es un espectáculo que dura sólo diez minutos, que sólo puede disfrutar el transeúnte afortunado que tiene la suerte de pasar por allí en ese momento. Cuando llegue el undécimo minuto, los tres hogares quedaran definitivamente destruidos con dos enérgicos movimientos de la bola de acero forjado.

De la pared del piso rosa colgaba un crucifijo. Centelleaba bajo la luz. Visible a simple vista. Vi cómo lo golpeaba la esfera de metal. Lo vi caer, entre cemento, polvo y cables. Y luego, sin dedicar ni un segundo a pensar en lo que acababan de destruir, las máquinas empezaron a barrer los escombros y a recogerlos. Y luego, todo al contenedor. Después a un camión. Y al vertedero.

Sí. Sin consideración alguna. El pequeño crucifijo. Al cual le rezaban los habitantes de ese piso. Acabará enterrado bajo toneladas de escombros y residuos anónimos.

Mientras sigo aquí tumbada, sumida en esos pensamientos nocturnos, me pregunto cuántas personas están pensando en esas mismas cosas en este mismo momento. Cuántas personas están despiertas. En algún lugar de otros barrios de Londres. Me pregunto

qué pasaría si pudiéramos encontrarnos y establecer una conexión. Y justo cuando estoy pensando en esas cosas, me fijo en algo en la esquina superior derecha de mi ventana. Una única luz que sigue encendida. En uno de los pisos del edificio Canadá. Y, si no me equivoco, es el número cuarenta y uno. El piso de Jean.

Me pongo una vieja sudadera y unas zapatillas deportivas. Con mucho cuidado, para no despertar a Aiden y alejarlo del lugar en el que se encuentre ahora mismo. De su letargo y de sus sueños. No puedo decirle adónde voy, porque volvería a decirme que estoy «chiflada» y yo volvería a enfadarme. A enfadarme de verdad. Y entonces ya no me sería posible dormir. Cojo las llaves. Y el teléfono, por si acaso. Y me voy.

Nunca antes había entrado en las viviendas sociales. Justo antes de cerrar la puerta, cojo una navaja automática, hecha a mano. Aiden me la compró durante nuestra luna de miel, en Buenos Aires. La guardo en mi neceser negro. Por si acaso.

Camino en plena noche por las viviendas sociales. La temperatura, aquí fuera, es agradable. Es una de esas noches cálidas en que cuesta dormir, pero me sorprende no ver otras luces encendidas en ninguno de los apartamentos. Ni en las viviendas sociales. No hay ninguna otra ave nocturna en el Edifico Canadá. Sólo la del número cuarenta y uno.

Merodeo un poco por allí, contemplando el edificio. La mayoría de los otros pisos están tapiados, con planchas de metal firmemente clavadas a las ventanas, para que no entre nada ni nadie. Ni el mal tiempo, ni los okupas ni los animales. El lado izquierdo del edificio está casi completamente vacío. Las entrañas están a la vista de todo el mundo: ventanas sin cristales, polvorientos ladrillos al descubierto, grafitis… Corría el rumor de que en estos bloques se rodaron algunas escenas de *La lista de Schindler*, para simular escenarios de Varsovia. Y, viéndolos, no me extrañaría que fuera verdad.

Un cartel amarillo que dice AVISO DE ACTUACIÓN nos informa de que los trabajos de demolición del edificio Alaska, el mayor de los bloques y el próximo en caer, comenzarán el próximo 29 de septiembre. Una de las calles que pasan por detrás permanecerá

cortada al tráfico durante unos días. Este es, hasta el momento, el trabajo de mayor envergadura. Hasta entonces, disfrutaremos de unas pocas semanas de calma y silencio. Antes de que empiece otra vez el ruido. Paso de nuevo junto al cartel de la joven desaparecida. Aletea delicadamente, mecido por la brisa.

Jean vive en el lado derecho del edificio. El lado ocupado. Sigue esperando que la realojen. Este sitio, desde luego, es de lo más inquietante. Está demasiado vacío. O, a lo mejor, lo que ocurre es que no está lo bastante vacío. No acabo de decidirme. Y justo cuando estoy pensando en esa cuestión, oigo algo y me detengo a escuchar. Mis pensamientos se dispersan mientras estoy allí inmóvil, escuchando. Es posible que me lo haya imaginado…, pero me parece que lo que oigo es la respiración de alguien.

Me vuelvo y me preparo para lo que pueda ser. Nada. Mantengo los sentidos bien aguzados. En busca de eso que me está indicando que aquí pasa algo raro. Y entonces oigo ruido de pasos sobre la gravilla. Mierda. Me vuelvo otra vez hacia el ruido. Nada. Tal vez sólo haya sido el eco de mis propios pasos. Que rebota en los bloques de cemento que me rodean.

La escalera que conduce al piso de Jean sólo está a unos veinte metros de aquí, pero decido ir corriendo. El corazón me late desbocado, todo esto es muy tétrico. Las luces de la calle están apagadas. O bien el Ayuntamiento las ha desconectado, o bien alguien aún más siniestro las ha hecho añicos. Esto es una estupidez, nunca hasta ahora había hecho nada parecido. ¿Qué es lo que estoy buscando? No hay tiempo para pensar. Vamos. Mueve esos pies.

Llego por fin al hueco de la escalera, respirando agitadamente ahora. Los faros de los coches me iluminan de forma intermitente, cuando pasan a toda velocidad a unos treinta metros de aquí, más o menos. Aprovechando el resplandor de unos faros, apoyo una mano en la pared y empiezo a subir despacio el tramo de escalones de cemento que conduce a su piso. Cuando las luces del coche se alejan, ya ni siquiera veo mi propia mano delante de la cara. Subo muy despacio. Cinco segundos sin luz. Quince. Ya casi he llegado.

Oigo un motor a lo lejos, que no debería tardar en iluminarme el camino. Y entonces noto algo mojado bajo los pies. Pegajoso. Intento no bajar la vista. El coche se acerca, ahora no quiero mirar atrás. Éste es el camino que tiene que hacer Jean para llegar a su casa. Todas las noches. Joder. Se acerca el resplandor de los faros. Sangre en el suelo. Vuelvo la vista atrás.

Muerta. Cubierta de pelo. Me llevo una mano a la garganta y luego me tapo la boca justo a tiempo de contener un grito, pues sé que resonaría hasta muy lejos de aquí. Tiemblo y oigo un ruido sordo en mi interior. Es una rata enorme. Abierta en canal. De unos treinta centímetros, por lo menos. Muerta. Me entran arcadas. Me siento asqueada, pero también un tanto aliviada. Podía haber sido peor. Llego a lo alto de la escalera.

Me vuelvo de nuevo hacia delante. Y entonces oigo el ruido de algo que me pasa volando junto a la cabeza. Murciélagos. Hay muchísimos por aquí, pues estamos cerca del agua. En cierto modo, son simpáticos. Y entonces una tubería de metal me pasa junto a la oreja y me lanzo hacia un lado. Oigo el silbido del aire y no me da por un pelo. Instintivamente, meto la mano en el neceser y cojo la navaja. Se oye un grito espeluznante. Pasa un coche e ilumina de nuevo la tubería, claramente sujeta por una mano enguantada. Es como si estuviera dentro de una pesadilla, pero sé muy bien que estoy despierta.

–¡Te voy a matar, puta!

Respiro hondo y, mientras me dispongo a atacar, oigo un grito ahogado en lo más profundo de mis pulmones. La única ventaja de la oscuridad es que mi atacante tampoco puede verme a mí. Permanezco en completo silencio y retrocedo un poco para lanzarme directamente contra mi enemigo. Cierro el puño con fuerza y abro la navaja, que sigue escondida en el bolso hasta el último momento. Respiro hondo una vez más.

–Hija de la…

Cuando pasa otro coche, la miro directamente a la cara. Las dos tenemos el corazón desbocado. El aire frío y húmedo de la noche se nos cuela por la nariz. Jean sostiene una tubería, con el brazo levantado por encima de la cabeza. Es una mujer fornida. Estoy

convencida de que sería capaz de partirme el cráneo. En caso de que use toda su fuerza. Espero que no, pero, en fin, a lo mejor eso es lo que les pasa a los intrusos.

–La madre que te parió, ¿qué haces aquí, imbécil? –dice, al tiempo que deja caer la tubería a un costado del cuerpo.

Apenas consigo pronunciar palabra. Levanto las manos.

–Lo siento. Lo siento. Por favor, no me…, no me haga daño.

Me mira y, por su expresión, comprendo que me ha reconocido. Frunce el ceño.

–Entra. Tenemos que entrar. Ahora.



De noche. 03:00

MB – Jean – Edificio Canadá – Pelo gris, permanente – Sola – Cautelosa. Dura. Sabe defenderse – Noche cálida, brisa del continente, oscura como boca de lobo – 1,68 cm.

–La gente como tú no tendría que estar paseándose por aquí en plena noche. Serás estúpida –dije, convertida de repente en una madre superiora.

–¿La gente como yo?

–Abejas. Así es como os llaman. Puñeteras abejas. Después de que abrieran ese pub tan pijo, la Colmena, al que vais todos los *yuppies*. Cuando abrieron ese pub, supe que era el principio del fin.

–Yo no…, yo no soy una *yuppy*. Yo no soy así.

–Bueno, seas como seas, se os ve a la legua. Sois una especie diferente. Y pronto estaréis en peligro de extinción, si seguís merodeando por aquí en plena noche. Tenéis que quedaros en vuestro lado. Yo no les caigo demasiado bien y vosotros aún menos. Y si no les caéis bien, ya sabéis lo que pasa.

–¿De quién está hablando?

–De los críos. De los que no han encontrado un nuevo hogar. Siguen aquí. Algunos de ellos han vuelto a colarse en sus casas. Casi todos en el edificio Alaska. Duermen sobre hojas de periódicos. Y se buscan la vida como pueden.

–Pero… yo creía que le habían buscado otra casa a todo el mundo –digo en voz baja.

Me siento culpable.

–Sí, claro, si te crees eso te puedes creer cualquier cosa. Nos echaron de aquí con la promesa de concedernos pisos más grandes, «justo aquí al lado». Los que decidimos quedarnos, bueno, todo esto se cae a trozos y aquí no viene ni Dios a arreglar nada, por mucho que llame al Ayuntamiento y amenace a todo el mundo. Los que se marcharon, han acabado en sitios como Ipswich. Vamos, hombre,

¿dónde está Ipswich? No es mi hogar. Así que algunos han vuelto y se han quedado por aquí, escondidos en el edificio. Porque siguen teniendo aquí su vida. Siguen teniendo aquí su trabajo, sea cual sea. Con eso no quiero decir que sean delincuentes. Por lo menos, antes no lo eran. Pero cuando las cosas empiezan a ir mal, cuando uno se salta las leyes una vez, ya no parece tan difícil seguir haciéndolo. Todas las mañanas, al levantarme, me encuentro una meada justo al lado de la puerta. Y todas las mañanas la limpio. Yo veo todo lo que ocurre por aquí. Y he visto cosas. Las drogas y la bebida sólo son el principio. He visto sangre en el suelo. Y también he visto con mis propios ojos cómo la derramaban, pero a nadie le importa lo que ve alguien como yo. No sigas merodeando por aquí, imbécil. Vuelve a tu lado del barrio. Y cierra la puerta con llave cuando estés en casa.

No podía decirse que fuera amable. Seguramente lo había sido, en otra época, pero los dos últimos años la habían curtido en lo que a modales se refiere. Aparenta unos diez años más que en la foto de los periódicos. Cuando se publicó, no tenía el pelo tan gris. Por dentro, sin embargo, su piso sigue pareciendo un hogar. Fotos de hijos y nietos que me sonríen desde sus floreados marcos.

–Ahora viven en Portugal. Me llaman una vez al mes, como mucho. Tendría que haberme ido con ellos. Hace un frío de cojones en este país.

Tiene razón, aquí hace mucho frío. No entiendo muy bien por qué, pues en la calle hace calor, el verano se propaga lentamente a todos los rincones de Londres. El piso de Jean, sin embargo, tiene su propio microclima ártico. Como si el frío empapara las paredes. Dice que el precio del combustible ha subido mucho y que su pensión de jubilada no le permite despilfarrar, ni siquiera en calefacción. Tiene que planearlo cuidadosamente todo. Todo está perfectamente colocado. Tiene suficientes conservas para sobrevivir a un holocausto nuclear. Y, además de la tubería de metal que descansa junto a la puerta, tiene un bate de béisbol y un antiguo atizador… para asegurarse la supervivencia.

Durante un segundo, me fijo en una figurilla que descansa sobre el aparador de la cocina. Es un mono de color crema, sentado sobre una roca. Me sonríe con un aire de serenidad. Tiene las orejas de

una curiosa tonalidad verde lima. Y la barriga de color marrón. Sostiene un cuenco en equilibrio sobre la cabeza. Y, en ese cuenco, Jean deja la calderilla.

Debajo del cuenco, el mono se tapa los ojos con las manos.

Se oye un ruido en la habitación de al lado. Me pongo en pie y cojo de nuevo mi neceser. Me planto delante de Jean, dispuesta a lo que haga falta.

–Ja, ja, sólo es *Terrence* –dice.

Ahora parece de lo más contenta. Su spaniel entra entonces en la habitación. Jean se agacha y le acaricia la cabeza. El perrito se acerca a saludarme a mí también. Nunca me han gustado mucho los perros, pero, por suerte, parece que yo le gusto a *Terrence*. Jean parece más alegre, ahora que *Terrence* anda por aquí. Más joven. De repente, es una persona distinta y, por un momento, imagino cómo debía de ser cuando tenía una familia a su alrededor.

–No podía dormir. Y he visto su luz encendida. Ya sé que es raro, pero sólo quería decirle que… leí el artículo y que yo jamás cruzaría la calle para evitarla. Lamento mucho que a su hogar le haya pasado todo esto. Me gusta el barrio, pero lamento que el hecho de que yo viva ahora aquí signifique que…, signifique que usted se vea obligada a marcharse. Creo que es lamentable. Espantoso. Y, por algún motivo, me siento responsable de ello. Lo siento. Por todo.

–Ah, no te preocupes por nosotros, guapa. Ya nos estamos hundiendo. Sólo estamos esperando el momento de tocar fondo. Y eso no hay nadie que pueda evitarlo.

Me da vergüenza admitirlo, pero quiero volver aquí. A ayudarla en lo que sea. Si necesita ayuda con algo. No parece que la idea la entusiasme, pero tampoco me dice que no. Le marco mi número en su teléfono y le prometo una vez más que no me dedicaré a pasear de noche por las viviendas sociales. Y es una promesa que pretendo cumplir.

Rechazo su oferta de tomar prestada una de sus armas de fabricación casera y le digo que volveré corriendo, que no me pasará nada. No le digo que llevo una navaja encima. Ni tampoco que me ha faltado muy poco para clavársela en un costado cuando nos hemos encontrado. Me arriesgo a darle un abrazo. Se queda muy

quieta durante un segundo, pero yo sigo abrazándola. Al principio está rígida, pero luego relaja el cuerpo. Y allí nos quedamos, dos mujeres que no pueden dormir, pegadas la una a la otra. Muy despacio, va subiendo los brazos y me rodea con ellos. No había abrazado así a nadie desde mi madre. Cuando ese pensamiento me cruza la mente, la estrecho con más fuerza y ella responde del mismo modo. Su hija se marchó ya hace mucho tiempo. En ese gesto nuestro hay algo más. Un silencioso susurro. O un secreto. Entonces siento a Jean y escucho su respiración, mientras una emoción contenida surge de su pecho, se eleva y se aleja. Todos necesitamos un abrazo. Me toca un hombro y luego termina bruscamente el achuchón, casi apartándome de un empujón. Cuando levanto la mirada, sin embargo, veo una especie de malhumorado gesto de reconocimiento en sus llorosos ojos azules. Asiento y las dos evitamos el contacto visual. Arrastro los pies por su suelo y apoyo una mano en el tirador de la puerta.

Me vuelvo un segundo, porque me ha parecido oírla decir algo. Pero no creo que haya dicho nada. El gesto, sin embargo, me ofrece la oportunidad de sonreírle como Dios manda. Ella me devuelve la sonrisa con gesto vacilante, como si hubiera perdido la práctica. Acaricio a *Terrence,* abro la puerta y, mientras bajo apresuradamente los escalones de cemento, la oigo cerrar la puerta y echar el cerrojo. El olor a meado impregna la atmósfera.

Echo a correr y, al mismo tiempo, me esfuerzo denodadamente por disimular que estoy corriendo. Veo mi piso e imagino que dentro de nada estaré a salvo en mi cama, al lado de Aiden. Voy mirando a mi alrededor, bastante más cohibida a la vuelta de lo que estaba a la ida. Estoy preparada por si se me aparece alguien con malas intenciones. Preparada para hacer pagar cara mi vida si alguien intenta algo. Trato de pasar inadvertida, pero mi propia respiración me retumba en los oídos, reverbera con fuerza por todo el complejo, me convierte en un objetivo. Es difícil no mostrarse paranoica cuando alguien acaba de decirte que te andes con cuidado. Y entonces, por el rabillo del ojo, en la cuarta planta del edificio Alaska, veo abrirse una reja metálica. Un coche pasa a toda velocidad, haciendo sonar ruidosamente el claxon desde lejos, y el

resplandor de los faros ilumina el perfil de un rostro. Sobresaltada por la crudeza del sonido y por la silueta que tengo enfrente, se me corta la respiración. Me siento como si me hubiera quedado sin aliento. Mientras retrocedo trastabillando, al tiempo que trato de recuperar el aliento y respiro hondo, me fijo mejor. Un par de ojos centellean en la ventana. Los observo fijamente y los ojos me devuelven una mirada acusadora. Luego doy media vuelta y echo a correr.



19 días antes de que ocurra. 17:32

Salgo del trabajo y me dirijo apresuradamente al metro. Directa a mi casa y a mi cama. En el trabajo, todos los días son exactamente iguales. No sé hasta cuándo podré resistir. Supongo que lo que tengo que hacer es desconectar y dejar que ocurra. Lo siento. Me estoy durmiendo de pie. Necesito dormir.

–¿Eso que tienes en los zapatos es sangre? –grita una voz, a mi espalda.

Es Phil. Qué poco discreto, ¿no? ¿Y si yo fuera una asesina en serie? Acabaría de desenmascararme. Le lanzo una mirada. ¿Cómo sabe que no lo soy? Podría estar buscándose un montón de problemas.

–Lo siento, lo he dicho en voz demasiado alta, ¿no? –farfulla.

–Pues sí –le respondo con frialdad.

Estoy cansada.

–¿De quién es la sangre?

–Mía no.

–Vale.

–¿De acuerdo?

–Me pones de los nervios.

Camino deprisa y él se esfuerza por seguirme el paso. No me molesto en ir más despacio. Si tantas ganas tiene de hablar, me seguirá el ritmo. Tengo que volver a casa para mantener una conversación con Aiden. Estoy preocupada por él. Está muy metido en su libro. Apenas sale de casa. Le dije que lo apoyaría mientras estuviera escribiendo, así que de momento la hipoteca la estoy pagando yo. Y también estoy pagando la comida a domicilio. Él hizo lo mismo por mí en el pasado, pero esto es distinto. Él está confinado en casa. Ya nunca sale de casa en moto ni nada. Nunca habla de nuestro posible bebé. Se pasa el día sentado junto a la

ventana, tecleando en su portátil. Mañana, tarde y noche. Se está dejando llevar.

–Ya sé que éste no es el mejor momento, pero me preguntaba si te apetecería salir a tomar una copa un día de éstos.

–¿Cómo? ¿Qué clase de copa? –pregunto, como si la palabra «copa» me resultara ajena.

–Eso no hace falta que lo decidas ahora. Puedes tomar lo que quieras por un importe máximo de seis libras. Que, hoy en día, te llega para casi cualquier cosa. Bueno…, en Yates. En otros sitios no. Pero podemos ir a otros sitios.

–Sabes que estoy casada, ¿no?

Me detengo, por primera vez, y lo miro directamente a los ojos.

Él me devuelve la mirada. No sé si me gusta la forma en que me mira. Parece demasiado entusiasta.

–Eh… sí, claro –dice, con voz entrecortada. Se interrumpe un segundo y luego vuelve a intentarlo–. Como amigos, quiero decir. Sólo para charlar. Para distraernos un rato.

–Ah, vale, una copa de amigos. Puede. Ya te diré algo.

–Supongo que estás muy ocupada.

–Pues sí.

Hemos llegado a los molinetes y él sabe que no cogemos la misma línea, así que empieza a hablar muy rápido.

–Pero si algún día te apetece desahogarte. Después del trabajo. Si necesitas hablar con alguien…

–Lo pensaré. Gracias –respondo educadamente, mientras me alejo en la otra dirección.

Es muy amable, pero estoy cansada.

–No estoy diciendo que necesites a nadie para… ¡Espera!

Eso me hace detenerme sobre mis pasos. Lo ha dicho en voz muy alta. Unas cuantas personas hacen muecas al pasar junto a mí, camino de los ascensores. Phil está montando un numerito. Pongo una cara que quiere decir: «Suéltalo ya. ¿Qué?».

–Te he visto. Te he estado observando. Cuando estamos en el trabajo.

Ay, señor. O está buscando un momento rollo comedia romántica, o se dispone a estrangularme. La gente sigue pasando junto a mí,

camino de la escalera mecánica y de los andenes. Y yo tengo que quedarme aquí, bajo ese torpe rayo abductor suyo. Hasta que haya terminado.

–Muy bien, Phil. Nos vemos mañana.

Me observa fijamente, de manera significativa. Aunque no tengo del todo claro en qué sentido es significativa su mirada.

–Lo que pasa es que me gustas y ya está –murmura.

La situación podría parecer romántica, de no ser porque es espantosa.

El romanticismo es una maldición. La cantidad de gestos no deseados a los que se ven expuestas las mujeres de esta ciudad es asombrosa. Todos esos tíos sensibles de Londres que se creen que están en una estúpida peli. Alguien debería decirles «¡eh, que la vida real no es así, encanto!». Ese supuesto «romanticismo» se ha convertido en la excusa para que los hombres hagan lo que les da la gana. Ponerse a gritar en salas repletas de gente. Hablar con voz absurda. Y, lo peor de todo, aprender a tocar el ukelele. La versión actual del «romanticismo» no es más que otra cosa que tienen que soportar las mujeres.

Lo apunto, finjo tener una pistola en los dedos y disparo. Pam, pam. Luego subo a la escalera mecánica.

–Bueno, pues nos vemos mañana, Li…

Ya estoy a medio camino de la línea Victoria cuando su voz se pierde entre la multitud.

Me pregunto qué es lo que querrá de mí. A estas alturas, a lo mejor ni siquiera él lo sabe.

Una vez en casa, me dejo caer en la cama. Me quito las zapatillas deportivas con los pies y vuelvo la cabeza hacia Aiden. Él ni siquiera se molesta en mirarme. Sigue tecleando, con la espalda apoyada en la ventana. Ni «hola» ni «¿cómo estás?». No sé muy bien en quién se ha convertido, pero apenas lo reconozco. Respiro pesadamente y dejo caer la cabeza sobre la almohada. Lo de anoche me está provocando ideas muy raras.

No sé muy bien qué es lo que ocurrió anoche, pero está resucitando ciertas cosas. Cosas no resueltas. Vale, sí, ya sé que no eres terapeuta.

Pero si permito que vuelvas a verme. Si te dejo… Si vienes a visitarnos. Si de verdad cruzas el Canal y vienes a vernos. Si te crees capaz de soportar ese viaje en el ferri. Y todo lo demás.

Tienes que prometerme que no pronunciarás esas palabras. Prométemelo. Tienes que prometerlo. Si no, no permitiré que te me acerques. Me da igual lo mucho que, según tú, puedas ayudarme.

Ya sé que crees que estoy exagerando. Pero, por favor, no las pronuncies.

Esas palabras que jamás olvidaré.

No digas: «Así fue también como empezó todo con ella».

Tercera parte:
La mujer del edificio Canadá



18 días antes de que ocurra. 10:00

He dormido catorce horas de un tirón. Consulto el teléfono y, por suerte, es sábado. No tenía ni idea. Los días parecen fundirse unos con otros. Aiden debe de estar en el cuarto de baño, pero no oigo mucho ruido ahí dentro. A lo mejor está en la bañera. Estancado. En remojo. Sin dejar de teclear en su portátil ni un segundo.

–¿Va todo bien ahí dentro?

No hay respuesta. He dormido demasiado. Me duele la cabeza y me noto el cerebro embotado. Y las piernas entumecidas, como si hubiera estado descargando camiones. Me pongo unos vaqueros y una camiseta. No me gusta nada vestirme sin haberme duchado antes. Subo las cortinas y dejo que entre la luz. Hace mucho sol. Tardo unos segundos en ver con claridad y, justo entonces, me fijo en una multitud. En la esquina superior derecha de mi ventana. Delante del edificio Canadá.

–Salgo un momento, ¿necesitas algo?

No hay respuesta. Sigo sintiendo la necesidad de hablar con él acerca de su comportamiento de los últimos días. ¿Y quién soy yo para hablar? Sí, ya lo sé. Pero aun así…

Me pongo otra vez las zapatillas deportivas y recorro el pasillo, en dirección al ascensor. Usarlo cuando sólo tengo que bajar unos pocos tramos de escaleras me parece inútil, pero quiero mirarme en el espejo por si acaso parezco una loca. Me recojo el pelo hacia atrás, me pongo desodorante en las axilas y meto mi bolsa negra en la mochila. Tengo la sensación de que más bien uso el ascensor como Superman su cabina telefónica. Tamborileo con los dedos sobre el pasamanos de metal mientras espero a que se abra la puerta. Cuando se abre, me dirijo apresuradamente a las puertas de cristal del edificio, pulso el botón verde de apertura y, por fin, salgo del bloque. El aire fresco me golpea y me marea un poco.

Entrecierro los ojos bajo la intensa luz del sol. La multitud es cada vez más numerosa a medida que se van acercando otras personas. Podría llamar a Jean y preguntarle qué está pasando, en lugar de unirme a los mirones, pero esa idea sólo se me ocurre cuando ya prácticamente he llegado allí. Pensándolo bien, ni siquiera tengo su número, sólo le di el mío. Veo unas cuantas caras conocidas pululando por ahí, todas ellas de personas que viven en los bloques nuevos. Y también veo a algunas personas de las viviendas sociales. Parece una auténtica reunión de vecinos. Pero a saber a qué viene todo esto.

Y, justo entonces, lo noto. Ahí está. Esa sensación gélida. La que se mete en la piel y en los huesos. La que hace que los animales salgan de estampida. Ese mensaje que dice «tenemos que hablar». Esa llamada desde un número oculto que se dirige a ti por tu nombre y te dice «siéntese usted» porque «debemos darle una noticia que tal vez sea difícil de encajar». Cary se está comiendo un pastelillo de carne en las últimas filas de la multitud. A lo mejor alguien ha montado un chiringuito por aquí cerca. Se pone de puntillas para intentar ver mejor, pero no se arriesga a acercarse un poco más. Lo saludaría, pero resultaría un poco extraño, porque no me ha visto jamás.

Paso por delante del cartel de la persona desaparecida y le echo un vistazo a esa fotografía borrosa. Es una mujer joven. Según el cartel, una estudiante del barrio. Bajo la fotografía aparece el número de la policía local. Me pregunto adónde fue esa joven. O, mejor dicho, cuándo se fue, porque tengo la sensación de que ese cartel lleva ahí toda la vida. Siempre pienso que esas cosas no van dirigidas a mí, como si fuera el anuncio de un gimnasio o de una compañía que ofrece llamadas baratas al extranjero.

Me abro paso entre los cuerpos. Parece que están apiñados en torno a una puerta abierta. Es una escena extraña. Forman ordenadas filas, como el educado público de un mago callejero en Covent Garden. Sin embargo, es como si una fuerza invisible los retuviera y les permitiera acercarse sólo hasta cierto punto. Como si hubiera una cinta policial imaginaria. Porque yo no veo a la policía por ninguna parte. A lo mejor es porque a nadie se le he ocurrido

aún llamarla. O porque nadie quiere llamarla, porque es mucho mejor conservar ese aire de peligro en la atmósfera, como si fuera una teoría que flota en el aire, esperando a que alguien la demuestre. Es mucho más emocionante así. O puede que en realidad no haya ocurrido nada grave. Me uniré al gentío para averiguarlo. A mí, como a cualquier hijo de vecino, también me gusta observar.

Sin embargo, empiezo a respirar con dificultad a medida que me acerco y veo a varias personas de pie que contemplan una puerta abierta en el primer piso, la del número cuarenta y uno. En la escalera, justo delante de su puerta, hay más personas de pie, que contemplan la escena boquiabiertas y no dejan ver nada a quienes se encuentran al pie de la escalera. Demasiados cuerpos en mi camino. Inmóviles como estatuas, contemplando algo que yo no alcanzo a ver. Se apartan de repente y un muchacho grita justo cuando algo pasa como una flecha entre los mirones, más o menos a la altura de las rodillas. Es *Terrence*. Tengo la sensación de que es para mí como un viejo amigo, aunque nos conocimos hace apenas unas horas. Anoche. Cuando estuve aquí.

Terrence ladra como un loco. Tal vez porque está asustado, o tal vez porque ha encontrado una oportunidad para jugar. Me ve y se acerca a saludarme. Le acaricio la cabeza y aprovecho para mirar más allá de los rostros, al interior del piso. Y entonces la veo. Allí, boca abajo en mitad de su cocina, rodeada por sus fotos de familia, junto al cuenco volcado del perro. Jean. Es curioso que la gente se comporte de forma tan estúpida en mitad de una multitud. Que demuestren tan poca sensibilidad en momentos así. La importancia de la situación les sacude el cuerpo por dentro, pero su cerebro insiste en «lo apropiado» y el resultado es quedarse mirando, boquiabiertos. Algunos de los presentes tienen el teléfono en la mano, como si no supieran si utilizarlo o no. Un tipo que lleva gafas de sol se rasca el culo. Todos ellos abrumados por este inusual drama matutino en pleno sábado, sin saber cómo digerirlo.

Un hombre, observado de cerca por la multitud, se atreve a entrar en el piso de Jean. Se encoge heroicamente de hombros y baja la mirada de vez en cuando, sin atreverse a tocarla por si acaso

Jean le contagia lo que sea que tenga. Luego vuelve a salir. Unas cuantas mujeres murmuran. Varios hombres se rascan la nuca y tuercen el gesto. Veo también a algunos chicos que visten sudadera con capucha. A un anciano en pijama, acompañado por un bulldog, que sin duda vive en nuestro lado de la calle. Hasta la mujer nerviosa está aquí, la mujer a quien enseñé a contar hasta quince. Me ve y reacciona de inmediato. Me observa, entusiasmada, y yo doy instintivamente media vuelta para marcharme.

–¡Doctora! Dejen pasar a esa mujer. ¡Es médica! –aúlla.

Ay, señor. Ahora todo el mundo se anima. Su indecisión ya tiene un líder. Me vuelvo y levanto una mano, como si quisiera decir «sí, soy yo, vuestra salvadora». Alguien se atreve incluso a aplaudir, pero los demás no le siguen. Me empujan por los escalones de cemento, me hacen entrar en el número cuarenta y uno. A pesar de mis vehementes promesas de que iba a confesar la verdad, de que no permitiría que esto volviera a suceder, está volviendo a suceder. Supongo que éste no es el mejor momento para confesarle a todo el mundo que, en realidad, no soy médica. Que todo es producto de un malentendido con mi teléfono y la conexión de Internet. Las declaraciones públicas las dejo para las películas de Richard Curtis. Y no se me da bien hablar en público. Soy la clase de chica que prefiere mantenerse al margen y pasar desapercibida.

Todo el mundo me apunta ahora con la mirada. Quiero largarme lo antes posible, pero es difícil no echar un vistazo a mi alrededor, ya que estoy aquí. Más o menos está todo como lo dejé: en el armario, entreabierto, aún se ven sus latas de conserva perfectamente alineadas. Me pongo en cuclillas, con la sensación de que en lugar de ocuparme del tema más urgente, he dedicado demasiado tiempo a inspeccionar el lugar. Tengo que interpretar de nuevo a la doctora Gullick. La doctora Gullick, que desde luego nunca antes ha estado en este piso ni tampoco se está preguntando qué ocurrió exactamente desde que ella se marchó anoche hasta ahora. La doctora Gullick, que cura a los enfermos. Me pongo en cuclillas para atender a Jean, aunque no tengo ni la más remota idea de lo que haría a continuación la doctora Gullick. Sin embargo, tengo que hacer algo para contentar a la multitud aquí congregada. Puede que

aún esté viva, al fin y al cabo. Aunque, bien pensado, las personas que aún están vivas no se ponen de color azul.

Le tomo el pulso con dos dedos, tras colocar la mano entre el suelo y su barbilla para buscar la arteria de la garganta. Está fría. Nunca he tocado a nadie que estuviera tan frío. Aunque, claro, es la primera vez que toco un cadáver. Acerco el dorso de la mano a sus orificios nasales y, basándome en todo lo que he aprendido en antiguos episodios de *Urgencias*, hago lo que puedo. No respira. Me la imagino incorporándose de golpe, jadeando mientras la multitud retrocede y alguien, al fondo, grita. Me la imagino diciendo «apártate, imbécil», cogiendo una cuchara de madera y echando unas cuantas judías en una sartén mientras murmura algo para sus adentros. Pero no hace nada de todo eso.

Doy un salto de fe y le retiro los párpados. No sé por qué lo hago. ¿Por meterme en mi papel? ¿Por curiosidad? Es un gesto tan íntimo… Retiro con el dedo corazón y el pulgar los párpados, suaves como el papel de seda, de esta imponente mujer. Trato desesperadamente de contener una exclamación cuando la observo y veo las pupilas, que ocupan los ojos casi por completo. Los médicos, por lo general, no chillan. No genera mucha confianza que digamos.

Tenía una mirada muy viva y muy inquieta la última vez que la vi. Contemplo ahora esas pupilas y me impacta lo vacías que parecen. Qué rápido nos convertimos todos en «el cadáver». Adónde habrá ido el resto de ella. Me esfuerzo por reconciliarme con algo. Nunca hasta ahora había visto nada parecido. Nunca me había enfrentado de forma tan directa a lo que solía ser una idea, muerte y nada. Ni la literatura, ni las series de la tele ni los cotilleos nos preparan para esa mirada. Es tan mundano. Es una melodía conocida. Que se ha tarareado muchas veces hasta ahora y volverá a tararearse otras muchas más. Y me hiela la sangre pensar en lo rápido que me sobrepongo, en lo rápido que cojo del bolsillo la linterna que llevo con las llaves, enfoco con ella esos ojos de ballena y represento el acto final de este artificial examen. Por lo menos, en algún punto entre el papel que represento y la persona que en realidad soy, consigo rozarle la mano y sostenérsela durante un segundo.

Me vuelvo hacia la multitud que me ha elegido como su líder y niego lentamente con la cabeza. Oigo algún que otro lamento solidario. Al fondo de la multitud, una pareja se aleja arrastrando los pies y sacudiendo la cabeza. Como si acabaran de enterarse de que el tipo que normalmente les limpia las ventanas no va a venir esta semana. Hasta la muerte misma parece un anticlímax, supongo, sobre todo si no te ocurre a ti. O si no la has mirado fijamente a la cara.

–¿Alguien puede llamar a una ambulancia, por favor? –grito, dirigiéndome a la multitud.

–¿No está muerta? –me responde una voz.

–Sí. Creo que sí lo está, pero igualmente tendrá que venir una ambulancia a llevársela.

–¿Por qué? Si está muerta, está muerta –me responde la misma voz.

–Porque no podemos arrojarla a un contenedor y olvidarnos del tema.

Se me escapa antes de que pueda evitarlo. Estoy bastante más enfadada de lo que creía.

–Hay que declarar la muerte oficial –añado–. Se llevarán el cuerpo para practicarle la autopsia.

–Ah. No estará usted insinuando que se trata de un…, eh…, homicidio, ¿verdad? –responde otra voz, en un tono que hace pensar que su dueño cree estar en un episodio de *Diagnóstico asesinato* y no en la realidad.

Qué indiferentes nos mostramos todos. A salvo en nuestras minúsculas viviendas. Alejados del mundo natural, contemplando nuestro entorno a través de ventanas y pantallas de televisión, que en el fondo sólo son lentillas blandas que embellecen lo que vemos. A veces me siento como si yo fuera la única que en realidad siente algo. Si es que ése no es un sentimiento demasiado narcisista.

–No. No creo que se trate de un… «homicidio». Personalmente. Pero no soy yo quien debe decirlo.

Sólo un poquitín sardónica. Típico de la doctora Gullick.

En realidad, soy incapaz de decir si se ha producido un «homicidio» o no. A mí me parece más bien que esta mujer se ha

desplomado y se ha dado un porrazo tremendo contra el suelo. Aunque a lo mejor eso es, precisamente, lo que quieren que parezca. Porque a lo mejor alguien le ha dado antes un porrazo tremendo y luego la ha tendido en el suelo de manera que parezca que la herida se la produjo al caer. Desde luego, ha sido una buena caída.

Podría comprobar si mi suposición es acertada. Por ejemplo, dándole la vuelta. Pero no quiero hacerlo. Me da miedo moverla. No quiero «contaminar el lugar de los hechos». Además, es mejor que no deje por aquí más huellas dactilares mías de las que ya hay.

Así que no sé con certeza cuál es la causa del golpe. Pero bueno, yo no soy médico, ya sabes.

Cuando alguien se ofrece a llamar al 999, le dedico a Jean una última mirada. Una joven marca el número y le coge la mano a su novio al mismo tiempo. Creo que son de las viviendas sociales, viven un poco más abajo. Estoy segura de haberlos visto antes. Escudriño el resto de los rostros que forman la multitud, sólo para asegurarme.

Antes de irme, echo un último vistazo al lugar. Asomo la cabeza a la salita para verla un poco mejor que anoche. Luego, al volver a la cocina, veo algo extraño. El atizador negro de metal que Jean tenía junto a la puerta. No está.

Sus otras armas. El bate de críquet y la tubería que utilizaba para defenderse siguen ocupando su lugar habitual. Pero no el atizador.

A lo mejor lo necesitaba para algo. Me pregunto dónde estará ahora. No era un objeto del que estuviera dispuesta a prescindir, pues lo necesitaba para protegerse. Jean era muy consciente de la clase de personas que merodean por aquí de noche y también sabía de qué son capaces esas personas. Me pregunto si faltará algo más.

Me dedico a jugar al juego de las diferencias. La habitación de anoche frente a la habitación de hoy. Y entonces me fijo en algo más. Veo, veo…

La figurilla de porcelana. Ya no me sonríe desde el aparador. Supongo que Jean podría haberla movido, o haberla roto, después de que yo me marchara. Pero a juzgar por el cerco de polvo a su alrededor, diría que por lo menos llevaba ahí desde 1982. Curioso

que eligiera precisamente anoche para deshacerse por fin de ese trasto.

Alguien se ha dedicado a cambiar las cosas de sitio. Y yo soy la única que podría fijarse en ese detalle.

–Bueno, otra que se va –suelta uno de los presentes, en un tono un pelín macabro.

Y, por otro lado, ¿quién era «la otra» antes de esta otra? ¿La estudiante del cartel? Tomo nota mental de investigar sobre esa cuestión. Me pregunto cuál será la historia de esa chica. Supongo que mi sentido de la obligación ciudadana se está volviendo más agudo que nunca. Tengo conciencia. Tengo curiosidad.

No parece que haya mucha preocupación esta mañana en las viviendas sociales. Como si todo el mundo, excepto yo, considerara que la muerte de Jean tampoco es para tanto. Ha muerto una anciana. ¿Y qué? Perdido el interés, todos vuelven a casa y encienden la tele.

«He visto derramar sangre con mis propios ojos», dijo Jean anoche. «Pero a nadie le importa lo que yo veo», añadió. Y ésa es la sensación que tengo esta mañana. Que la cosa acabará así. Se informará a sus familiares en Portugal, los cuales derramarán las lágrimas justas por la abuela mientras sus huesos terminan en el hoyo a miles de kilómetros de distancia. El seguro de Jean apenas dará para una ceremonia a la que no acudirá nadie, mientras en una oficina distante se rellena la solicitud correspondiente, y sólo a mí me preocupará la posibilidad de que alguien pueda haber liquidado a Jean. Mi única pregunta es: ¿por qué iba a querer alguien hacer tal cosa?

Me marcho y, mientras me alejo, meto mi neceser negro en la mochila. Aliviada por el simple hecho de que nadie haya tenido la oportunidad de ver el interior y darse cuenta de que soy una farsante. Voy a tener que dejar de comportarme así. O comprarme un estetoscopio. Saco el teléfono, para ver si Aiden está preocupado por mí. Pero no tengo ningún mensaje suyo. Sí tengo, sin embargo, una llamada perdida de un número que no conozco. No suelo contestar a las llamadas de números que no conozco. Y luego tampoco suelo devolver la llamada. Pero eso es justo lo que estoy

haciendo ahora. Últimamente estoy haciendo bastantes cosas que no parecen propias de mí. Me vuelvo mientras llamo porque oigo sonar un teléfono. Pero no a través del mío…, parece proceder más bien de la multitud.

Joder. Los tonos vienen del interior del número cuarenta y uno y ahora la multitud también los oye. Se sumergen otra vez en el espectáculo y un hombre vestido con pantalones cortos se dirige de nuevo al piso de Jean. Coge el móvil, que está en el aparador, se encoge de hombros y vuelve a dejarlo donde lo ha encontrado, mientras yo me largo. Me pongo la capucha y regreso rápidamente a mi casa, sin que nadie me descubra.

Consulto de nuevo las llamadas perdidas y compruebo que Jean ha intentado localizarme a las cinco y media de la madrugada. Y, de repente, empiezo a pensar más seriamente en los dos objetos desaparecidos, el atizador y la figurilla.



16 días antes de que ocurra.
El carpintero real

Sin determinar – Sin determinar – El barrio – Sin determinar – Sin determinar – Asesino – 15 grad, tiempo benigno – Sin determinar.

–¡Caruu, caruu! –grito, de pie en el balcón con los prismáticos en la mano.

–¿Qué coño haces? –exclama Aid desde la otra habitación.

Últimamente, parece un poco más animado. Anoche tuvimos una buena charla. Por fin. Pero no sobre él. Sobre mí y sobre mis cosas. Mis supuestos problemas. ¿A ti no te pasa nunca? Intentas hablar con alguien sobre sus problemas y acabas hablando de algún problema que tiene que ver contigo. Pues eso fue lo que pasó.

Básicamente, hablamos de lo ocurrido dos noches antes. En el piso de Jean. Sí. Se lo confesé. Le hablé de Jean, del rostro que me devolvía la mirada y de todo lo que ocurrió después, llamada de teléfono incluida. La verdad es que se lo tomó bastante bien. Al menos, después de que lo mirara a los ojos, le acariciara la cara y le prometiera no volver a hacer nunca nada tan peligroso. Le dije que mis intenciones eran buenas y, entre los dos, le quitamos hierro al asunto.

Luego le conté todo lo que había visto allí y hablamos sobre lo que debíamos hacer a continuación. Que, concluimos los dos, era más bien nada. Porque por mucho que escriba historias de aventuras, de esas que deleitan al público, Aid es en realidad un tipo bastante convencional. Sentí vergüenza ajena al pensar en su miedo, en su falta de espíritu aventurero. Es un teórico. Lo más arriesgado que hizo fue hablar sobre si debíamos llamar a la policía o no, contarles todo lo que sé y dejar el asunto en sus manos.

No le conté que eso ya lo había hecho. No le conté que me había ido directamente a la comisaría de policía a informar, a contarles lo

que sabía. No le conté que se me habían quedado mirando de la misma manera que a veces me mira él. No le conté que los agentes cruzaron miradas que decían claramente «está un poco majara».

Me pareció oír una risita después de mencionar el mono de porcelana. Tuve que repetirlo. «Mono de porcelana», dije. Y el que parecía el jefe, el que llevaba un traje marrón, me sonrió con dulzura y me preguntó cómo sabía yo todo aquello. Le dije que había estado antes en casa de Jean y que lo había visto. Un poco antes. Y también el atizador.

Pero no les dije que había estado allí la noche antes de que muriera. No les dije que me había hecho pasar por médica. No, claro que no se lo dije. Sólo que había estado antes en aquel piso. Sé que me arriesgué mucho al contárselo, pero creía que debía hacerlo. Creía que querrían saberlo. Pero el hombre del traje marrón me observó fijamente y me hizo preguntas acerca de «la otra vez que había estado en comisaría». Le dije que nunca antes había estado allí. De hecho, creo que jamás había pisado una comisaría de policía. Nunca en mi vida. Le dije que probablemente me confundía con otra persona.

Estoy convencida de que vi a uno de ellos mover los labios y decir «está como una puta regadera». ¿Te lo puedes creer? Estoy segura de haberlo visto. Muy poco profesional, ¿no te parece? Así que lo observé fijamente. Lo observé fijamente hasta que él bajó la mirada.

Ya sé que mi mono de porcelana no es lo mismo que una pila de ropa ensangrentada o una pistola humeante, pero para mí era algo. Aquellos tíos, sin embargo, no tenían ni puta idea. Una vergüenza.

Pero todo eso no se lo conté a Aiden. Nada. No le conté que aquellos tipos me mandaron prácticamente a la mierda.

Así que después de pasar un rato allí sentada, escuchar las sensatas palabras de Aiden y decirle que me iba a olvidar de todo aquello y a no pensar más en ello, nos abrazamos con fuerza y, por primera en mucho tiempo, me sentí querida como es debido. Luego me puse manos a la obra y empecé a planear lo que iba a hacer a continuación.

–¡Usando un reclamo! –le respondí.

Tú ya lo sabes, claro.

–Los que van a reclamar son los vecinos, eso desde luego.

–Aiden, ¿sabes cuántas veces he oído ese chiste en los círculos ornitológicos?

Yo no, porque nunca nos hemos movido en círculos ornitológicos, pero supongo que la respuesta sería «muchas».

–Es bastante molesto –dijo.

Con delicadeza, como si no quisiera agrietar la porcelana recién encolada de nuestra relación.

–Estoy buscando algo que no haya visto antes. Algo poco común.

Es verdad, en parte eso es lo que estoy haciendo. Aún disfruto observando a los pájaros. Me relaja. Pero ése no es el principal motivo.

–¿Qué? ¿Un pájaro poco común por aquí? ¿Cuál?

¿Sabes? El principal motivo por el cual estoy utilizando un reclamo es que quiero que los vecinos me vean y me oigan. Estoy intentando ampliar el uso que doy a mis prismáticos y no quiero que la gente piense que soy rara. Bueno, en realidad me da igual que lo piensen. Pero no quiero que crean que los estoy observando a ellos. De esta manera, cuando me vean con los prismáticos pensarán:

«Ahí está otra vez la chalada esa de los pájaros».

Y no:

«Mierda, esa zorra está intentando averiguar si alguno de nosotros ha matado a Jean».

Porque a Jean la mataron, sí. Ahora ya estoy segura de ello.

–Estoy buscando un carpintero real –digo.

Vale, puede que ahora hayas llegado a ese momento en que, al leer esto, piensas: «Venga ya, es imposible que veas un carpintero real al norte de Londres». Lo sé. Es de risa. Pero permíteme que me explique. Digamos que es una metáfora: estoy buscando algo difícil de encontrar. Una persona que se esconde a plena vista. En una multitud. Una persona que no quiere que la vean. Así que es más bien una metáfora. Aiden no sabe nada de pájaros, así que puedo decirle lo que se me antoje y me creerá.

¿Recuerdas cuando me hablabas de Phoebe Snetsinger, aquella mujer que padecía un melanoma maligno y que se gastó la herencia

de su familia viajando por el mundo? Se mató en un accidente de tráfico en Madagascar, si no recuerdo mal.

Y luego estaba David Hunt, a quien mató un tigre en el Corbett National Park de la India, en 1985, mientras trataba de encontrar aves raras. Muy exótico.

Y luego estaba el asombroso Ted Parker, que viajó por toda Norteamérica y consiguió avistar en un solo año 626 especies de todo el continente. Creo que éste sobrevivió.

¿Por qué menciono todo esto? Muy sencillo. Los pajareros somos aventureros natos. Ése es el mundo que tú me diste a conocer. Nos gusta asumir riesgos. A ti. A mí. Y a los demás. Sí, vale, algunos de ellos sufrieron un trágico final, pero muchos de ellos ampliaron sus listas personales mucho más de lo que jamás habían llegado a imaginar. Porque no tenían miedo. Y ahora me ha llegado a mí el momento de correr algún que otro riesgo.

Estoy segura de que lo entiendes. Alguien mató a Jean y, si yo no hago nada al respecto, se irá de rositas. Jean desaparecerá como si nunca hubiera existido. Y no estoy dispuesta a permitirlo. Los carteles sobre esa chica desaparecida siguen colgados, por lo que deduzco que nadie ha aportado información sobre ella, tampoco. En Internet no hay nada sobre ella, nada que diga que la han encontrado. He averiguado, sin embargo, que era abogada y que estaba en el último año de prácticas. Que tenía un brillante porvenir. Y entonces, un día, va y desaparece. Esto es como un agujero negro.

Ayer, hace veintidós horas para ser exactos, apareció un cartel en el exterior del edificio Canadá en el que se solicitaban testigos de un posible robo en casa de Jean. ¡Un robo! Dicho de otra manera, que creen altamente probable que se trate de un «homicidio», pero no se han presentado testigos que apoyen esa teoría. Ayer me pasé casi todo el día con la mirada en ese cartel y en los transeúntes que pasaban por delante. Dormí apenas dos horas, a ratos. Y eso fue todo. Ni una sola persona se detuvo a apuntar el número. Si he aprendido algo de todas esas series de investigación policial, incluida *Crimewatch,* es que las primeras veinticuatro horas son cruciales. Así que se nos está acabando el tiempo.

Si confiamos en la posibilidad de que las viviendas sociales estén a rebosar de amables testigos encantados de proporcionar información a la policía, entonces estamos acabados. Para algunos no es más que una pérdida de tiempo, y otros, sencillamente, no quieren tener nada que ver con la poli. Algunos tal vez teman las repercusiones, ya sea por parte de la poli o del asesino. Al fin y al cabo, la mitad de las personas que aún quedan por aquí se supone que ya no deberían estar aquí. Sea como sea, parece que nadie está dispuesto a proporcionar información a la policía.

–¡Ahí está! ¡Creo que he visto uno! –grito.

–¿En serio? ¿Algo interesante? ¿Es poco común? –dice Aiden, al tiempo que se pone en pie.

Sin embargo, no es lo bastante valiente como para salir al balcón. Vive confinado en casa, ya te lo dije. Ha empezado a engordar. Estoy preocupada por él.

–Diría que sí. Sal al balcón, ven a echar un vistazo –le digo.

Me estoy riendo un poco de él, porque sé que no va a salir. Últimamente, no hace más que ocultarse.

–No, desde aquí no veo nada. No parece que haya ningún pájaro por ahí… al menos que yo vea.

–Que tú hayas pinchado, no significa que yo no haya visto nada.

–¿Qué coño quiere decir eso?

–¿Pinchar? Pues que no hayas visto nada. Y ahora estás mortificado. Que es lo que pasa cuando te enfadas porque has pinchado.

–Vale, lo que tú digas –dice, al tiempo que regresa al dormitorio.

Lo que sabemos es que estoy practicando la ocultación. Es decir, cuando tienes información que no quieres compartir con otros pajareros. ¿Te acuerdas? Sí, vale, ya sé que eso no es jugar limpio. Pero así son las cosas.

Llevo todo el día pensando acerca de cómo se la han cargado. Pienso sobre todo en la causa de la muerte. Por desgracia para nuestro asesino, deduzco que el ángulo del golpe o algo relacionado con la herida ha hecho pensar a los polis que existe un agresor, que sin duda utilizó un objeto contundente, y de ahí que estén buscando testigos. Porque, de no ser así, no estarían investigando un robo.

Otra cuestión en la que pienso es esa estadística según la cual la mayoría de las víctimas conocen a su asesino. ¿Será una estadística real? ¿O está manipulada por algún sesgo? Eso es lo que hay que descubrir en las investigaciones de mercado: dónde falla la estadística y cuál es la historia real.

¿Da la sensación de que la mayoría de las víctimas conocen a su asesino porque es más fácil pillar a los que conocen a su víctima? Hay un rastro, alguna pista congruente que conduce hacia sospechosos que tienen algún vínculo afectivo con el sujeto del caso. Sin embargo, cuando el asesino no conoce a su víctima, el crimen suele quedar sin resolver. Lo cual, en cierta manera, es condicionar la estadística. Digamos que es crear un sesgo para crímenes resueltos, cometidos por asesinos que conocían a su víctima, sin pararse a pensar en que un porcentaje relativamente alto de crímenes no resueltos pueden ser obra de auténticos desconocidos que, como su propia naturaleza indica, serán más difíciles de rastrear. Por tanto, mi conclusión es que es mejor matar a alguien a quien no se conoce. O sea, es lo que yo haría si quisiera matar a alguien. Porque sería mucho más difícil encontrarme. Ahí queda ese consejo.

Jean veía a muchas personas, aunque en realidad no conocía a nadie. Lo mismo que yo, imagino. Y lo mismo que la mayoría de las personas que viven en estos bloques. El progreso nos ha empujado a todos al interior de las casas. Formamos un mundo de introvertidos, de desconocidos que cohabitan sólo porque el destino los ha unido. Todos tienen motivos, todos están rodeados de misterio, todos son sospechosos. Y por eso mismo tengo que regresar allí, a las viviendas sociales. Al lado más sórdido posible. Busco algo, pero no sé qué es: una pista, alguna información… Alguien tiene que saber algo por allí. Alguien tiene que haber visto algo. Aunque se trate de alguien con quien no te gustaría cruzarte por la calle en plena noche. Si lo que Jean dijo es cierto, no tendré que buscar a esas personas. Si me quedo el tiempo suficiente, ellas me encontrarán a mí. Voy a ir. Muy pronto. Haré ruido y esperaré a ver si aparece alguien. Y entonces causaré unos cuantos problemas.

Suena el teléfono.

Estaba tan absorta en mis pensamientos que doy un respingo. Sin embargo, consigo mantener la calma. Aiden no debe saber lo que me propongo. No debe verme nerviosa, porque eso lo estropearía todo. Mantener la calma, sin embargo, me va a resultar más difícil ahora. Porque el número desde el que alguien me está llamando es el de Jean.

Cuelgan antes de que me dé tiempo a responder. Sólo dos timbrazos. ¡Maldita sea! Contemplo fijamente el teléfono, mientras me pregunto cómo coño es posible. Me da vueltas la cabeza. Siento náuseas y sé que sólo hay una forma de solucionarlo: voy a tener que adelantar mi plan. Acelerar un poco las cosas. Si alguien está jugando conmigo, me conviene atacar antes, o de lo contrario me convertiré en un blanco fácil. No he empezado esto en calidad de víctima y, desde luego, no tengo intención de acabar como tal. Es mejor que siga moviéndome, que me enfrente abiertamente a ellos.

Iba a reservar mi plan para mañana por la noche, pero estamos perdiendo un tiempo valiosísimo. Tiene que ser esta noche. Intento devolver la llamada, pero salta directamente el buzón de voz. Jean había grabado un mensaje, algo que ya nadie suele hacer, según he podido comprobar. Como si todos temieran que ofrecerle su voz al mundo significara revelar demasiado acerca de sí mismos.

«Si quieres dejar un mensaje, pues hazlo», dice, en tono brusco, la voz de Jean.

Oír de nuevo su voz me resulta perturbador. Ese término que utilizan los académicos para algo inquietante, raro, casi irreal. Un susurro procedente del más allá. ¿Quién me ha llamado, pues? ¿Ella, después de resucitar de entre los muertos? ¿O la policía, en un intento de descubrir quién fue la última persona con la que Jean contactó telefónicamente? Me arrebatarán lo que sé sin ofrecerme nada a cambio. Me tiemblan las manos, de modo que aprieto los puños, me armo de valor y me pongo en marcha.

Mientras preparo mi bolsa, dejo la mano inmóvil sobre la navaja automática. No voy a usarla, claro, pero más vale prevenir que curar. Así pues, la guardo en mi neceser. Me siento como si necesitara algo. Esto es una estupidez, yo nunca he hecho nada parecido. Me conoces. Pero, por favor, quiero que sepas que debo intentar

averiguar qué le ocurrió. Y ésta es la única forma que se me ocurre de conseguirlo. No me digas que es peligroso, por favor. Lo sé perfectamente.

No me digas que esto es, precisamente, lo que haría mi madre.

No te atrevas a decirlo.

Cuando el reloj da las dos de la madrugada, me dirijo hacia allí.

Cuarta parte:
Una especie nueva



15 días antes de que ocurra. 02:02

No tengo ningún plan. He dicho que lo tenía, pero ahora que pienso en eso, mientras me levanto sigilosamente de la cama y me visto, la verdad es que no es un plan. Se me ocurre rellenar unos pantalones y una camiseta con papel de periódico y colocarlos en la cama, a su lado. Como si me estuviera escapando de la residencia de estudiantes en una película para adolescentes. Pero Aiden no se va a despertar. Lo sé. Lo noto.

No, no es ningún plan. Podría ser el contorno de algo, pero aún no está pintado por dentro. Como mucho, es un boceto. Y me lo llevo hasta allí para ver si alguien me ayuda a completarlo.

Cojo mi bolsa y bajo la escalera con paso tranquilo. Me calo la gorra de béisbol hasta los ojos, para que las sombras me oculten el rostro. Creo que no existe motivo alguno para que actúe en silencio, pero de todos modos bajo sigilosamente la escalera. No sé quién merodea de noche por los pasillos de mi bloque, pero si hay alguien, seguramente no tiene buenas intenciones. Así que me andaré con pies de plomo. Mantendré los ojos bien abiertos. Me estoy comportando como una paranoica, ya lo sé, pero cuando se hace tarde, todo lugar adquiere el aire de una casa encantada. Aunque esté iluminado por la luz de los fluorescentes automáticos. Cualquier lugar puede resultar inquietante cuando en él reina el silencio. Y eso es lo que me inspira este sitio mientras bajo la escalera silenciosamente. Como un fantasma.

Cuando pulso el botón verde y me adentro en el bochornoso aire nocturno veo la luna que flota sobre los límites del embalse. A veces, aquí se ve un cielo mucho más despejado que en cualquier otra parte de Londres. Desprende un elaborado aire romántico que no debería existir en torno a un edificio construido en el año 2012. Podría ser Hawái, o Mónaco. Los jardines de setos esculpidos, que se riegan cada mañana gracias a los aspersores que surgen

silenciosamente del suelo, le otorgan a este sitio un aire de abstracta perfección. La luz de la luna ilumina el rocío de la hierba, que despide un brillo idílico. Las flores desprenden un perfume fresco, nuevo.

Siempre andan cambiando cosas. Arrancan plantas que apenas llevaban aquí unas semanas y las sustituyen por otras más frescas. Para que los residentes estemos contentos, para conservar esa atmósfera de lugar asombroso, esa pátina creativa.

Me parece haber visto un par de ojos que me están observando. Ay, señor. Contengo una exclamación y cojo enseguida mi mochila. Sólo entonces me doy cuenta de que lo que he visto no es más que mi reflejo en el inmaculado cristal de la torre Resident. Es el último edificio antes de la estrecha carretera que actualmente separa el nuevo complejo de viviendas del viejo. Antes de que el proyecto salte al otro lado de la carretera y esa zona se convierta también en complejo nuevo. Antes de que engulla todo lo que había antes. Antes de que lo vuelva obsoleto, sin vida. La apropiación del terreno por parte de la clase media.

El destello de acero desaparece a mi espalda y me dirijo hacia los huesos descarnados de unos edificios que se alzan como espantapájaros y me observan desde lo alto con una sonrisa desprovista de dientes.

Intento pasar desapercibida, pues no quiero que me ataquen antes de adentrarme en las entrañas del edificio. Mientras camino, me concentro en analizar los motivos que podría tener alguien para matar a Jean:

1. La creencia equivocada de que podría tener algo de valor: los objetos desaparecidos podrían indicar que alguien trató de ordenar después de una pelea. Pero para llevarse lo que ella pudiera tener, tampoco era necesario asesinarla. Y Jean tampoco denunciaría un robo, pues era muy lista. Sin embargo, no deja de ser una posibilidad.

2. Una especie de venganza: tal vez alguien a quien ella hubiera atacado, física o verbalmente, en algún momento. Era una mujer imponente. Y de las que no se muerden la lengua. Tal vez le plantó cara a alguien y se libraron de ella precisamente por eso. Quizá

fuera una discusión violenta en plena noche. Alguien que quería darle una lección a la pobre anciana.

3. Dijo que veía todo lo que ocurre por aquí: y lo dijo deliberadamente, como si dedicara todo su tiempo a mantener los ojos bien abiertos. En plan vigilancia vecinal. Tal vez viera algo que no tenía que haber visto y por eso la han quitado de en medio.

4. Algún drogadicto que no tenía motivos para matarla: me parece la opción menos convincente, pero la vamos a dejar en lo alto de la pila clasificada como OTROS. Todos los días, en esta ciudad, se producen crímenes probablemente sin motivo y, por lo general, deduzco que sus autores son drogadictos desesperados, asesinos dementes o ambas cosas a la vez.

Quién sabe si hay algo de verdad en todo lo anterior o si no es más que el retrato robot de un escenario creado por mi mente a partir de las noticias y el alarmismo. Un dibujo infantil en el que los malos, surgidos del mito de una subclase de personajes malvados y trastornados, vienen a por nosotros.

Sin motivo. No deja de ser una posibilidad. Y todo el mundo es susceptible de ser encontrado. Todo el mundo debería ser castigado por las cosas malas que hace. Todo el mundo vive en alguna parte. Y, en esta ocasión, me corresponde a mí averiguar dónde. Empezamos precisamente aquí.

5. 5… 5.

Llego al quinto motivo posible, pero de repente algo me distrae. Lo que me distrae es el tamaño del edificio Alaska. Es el más alto de todos. Se cierne sobre mí y, cuando levanto la vista para contemplarlo, contengo una exclamación. Me fijo en sus dieciocho plantas y luego dejo resbalar la mirada hasta la cuarta, donde hace dos noches unos ojos entrecerrados me espiaron antes de que me refugiara en la oscuridad.

El cielo, negro como el carbón, y las nubes, de una asombrosa tonalidad púrpura, componen una especie de cuadro gótico. Si estuviera pintado sobre lienzo, sin duda parecería un manicomio. Esas morbosas imágenes no ayudan mucho, pero son las únicas que se me ocurren. Detesto generalizar, pero este lugar es espeluznante.

Si los rumores son ciertos, los edificios que me rodean están parcialmente habitados por personas que no deberían estar aquí. Me vuelvo de repente, cuando el viento empuja una bolsa de plástico que pasa volando junto a mí. El viento me trae también olor a meados, que me produce arcadas. En otros tiempos, estos hogares estaban repletos de familias honradas, pero ahora los han vaciado hasta convertirlos en esqueletos y lo poco que queda es bastante desagradable.

Oigo ruido de cristal y metales que se estrellan contra el suelo. Me vuelvo, dispuesta a enfrentarme a quien sea que se dirige a mi encuentro. Sólo es un zorro, ocupado en destrozar una bolsa de basura que ha arrastrado desde quién sabe dónde. Recobro la calma y miro algo más allá del punto en que el zorro sigue arrastrando su bolsa: veo una especie de puerta que alguien ha abierto en una plancha de metal atornillada al muro de cemento. Hay unas cuantas como ésa en cada edificio. Para perforar el metal, hace falta mucha fuerza o las herramientas adecuadas.

Levanto la mirada hacia lo alto del edificio. Más arriba también veo planchas agujereadas de metal, tras las cuales sólo se percibe oscuridad. Me acerco más a la improvisada puerta. Preferiría no tener que entrar, preferiría que lo que sea salga a mi encuentro, aquí, al aire libre. No es que me sienta segura al descubierto, más bien lo contrario, pero al menos es más fácil echar a correr en una dirección y ver hasta dónde puedo llegar si las cosas se ponen feas.

Acerco al agujero la linterna del llavero e ilumino una especie de pasillo cuyas paredes son de cemento. En el interior, los grafitis llegan hasta la escalera. Los dibujos pintados con espray adornan toscamente las paredes. En algunos de esos dibujos aparecen personas.

Uno de ellos representa a un niño con una pistola apoyada en la sien. En otro, aparece un hombre que está apuñalando a otro hombre entre los ojos con unas tijeras mientras le raja el cuello con otras. En el último, veo a un hombre que estrangula a una mujer. O, al menos, creo que eso es lo que representa. A lo mejor se trata del test de Rorschach. ¿Sabes qué es el test de Rorschach? Te muestran una serie de imágenes y tú tienes que decir qué es lo que ves.

¿Entiendes lo que te quiero decir? Que a veces vemos lo que queremos ver. Aquí huele fatal. Hay mucha humedad. Huele a mierda. Aquí se está criando algo.

No pienso entrar, así que intento conseguir que salga alguien. Alguien con quien pueda hablar. De repente, suelto un grito, un estridente reclamo que resuena en todos los edificios.

–¡Caruu! ¡Caruu!

Es un sonido intenso y violento, que surge de mi interior. Me duele un poco la garganta por el esfuerzo. Me llega el eco durante casi un segundo y medio. Suena como el grito de un chalado, tanto que me estoy asustando a mí misma. Pero lo vuelvo a hacer.

–¡Caruu! ¡Caruu!

Nada. Lo repito una vez más. Espero quince segundos. Luego otros diez. Respiro hondo por la nariz. Respiro por la boca. Nada.

Espero, ansiosa por ver algo. Las cosas han llegado a un punto extraño e inquietante y ha sucedido demasiado rápido, tanto que ni siquiera he tenido tiempo de darme cuenta. Me quedo donde estoy, suplicando para que aparezca alguien con un cuchillo o algún objeto con el que golpearme. Algún chaval de la calle sediento de sexo, de esos de los que tanto habla la prensa. Algún inmigrante del este de Europa que quiera hacerme pedazos sin motivo alguno. Puede que no estén aquí. Puede que ni siquiera existan.

Vamos, salid. Salid. ¿Dónde estáis? Quiero hablar. Quiero saber las cosas que vosotros sabéis. Las cosas que habéis visto.

Esas cosas acerca de las que, en mis fantasías, se preocupan las personas normales de por aquí, esas cosas que podrían presentarse ante su puerta y echarla abajo. Les suplico que vengan a buscarme. Y, sin embargo, parece que voy a tener que ser yo quien las obligue a salir.

–¡Hola! ¡Estoy aquí! –grito a voz en cuello.

Pero la oscuridad no me responde. El complejo de viviendas sociales se encoge de hombros. Observo el agujero del umbral y decido dejar la navaja en la bolsa. No quiero precipitar lo que sea que vaya a suceder ahí dentro. Y luego entro. Se suponía que las cosas no tenían que ir así.

Aquí dentro huele a humedad. A la luz de la linterna, paso junto a los grafitis. Parecen flechas que me animan a seguir subiendo. Me entran ganas de gritar, pero quiero esperar un poco más. Antes de hacerles saber que estoy aquí. No intento amortiguar los pasos ni avanzar con cuidado, pues ya hace rato que he apartado esas ideas. Avanzo con paso firme y sincero. Soy lo que soy. Salid y me veréis.

Me siento como si fuera el cordero del sacrificio, que se dirige a los brazos de sus asesinos. Sujeto mi bolsa con fuerza y abro la cremallera. Rebusco la navaja automática en el interior mientras intento mantener la linterna encendida. Tropiezo y apoyo las manos para no caer. Necesito dormir. Estas últimas semanas he llevado unos horarios muy raros. Espero que todo esto no acabe conmigo. Dejo resbalar las manos por la pared. El sonido que producen me llega amplificado. Puede que despierte algo desagradable. Si el piso de Jean tenía su propio microclima ártico, aquí sucede todo lo contrario. El calor se pega a las paredes. De repente, me siento como si estuviéramos en Marruecos. Respiro el calor. Estoy sudando, hace muchísimo calor aquí dentro. ¿Por qué hace tanto calor?

Sigo mi ascenso y me voy acercando más y más. Pero… ¿a qué? La tensión es más fuerte que yo y grito otra vez. Quiero que todo esto acabe. Lo que sea. Un estridente chillido abandona mi cuerpo y, mientras grito, cojo la navaja automática y dejo caer la linterna. Pasos. Me llegan alto y claro. Intento de nuevo sacar la navaja, pero no la encuentro. Estoy perdiendo la calma. De hecho, creo que la he perdido ya hace rato. Alguien parece responder con otro chillido. Joder. Joder, joder.

Busco la linterna. Palpo musgo con las manos. Cristales. Meados. No la encuentro. Lo único que tengo es oscuridad. Los pasos suenan cada vez más cerca. Creo que estoy sangrando. Si estuviera en el pasillo de mi casa, con las luces apagadas, se me escaparían lágrimas de rabia, pero ahora no tengo tiempo para eso. Palpo toscamente con las manos los escalones, a mi espalda, y el ruido se me echa encima. Los pasos se acercan.

Aquí está. Encuentro la navaja y la abro. Aquí estoy, venid a por mí. Me quedo agachada, a oscuras aún. Todavía no he abandonado la búsqueda, sigo palpando con una mano. Pero si quieren atacarme

en la oscuridad, adelante, tengo un arma y la lucha será justa. No tengo miedo.

Pero una sensación, el instinto de salir corriendo, acaba de aparecer. Aunque quisiera, no puedo batirme en retirada. Ya es demasiado tarde. Los pasos se acercan aún más. Me armo de valor, aprieto los dientes y me prometo a mí misma que voy a salir de aquí con vida.



15 días antes de que ocurra. 02:32

Craac. Bum. Bum.

Permanezco agachada, buscando aún con una mano. La otra la tengo preparada para atacar, mientras el ruido de pasos se va acercando. Mi intención es atacar a la altura de la espinilla, clavar la navaja con fuerza en la carne hasta tocar el hueso. Y, si puedo, hacerla girar hacia atrás, para cortar el tendón de Aquiles. No tengo ni idea de si este plan va a funcionar o no y, a estas alturas, me da absolutamente igual si eso es importante o no. Qué rápido nos convertimos en Rambo cuando es mucho lo que está en juego.

Craac. Bum. Bum.

Sigo buscando con la mano derecha y sujeto firmemente la navaja con la izquierda.

Craac. Bum. Zis.

¿Qué coño es lo que viene hacia mí?

Bum. Raas. Bum.

Está tan oscuro… Me sacudo los cristales de la mano y noto las gotas de sangre y meados que resbalan.

Pam. Zis. Craac.

Está casi encima de mí. Cambio la navaja rápidamente de mano, al recordar que me conviene usar la mano derecha si de verdad tengo que atacar. Arrastro la izquierda por el suelo y toco los irregulares bordes dentados de mis llaves. Las cojo, enciendo la linterna y apuñalo a ciegas, con gesto vacilante. Todo a la vez. Un chillido.

El minúsculo haz de luz enfoca los escalones y me doy cuenta de que he fallado por poco. Es un ser vivo y respira. Una rata enorme. Tan grande como la que vi cerca del piso de Jean. Pasa corriendo junto a mí y el ruido que hace reverbera en las paredes con tanta intensidad que podría haberse tratado de un ejército. Me tiembla la

mano mientras guardo de nuevo la navaja. Lo único que he tocado es el suelo. Y, aun así, me he asustado.

Nunca me han gustado las ratas. De hecho, me dan miedo. Pero ahora mismo, mi mente está en otra parte. Podría haber matado a un auténtico ser vivo. Su corazón podría haber dejado de latir y yo hubiese sido la culpable. El suelo se habría teñido de rojo y el delicado y minúsculo corazoncito se habría detenido. Su vida habría terminado y la mía habría seguido adelante, como si nada.

No me juzgues. La oscuridad me gasta bromas pesadas y tengo miedo. Contemplo durante un instante la navaja. No es de juguete. La hoja está tan afilada como me prometió el vendedor. Es un arma de autodefensa, hecha a mano, pensada para protegerse de los ladrones de coches, alardeó el vendedor. «Con esto, le podría usted cortar la pierna a un adulto». Sin embargo, también admitió que la mayoría de los clientes la compraba porque era de fabricación artesanal.

A mí me pareció que tenía un mango muy bonito, así de fácil. Sin embargo, ahora le estoy dando mucho mejor uso de lo que imaginaba, aunque espero no tener que utilizarla de verdad. Aquí huele fatal, hasta el punto de que me están entrando náuseas. Expulso aire y sacudo la mano delante de la cara, pues quiero alejar de mí la humedad y los malos olores. Sigo avanzando. Subiendo los escalones. Allá voy. Fiel a mi misión. A mi promesa. Los grafitis, como si fueran flechas, siguen marcándome el camino.

Al llegar a la cuarta planta veo algo. Hasta ahora, he visto planchas de metal separadas de las puertas que tapiaban, pero ésta está completamente arrancada. Me pregunto quién lo habrá hecho. Está doblada y tirada en el suelo. Veo una alfombra roja de pulcro aspecto en la entrada del pasillo. La luz de mi linterna, que sigue iluminando el pasillo, sólo llega hasta ahí. Ya deben de estar esperándome. Con todo el jaleo que he armado mientras subían, ya deben de saber que estoy cerca.

El pasillo está iluminado por una serie de pequeñas lámparas. Tienen un aire muy de los ochenta. Algunas de las pantallas están un poco quemadas, como las que se pueden encontrar en las tiendas benéficas o en los contenedores que están frente a los

bloques nuevos. La clase de objeto que nosotros ni siquiera nos tomaríamos la molestia de vender en eBay.

Su diseño de interiores. Con nuestros objetos viejos. Con nuestra basura.

Se me ocurre en este momento que a lo mejor aún están durmiendo. Puede que no sea demasiado tarde para batirse en retirada, para evitar la confrontación. Podría dar media vuelta, regresar prácticamente indemne, ducharme y olvidarme de todo esto. Pero no tengo intención de hacer tal cosa. Tengo asuntos que resolver.

Limpio la navaja con mi sudadera y me entran arcadas al percibir el olor a vete a saber qué de cuando la he clavado en el cemento y la materia, cerca de la rata que huía. Creo que están durmiendo. Me parece que los voy a tener que despertar.

Cuento seis puertas en hilera, todas ellas apenas entornadas. Parecen recién pintadas. Aquí está todo más limpio, no huele tan mal. Parece un lugar casi civilizado. Avanzo sigilosamente por el pasillo. Las lámparas parpadean a mi paso; oigo a lo lejos el ladrido de un perro y trato de no dar un respingo. Intento volver a calmarme recurriendo al método de la respiración. Intento no sucumbir al pánico. Me decido por la primera puerta, me parece lo más sensato. No quiero adentrarme demasiado y luego verme atrapada por ambos lados, especialmente si son muchos.

Me armo de valor y contengo la respiración durante un segundo; luego abro la puerta de una patada y entro corriendo. Está oscuro y no parece que haya nadie. Enciendo de nuevo la linterna e ilumino la habitación. Casi me llevo una decepción.

Un lavabo, pasta de dientes. Un cepillo de dientes dentro de una taza roja. Un espejo apoyado en la pared, sobre un escritorio toscamente tallado. Al otro lado, dos sacos de dormir sobre un lecho de revistas y cajas de cartón. Pilas y pilas de periódicos cubren el suelo de la habitación. Al volverme, tropiezo con una de las pilas. Me incorporo y vuelvo a colocar en su sitio los periódicos que he derribado. Siempre soy muy educada cuando voy a casa de alguien.

Salgo de la habitación y me dirijo a la siguiente puerta. La contemplo. Trato de imaginar qué coño se esconderá tras ella. El ser

medio hombre, medio humano, que acecha de noche tras los cubos de basura. Los «drogadictos desesperados» que sólo existen en mi imaginación. Con las jeringuillas imaginarias clavadas en sus brazos imaginarios mientras ellos salivan. Veo una galería de horrendas imágenes. De animales salvajes.

Respiro hondo, le doy una patada a la puerta y, cuando veo lo que tengo delante, empiezo a gritar. Un águila. Un águila toscamente disecada me observa fijamente desde el otro extremo de la habitación. Un águila real que a saber de dónde ha salido. Me cuesta imaginar que alguna vez haya estado viva, que haya existido de verdad.

Inspecciono el resto de la habitación con el minúsculo haz de luz de mi linterna. Esta habitación no se parece tanto a un hogar, pero está igualmente bien amueblada. A la derecha veo un tocadiscos y algunos discos antiguos. En el lavabo hay otro cepillo de dientes, pero también crema de afeitar y una cuchilla. Aquí, la plancha de metal ha desaparecido, sustituida por unas deshilachadas cortinas.

Veo cajas de madera en el suelo, que tal vez se utilicen como sillas. Huelo algo que parece gas y dirijo hacia la izquierda la linterna, hacia una vieja estufa eléctrica que rezuma líquido y suda sobre el cemento. Está apagada, por suerte. Tengo la sensación de que, si la pongo en marcha, los vapores que desprende podrían matar a cualquiera. De todos modos, no creo que la usen con este calor. El verano aún está aquí, en todo su esplendor.

Entonces, levanto un poco el haz de luz y descubro algo aún más extraño: una cocina bien equipada. Tostadora, sartén eléctrica, plancha eléctrica, cereales y otros productos alimenticios apilados en un rincón. Esto no es ninguna pesadilla. Es un hogar, o algo que se le parece.

Desplazo de nuevo el haz de luz y descubro un rostro. El rostro de un niño humano. Que me observa fijamente. Parece asustado, tendrá unos seis o siete años. Murmura algo, demasiado asustado como para moverse o gritar. Tiene el rostro contraído, las manos sucias. Me quedo inmóvil, incapaz de hablar. Luego me llevo una mano al pecho, murmuro «Dios» y empiezo a acercarme a él.

Justo en ese momento me suena el teléfono. Muevo rápidamente la mano para cogerlo, pero, antes de conseguirlo, algo me golpea con fuerza en la cabeza y enseguida me doy cuenta de que estoy sangrando.

Retrocedo tambaleándome, víctima de la sorpresa, y me vuelvo para ver qué es lo que se encuentra a mi espalda.



15 días antes de que ocurra.
Hora: sin determinar

HB – Sin determinar – Edificio Alaska – Cabeza afeitada – Grupo de dos – Agresivo – Las paredes sudan – 1,85 cm.

Lo veo. Algo más de metro ochenta. Vestido con chándal y armado con un trozo grande de ladrillo. La vista se me nubla mientras contemplo el perfil de su mandíbula, medio oculta bajo la capucha. Veo manchas de mi sangre en el ladrillo. Bueno, deduzco que es mi sangre. En algún lugar, detrás de mí, el niño chilla.

No chilla de miedo. Es más bien una especie de grito de guerra, cuyo objetivo es obligarme aún más a bajar la guardia. Y funciona. De repente, empiezo a pensar en mi madre. Lo siento muchísimo. La pobre tenía razón, de pequeña me comportaba demasiado a menudo como una «tonta» y ahora que he crecido, soy una «imbécil». ¿En qué estaría pensando para ponerme a merodear por aquí en plena noche y meter las narices en casa de los demás? ¿Qué es lo que pretendía conseguir? El tipo grandote que está delante de mí levanta el ladrillo por encima de la cabeza. Más y más alto.

No tardará en estrellármelo contra la cara, los cimientos de la cual no resistirán el impacto. Lo único que puedo hacer es esperar el golpe. Me tambaleo. Ya viene.

–Adelante. Acaba de una vez. ¡Hazlo! –grita una voz incorpórea.

El del ladrillo se interrumpe.

Coge aire, pero no le lleva mucho tiempo recobrarse. Su estatura me indica que no tiene miedo. Puede hacerlo, si de verdad quiere.

–¿A qué estás esperando? Acaba de una vez, hazlo ya. ¡Vamos!

A su espalda, el niño lanza otro grito salvaje y el tipo grandote sujeta el ladrillo con más fuerza.

–Deja eso, me cago en la puta. ¿Qué estás haciendo? ¡Déjalo de una vez!

La voz cambia de táctica. Ahora es dura y gutural, en plan peli de horror de los ochenta. Aguda, estridente, resuelta. Mi mente regresa a *Hellraiser*. A la niña poseída de *El exorcista*. A los gritos de *La matanza de Texas*. Es una voz que me aterroriza. Y sale de mí.

La sudadera con capucha se hincha y bajo ella veo un chaleco y unos brazos que se tensan. El tipo levanta de nuevo el ladrillo, dispuesto a atacar. Es fuerte. Mis bravuconadas no pueden detenerlo durante mucho tiempo. Se muestra impasible. Tal vez no sea la primera vez que mata a alguien. Gruñe y, sin el menor esfuerzo, estrella el ladrillo con todas sus fuerzas. Contra el suelo.

Se desliza por la habitación e impacta contra las paredes como una bala. Rebota justo al lado de mis espinillas y se estrella contra la pared que tengo detrás. El niño deja de llorar. Respiramos con dificultad. Los tres, en esta minúscula habitación. En la vivienda ocupada.

–¿Qué coño estáis haciendo aquí? –les grito, ahora con voz controlada, en tono de regañina. Como una madre.

–¿Que qué hacemos…? ¿Que qué…? ¡Es nuestra casa! ¿Qué estás haciendo tú aquí? –me grita, a su vez.

–No lo es… No podéis quedaros en un sitio como éste. No estáis a salvo –digo.

Soy incapaz de ir directamente al grano. El preámbulo suena abstracto.

–¿A salvo de qué? ¿De la gente como tú? –dice, en voz baja.

Echo un vistazo y contemplo este improvisado hogar en el que acabo de irrumpir. La intrusa soy yo. Ellos tienen comida, tienen aquí su vida, una vida no menos civilizada que la mía. Subir hasta aquí es una pesadilla, pero aquí dentro se las apañan lo mejor que pueden. Son una familia. Van limpios. Ropa deportiva, vaqueros; el más joven lleva el pijama un poco roto, pero todo lo demás está en buen estado. Yo, en cambio, estoy cubierta de sangre, cristales y porquerías varias. Tengo un aspecto aterrador. Yo soy el monstruo.

–¿Quieres el teléfono? Pues cógelo. Si es a eso a lo que has venido –dice.

Por un momento pienso que me lo va a clavar en el estómago o a metérmelo en la boca, pero dejo que ese pensamiento flote entre

ambos durante unos instantes. Lo miro. Esto es lo que me ha traído hasta aquí. El empujón que necesitaba para venir hasta aquí en busca de respuestas. ¿Adónde nos conducirá? Por lo menos, ya está sobre la mesa. La primera moneda de cambio. Un tema de conversación. ¿Por dónde empezar, pues?

–No he venido por eso. He venido a preguntarte por qué la has matado.

–Vete a la mierda, yo no la he matado. Yo no he hecho nada.

–Pero tienes su teléfono, ¿no? ¿Cómo es posible?

–Ella tampoco lo va a necesitar, ¿no? ¿Quién eres? ¡Me cago en la puta! –dice.

La tensión aumenta. Sigo siendo una intrusa, en su casa. Y eso no le gusta. Lo incomoda, lo cual es comprensible. Podría atacarme en cualquier momento.

–Entonces, lo hiciste antes de que llegara la policía. La multitud se dispersó, tú entraste, cogiste el teléfono, a lo mejor también la cartera o cualquier cosa que ella tuviera. O a lo mejor lo que querías era esconder pruebas, ¿no?

–Eh, eh. Que no fue así la cosa. Yo sólo quería el teléfono. Lo necesitaba.

–¿Para qué?

–Porque se me ha escacharrado el iPhone. ¿Tú qué crees?

–¿Y a qué cadáver le robaste el iPhone?

–¿Qué? Eh, que tengo contrato. Pero se me cayó y se rajó la pantalla. No he matado a nadie, ¿vale? Ni tampoco se lo he robado a nadie. Y ahora cierra el pico, que me estás poniendo de los nervios.

El niño suelta una risita. Esta situación parece ahora absolutamente ridícula, hasta para un niño. Se han dado cuenta de que no soy ningún monstruo y el mayor de los dos empieza a ablandarse un poco. El niño intenta volver a conciliar el sueño. Como si estuviera acostumbrado a esta clase de dramas. A los gritos en habitaciones y pasillos.

–¿Es tu hijo? –pregunto, envalentonada.

–Es mi hermano.

–¿Dónde están vuestros padres?

–Pues muertos, joder. Cuando murió mi padre, el Ayuntamiento quiso que nos trasladáramos a Reading, pero yo no quería irme allí, cambiar a mi hermano de colegio y toda esa mierda. Tengo un trabajo. Y amigos. Así que nos quedaremos aquí hasta el último minuto. No tengo ni idea de quién la mató, si es que crees que eso es lo que ocurrió. Pero te digo una cosa, no matan a nadie por un Nokia 8210.

Hago una mueca. Qué estúpida he sido al pensar que se ha tratado de un robo o un hurto. La gente está muy desesperada en este barrio, pero Jean no tenía nada y estoy convencida de que todo el mundo lo sabía. Tiene que haber otro motivo.

–Déjame que te diga una cosa –prosigue el chico–. Yo veo lo que pasa por aquí. A veces veía a esa mujer fuera, hablando por ese teléfono con el Ayuntamiento, despotricando de esto y de lo otro. Ella mandaba aquí. Menuda lengua tenía… Y te vi a ti salir de casa de la vieja.

–Soy…, soy médica, le estaba comprobando el pulso porque…

–No, no. De día no. De noche. Antes de que muriera. La noche en que se la cargaron. ¿Cómo sé que no la mataste tú? ¿Qué te parece si voy a contarle esa información a la policía?

Una pausa.

–¿Y que dirección de contacto le vas a dar a la policía? ¿Ésta?

Se pasa la lengua por los dientes y suspira. Está cansado de todo esto. Pero yo quiero intentarlo una vez más.

–Puedes quedarte el teléfono, yo no lo quiero. Tampoco le diré a nadie que estáis aquí. Pero quiero saber quién la mató –digo.

Suena un poco a amenaza, pero no tengo nada que la respalde.

–Oye, ¿cómo voy a saberlo? ¿Kanye? ¿El fantasma de Tupac? ¿El dalái Lama? Era muy vieja y la palmó.

–No lo creo. Alguien entró en su casa, no sé cómo, y la mató. Pero… ¿quién? Hazme alguna sugerencia.

–No lo sé. Oye, en estos edificios vive más gente, ¿vale? Pero no es que sea un club social. No se me ocurre ningún sospechoso. Ni siquiera conozco a la mayoría de los que viven aquí. ¿Tú sabes los nombres de todos tus vecinos?

Bajo la mirada. Es cierto, me ha pillado. No sé los nombres de mis vecinos, lo mismo que él tampoco conoce los de los suyos. Bueno, está Lowell. Los otros nombres me los he inventado. Mi fantasía de una comunidad de vecinos. Nombres cariñosos con los que he bautizado a algunas de esas personas. Y eso es todo.

–Vale, pues imagínate si encima tratas de pasar inadvertido. Tienes suerte de haberte tropezado con nosotros, porque algunos de los que viven aquí te habrían rajado por menos de esto. Así que te conviene largarte y no volver más. ¿Que a la vieja la mataron? Qué va. ¿Por qué iba a querer alguien matarla? ¿Para qué?

No digo nada. Porque aún no lo sé. Sacudo la cabeza de un lado a otro. Quiero salir de aquí y eso es exactamente lo que voy a hacer.

Me doy cuenta de que aún me cuesta respirar. Cojo mi bolsa y doy media vuelta. He corrido un riesgo enorme para nada. Olvídalo. Se acabó.



15 días antes de que ocurra.
Muy muy tarde

Ya casi he cruzado la puerta y estoy empezando a bajar la escalera cuando lo dice.

–¿Y sabes qué? ¡Dile a ese tipo que tampoco vuelva más por aquí! –grita.

Me detengo sobre mis pasos. No sé de qué habla, no tengo ni idea.

–¿A quién?

–Al tipo que vino la última vez, al que le rajé la puta mano porque andaba detrás de Nathan –dice, al tiempo que señala al niño, tras él.

Me paro a pensar. El silencio se alarga. Oigo el silbido del viento en torno al edificio.

–¿Quién? Escucha, ¿de quién hablas? No sé de nadie que haya venido aquí. ¿Quién es ese tío?

–No lo sé. Pero le hice un buen tajo en la mano. Puede que hasta le tocara el hueso. Era un tipo grande. ¿Te acuerdas de él, Nathe?

El muchacho arrastra los pies, incómodo, y baja la vista al suelo. Tiene una expresión alegre por naturaleza, pero ahora frunce el ceño. Finalmente levanta la cabeza y habla.

–Era rubio –dice, con la mirada clavada en el suelo todo el rato.

Me paro a reflexionar sobre esa información nueva. ¿Por qué iba a querer venir alguien aquí? Aparte de mí, claro.

–¿Recordáis algo más de él? –pregunto.

–No –dice el hermano mayor–. Ah…, bueno, venía de… eh… ¿Cómo se llama? Waterway. Todos los nombres me suenan igual. Sí, lo vi volver deprisa al bloque Waterway. Supongo que vive allí. Puto Waterway. Sangraba todo el rato. ¿Vale? Es hora de irse a la cama. Así que… Por favor.

Antes de irme, me dan ganas de preguntarle cómo se llama, desearle suerte y decirle que cuide de su familia. Que me parece un buen chico y que no debe perder la esperanza. Pero todo eso no es más que una sarta de tópicos y conjeturas. No tengo ni idea de quién es este chico. Pero, por su bien, espero que él y su hermano salgan adelante. Y espero que salgan adelante antes de que lleguen las excavadoras. Sin embargo, no necesitan ni mi ayuda ni compasión. Me incomoda un poco hacerlo, pero me meto la mano en el bolsillo y les ofrezco un billete de veinte libras, uno de diez y dos de cinco.

–Ya te lo puedes guardar –dice el chico–. No necesitamos nada de los que vivís al otro lado, tía.

Lo observo con dureza. Es tarde.

–Por favor, es sólo para disculparme por venir de visita a estas horas. Por favor.

Frunce el ceño, acepta los billetes a regañadientes y asiente. Es hora de irme.

Me paro junto a la puerta.

–Oye, ¿por qué me llamaste la otra noche, entonces? ¿Intentabas asustarme o qué?

–Ah, sí, lo siento. Nathe estaba toqueteando ese trasto. Se ve que le dio a la tecla de devolver llamada mientras jugaba a la serpiente. ¿A que sí, amiguito?

Nathan hace una mueca, coge el teléfono, abre su juego y sale al pasillo, chupándose un dedo.

–Lily. Me llamo Lily –digo.

Me observa con recelo. Se pasa la lengua por el labio superior. Piensa. No quiere revelarme demasiado. Tal vez yo no tendría que haberle revelado mi nombre. No sé absolutamente nada de este tipo.

–Puedes llamarme Chris.

Supongo que ése es su nombre, pues. Asiento, tratando de parecer dura, pero lo cierto es que no engaño a nadie. De repente, me siento cohibida. Sé que no se me da bien el papel de chica dura. Es como si las luces se encendieran al terminar la fiesta y yo me encontrara medio desnuda. Asiento de nuevo. Y me largo de allí.

Consigo bajar la escalera sin demasiados percances. Una vez fuera, saco mi cuaderno y anoto lo siguiente: «Pelo rubio, herida en la mano, hombre, metro ochenta por lo menos». Tengo una descripción. Algo es algo. Suficiente para salir a avistar una especie nueva.

Echo un vistazo al complejo de viviendas mientras me dirijo a la carretera. No tengo intención de volver, pero todo esto ya no me da miedo. Éste es mi complejo de viviendas y nadie puede hacer nada al respecto. Es mío. Y voy a encontrar a ese tipo. Y luego lo obligaré a dejar de joder a los vecinos de mi barrio. Pero antes voy a quitarme esta ropa empapada de meados. Y a darme una ducha.

Algo se me acerca desde lejos, por detrás. Me vuelvo a mirar, sacando pecho, irguiendo el cuerpo en lugar de encogerme. En estos últimos días, he aprendido alguna que otra cosilla.

Gruñe, jadea y se me acerca. *Terrence*. ¿Dónde has estado todo este tiempo, amiguito?

Observo sus oscuros ojos durante un segundo; luego lo agarro por el collar y nos vamos los dos a casa.



14 días antes de que ocurra. 19:00

Varios – Varios – Apartamentos Waterway – Varios – Varios – Durmiendo, escondiéndose, riendo, comiendo, cocinando, limpiando, llorando, leyendo, viendo películas, haciendo ejercicio – 16 grad – Todas las formas y tamaños.

Me tomo el día libre para mantener los ojos bien abiertos. Concentrada en Waterway. Me noto el culo un poco entumecido. Ayer también me pasé todo el día aquí sentada. Esperando algo. Tomando notas en mi cuaderno. Siendo cada vez más precisa. Títulos y subtítulos. Gráficos y tablas. Hojas de blanquísimo papel clavadas en las paredes. Mi profesor de arte estaría orgulloso de mí.

Investigo. Espero a que mi hombre se deje ver.

Aiden me dijo que era buena idea lo de no ir a trabajar, porque «parecía un poco cansada» y «olía un poco raro». Pero no tiene ni idea de lo que estuve haciendo la otra noche. Y lo más probable es que tampoco quiera saberlo. Que ni siquiera le interese. En estos momentos lo noto muy distante y me pregunto si es que no se preocupa por mí. Tiene sus propias historias y se concentra en ellas. No tiene tiempo; el tiempo es un bien muy escaso.

Y se nos está escapando a todos. A cada hora que pasa, encontrar al asesino de Jean resulta estadísticamente menos probable.

Ni siquiera parpadeó cuando le conté que estaba cuidando el perro de una compañera de trabajo durante unos días. Y eso que sabe que desde hace tiempo ya no tengo ningún amigo en el trabajo. Y las normas del bloque en cuanto a la tenencia de animales son bastante vagas, aunque tienden más bien hacia un «esto… no, gracias». Ni siquiera se ha parado a pensar en el hecho de que *Terrence* apareciera misteriosamente una noche, así de repente. Ni en el hecho de que no me gustan los perros. Tiene la mente en otro lado. En los espías y el espionaje. En la política de la década de los

ochenta y en los secretos de la Guerra Fría. En pajaritas que ocultan cámaras y gemelos que esconden bombas. Hiberna dentro de su propia mente y se dedica a juguetear con las llaves. Tap tap tap tap, clin clin clin, tap tap tap tap, tap tap tap.

Hoy me he aventurado a salir hasta la tienda de la esquina para comprar comida: leche, cereales, latas de conserva, pan de pita, el siempre útil papel higiénico, sopa de zanahorias, zumo de granada, verduras varias y mis tres tipos preferidos de galletas. Artículos indispensables para refugiarme durante un tiempo. A la vuelta, justo delante del edificio, he visto a Lowell. Bajaba por la acera. Volvía corriendo a casa después de su excursión de mediodía al muro de escalada. Y, para probarlo ante cualquiera que lo estuviera mirando, aún llevaba puestos los guantes. A veces trabaja desde su casa. Lo he saludado con la mano y él me ha devuelto el saludo. A medida que se iba acercando, he tenido la sensación de que cojeaba un poco. Y eso me ha puesto nerviosa.

–Hola, Lil. ¿Qué tal? Creo que me ha dado un tirón o algo. Me parece que me he pasado un poco.

Mis peores miedos se confirman.

–Ah, ya me parecía que te pasaba algo. Bueno, en fin, me tengo que ir.

–Perdona, Lil, pero… ¿no decía no sé quién que eras enfermera o algo así?

Eso era precisamente lo que intentaba evitar. El juego del teléfono es muy rápido.

–Médica, en realidad. Pero eso era antes. Me… formé. Durante un… año o así. Pero luego lo dejé. Por el rollo ese de… los estudios de mercado. Ahora mismo, podrías estar hablando con la doctora Gullick. Imagínate. Ja, ja.

Por lo menos, ha sonado mínimamente verosímil.

–¿Te importaría echarme un vistazo? No quisiera molestarte.

La cosa se complicaba cada vez más.

–Claro. ¿Dónde te duele?

Él me lo ha señalado y he asentido. Me he inclinado para apoyarle una mano en el muslo. A plena luz. Se lo he sujetado con fuerza y luego se lo he apretado. He subido un poquito la mano. Por

debajo de sus pantalones cortos. He respirado hondo y he fingido pensar. Luego he levantado la mirada, como si el cielo pudiera ofrecerme la respuesta.

–¿Cómo la notas? –le he preguntado, percibiendo el vello de su pierna bajo la palma de la mano.

–Tensa –ha dicho él, al tiempo que hacía una mueca.

Me he puesto a tararear para mis adentros, como si aceptara alguna teoría imaginaria que yo misma he inventado. El músculo del muslo es grande. Puede que uno de los más grandes del cuerpo. No lo sé. Se lo he acariciado con la mano, hacia arriba y hacia abajo, como si buscara algo. Y entonces he pensado que tenía que largarme de allí, que Aiden podría estar viéndome. No quiero que piense que me estoy tomando en serio esto de la medicina. La puerta del edificio estaba justo al lado.

Le he dado un golpecito en la pierna, sin motivo alguno, y luego he levantado la mirada. A él se le han encogido casi imperceptiblemente las pupilas.

–Ponte hielo. Una bolsa de guisantes congelados o lo que sea. Mucho hielo. Ponte todo el hielo que puedas. Me voy corriendo.

Y he echado a correr antes de que pudiera decir nada. No quería estar fuera, en la calle. Tengo que dejar de hacerlo. Mientras subía la escalera, me ha caído de la cabeza una gota de sudor. Ni siquiera me había dado cuenta de que estaba sudando. He regresado de inmediato a mi observatorio y he respirado hondo. He examinado mis papeles. Mi investigación. Mis descubrimientos.

Ahora tengo una especie de parrilla. El bloque Waterway consta de treinta y siete pisos, todos ellos con preciosos balcones que dan al embalse, ya sea de frente o de lado. Nueve pisos en cada una de las cuatro primeras plantas, más el ático de la última planta. Gracias a la posición estratégica que ocupo junto a la ventana del dormitorio –acodada sobre la moqueta y con las cortinas bajadas para que no me descubran–, ni uno solo de esos pisos escapa a mi mirada.

Es decir, siempre que tengan las cortinas subidas, cosa que ocurre en la mayoría de los pisos. He ido a la agencia inmobiliaria de la obra y he deducido que los pisos tres, veintidós y veinticinco están vacíos y a la venta. Gracias a una incómoda conversación con el

conserje, durante la cual él me observaba con cautela como si tratara de averiguar para qué necesitaba yo la información, he descubierto que los pisos uno, nueve, diez, doce, dieciséis y treinta están vendidos, pero vacíos. Los marcaré en mi parrilla con la abreviatura «Va». La otra abreviatura que utilizo («SA») significa «Sin Avistamiento». Por ejemplo, en esos pisos en los que la cortina está subida y he podido ver el apartamento en sí, pero a nadie en su interior. De momento.

Pensando pensando, se me ha ocurrido soltar lo de «comprar otro» y «me interesa saber más acerca de la gente que vive en el edificio». Y así es como he conseguido sacarle la información al conserje. Vamos, como si yo pudiera permitirme comprar otro de estos pisos. Por favor.

Añado los datos nuevos a mi hoja de cálculo. Todo esto podría no servir de nada, claro está, en el caso de que el asesino ya se haya largado. Por ejemplo, en un avión con destino a algún país de clima paradisíaco.

Pero, de momento, esto es todo lo que tengo. Todos ecesitamos un proyecto y yo más que la mayoría. *Terrence* se lame los labios y apoya la cabeza en mi regazo mientras yo dibujo la parrilla:

1 Hannay	2 CORTINA	3 (SA)	4 Rebecca	5 CORTINA	6 Anthony	7 Va	8 Marnie+
9 Va	10 Va	11 CORTINA	12 Va	13 (SA)	14 Kim	15 Iris y Gil	16 Va
17 Julie y Paul	18 CORTINA	19 T y M	20 (SA)	21 Janet y Tippi	22 VEV	23 Ingrid	24 David K
25 VEV	26 (SA)	27 Joseph	28 (SA)	29 James y Stew	30 Va	31 Jonny y Lina	32 (SA)
33 los Smith	34 (SA)	35 CORT	36 Familia del este de Asia	37 Gregory			

A partir de ahora voy a entrar en detalles, así que ánimo y consulta la parilla cuando lo necesites. Necesito tus reflexiones sobre el tema, de modo que más te vale prestar atención. Pero… ¡advertencia de *spoiler*! No es necesario que recuerdes todos los nombres. Aún no los he descartado. No te preocupes. Deja que todo esto te acaricie como una suave brisa. Tú mantén la calma y ánimos. Bien, vamos allá.

Tras varios avistamientos documentados a lo largo de las semanas previas, estoy bastante segura de que Joseph, Hannay, Ingrid, David Kentley, Kim, Anthony, Rebecca y Gregory viven solos. No sé por qué, pero pensaba que habría más parejas en los bloques, hubiera apostado que esa sería la población predominante. Pero los «profesionales solteros», según me dijo el conserje, «abundan» en los edificios nuevos y eso queda claramente demostrado por los descubrimientos que ves aquí.

Se trata además de una población demasiado joven para tener hijos lo bastante mayores como para encajar con la descripción del asesino. Cuarenta y ocho años es, según mis cálculos, la edad más alta; Anthony es el más joven: creo que se trata de un estudiante de diecinueve años, procedente de una familia acomodada. Los Smith son una pareja de japoneses con estudios de posgrado, probablemente ambos en el campo de la medicina.

También estaré atenta a posibles novios, novias y similares, aunque me parece bastante cutre eso de cometer un asesinato cuando te quedas a dormir en casa de alguien. Es raro que alguien se sienta tan cómodo como para llegar a ese punto. Yo tardé unos ocho meses en atreverme a dejar un cepillo de dientes y unas zapatillas en el anterior piso de Aiden.

A Marnie, como habrás comprobado, le he puesto un + al lado, pues es un avistamiento reciente y me parece que podría haber una pareja por ahí. Me doy otros tres días para observar su comportamiento antes de archivar esa posibilidad en la categoría de «improbable». Todo esto significa que estoy a punto de eliminar la opción de que nuestro culpable sea algún extra.

Puesto que he conseguido que en la inmobiliaria de la zona me faciliten los planos de las distintas plantas, siempre con el pretexto

de «estar pensando en comprar otro apartamento», puedo confirmar que los sujetos solteros viven en apartamentos de una sola habitación, lo que me lleva a descartar la posible existencia de compañeros de piso raramente avistados. Es sorprendente la cantidad de información que se puede obtener fácilmente gracias a lo mucho que se esfuerzan por vender estos pisos.

Así pues, nos quedan cinco personas que aún no han subido las cortinas. Cinco personas muy reservadas o que están disfrutando de unas afortunadas vacaciones. He visto bastantes desnudos integrales en los otros pisos, ya que la fachada es básicamente de cristal, así que no hay que descartar la posibilidad de que esas cinco personas deseen proteger su intimidad o bien no «exponerse» literalmente a las miradas de los vecinos. Además, acaba de terminar el fin de semana, de modo que tampoco descarto breves escapadas a la costa o al extranjero.

Por otro lado, cuento siete «no avistamientos». Espero que el tema de las vacaciones o los posibles «viajes de trabajo» acaben por resolver esos «no avistamientos». Necesito cuanto antes que esos pocos gusanos que quedan asomen de la madera y me permitan rellenar los huecos de mi parrilla.

Así pues…, ¿qué tal si vamos al grano y empezamos ese simpático juego de «Quién es quién» para descubrir al asesino de la ancianita?

«Hombre, alto, pelo rubio, cicatriz en la mano».

Si dejamos de lado a las mujeres, que no cumplen el primer criterio por el simple hecho de no poseer el problemático cromosoma Y nos quedan once hombres, ya que las mujeres suman doce de un total de veintitrés habitantes.

Gregory, Tony y el señor Smith son más bien bajos: metro setenta y cinco o menos, así que podemos descartarlos de inmediato.

Recuerda que el chaval lo describió como un tipo grandote. Hannay es el mayor de todos, tendrá unos cincuenta años (divorciado, probablemente). De haber sido él, tanto Nathan como su hermano hubieran comentado el tema de la edad, sin duda, aunque eso es discutible. Si bien es rubio, también es delgado, de

modo que si con «tipo grandote» se referían a fornido, eso descartaría a Hannay.

Por otro lado, y aquí nos acercamos ya al meollo de la cuestión, en circunstancias normales no puede considerarse que Anthony, James, Stewart o Paul sean rubios.

Por tanto, sólo nos quedan Joseph, David Kentley y Jonny.

Jonny es un tipo fornido. En una noche de juerga, podría alzarte en vilo y lanzarte por encima del hombro, protestaras lo que protestaras. Además, merodea por su minúsculo piso como una fiera enjaulada. Cierra a lo bestia la puerta de la nevera y, cuando habla por Skype, se le ve muy decidido. No es que su técnica agresiva a la hora de utilizar Skype encaje con el perfil ideal de un asesino, pero en esta fase de la investigación debemos considerar todo aquello que pueda resultarnos de ayuda. El problema que presenta Jonny es que, técnicamente, no es rubio, sino más bien pelirrojo. Pero son muy pocas las personas cuyo pelo definiría como «rubio Jason Donovan en 1989», por lo que pienso que es necesario ampliar la búsqueda hasta los pelirrojos, teniendo en cuenta que era noche cerrada y que el encuentro fue más bien breve.

David Kentley tiene el pelo claro. Es un poquito delgado y un pelín afeminado, pero eso no descarta la posibilidad de que sea un asesino. ¿Alguien ha oído hablar de Norman Bates? Kentley es un tipo meticuloso donde los haya, sibarita y solitario. Sin duda, lo que más le gusta es recogerse temprano, tomarse una infusión de hierbas y degustar alguna receta de Ottolenghi. Anoche, hasta vio una película de terror, uno de esos soporíferos *remakes* de Hollywood. Lo cual, en mi opinión, no dice precisamente mucho en favor de sus gustos. ¿Puede estar mentalmente enfermo?

Y luego está Joseph. He anotado pocos avistamientos de Joseph en su hábitat natural. Y sólo uno, aunque muy nítido, de él haciendo sentadillas. ¡Fue, de hecho, mi primer avistamiento de verdad! También sale a correr por el barrio con bastante frecuencia, y todos los fines de semana, a las 06:45, lava meticulosamente su bicicleta de carreras con el agua de la fuente. Eso le ha supuesto alguna que otra discusión con el excesivamente quisquilloso conserje. Sin embargo, Joseph siempre salva la situación con su buen humor, cosa

que hay que considerar como un triunfo personal en estos tiempos que corren. Estos tiempos en que el jaleo de la hora punta parece estar alcanzando cotas insospechadas. Estos tiempos en que te tropiezas con un desconocido en la línea Piccadilly y te lanza una mirada asesina, como si quisiera descuartizarte. La nuestra es una generación de gente enfadada. Puede que seamos demasiados en esta ciudad.

Los chicos dijeron que el ataque tuvo lugar hace un par de semanas y que le hicieron un corte profundo en la mano, así que lo que me toca ahora es fijarme bien en sus manos. Cosa en absoluto imposible, con estos prismáticos y a esta distancia. De hecho, por desgracia ya le he examinado las manos a David Kentley mientras se preparaba una ensalada y debo decir que las tenía en perfecto estado. Lo cual, creo yo, significa que podemos prescindir de él a efectos de esta investigación.

Joseph y Jonny, sin embargo, han demostrado ser más escurridizos, de modo que voy a quedarme aquí esta noche con el único propósito de rellenar los otros huecos de esta parrilla y contemplar con más atención las manos de esos dos tipos.

Terrence se despereza y se va a dar una vueltecita por la casa.

–¿Puedes ponerle la comida, Aid? –gritó, dirigiéndome a Aiden.

Pero no hay respuesta. Tendré que hacerlo yo misma. Me dirijo a la cocina y le doy a *Terrence* las mismas galletas secas que vi en los armarios de Jean. Las venden aquí mismo, en la tienda que está al lado del café. Contemplo su adorable carita, su expresión bobalicona.

–¿Qué le ha pasado a tu mamá, eh? ¿Qué le ha pasado?

Terrence resopla y regresa corriendo al dormitorio.

Me empieza a vibrar el móvil. Un mensaje de texto. Quisiera que me dejaran en paz. Es de Phil. Como si no tuviera bastante con tus mensajes, en los que me amenazas con presentarte aquí sin que nadie te invite. Ahora tengo otro acosador telefónico. No tendría que haberle dado mi número, porque el tipo va y lo usa. Me envía mensajes graciosos, como si fuéramos amigos íntimos. Con emojis y esas cosas. Pero no, no es de él. Es de Jean.

Me encojo. Al parecer, me estoy convirtiendo en una persona muy nerviosa. A estas alturas, sin embargo, no debería sorprenderme, pues la actividad de la anciana en lo que a las telecomunicaciones respecta ha incrementado desde su muerte. Impresionante. Aquí está otra vez. Se niega a marcharse, al parecer.

Quinta parte:
Pajareando



13 días antes de que ocurra. 08:30

No tendría que haber permitido que se quedaran el maldito teléfono, pero yo no lo quería. Ni a ellos ni a mí nos seducía mucho la idea de entregárselo a la policía, porque eso supondría tener que dar demasiadas explicaciones. Y tampoco me apetecía destruirlo porque eso, precisamente, sería lo que haría alguien que se sintiera culpable. Alguien que tuviera algo que esconder. Y no quiero empezar a dar esa sensación.

El Nokia 8210 de Jean ofrecía muy pocas pistas. Al introducir mi número en la agenda, me di cuenta de que sólo tenía otros tres contactos. Que eran los siguientes:

GAS

COMPAÑÍA ELÉCTRICA

CABRONES (AYUNTAMIENTO)

Me pregunto cómo contactaban con ella sus familiares, si es que lo hacían alguna vez. En el historial de llamadas sólo aparecían llamadas de esos tres números y, por otro lado, Jean era la clase de mujer para la cual eso de enviar mensajes era obra del diablo.

Tenía un mensaje no leído de la compañía de gas. Lo abrí. Bueno, supongo que soy una metomentodo. Le pedían que configurara un «sistema de facturación *on line*». Era del año 2013. A buen puerto iban por leña… Dudo mucho que Jean se tomara la molestia de sumarse a la era de Internet. Todo eso lo descubrí en apenas unos segundos, sin que ella se diera cuenta, pero en fin, yo soy así. Siempre he sido así. Me fijo en las cosas y descubro mucha información. En realidad, todos lo hacemos: nos formamos un montón de opiniones rápidas sobre los demás en cuanto los conocemos. Y de algunas de esas opiniones, ni siquiera somos conscientes.

Un neurocientífico descubrió no hace mucho que en realidad sólo somos conscientes del dos por ciento de la información que nuestro

cuerpo y nuestro cerebro utilizan para reaccionar ante una situación nueva. Un millón de formas de sobrevivir acerca de las cuales nunca sabremos nada. No es que quiera dármelas de lista, pero me considero bastante más informada que la mayoría de las personas. De hecho, en el colegio era famosa por ello. «La Estadísticas», me llamaban los otros chicos, porque si alguien mencionaba algo en clase, yo lo recordaba con toda exactitud. Incluso por fecha. Era capaz de decir exactamente, muchos meses después, cuántas veces había utilizado el señor Baker las palabras «refugio Anderson» durante la primera clase de historia del semestre. Creo que fueron catorce.

Soy una especie de catálogo de información inútil. Un disco duro de estadísticas y datos antiguos que no hay manera de tirar a la papelera. Creo que ése es el motivo de que me gusten los pájaros. Veo sus rasgos característicos, los asimilo al instante y ya no se me olvidan. Pasan a ser míos, en cierta manera. Detalles hermosos, grabados en la memoria, míos para siempre. Así que ni se te ocurra dejarme tu teléfono ni siquiera un segundo, porque a saber qué secretos podría descubrir en él.

Los chicos tienen mi número. Eso ha sido una estupidez, les he dejado la puerta abierta y ni siquiera los conozco. No sé si pueden resultar peligrosos o algo así. Ahora son ellos quienes llevan la batuta; no quiero verme arrastrada por sus caprichos. Tengo cosas que hacer. Supongo que es mejor que le den un buen uso a lo que queda de los mensajes prepagados de Jean, pero me asalta una sensación inquietante cada vez que veo su número. Ese icono, el misterioso sobrecito electrónico, me observa con aire amenazador. Por mucho que sepa que son ellos. Abro el mensaje y lo leo.

«Mañana. Café Z. 08:30. Thompson», dice.

No sé si están tratando de ayudar o si lo que ocurre es que necesitan algo, pero creo que tengo que ir y encontrarme con ellos. Se lo debo. Además, es un lugar público, no creo que intenten nada raro. Lo único que sé de esos chicos es lo que Jean dijo: que me mantuviera alejada de todo el que se escondiera en esos edificios. Pero siento curiosidad, no puedo evitarlo. Así que a las ocho y media

bajo apresuradamente, paso por delante de la fuente, llego al café-tienda y entro.

No los veo por ningún lado, así que le pido un café con leche al simpático griego que regenta el local y me siento al fondo. La camarera polaca, que siempre luce una expresión de perplejidad, deja bruscamente sobre la mesa mi taza y la galletita de regalo. En un rincón, un grupito de chavales escucha en sus *smartphones* música *hip hop* que suena algo distorsionada. Uno de ellos tiene un Hoverboard, aunque no es como los monopatines voladores que me prometieron que existirían algún día. Éste se desliza por el suelo con la misma velocidad que un salvaescaleras defectuoso de Stannah. El chaval, sin embargo, parece lo bastante satisfecho como para hacer el tonto por el abarrotado café montado en su trasto. Sus amiguitos lo animan. La camarera perpleja ya les ha pedido muchas veces que apaguen el trasto; la última de ellas, ha recibido como respuesta un inequívoco «vete a cagar». Estos chavales no son como los que he conocido en el edificio ocupado. Estos chavales son malos.

Digo chavales, aunque en realidad tendrán veintipocos años. A saber a qué dedican el tiempo. No parece que formen parte de la población activa. No veo entre ellos ningún consultor de gestión, ni tampoco ningún cartero. Esos chándales grises que lucen, que recuerdan a los bodis de bebé, les garantizan al parecer la eterna juventud. Bum bum bum da bum. Sus teléfonos emiten música a todo volumen.

Me fijo en los otros tres clientes que se encuentran en la zona principal del restaurante, mientras espero ansiosamente, con una sensación de incomodidad. Es el papel que he representado con más frecuencia desde que empezó todo esto. Un modernillo bebe su zumo de frutas totalmente absorto en su portátil, como si se dispusiera a entrar en él y nadar en su interior, si es que eso es posible y permisible. Una pareja con pinta de practicar yoga desayuna en silencio: están la mar de tranquilos los dos y parecen tener la mente a mil kilómetros de aquí, en alguna playa del Lejano Oriente.

El último es un tipo algo mayor que se inclina sobre mí y muy amablemente me permite oler su aliento rancio. No aparta el rostro,

lo cual me resultaría amenazador si no fuera por su aspecto frágil. A pesar de su edad, va vestido a la moda, aunque no me queda claro si es fortuito o deliberado. Puede que se haya sumado recientemente a la moda, por casualidad. Tiene un rostro de facciones angulosas y lleva las mangas de su americana azul de rayas subidas hasta los codos.

–¿Sí? –le digo.

–¿Eres tú la mujer que anda haciendo preguntas por ahí?

–¿Quién quiere saberlo?

Me delato de inmediato, lo cual no era mi intención.

–Bien. He estado charlando con los chicos. En el edificio Alaska. Me han dicho que estás investigando un poco después de que Jean la palmara.

–Vale, digamos que soy yo. ¿Qué quiere?

–Sólo pasarte un poco de información, guapa, aunque a lo mejor puedo ayudar. Estuve hablando con ellos. Anoche. Les pedí que me pusieran en contacto contigo cuando me enteré de que andabas… haciendo preguntas por ahí –gruñe, bajando la voz hasta convertirla en un susurro.

–¿Y por qué… por qué lo considera usted necesario, señor… Thompson?

Es el nombre que aparecía en el mensaje.

–Así me llamo.

Sonríe, tratando de parecer una persona de fiar. Nos observamos mutuamente. Los demás clientes siguen absortos en su mundo.

–Verás, guapa, resulta que yo vivo justo encima de Jean. Ahí mismo. Bingo.

Señala el número cincuenta y uno. No sé hasta qué punto puedo confiar en él, pero decido escucharlo. ¿Qué daño puede hacerme eso? Él prosigue:

–Estaba hablando con los chicos sobre el jaleo que armaste con ellos la otra noche… y creo que era a mí a quien buscabas.

Un escalofrío me recorre el cuerpo. No estoy preparada para conocer al asesino. Emito unos cuantos sonidos, hasta que recuerdo que me encuentro en un espacio público.

–Entonces usted… –digo, pero las palabras «la mató» se me atascan en la boca y se niegan a salir.

–Ah, no. No, no. Disculpa, guapa, pero no, yo no me la cargué. Ja. No, no –dice ingenuamente. Se sorbe la nariz, sin dejar de reír. Parece que le ha hecho mucha gracia. Finalmente, prosigue–. Pero vi al que lo hizo. ¿Quieres saber más?

–Sí. Sí, de acuerdo. ¿Qué quiere usted? ¿Dinero?

–No, guapa, nada de eso. Sólo estoy cumpliendo con mi deber como ciudadano, ¿no?

Soy toda oídos. Estaba empezando a pensar que todo esto no era más que una fantasía descabellada. Que me había lanzado de cabeza a la piscina. Y, en los momentos de debilidad, empezaba a creer que lo que hacía no tenía sentido, que nadie me lo había pedido, que era una temeridad. Me gustaría oírle decir a alguien que no soy tan patética.

–Creo que lo hizo quien dicen los chicos. El tipo… eh… grandote. Vi a ese mismo tipo salir del piso de Jean.

–¿Pelo rubio?

–Sí. Eso mismo. Ése es el tipo.

Un segundo. Me lo quedo mirando. Si lo que dice es cierto, me empiezo a formar una idea.

–El mismo tipo que atacó a los chicos. ¿Tenía una… cicatriz en la mano?

–Eso ya no lo sé. No me acerqué tanto a él. No me atreví. Pero tiene un aire muy raro. Merodea por ahí. ¿Sabes qué quiero decir?

En realidad, no lo sé. Pero esto es justamente lo que quería oír. ¿De verdad es cierto? ¿Me está proporcionando exactamente lo que busco? Y si no busca dinero… ¿qué es lo que quiere a cambio? No sé muy bien si el hecho de que haya rechazado el dinero me inspira confianza o no. Me coge la mano, por encima de la mesa, y sigue hablando. Me observa fijamente con sus apagados ojos verdes. Le tiemblan un poco los labios. Es de esas personas que producen demasiada saliva, así que de vez en cuando se sorbe la que se le acumula en las comisuras de los labios.

–Más de metro ochenta. Pelo rubio. Y siempre vuelve a ese bloque. El…, esto…, el…, a ver…

–¿Apartamentos Waterway?

–No. No, no es ése.

–¿No es ése?

Mierda. Si lo que dice es cierto, no me va a quedar más remedio que volver a empezar. Eso si es que puedo fiarme de él, claro.

–¿Cómo se llama el bloque que está enfrente de los apartamentos Riverview?

–Apartamentos Waterway. Se lo prometo. Así es como se llama.

–No. No, se llama así. Ah, espera. Puede que…

Coge aire y levanta los dedos, como si estuviera dirigiendo una orquesta imaginaria, como si quisiera buscarle sentido a algo. Cambia de postura en su silla, se sujeta la cabeza, cierra los ojos y, por último, chasquea los dedos. Luego grita, entusiasmado, como si estuviera experimentando un efecto eureka en el transcurso de una investigación científica sobre la materia oscura.

–¡Sí! ¡Eso es! Waterway. Perdona, guapa. ¡Eso es!

Respiro de nuevo, vuelvo a estar en el buen camino. Lo sabía, lo presentía. Me dan ganas de abrazarlo, pero no tengo claro que deba acercarme tanto a él.

–Sí –prosigue–. Oí un ruido, supongo que el tipo entró por la ventana trasera de Jean. No mucho después, tuvo el descaro de salir por la puerta. Si confiara en los polis ni que fuera un poco, o ellos confiaran en mí, eso es lo que les diría, palabra de *boy scout.* Luego lo vi alejarse tan tranquilo hacia su bloque. Mira lo que te voy a decir, diría que no pasaron más de cinco minutos desde que entró hasta que salió. No se entretuvo. Parece mentira que todo sucediera tan rápido, ¿verdad? Sabía muy bien lo que tenía que hacer. Y lo hizo. Nada de dramas. Hay que ver, las cosas que hacen algunos hoy en día. ¿Y por qué? No sé. Difícil de creer, ¿verdad?

Pero yo sí lo creía. Ahora me cae mejor este tipo. Es muy campechano.

–Bueno, guapa, no me gusta tener que pedirlo, pero pensándolo mejor… ¿no tendrías un billete de diez que, la verdad, me iría de perlas?

Mirada de perro apaleado. Con ciertas reservas, se lo doy. Deseando sinceramente que todo esto no haya sido sólo por el

dinero. Que todo lo que ha dicho sea cierto.

Bum bum bum da bum. La música del grupito sube de volumen justo cuando me pongo en pie para marcharme. Sin pensar, me desvío un poco de mi camino y me acerco hasta ellos.

No sé muy bien qué me propongo. Los chavales me miran y yo les devuelvo la mirada.

–Bueno, ¿qué coño quieres? ¿Quién te ha dado vela en este entierro?

Puede que me sienta envalentonada por la noticia que acabo de recibir. Puede que sólo haya hablado con brusquedad, pero luego hago algo que incluso a mí me parece extraño. Algo que podría situarse en algún punto del diagrama de Venn de la valentía y la estupidez. Echo un pie hacia atrás y, de una patada, aparto la silla en la que está sentado el chaval del Hoverboard. Se cae al suelo de culo y yo experimento una sensación de lo más satisfactoria.

Tengo los puños apretados y estoy gritando, señalándolos uno a uno. Doy patadas al suelo, les leo la cartilla. Ellos están tan perplejos que ni siquiera se mueven cuando descargo un puñetazo en la mesa, junto a uno de los chavales, y doy un paso hacia otro de ellos. Me inclino sobre él, lo miro de arriba abajo, cojo aire y sigo gritando. Gruñéndole a la cara.

Me observo a mí misma. Me parece increíble que sea yo la que se está comportando así. Apenas oigo mis propias palabras. Es como si estuviera junto a mí misma, contemplándome asombrada. ¿De quién es esa voz y de dónde sale? Dos de los chavales cogen sus mochilas y se largan. Y, sin embargo, eso no me satisface. Sigo acosándolos. No es una actitud muy heroica. Más bien debo de parecer un animal salvaje. Grito y gruño, hecha una furia. Empleándome a fondo.

Las personas cambian. Y yo me estoy convirtiendo en una persona muy rara.



12 días antes de que ocurra. 16:00

ZA – *Turdus iliacus* – Barrio pobre del centro – Buena vis, brisa ligera, 16 grad – Grupo de dos – Coloración saludable, marcadas pintas oscuras sobre pecho blanco, macho – 14 cm aprox. – Tímido, inquieto.

Los zorzales alirrojos llegan pronto. Muy pronto. Por las mañanas amanece más tarde y las noches son algo más frías, pero no esperaba ver ninguno por lo menos hasta principios de noviembre.

Y, sin embargo, ahí está. El noble zorzal alirrojo. Un auténtico tordo. Que me está observando. No puede estarse quieto. Se siente fuera de lugar, sin duda. Expuesto. Posado en un árbol. Parece bastante nervioso. ¿Se habrá perdido? Sabe que lo estoy observando. Eso creo, al menos. Lo sabe. Sabe que estoy muy cerca.

No he pegado golpe durante los últimos quince minutos. Estoy convencida de que se han dado cuenta. A lo mejor estoy de huelga, aún no lo he decidido. Pero tengo los brazos cruzados y me he reclinado en mi silla. Contemplo descaradamente cómo pasa la vida. Y me importa una mierda.

Contemplo los juegos de luz entre las hojas. Observo a los zorzales alirrojos. A través de una ventana que raramente utilizo.

Me pregunto si llevo diez minutos con la mano levantada. Estoy a muchos kilómetros de aquí. Me pregunto qué está haciendo mi cuerpo. ¿Tú también piensas alguna vez en esas cosas o sólo lo hago yo? Retrocedes un instante. Te vuelves hiperconsciente de tu propio cuerpo. Sales de tu propia mente y piensas cosas que no vienen a cuento.

Por ejemplo, si yo me levantara ahora, volcara mi mesa e hiciera una pedorreta, ¿alguien reaccionaría? ¿O seguirían trabajando como si nada? Si cogiera unas tijeras y se las tirara a Deborah, mi jefa,

ahora mismo… ¿se quitaría la blusa y empezaría una pelea conmigo? ¿Y si de repente me pusiera a murmurar «maaaaaaaaa» en un tono monótono hasta quedarme sin aliento, y luego volviera a empezar y siguiera así durante una hora? ¿Qué harían los demás?

¿Piensas alguna vez en cosas parecidas? A lo mejor sólo lo hago yo. Sólo lo hago yo, ¿verdad? Ah, qué aburrida estoy. Quiero volver a mi piso. Seguir observando, para tratar de encontrar a ese tío. Y, sin embargo, me limito a seguir sentada. Aquí.

Vuelvo la mirada hacia Phil. Dijo que me había estado observando. En el metro. Aquella vez. Así que ahora me toca a mí, ahora voy a ser yo quien lo observe con atención. Para tratar de entenderlo. Eso se me da bien. Entender a las personas. O creo que se me da bien.

El labio inferior le cuelga un poco. No es que le sobresalga la mandíbula inferior ni nada, es algo que hace cuando está concentrado. Resopla. Se rasca la nariz. Tuerce el morro y arruga el entrecejo mientras teclea en su ordenador, absorto. Hoy está haciendo un pedido de artículos de papelería.

–¿Alguien quiere algo de papelería? –preguntó hace un rato.

–¿Una bolsa grande de chocolatinas Mars? –dijo una voz.

Se oyó una risa aislada en algún rincón.

Seguida únicamente por el tap tap tap de un portátil cercano.

–No, de papelería –dijo él.

Y el reloj siguió avanzando.

Sí, hoy tiene que hacer un pedido de artículos de papelería. Pero más bien da la sensación de que está levantando un cortafuegos para proteger los secretos gubernamentales. Está tratando de irradiar una importancia y una trascendencia definitivas, pero no funciona.

Desplaza de nuevo su silla y se sube las gafas. De sencilla montura negra. Luego levanta la mirada. Y me ve observándolo. Y se queda inmóvil. Yo observándolo mientras él me observa a mí observándolo. Con rostro inexpresivo. Imponente. Se me da bien observar y mostrarme impasible a la vez. Es algo que practiqué durante buena parte de mi juventud. Pero él también lo hace muy bien. Me doy cuenta de que está pensando en si debe sonreír o no.

Está telegrafiado en el espacio que separa los pómulos de los ojos. Pero no lo hace. Más bien da la sensación de que intenta intimidarme. En el trabajo.

Normalmente, las personas no se miran. No a los ojos, por lo menos. Y, desde luego, no de esta forma. Sosteniendo así la mirada. Porque eso incomoda a la gente. Y no sólo a la gente que se mira de esa forma. ¿Quieres hacer un experimento? Haz que dos personas se observen fijamente la una a la otra y presta atención a la atmósfera de la habitación. Fíjate en cómo cambia. Coge un termómetro y comprueba el aumento de la temperatura. Observa cómo se van poniendo nerviosos los presentes. Todos los presentes en la habitación. Se diría que incluso encogen el cuerpo. Obsérvalos. Aprietan ligeramente los puños, se preparan para la pelea. Es todo un reto. Es amenazador. Un instinto primario del ser humano. Al fin y al cabo, somos animales.

Phil, sin embargo, no se pone nervioso. Por lo menos, hoy. Sigue observándome mientras yo lo observo a él. No puede evitarlo. Es asombroso.

–¿Qué tal llevas la estrategia para los objetivos de formación de los responsables de RR. HH.? –dice Deborah, lanzando las palabras en mi dirección con un tono malévolo y, en cierta manera, petulante.

Me obliga a bajar la mirada. Pierdo. Pierdo ante Phil. Y no lo soporto. Me concentro de nuevo en mi pantalla mientras Deborah espera una respuesta.

–Cállate de una puta vez –digo.

Me sale así, sin más. Muy rápido. Como si se tratara de una sola palabra.

–¿Perdona? –dice ella. Sonriendo, porque no sabe qué otra cosa hacer.

–Sí. Bien –respondo.

Ella sacude la cabeza y se concentra de nuevo en lo que fuera que estaba haciendo. Sin saber muy bien si lo que cree que acaba de ocurrir ha ocurrido de verdad.

–Bien –dice, convencida ya de que se lo ha imaginado.

No me va a quedar más remedio que estar atenta, porque parece que mi control sobre los impulsos se está debilitando. El espacio

entre lo que pienso y lo que hago prácticamente ha desaparecido en estos momentos. Voy a tener que estar más atenta a esa cuestión.

Por el rabillo de ojo, veo que Phil aún me está observando. Ni siquiera sonríe. No ha movido ni un solo músculo. Está absolutamente inmóvil, pero me doy cuenta de que sigue observándome. Sin embargo, no quiero que sepa que soy consciente de su presencia. No quiero que sepa que sé que me está observando. Pero lo sé. Claro que lo sé, porque yo también lo estoy observando a él.

Pienso de nuevo en el cartel de la chica desaparecida.

Phil se lleva un dedo a los labios. Y respira hondo.



9 días antes de que ocurra

Los situacionistas creen que no existe eso que llamamos personalidad. Te voy a contar lo que quiero decir con eso. A finales de los sesenta, después de que los psicólogos más destacados del momento hubieran trabajado mucho en el análisis de la personalidad, Walter Mischel postuló la teoría de que es la situación la que define por completo la personalidad. Y no era el único que lo pensaba, pues fueron muchos los que apoyaron esa creencia.

Sí, nuestro nivel de inteligencia se mantiene constante. Parecemos la misma persona, independientemente de con quién estemos hablando, pero ellos creían básicamente que somos por encima de todo producto de la situación en la que nos hallamos en un momento dado.

Un sujeto puede ser contemplado como una persona completamente distinta según esté con su madre, por ejemplo, o con un compañero de trabajo. Las decisiones de dicho sujeto, su forma de sentarse e incluso de respirar serán distintas según se encuentre en una u otra situación. Así pues, plantean los situacionistas, ¿se puede decir que poseemos algo que pueda definirse como personalidad estable? En su opinión, no.

Hace cinco días, cuando el niñato del Hoverboard se cayó de culo al suelo y el chaval del teléfono se puso en pie para enfrentarse a mí, con los puños apretados a ambos lados del cuerpo y el rostro contraído en un gesto de extrema maldad, me sentí como una persona distinta.

Puede que la situación asumiera el mando y dictara lo que iba a ocurrir a continuación. Las cejas prácticamente le ocultaban los ojos, tenía la mandíbula apretada y quería ir a por mí, hacerme pedazos. Pero no lo hizo. El pobre matón dejó que la situación lo dominara. Sabía que había muchos testigos en el local, que la gente lo conocía

del barrio y que, por tanto, no sería difícil dar con él. Por tanto, se limitó a sentarse otra vez y a apagar la música.

Los demás clientes seguían mirando. Mi arrebato les había fastidiado la mañana. Sonrieron cuando me marché, aunque en realidad creo que yo les inspiraba tanto miedo como la banda de chavales. La verdad es que nadie se puso a aplaudir espontáneamente.

Cogí mi bolso, pagué y me largué. Thompson ya se había marchado para entonces; en realidad, se largó arrastrando los pies en cuanto le di el dinero. Yo volví paseando. Con la adrenalina a tope y la cabeza bien alta. Y noté sus miradas clavadas en mí mientras me dirigía a la entrada de mi bloque.

Después de algo así, uno desea poder largarse con viento fresco y alejarse durante un rato de la tensión del momento. Ciertamente, me habría asemejado más a una heroína de haberme dirigido hacia el ocaso en lugar de haber recorrido los apenas veinte pasos que me separaban del punto en que mi mando electrónico me permitía acceder al vestíbulo del edificio. Desde donde podía ver a los clientes del Café Z, que seguían mirándome, preguntándose sin duda ¿quién es ésa?, ¿qué narices quiere?, ¿de dónde coño ha salido?

Bueno, pues ahora ya lo saben, he salido de aquí arriba. ¿Cómo es la frase ésa…? ¿No tires piedras a tu propio tejado? Parece que mis intentos de pasar desapercibida no terminan de cristalizar.

Los últimos días han ayudado un poco. No me he acercado peligrosamente a ninguna pelea. No he deambulado por ningún edificio abandonado. No he hecho nuevos amigos en el barrio. No, en realidad no he hablado con nadie. Ni siquiera en el trabajo. He mantenido la mirada pegada a la pantalla. Sin dejar traslucir nada.

Me he encerrado en mí misma, esperando el momento de poder volver a mi casa para seguir observando. Apenas he hablado con Aiden. Nos comunicamos mediante suspiros y gruñidos: si estás pensando que eso es una señal de que nos conocemos tan bien que ni siquiera necesitamos el lenguaje, de que en cierta manera estamos por encima de todo eso, en un sentido positivo…, pues no, te equivocas. Somos desconocidos. Fantasmas el uno para el otro.

Cuando estamos en la misma habitación, apenas reparamos el uno en la presencia del otro.

Esa sensación que se tiene a veces, ese cambio en la atmósfera cuando sabes que alguien ha entrado en la habitación justo detrás de ti…, bueno, nosotros no sabemos qué es. Yo no oigo el latido de su corazón y él está absorto. Con la mente en otra parte. Está muy metido en su libro y no tiene tiempo para mí ni, en general, para el mundo de los vivos.

A veces me pregunto si nuestra indiferencia acabará convirtiéndose en hostilidad. Creo que eso es justamente lo que sucedió una noche. Pero estaba todo muy oscuro. Fue durante las horas de sueño profundo, esos momentos mágicos entre las tres y las cinco. No sé muy bien si me lo imaginé o no. En sueños.

Cuando me desperté. A oscuras. Noté su peso encima de mí. Tenía los muslos a ambos lados de mi cuerpo. Me inmovilizaba. Y murmuraba para sus adentros. Supongo que estaba soñando. Sí, supongo que soñaba. Aunque era negra noche, se filtraba algo de luz a través de la cortina y pude verle la cara. El rostro contraído en una expresión de rabia. Y los nudillos.

Echó un brazo hacia atrás, con el puño convertido en una apretada bola. La muñeca, en tensión. Los huesos agarrotados, inmovilizándome. Le grité que parara, pero él siguió echando la mano más y más hacia atrás. Nunca antes lo había visto así. Como un agresor. Mi marido. Con el cuerpo completamente erguido. Parecía enorme y gruñía, angustiado, mientras se disponía a descargar el puño sobre mí. A aniquilarme. Sus murmullos resultaban cada vez más audibles. Le grité que se despertara. Debía de estar soñando.

Y entonces cerré los ojos y esperé el golpe. Gimoteando, asustada, en plena noche. Aiden me aferraba la garganta con la otra mano. Y entonces bajó el puño. Golpeó suavemente la almohada junto a mi cabeza, como si sólo estuviera jugando. Luego se dio la vuelta, suspiró y se quedó dormido mientras murmuraba algo entre dientes.

Al día siguiente ni siquiera saqué el tema. No sabía cómo hacerlo. Él no dijo nada. Y yo tampoco.

Debía de estar soñando. Debía de estar soñando.

¿Verdad?

Pero estuviera soñando o no… él también está cambiando. No sé qué le está ocurriendo. A veces me asusta un poco. Como Phil.

Pero estoy bien. Puedo cuidar de mí misma. Soy autosuficiente.

Tengo mis soplos y mi proyecto. Mi información y mi parrilla, que me hacen compañía. Que evitan que me meta en líos. Y también tengo mucho que observar.

No voy a decir que no me ha resultado frustrante. El primer día fue fácil: unos cuantos avistamientos menores, nada demasiado importante, pero no me desanimo. Siempre pienso en el día de mañana, en lo que pueda depararme. En posibilidades y nuevas pistas. Cuando estás en el observatorio, debes ser paciente. Tienes que cambiar la manera de pensar, tienes que conservar la esperanza y estar preparado, porque en cuanto algo poco común asoma la cabeza, tienes que estar listo para verlo. Si no, ¿de qué ha servido tanto esperar? Repito mi nuevo mantra.

Debo mantenerme despierta, consciente y cuerda.

Permíteme que te ponga al corriente. No he hecho otra cosa que estar pegada a la ventana. No he tenido la oportunidad de escribir nuevas entradas en este diario, pues he estado demasiado ocupada. Pero ahora puedo tomarme un respiro. Permíteme, pues, que te informe acerca de mis últimos cinco días escondida en el observatorio.

Sexta parte:
Escondida en casa
Esperando las manos de Jonny y de Joseph



Día 1: en resumen, no tengo nada

Las cortinas de los pisos cuatro, siete, once y dieciocho siguen bajadas.

Al volver a casa, tanto Jonny –el iracundo usuario de Skype– como nuestro otro sospechoso principal, Joseph –el de la bicicleta impoluta–, asomaron la cabeza, pero no hubo manera de verles las manos.

La novia de Jonny, Lina, no está, de modo que Jonny pidió una pizza. Joseph, por su parte, deambuló un poco por la casa y se puso a leer en su iPad. Desde el punto de vista de los avistamientos, no fue un buen día.

Concentré toda mi atención en Tippi y en Janet durante unos veinte minutos, pues habían fijado una pequeña red a la mesa de su cocina y estaba jugando una animada partida de *ping-pong*. Ganó Janet, 2 sets a 1, en un encuentro muy igualado. El set decisivo terminó 21 a 17. Una partida excelente, cuya vencedora fue Janet pese a los intentos de Tippi por contrarrestar el débil revés de Janet. Terminado el partido, se abrazaron: Tippi, sin embargo, se guardó discretamente su rencor para otra ocasión.



Día 2: Piso 11. Cortina subida. Vincent

El día 2 empezó a las siete de la mañana con gran éxito.

Con sólo tirar de la cuerda de su cortina, Vincent se reveló ante mí. Literalmente. No llevaba nada más que una fina bata, que se le abría constantemente y no resultaba demasiado útil a la hora de ocultar sus vergüenzas. Así vestido, se planchó las camisas y hasta los calzoncillos, quién lo iba a decir. Luego se puso rápidamente los últimos calzoncillos que había planchado. Mmm… qué calentitos. Mostró brevemente, a cualquiera que casualmente estuviera observando, una panorámica completa de su culo.

Vincent tiene una funda de cinturón en la que lleva el teléfono como si fuera un arma letal para la que dispone de licencia. Vincent habla solo todo el tiempo. Durante por lo menos una hora, pensé que había alguien más en el piso, tal vez un rehén atado junto al lavabo, oculto a la vista. Pero no. Vincent habla solo.

Siempre he considerado asombroso que a la gente le parezca tan raro que algunas personas hablen solas. Como si la gente tuviera que ser más discreta y no revelar que tiene una vida interior. Como si les aterrorizara la posibilidad de que los demás descubran que piensan de verdad. Como si tuvieran miedo de los así llamados «locos». O de la posibilidad de parecerlo ellos mismos. Miedo del hombre que repite en voz baja la lista de la compra en la carnicería. Como si cada sílaba pudiera ser el preludio de una matanza indiscriminada a machetazos. ¿Acaso hablar con uno mismo no es mejor que no hablar con nadie?

Vincent también es alto, delgado y de aspecto agradable. Yo le contrataría un seguro de vida sin pensármelo dos veces. Lo cual llevaría a los clásicos titulares de la prensa sensacionalista: «¿Quién iba a pensar que pudiera ser un asesino?» o bien «Parecía tan amable, nunca lo hubiera creído capaz de matar a una pobre jubilada». Y, desde luego, yo estaría dispuesta a contemplar esa

posibilidad y pasar al nivel dos, es decir, analizar sus manos. Pero Vincent es un caballero asiático. Y no va teñido de rubio. Así que lo descarté de nuestras pesquisas y me quedé allí contemplando cómo se iban todos a trabajar.

Salieron todos en masa. Unos hacia la estación del tren. Otros hacia el metro. Cary en su moto. Janet y Tippi juntas, cada una con una tostada que sujetaban con un trozo de papel de cocina. El señor Smith fue al sótano del bloque para coger su Volvo y dirigirse quién sabe dónde. Pero yo me quedé allí. Pajareando.

La sesión de la tarde no me aportó información ni sobre Jonny ni sobre Joseph, pues ambos regresaron tarde. Joseph después de muchas horas extra. Jonny después de muchas copas. Ninguno de los dos permaneció quieto en la oscuridad el tiempo suficiente como para que pudiera fijarme en sus manos. Vaya.

Fui a la habitación, besé a Aiden en la fría mejilla y me metí en la cama.



Día 3: Piso 4. Alfred. Piso 7. Liz y Dicky

La mañana me proporcionó grandes momentos de alegría. Primero llegó un camión de mudanzas repleto de cajas. Contuve el aliento, presa del entusiasmo. Sujeté los prismáticos con fuerza y esperé para ver a qué bloque se dirigía el camión.

En cuestión de segundos, varios tipos fornidos saltaron al suelo y empezaron a descargar el camión. Parecían una especie de híbrido entre un ejército y un equipo de natación sincronizada. Cogieron las cajas marrones, de distintos tamaños, se las pasaron unos a otros y luego se dirigieron con ellas a Waterway. ¡Bien!

Tras el camión, tres figuras bajaron de un Mercedes y siguieron a los operarios. Resultaba difícil distinguirlos. Difícil formarse una idea. Tenía que identificar al inquilino.

Se instalaron en el piso cuatro y de repente vi un puñado de músculos y manos que depositaban cada cosa en su sitio. Una hora más tarde, el equipo de operarios ya había amueblado la habitación y los progenitores –las dos figuras bien vestidas y de más edad del Mercedes– subieron de nuevo al coche y se perdieron en la distancia. Con sus pantalones cortos y sus gafas de sol, como si se dirigieran a un yate amarrado en Mónaco. Lo cual quizá sea cierto.

Se había marchado todo el mundo excepto una persona: el hijo.

En el interior del piso, el delgado muchacho inspeccionaba el lugar. Consultó varias veces su *smartphone* antes de encender la tele. Lo voy a llamar Alfred. Es un nombre que tal vez vuelva a ponerse de moda, quién sabe.

Alfred tiene veintiún años, es taciturno, moreno y delgado. Bienvenido al barrio, chaval. Tu primera casa, pagada por papá y mamá. No tiene un aspecto nada imponente. Nada amenazador. Eso que llaman «gentrificación» está detrás de todo esto. Qué fácil y mediocre parece. Lo único que representa Alfred es otra crucecita en

mi parrilla. Y la inquietante posibilidad de que alguien haya dejado su piso poco después de la muerte de Jean.

Es una posibilidad pequeña. Que alguien cometa un asesinato y luego venda su casa y se largue. Sería una jugada rapidísima y una historia complicadísima de desentrañar. Una forma bastante curiosa de salir del barrio por la puerta grande. Pero si no encuentro esa mano vendada, esa pequeña posibilidad se va a convertir en una posibilidad grande. Decidí, sin embargo, ignorar esa vía por el momento y conservar el optimismo.

Apenas unas pocas horas más tarde, el ruido de una maleta con ruedas anunció el regreso de Liz y Dicky de sus vacaciones. Tres semanas en Turquía, a juzgar por el bronceado que lucían. Qué afortunados. Han pasado muchas cosas desde que os marchasteis. Rondarán los treinta y pocos, y Dicky tiene las manos más impecables que yo haya visto jamás en un hombre. No ha tenido ni un solo trabajo físico en su vida. Me juego algo a que dirige una exitosa empresa emergente que le paga largas vacaciones de lujo a finales de agosto, justo cuando Londres está en su mejor momento. En esta época del año, no me gustaría estar en ningún lugar que no fuera éste. Que se metan sus vacaciones donde les quepan. Yo no me perdería esto por nada del mundo.

Ahora que lo pienso, creo que ya los había visto antes. Los sábados por la mañana salen juntos a correr. Son felices. Son aburridos. No me sirven.

Debo mantenerme despierta, consciente y cuerda.

Ahora ya sólo queda un piso por ver. Una cortina por subir. Un par de manos por inspeccionar.



Día 4: bloqueo total

Cary volvió a casa en una Vespa.

Gregory, el del ático, se sujetó los pies a una barra de metal y luego se dejó colgar cabeza abajo. Después intentó, valientemente aunque sin éxito, realizar seis abdominales colgado de la barra. Lo siguió intentando sin éxito durante cuarenta y cinco minutos. De vez en cuando, se descolgaba para que la sangre le volviera a circular con normalidad. Sacudía el cuerpo. Para después volver a intentarlo y volver a fracasar.



Día 5: las manos de Jonny

Ayer tuve suerte. Era el día en que los limpiaventanas, supuestamente, tenían que venir a hacer las cristaleras. Pero parece que un «problema técnico» se lo impidió y no vendrán hasta la semana que viene.

En su ausencia, un hombre como Jonny no puede evitar encargarse él mismo de dicha tarea. Con una escobilla en la mano y el cubo junto a los pies, se inclinó sobre la barandilla a primera hora de la tarde para darle un buen repaso a los cristales. Lina seguía la escena y le pedía que «tuviera cuidado». Mientras él se inclinaba precariamente sobre el balcón. Lina no tenía por qué haberse preocupado. Yo también estaba observando, para cogerlo si se caía.

Observé y esperé. Y, por fin, allí estaban. No me lo podía creer. Pero era inequívoco. Innegable. Por mucho que estuvieran cubiertas de agua y jabón.

Dos manos impecables. Nada que observar en ellas.

Estoy perdiendo el tiempo.



Hoy

Revelaciones – Resoluciones – Apartamentos Waterway – Buena vis, brisa fuerte, 12 grad – Grupos y grupos – Los hombres – Diversas estaturas – Listos para revelar.

Despierta. Consciente. Cuerda. Todo en la misma medida.

Éste es mi sexto día de observación. He dormido lo justo. Me he entregado a mi tarea. Y me digo que he hecho todo lo que estaba en mi mano.

Se me cae la cabeza. Veo el mundo a través de una gasa marrón. Creo que en algún momento tendré que recuperar el sueño.

Hoy es domingo y estaba convencida de que sería el mejor día para los avistamientos. Ya sabes, domingo. No es día de excursiones. Ni de trabajo. Es día para estar en casa.

Y eso es justo lo que ha hecho Joseph. Ni siquiera se ha aventurado a salir para lavar su bicicleta. No ha vuelto a hacerlo desde que asesinaron a Jean, en realidad. Desde que los chicos me contaron que alguien había merodeado por allí y se había llevado un tajo en la mano por molestar. Puede que sea casualidad. O puede que esté ocultando algo. En su nido.

Un árbol me tapa parcialmente las ventanas de Joseph y eso me fastidia. Puede que ése sea el motivo por el cual aún no lo he visto mucho todavía. He considerado la posibilidad de buscar otro punto de observación. Detrás del árbol, quizá. Pero ahora que es mi principal sospechoso, creo que es mejor no hacerlo enfadar. No puedo acercarme demasiado. No puedo delatarme. Este hombre podría ser peligroso.

Lleva todo el día trasteando en casa, haciendo a saber qué. Luego lo pierdo de vista. Me parece haber visto fugazmente sus pantalones cortos a través de la ventana del dormitorio, así que a lo mejor se está preparando para salir a correr. Considero la posibilidad de ponerme las zapatillas de deporte y una camiseta y seguirlo. No

soy rápida. Soy cualquier cosa menos rápida. Pero si consigo acercarme a él ni que sea durante un segundo, con eso me bastaría para verle las manos. Sin embargo, hace meses que no corro y no suelo realizar avistamientos sin prismáticos. Observar a simple vista es exponerse demasiado.

Siempre es mejor quedarte donde estás y dejar que sean ellos los que se acerquen a ti. Ésa es la filosofía. Si tienes una perspectiva mínimamente buena, claro. Contemplo mis zapatillas deportivas, mientras me pregunto si usarlas sería una jugada inteligente o un error. No me apetece salir a correr. Pero puede que eso sea lo que me toca hacer ahora.

Por suerte, me ahorro tener que hacer ejercicio cuando aparece Joseph a toda velocidad montado en su bici. Eso es justo lo que yo quería. Visibilidad total. Y sin tener que ponerme a sudar.

Saca de la alforja una esponja pequeña y la moja en la fuente. Bien. Hora de lavar la bici. Volvemos a la rutina.

Debo mantenerme despierta, consciente y cuerda.

Tiene una mano bajo el agua y la otra a un costado del cuerpo, oculta a la vista. Saca la mano del agua, pero me la tapa la esponja. Empieza a frotar metódicamente la bicicleta. Se pone en cuclillas y pasa la esponja por el cuadro. Centellea a la luz del sol y me deslumbra. No veo bien.

Esto es frustrante. Subo un poco la cortina y me muestro un poco más al mundo exterior. Me estoy arriesgando, pero no me queda más remedio. Necesito ver mejor. Estoy tan cerca… Ya casi ha terminado. No puedo errar el tiro. Me arriesgo. Dejo a mi espalda los prismáticos. Y me lanzo en solitario. Salgo al balcón.

Concentro la mirada en la fuente, como si estuviera absorta en mis pensamientos, relajada. En realidad, lucho desesperadamente por mantener la calma. Todo esto no es más que un subterfugio para ganarme su confianza. Para que no crea que lo estoy observando a él. Finjo ser una persona normal y corriente en un domingo normal y corriente. No alguien que trata de descubrir a un asesino.

Puede que me vea. Que perciba mi presencia. No estoy segura, así que permanezco inmóvil. Está muy cerca. Lo suficiente para

poder observarlo a simple vista, pero no deja de mover las manos. Luego se interrumpe. Se las seca y se pone en pie.

La mano derecha está limpia. Y la izquierda también. Ni una venda; nada. Lo veo. Tan despejadas como el día. Si ésa era mi pistola humeante, me voy a tener que replantear las cosas. En los apartamentos Waterway no hay ni una sola mano que presente cortes. Qué desastre.

Ni una sola pista. Ni un solo indicio. Lo cual deja mi parrilla completamente abierta. Todo el mundo entra de nuevo en el juego. Maldita sea.

Y justo entonces. Por primera vez. Sube la cortina del piso dieciocho y aparece un hombre. Alto, rubio, con la mano derecha enyesada. Levanto la mirada hacia el cielo justo cuando pasa una bandada de gorriones. Me ha distraído durante un segundo. Pero lo he visto.

Contengo una exclamación y deseo entrar de nuevo en mi apartamento. Pero es como si tuviera los pies hundidos en bloques de cemento. El hombre también ve los pájaros. Y luego me ve a mí. Me ve la cara. O eso parece. Su expresión es… meditabunda. No exactamente impenetrable, pero difícil de descifrar. O a lo mejor es sólo que está demasiado lejos como para interpretarla. Sigue de pie y mira en mi dirección durante un segundo. Y yo lo miro a él. Yo, indiferente. Lo he descubierto.

Parece darse una especie de entendimiento entre nosotros. Una descarga eléctrica. Los prismáticos ya no sirven. No hay nada tras lo que podamos escondernos, ni él ni yo. En el aire, las moléculas se desplazan silenciosamente entre los dos.

Y entonces, como si nada, él da media vuelta y retrocede, se aleja de la ventana.



9 días antes de que ocurra.
Hacia el atardecer

HB – Apartamentos Waterway – Buena vis, últimas luces del día, 13 grad – Solo – Cejas gruesas y oscuras, casi griegas, plumaje rubio teñido – Traje azul marino y corbata a juego – 1,90 cm – Un modelo de control y rabia contenida.

Es tan difícil ocultar el entusiasmo. Por ejemplo, cuando tienes una noticia que quieres contarle a todo el mundo y no puedes. Voy dando saltos por el piso, tratando de recobrar la calma. *Terrence* corretea en torno a mis pies, alborotado, como si supiera que ocurre algo. Percibe las vibraciones que yo emito. Las capta en la atmósfera. No quiero que Aiden sospeche nada. Los perros saben mucho acerca de la conducta humana, pero no creo que pueda decirse lo mismo de Aid.

Voy al cuarto de baño y me siento en la taza. A veces lo hago en el trabajo, cuando necesito tomarme un respiro y alejarme de la mundanidad de todo. Lo que necesito ahora, sin embargo, es tranquilizarme y atenerme a los hechos.

Oigo ruidos en el pasillo. Pisadas. Por el sonido de los pasos, sé que se trata de Lowell, que vuelve a casa después del trabajo.

El hombre del piso dieciocho –lo llamaré señor Brenner– reúne todos los requisitos. Lo he bautizado inspirándome en el papel que interpretaba Rod Taylor en *Los pájaros.* Sólo es una especie de jerga: tenía que ponerle un nombre y ése es el primero que se me ha ocurrido. Pero el Brenner de Hitchcock era el héroe de la peli y siempre salvaba a Melanie –el personaje de Tippi Hedren– de gaviotas, cuervos y demás. De hecho, la casa de Brenner se ve sometida a constantes ataques en la película. La casa de mi Brenner, en cambio, no se ve sometida a ningún ataque. Sólo a mi estrecha vigilancia.

Mi señor Brenner es furtivo. Puedo entender que desee un poco de privacidad, pero parece bastante estricto en lo que se refiere a mantener las cortinas bajadas. Es posible, claro, que haya estado fuera de vacaciones o algo así. No sabría decirlo a ciencia cierta.

Pero hay unas cuantas cosas que sí sé. Porque ha dejado las cortinas subidas un buen rato, lo cual me ha permitido el lujo de poder observar durante tres horas.

La decoración del piso parece muy estudiada. La enorme librería de madera de roble pone de relieve su interés por los libros científicos destinados al gran público, así como otras obras de no ficción. Por la distribución del piso, me resulta imposible ver toda la sala, lo cual es frustrante. Pero sí he visto una espada de samurái y una fotografía artística de un león en plena naturaleza. Enmarcada. Recuerdo haber leído en alguna parte que la obsesión por los depredadores puede indicar una personalidad psicópata. Tengo que meditar sobre eso.

Puede que no tuviera un motivo para matarla. Que sólo sea un psicópata. O puede que sí tuviera un motivo. Aún no lo he decidido. Pero sean cuales sean los detalles concretos, supongo que matar a alguien es mucho más fácil si eres un psicópata. No eres consciente del peligro. No tienes espectaculares subidones ni dramáticos bajones. Eres más pragmático a la hora de hacer lo que hay que hacer. No te detienen los miedos ni las preocupaciones inútiles. Te muestras indiferente.

En estos momentos, no puedo compadecerme de él. Estoy cansada y aturdida. Lo veo a través de una especie de película borrosa. El psicópata que vive en el piso de enfrente.

Tocó un par de cosas y se limitó simplemente a deshacerse de ellas. Un atizador. Un mono de porcelana. Es pragmático. Entró y salió en apenas cinco minutos, según dijo Thompson. Frío, eficiente, indiferente. Psicópata. Sí, es claramente una posibilidad.

Y luego está el brazo. El yeso no me lo esperaba. Pero puede que le clavaran el cuchillo con tanta fuerza que le astillaran el hueso o se lo rompieran. Podría ser una muñequera o algún tipo de férula. O podría habérsela puesto él mismo, para ocultar así la herida provocada por el cuchillo y poder decir a cualquiera que le pregunte

que se trata de algo más benigno. Una tendinitis de tanto teclear en su ordenador. O una distensión en el ligamento mientras jugaban a *squash*. O un hueso roto tras una caída en bici. Algo que no tenga nada que ver con un largo e inexplicable tajo en el antebrazo. Sí, eso tendría sentido.

Intento fijarme mejor en la escayola, pero mis prismáticos no me permiten detectar si el vendaje que lleva en el brazo es fijo o puede quitarse.

No parece que haya una señora Brenner. Por lo menos, de momento. Me pregunto cómo será la vida hogareña de este tipo. Si tendrá amigos. Si estudió en una buena universidad.

Tampoco es que todo eso importe mucho, porque ahora lo tengo y no voy a permitir que se me escape. Esto, sin embargo, sólo es el principio. Ahora tengo que demostrarlo. Ahora tengo que acercarme lo bastante a él como para obtener pruebas incriminatorias antes de entregarlo a la policía. Algo bueno, algo de primera categoría. Tengo que entregárselo a la policía envuelto en papel de seda. Necesito algo concreto. Algo que no me haga parecer tan chalada como él. Tendré que omitir los soplos de los okupas y mis visitas nocturnas a la víctima. Eso no se lo voy a contar, desde luego. Ni hablar. No quiero que vuelvan a reírse de mí. No me gustó nada que se rieran a mi costa. Y no respondo de mí si vuelven a hacerlo.

Veo movimiento en el piso. Recibe una llamada. Camina de un lado para otro, sonriente al principio. Luego endurece la expresión. Abre mucho los ojos, se rasca la parte superior de la cabeza. Por último, se lleva la mano izquierda a la sien izquierda y se la frota hacia arriba y hacia abajo. Una escena muda de un hombre angustiado mientras piensa.

No tengo muy claro a qué se dedica. Es domingo, por lo que no lleva la ropa que usa para trabajar. Pero, por lo general, se me da bastante bien adivinar a qué se dedica alguien sólo con ver su aspecto un día cualquiera. Lleve la ropa de trabajo o no. No es que me esté jactando ni nada de eso. Pero suelo acertar.

Puede que sea agente inmobiliario, pero no de esos tan empalagosos. Uno de esos que trabajan en despachos en cuya ventana se ve una bici. Como si pretendieran convencerte de que,

más que una inmobiliaria, es una especie de *boutique*. O una suerte de galería de arte, en lugar del establecimiento de una cadena pensada para chupar aún más dinero al mercado inmobiliario.

O puede que sea ingeniero estructural. Presenta un aspecto desenvuelto, como si se pasara el día dando órdenes y tuviera una secretaria de nombre Adrienne. Por otro lado, parece muy competente. Un trabajador especializado. Con estilo y fortuna. Un tipo respetado en el lugar de trabajo.

Le está gritando a quien sea que está al otro lado de la línea telefónica. Camina de un lado a otro, por lo que me resulta difícil leerle los labios. De vez en cuando me da la espalda y entonces pierdo incluso el hilo de este espectáculo mudo.

Se vuelve de nuevo hacia mí. Le veo la boca. Da la sensación de que esperaba buenas noticias de esa llamada. Pero no las recibe. Creo que alguien le está diciendo que algo va a resultar más complicado de lo que esperaban. Y a Brenner no le está gustando oírlo.

«¿Qué? ¿Por qué?», dice. Eso sí lo he entendido. Luego muestra su desacuerdo. Un drama propiamente dicho. Gesticula exageradamente, está cabreado. Hasta lo leo en sus labios: «Sí, estoy cabreado». Escupe más improperios, que no voy a repetir aquí. Se dirige hacia la pared, apoya en ella la cabeza y el puño. Sigue hablando, enfadado. Moviendo los labios a mil por hora.

Luego se aparta rápidamente de la pared y se dirige hacia la espada de samurái que cuelga en la pared de al lado. La coge. Desliza la mano por la empuñadura. Un amigo mío de la universidad tenía una espada de samurái. Siempre he pensado que es un objeto de coleccionismo bastante cutre.

Luego me da la espalda otra vez, con el arma aún en la mano. Ojalá pudiera oír lo que pasa ahí dentro. Pincharle el teléfono, quizá. Y entonces sí que estaríamos entrando en un terreno peligroso. *Terrence* se relame los labios y vuelve a apoyar la cabeza en mi regazo. Le acaricio la cabeza, mientras Brenner hace lo mismo con su mortífero juguetito.

Luego parece calmarse un poco. Tal vez por algo que le ha dicho su amigo, el que está al otro lado del teléfono. Escucha

atentamente. Esto podría ser de vital importancia y yo me lo estoy perdiendo. La prueba definitiva que necesito. Para cerciorarme de que realmente lo hizo. Si lo tuviera grabado, por ejemplo. Si dispusiera del equipo adecuado, por ejemplo. Tal vez con eso sería suficiente para condenarlo. ¿No? Estoy tan cerca. Ahora me doy cuenta.

Lo que necesito es ver o escuchar algo incriminatorio. No las pruebas puras y duras. No objetos o documentos admitidos como prueba «A» en el juicio, sino algo que me sirva para confirmar que lo hizo y, a partir de ahí, seguir indagando. Un atisbo de prueba que me permita ir tirando del hilo. Y del resto ya se encargará la policía.

No pienso contarle a la pasma que he estado observando. No, claro que no. Ni hablar. Les diré sólo que oí algo o que casualmente vi a este tipo haciendo algo. Y que ellos se encarguen del resto. Luego, cuando ya lo hayan detenido y le hayan tomado las huellas, encajarán todas las piezas. Si llegan hasta ahí, es imposible que metan la pata. Una vez que lo tengan en la mira. No serán tan incompetentes, ¿no?

Se me ocurre una idea. Podría llamar a la poli ahora mismo. Decirles que aquella noche vi a un hombre del barrio en el apartamento de Jean. Echarle la culpa a él y ver qué pasa. Podría llamar a ese número que aparece en el cartel que está frente al edificio Alaska. Podría contar una mentirijilla de nada. Situar a Brenner en el lugar de los hechos y dejar que la poli haga el resto. Si quisiera, podría hacer que todo eso sucediera ahora mismo.

Pero no. Primero necesito saber si es él. Asegurarme. Tanto por él como por mí. Lo justo es lo justo. Me acercaré lo bastante a él como para descubrirlo. Y entonces, cuando haya obtenido lo que necesito, acudiré a la policía y se lo serviré envuelto en papel de seda. Para que no sospechen que una mujer un poco rara anda metiendo las narices en el caso, como si fuera una especie de paria. Y ya estará hecho. Así de fácil.

Termina la llamada y la rabia de Brenner parece irse diluyendo. Coge el teléfono y lo lanza al sofá. La ira del jugador patológico. Luego se vuelve y frunce el ceño. Entrecierra los ojos, como si estuviera pensando en algo. Tal vez en su próximo movimiento. Si

hubiera podido escuchar la conversación, ahora podría tener alguna idea de lo que está planeando. Eso es justamente lo que necesito. Necesito escuchar lo que ocurre ahí dentro.

Se concentra de nuevo en su espada decorativa. La desenfunda. Luego la sostiene entre las manos, con la misma delicadeza que si se tratara de un recién nacido. Es un acto ceremonioso. Respetuoso.

Luego acerca un dedo al filo. Se corta. Está muy afilado. Le ha rasgado la piel. Empieza a salir sangre. Lo sé porque enseguida se lleva el dedo a la boca. Luego lo saca y se contempla la mano. Se la acerca, la tiene apenas a veinte centímetros de la cara. Y le empieza a salir sangre otra vez. No ha detenido la hemorragia. Veo las gotas que le resbalan por el dedo índice hasta llegar a la palma de la mano.

Y él se limita a observar. Frío. Inmóvil. Inexpresivo.



8 días antes que ocurra.
Hombre blanco solo

Nuestras bebidas llegan a la mesa. Estamos en el *pub* que queda más cerca de la estación. Él ha pedido una copa de vino blanco. Eso no me lo esperaba. Creía que sería el típico bebedor de cerveza. Yo he pedido un *Bloody Mary*.

Tendrías que haberle visto la cara cuando le he preguntado si le apetecía una copa rápida después del trabajo. La misma que pone *Terrence* cuando le digo si le apetece un «paseíto»: impaciente, alegre, esperanzado.

He pensado que me iría bien pasar un poco menos de tiempo en casa, aunque en realidad no es ése el motivo de que yo esté aquí ahora. Necesito la ayuda de Phil. Necesito a alguien que entienda de tecnología.

–… quiero decir que para mí tiene un mensaje profundo. Nadie cree que una película en la que Adam Sandler interpreta a un peluquero israelí pueda ser muy profunda, pero la verdad es que su interpretación es magistral. Desde luego, uno de sus papeles más conseguidos desde *El aguador*.

–¿De qué estamos hablando?

Como siempre, atiendo y no atiendo. Tengo la mente puesta en cosas me atrevería a decir que más importantes.

–*Zohan: licencia para peinar*. Ah, tienes que ver *Zohan: licencia para peinar*. Es una comedia clásica…

–Hablemos del equipo de sonido –digo, yendo al grano.

–¿Qué quieres saber? –me responde, como si fuera un engreído profesional.

No tenía ni idea de si Phil domina o no esos temas, pero me pareció que tenía sentido. Creo que todavía va a Games Workshop. Que pinta miniaturas Citadel. Que le gustaría unirse a la reserva voluntaria del ejército, pero no quiere renunciar a sus fines de

semana. Que le encanta el «modelismo». En fin, esas cosas. Es su tema favorito. Como he dicho, tenía sentido.

–Vale, pongamos que yo quiero escuchar lo que están diciendo esas dos personas de ahí. Esas dos, las que están en la otra punta de la barra.

–Bueno, pues tienes micrófonos, aunque primero tendrías que instalarlos…

–No es una opción –lo interrumpo, antes de que se disperse y se vaya por las ramas durante horas.

–Pues… Vale, luego está el sonido direccional. Tienes que apuntar hacia tu objetivo, como si fuera una flecha. Y luego lo sintonizas en función de la distancia, más o menos como una radio de onda larga y… listos.

–¿Funciona a través del cristal? –digo, sin andarme con rodeos.

Phil se me queda mirando. Me estoy delatando.

–Eh… Pues… debería. No a la perfección, pero debería funcionar. Puedes comprar el equipo completo, con micrófono y auriculares, por ciento y pico libras y algo en la tienda de artículos de espionaje. Allí puedes encontrar de todo. Real… como la vida misma.

Sonríe. Con dulzura. Me observa fijamente. Puede que, por una vez, esté pensando en algo más, aparte de material de espionaje y películas de Adam Sandler.

–¡Bien! Eso está muy bien, gracias –digo, tratando de interrumpir su trance.

–Ya. Mola. Quiero decir…, bueno, lo mejor sería poner un micrófono, claro…

–No, no es una opción, Phil –digo, con firmeza.

Ya sé cómo se pone cuando empieza con sus historias y no tengo tiempo para eso.

Sorbo mi pajita ruidosamente. Es hora de largarse. Ya le he dicho antes que era una copa rápida. Tengo que volver a casa para sacar a *Terrence* a pasear. Me doy cuenta de que ya no pienso nunca en Aiden.

–Espero que no te importe si te lo pregunto, pero… –empieza a decir Phil.

–Sí me importa.

Mejor interrumpirlo rápido, sea lo que sea lo que se propone.

–Sólo iba a decir que, sea cual sea tu proyecto, puedo ayudarte. Si es que necesitas a alguien, claro. Un cómplice. Quiero entrar en el juego. Soy tu hombre.

–No –le digo, mientras termino mi copa.

Él apenas ha tocado el vino.

–Oh, por favor. Me gustaría mucho, en serio. Sea lo que sea lo que estás haciendo. Suena muy bien. Y a mí me encanta hacer diabluras de esas. ¿Te acuerdas de cuando escondí la grapadora? –dice, con cara de cachorrillo.

Por favor, no me montes otra escena, pienso.

–Mira, Phil, no se trata de nada emocionante. Sólo un pequeño proyecto. Un proyecto en solitario. Cosas de chicas, ya sabes. No creo que sea el tipo de proyecto que pueda interesarte.

–Oh, venga ya, ¡ponme a prueba! ¡Si hasta tengo gafas de visión nocturna!

–No creo que sea esa clase de proyecto, en serio –le digo. Como una palmadita verbal en la espalda.

Las palabras que ha utilizado me hacen sentir aún más ridícula. Cómplice. Diablura. Esto no es ningún juego de niños. Ni es Dragones y Mazmorras, ni necesito un secuaz. Y si lo necesitara, elegiría a Lowell, no a Phil. Lowell y yo. Podríamos formar un equipo de hermanos dedicados a resolver crímenes. Él sería mi Jem y yo su Scout. Siento ser cruel, Phil, pero es por tu propio bien. No das la talla.

Se me ocurre decirle que soy una especie de lobo solitario, pero la verdad es que sonaría ridículo. Y, en realidad, no lo soy. Tengo un marido. Y ahora, también un perro. Eso es prácticamente como tener una familia.

Imagina la cara de Aid si ahora yo le llevara a casa también a un compañero de trabajo. Como si me dedicara a ir por ahí recogiendo animalitos abandonados. Sólo es un amigo que viene a jugar un rato con unos auriculares y un micrófono direccional. Entonces sí que pensaría que estoy chiflada. O que soy una cría.

–En fin, gracias por la copa, pero me tengo que ir, en serio –le digo.

–¿Qué? ¿Ya? –dice, dolido.

Su copa de vino blanco sigue prácticamente intacta.

–Tú quédate a ver el fútbol y terminarte el vino.

–¡Pero si ni siquiera me gusta el vino! Lo he pedido porque creía que me hacía parecer un tipo con clase –me suelta.

Es la clase de comentario que hace que alguien que lleva un bolso al hombro, a medio camino entre ponerse de pie y seguir sentada, vuelva a sentarse momentáneamente en el taburete de la barra. Por pura compasión. Sin embargo, no me quito el bolso del hombro ni un segundo. Es un gesto simbólico.

–Phil, ya haremos algo otro día, pero ahora mismo estoy muy liada –digo.

En tono amistoso pero sin concesiones. Intento zanjar esta conversación antes de que se me ponga en plan sentimental. Otra vez. Lo estoy intentando con ganas. Pero ya es demasiado tarde.

–¿Estás pensando en él? En tu marido, quiero decir. Mientras estás aquí tomando una copa conmigo, quiero decir. Si es así, lo siento –dice, ligeramente ruborizado.

No sé de qué está hablando. No sé si lo que quiere es follar conmigo o discutir conmigo.

–No, no. No es nada de eso. No tiene nada de malo. Tener amistad con un hombre, quiero decir. O sea, es guay. Tú eres guay. Y somos colegas, ¿no?

–Sí, claro. Colegas –dice, haciendo una mueca.

En otro momento de mi vida, tal vez lo habría besado sin más. Para hacer que se sintiera mejor. Pero ya no estoy en la universidad. Aquellos días se acabaron. Ahora soy una mujer muy casada.

–Dame un par de semanas. Y luego nos tomamos una copa como es debido.

–Sí, eso estaría bien, una copa como es debido. Porque somos colegas –dice, tratando de sonreír.

Le doy un beso en la mejilla y me marcho corriendo. Si Brenner hace algo que pueda incriminarlo, quiero estar ahí para verlo.

Phil dice algo a mi espalda.

–Lily. Te acordarás de seguir adelante con el resto de tu vida cuando todo esto haya terminado, ¿verdad? –dice, en tono grave.

Es un tipo raro.

–Sí, claro. No es más que un pequeño proyecto.

No sé qué más decir, así que doy media vuelta para marcharme. Pero él sí tiene algo más que decir.

–No me refería a eso. Oye… Eh… Puede que el micrófono direccional no sea del todo útil. Si hay demasiado ruido alrededor, quiero decir. Puede resultar complicado escuchar si hay demasiado ruido entre tu objetivo y tú. ¿No has dicho que están haciendo obras en tu zona? Quizás debería replantearte lo del micrófono. Bueno, sólo es una idea.

No recuerdo haberle dicho tal cosa, aunque puede que lo hiciera. No me acuerdo. Pero Phil no es la clase de persona a quien me apetece contarle dónde vivo. Por si acaso.

Su consejo se queda flotando en el aire mientras yo medito sobre el subtexto.

Follar conmigo o discutir conmigo. ¿Follar conmigo? O discutir conmigo.

Asiento y me marcho.

Puede que el micrófono no funcione, desde luego. Pero le voy a dar una oportunidad, qué narices. A pesar del jaleo de las obras a mi alrededor.

A pesar del ruido ensordecedor.

Del estruendo constante.

Bum. Bum. Bum. Bum.



7 días antes de que ocurra.
Y aquí estamos otra vez

Algo se estrella contra mi ventana. Caigo al suelo y apoyo la espalda en la sólida pared blanca. A salvo de miradas. Ahora respiro agitadamente. Estoy temblando. Se me ha erizado el vello de los brazos. Y noto el corazón desbocado en el pecho.

El cristal se ha resquebrajado. Ni siquiera me atrevo a volver la cabeza. Pero veo algo gracias a la visión periférica. Algo pegado a mi cristal ahora resquebrajado. No te vuelvas a mirar, me digo.

Pero veo algo. Por el rabillo del ojo.

No te vuelvas.

Veo algo. Que se está deslizando por el cristal. Muy despacio. De forma inquietante.

Respiro hondo por la nariz. Me muerdo la lengua con fuerza.

Me vuelvo. Y miro.

Algo de color burdeos. Pegado al cristal de mi ventana. Sangre y algo más. Ay, señor.

Plumas grises aplastadas contra el cristal. Y algo que parece un pico. El cuerpo robusto de una paloma, muerta, que resbala más y más.

Lo observo con atención. Es espantoso. Al parecer, se ha estampado directamente contra el cristal. Las palomas no destacan en la comunidad pajaril por su destreza, pero suelen mantenerse alejadas de los edificios altos.

Son las ratas del aire. Ahora, mientras contemplo a la paloma, me fijo en que efectivamente parece una rata. Igual que la rata a la que estuve a punto de atravesar con el cuchillo. Aunque puede que sea sólo porque la rata de la puerta de Jean fue lo último que vi muerto, sangrando. Pero ahora que me fijo mejor, ese cuerpo gris y regordete que algunos humanos comen recuerda, efectivamente, al cartílago de rata.

Riin, riin. Riin, riin.

Sigue siendo hermosa, sin embargo. Sigue siendo una hermosa criatura aérea. La observo de cerca y me fijo en las grietas que el impacto de su cuerpo ha provocado en el cristal. Paso un dedo por el cristal. Sólo hace falta una minúscula grieta para que el resto del mundo pueda entrar. Para estropearlo todo.

El cuerpo destrozado de ese pajarillo me parte el corazón. Les tengo tanto cariño a los pájaros. Se desliza tan suavemente hacia el suelo del balcón.

¡Pam! Otra. Giro de golpe la cabeza y empiezo a gritar. Contraigo todos los músculos del cuerpo. Estoy temblando mientras me doy la vuelta, mientras la observo deslizarse también hacia el suelo del balcón. Ésta se ha estrellado un poco más arriba y más hacia la izquierda. Es más pequeña, de cuerpo más compacto, y en esta ocasión no se ha resquebrajado el cristal. Las entrañas se le salen por el pecho. Me observa con su horrendo rostro. Le veo el blanco de los ojos. Me tapo la boca para no vomitar.

Riin, riin. Riin, riin.

Me incorporo un poco y me dirijo hacia el teléfono, aunque sin ponerme de pie. Por si acaso hay otros pájaros que deciden estrellarse sin motivo contra mi ventana.

¡Pam!

Una tercera paloma se estrella contra el cristal, pero en esta ocasión no se queda pegada y cae directamente al balcón. Se me escapa otro grito mientras me arrastro hacia el teléfono. Sigo agachada, arrastrando la barbilla por el suelo.

Me pregunto si existe alguna manera desconocida para mí de conseguir mi número de teléfono. Seguro que hay personas capaces de conseguir esa información si realmente se lo proponen. Puede que se trate de alguien importante que quiere hablar conmigo. La policía. O Brenner. A lo mejor es un experto en telecomunicaciones o algo así. A lo mejor ha decidido que ya es hora de mantener una charla conmigo.

Podría ser cualquier vecino del bloque de enfrente, en realidad. Cualquiera que me haya visto observando y quiera devolverme la pelota. Invadir mi intimidad, para hacerme saber lo que se siente.

¡Pam! Puede que éste sea mi justo castigo. ¡Pam! Grito.

Riin, riin. Riin, riin.

La mano me tiembla sobre el teléfono. Quizá sea mejor que no responda. Me detengo un instante a contemplar la ventana, cubierta ahora de sangre y plumas. Esto no puede ser real. Cierro los ojos y respiro. Cojo aire por la nariz y cuento hasta quince. Luego lo expulso mientras cuento hasta diez. Esto no puede ser real.

¡Pam! ¡Pam! Cinco palomas, seis. Las dos llegan casi desde abajo y se estrellan contra la ventana. Es como si me estuvieran bombardeando. ¿Por qué me atacan? ¿Ellas también se están defendiendo?

Riin, riin. Riin, riin.

Tengo que contestar. La situación ya no puede empeorar más. El ruido que hacen los dos cuerpos al deslizarse lentamente por el cristal, para reunirse con los demás cadáveres, me chirría en los oídos. Es un sonido espantoso.

Cojo el teléfono y me agacho de nuevo. Contengo el aliento. Cierro los ojos. Me acerco el auricular al oído. Y escucho.

–Si usted o un ser querido han sufrido un accidente durante los últimos seis años, puede usted tener derecho a una indemnización. Por favor, pulse tres si…

Dejo caer el auricular al suelo y, con él, cae también la voz incorpórea. Me llevo instintivamente las manos a la cabeza y empiezo a llorar.

–… uno de nuestros asesores le atenderá y le informará sobre la mejor forma de…

La voz incorpórea sigue hablando. El teléfono permanece en el suelo, observándome. Cojo el cable que lo une a la pared y tiro con fuerza, con las mejillas teñidas de un rojo intenso. Lo arranco de su toma. Una loca que está sola en su casa, armando jaleo. Durante un segundo, todo se calma y oigo el sonido descarnado pero reconfortante de mi propia respiración. Pesado y frenético.

Un gruñido y un ladrido dentro de casa. Salto otra vez. Y *Terrence,* que hasta ahora ha estado escondido en el dormitorio, entra y me lame la mano. Lo cojo en brazos y lo acuno como si fuera un bebé. Él me lame la cara y me entran ganas de reír.

Luego se vuelve y trata de lamer la ventana. La olisquea y trata de lamer la sangre y las plumas que están al otro lado. Me limpio la cara de inmediato, pues acabo de recordar que al fin y al cabo es un animal. No mi hijo. A saber dónde ha metido el morro.

Me pongo en pie y regreso a la ventana. Paso la mano por la grieta y veo que no es tan grave como parece: las ventanas son de cristal doble y en este lado no se nota la grieta.

Intento observar, concentrarme de nuevo en el piso de Brenner, donde he visto desaparecer a la chica apenas unos momentos antes. Observo por un hueco entre las plumas y la sangre. Veo que el piso número dieciocho –el de Brenner– tiene las cortinas subidas.

Me vuelvo para coger el micrófono direccional. Lo he comprado esta mañana, temprano. Cuando la situación era mucho más tranquila.

Me pongo los auriculares y empiezo a toquetear el dial. Por si acaso se oye algo ahí dentro. En el piso dieciocho.

Antes he intentado escuchar, pero el estruendo de las obras ha bloqueado los sonidos lejanos, tal y como ya me había advertido Phil. Pero antes de eso he tenido un poco de suerte. He conseguido oír la música procedente del piso de Albert, el cuatro. Me he sentido como si estuviera allí con él. Compartiendo el momento. Solos los dos, abrazados. Como un equipo. Mientras la vida seguía fluyendo a nuestro alrededor. Estaba escuchando, no sé por qué, la suite *Los planetas*, de Holst. Durante una hora o así, me ha servido como banda sonora de la mañana. La música subía y bajaba. Mientras yo seguía observando. Fijándome en los pies desnudos de Albert sobre el frío suelo de madera.

El aparato funciona, pero se le escapan las sutilezas de la voz humana. Sobre todo cuando de fondo se escucha esa cacofonía que es el ruido de las obras, amplificado aún más por el micrófono.

Bum. Bum. Fzzz.

Sigo toqueteando el dial, por si acaso. Por si consigo escuchar a través de las ondas algo que se parezca a una voz humana.

Fzzz. Fzzz. Nada.

Mientras sigo jugueteando con el dial, se me ocurre que debería llamar a la policía. Va siendo hora. Si de verdad he visto lo que creo

haber visto, tendría que llamar ahora mismo. Se trata de algo concreto. La chica de la ventana. Las marcas de quemaduras que tenía en las piernas. La mano que la ha agarrado. Esto es justo lo que quería: algo real.

Y, sin embargo, estaba tan oscuro allí dentro. Oh. Ahora empiezo a dudar acerca de si realmente he visto algo o no. No, estoy segura de haberlo visto. Debería llamar a la policía y contárselo. Pero… ¿me creerán? No quiero hacer el ridículo, otra vez no.

Puede que no sea más que un sórdido jueguecito sexual. O a lo mejor él consigue deshacerse de ella antes de que llegue la policía. Entonces la rara seré yo. Y la policía me acosará a mí. Y él también. Será a mí a quien pillen, sólo a mí. No. Esto no funciona.

Mientras sigo toqueteando el dial, capto algo de repente. Ruidos. Voces. No son sonidos tan lejanos como para proceder del piso de Brenner. Vienen de algún punto entre los bloques.

Aullidos. Carcajadas. Justo aquí fuera. Dejo caer mi equipo al suelo y echo un vistazo a través del cristal resquebrajado de la ventana.



7 días antes de que ocurra. Ahí fuera

HB (varios) – Delante de los apartamentos Riverview – Cielo cubierto, 10 grados – Grupo de cinco – Adidas, Fila, Dunlop – Estaturas diversas – Parlanchines, inquietos, bulliciosos.

Los chavales del café, los que iban en chándal, están allí abajo. Partiéndose de risa. Se frotan unos a otros las manos, manchadas de sangre de paloma. Como si fuera un juego. Uno de ellos está cubierto de plumas y se dedica a dar saltitos, cosa que hace reír a los demás. Otro de ellos sujeta un cubo y todos llevan guantes de jardinería.

Me hierve la sangre. Lo veo todo rojo. Sin ponerme siquiera los zapatos, cojo las llaves y a *Terrence,* bajo corriendo y me dirijo a la calle para enfrentarme a ellos.

Salgo del bloque y me planto ante ellos, cosa que los coge desprevenidos. Intento intimidarlos como hice en el café, pero me arden las mejillas, estoy claramente roja, alterada. Se han vengado. Han conseguido fastidiarme y se están regodeando en ello.

Terrence, sin embargo, no parece dispuesto a rendirse sin plantar cara. Gruñe y ladra. Quiere devolver el golpe. Y, finalmente, lo consigue. Lo suelto un poquito y le permito morder la parte posterior del chándal de uno de los chicos. Le hace un agujero. Me arrepiento al instante de habérselo permitido.

Se lanzan en bloque sobre mí. Se supone que las cosas no tenían que haber salido así. Éste no era el plan. Sujeto a *Terrence* con fuerza y me agacho, con las manos sobre la cabeza, preparándome para recibir sus golpes. Uno de los chavales trata de quitarme la correa, otro le da un patadón a *Terrence*. Uno de los que están detrás se mete la mano en el bolsillo.

–Eh, eh, ¿qué coño estáis haciendo? –grita una voz a mi espalda.

El chaval sujeta con fuerza algo que aún está dentro del bolsillo. Tensa la muñeca, que le tiembla un poco. Luego saca un móvil, me hace una foto y echa a correr. Y luego se dispersan todos, riendo como chacales.

–¡Diviértete con tus pájaros! –me gritan, justo antes de doblar la esquina.

–¡Largo de aquí! O llamo a seguridad y os arrestan a todos –oigo de nuevo la voz.

Una voz firme y autoritaria. Prepotente.

Levanto la vista y, entre lágrimas, veo a Lowell y a uno de los conserjes.

–Eh, Lil, joder. Entremos. Serán animales –dice Lowell.

Me alegro tanto de verlo. Lo abrazo con todas mis fuerzas, pego el cuerpo al suyo. Él me sujeta y me ayuda a entrar en el edificio.

El conserje habla de denunciar, de unas imágenes excelentes de las cámaras de seguridad, pero no quiero saber nada de todo eso. En otras condiciones, querría. Pero no ahora. Estoy haciendo todo lo posible por pasar inadvertida. No es el momento.

En el vestíbulo, Lowell me habla con voz serena y comedida. Me devuelve suavemente a la realidad con su timbre y su estatura.

–Sinceramente, algunos de los chicos que corren por aquí son…, bueno, no me gusta decirlo, pero son como alimañas –dice, en un tono desacostumbradamente destemplado. Descompuesto.

Ratas… Las ratas del aire… Las ratas de la calle.

De haber salido de otros labios, esas palabras resultarían ofensivas. Pero el tono vacilante lo convierte todo en un discreto reproche. Además, sé que Lowell sólo pretende hacerme sentir mejor.

Subimos en el ascensor y me siento segura a su lado.

–Detesto que la gente diga lo que yo estoy a punto de decir. Como si la culpa fuera tuya. Pero… Ten cuidado ahí fuera, Lily, ¿lo harás? –dice, cuando llegamos frente a mi puerta.

–Bueno. Igualmente lo has dicho –digo.

Es un hombre caballeroso. Un caballero.

Pero no sabe de qué está hablando. Sé cuidar de mí misma. Creo que he corrido más riesgos esta última semana de los que él ha

corrido en toda su vida.

–Muchas gracias, de todas formas. Ya me encuentro mejor –le digo.

Le rozo un brazo y él hace lo mismo.

–Si alguna vez necesitas algo, estoy al otro lado de la pared.

¿A quién quiero engañar? Lowell me gusta demasiado. ¿Es eso malo? Es un bicho raro. Pero no raro raro. No de los que llevan gafas de culo de botella y una tirita en el puente de la nariz. Un bicho raro moderno. De los guays. De rasgos marcados, definidos, expresivos. La clase de rostro que te gustaría lamer y luego golpear con un martillo. O puede que eso sólo me ocurra a mí. Releo lo que he escrito y me siento un poco rara.

Apoyo la espalda en mi puerta. Mi hogar está justo detrás de mí.

–Gracias.

–Lo digo en serio, sé que todo es muy…, en fin, reciente. Lo sé. Lo sé.

¿Qué es lo que sabe? Otro tipo extraño.

–En fin, que estoy aquí al lado. Eso es lo que quería decir –afirma, con sinceridad. Y un veinte por ciento de coqueteo–. ¡Aaaah! –grita entonces, al tiempo que da un brusco paso atrás.

Adiós al momento. *Terrence* se ha acercado a la puerta y ha empezado a lamerle la mano. Lo ha pillado desprevenido. Los dos nos echamos a reír. La risa se va apagando. Y entonces se me queda mirando. Regresamos una y otra vez a este silencio tenso. Como si lo disfrutáramos. Nos hierve la sangre. Da la sensación de que podría ocurrir algo. Aquí, entre nosotros.

–Bueno, cuídate –dice.

Asiento, con un gesto deliberado. Le doy un golpecito en el pecho, dos. Toc, toc.

Doy media vuelta y entro.

Joder. Ahora me toca a mí llevarme un sobresalto. Aiden está justo detrás de la puerta. Estamos todos un poco nerviosos esta noche. Aiden está aquí mismo. Me ha estado esperando.

–Hola. ¿Dónde te habías metido? –pregunta en tono inocente.

Pero no me apetece responder a esa pregunta.

La pregunta correcta es: ¿dónde se había metido él? Lo ocurrido me ha alterado tanto que ni me he parado a preguntarme dónde se había metido él. Me he sentido muy muy sola. Y resulta que él ha estado aquí todo el tiempo.

¿Es que no me ha oído gritar? ¿Qué era lo que estaba haciendo, exactamente?

Séptima parte:
En el punto de mira



6 días antes de que ocurra.
Por la mañana

Estoy pensando en el micrófono. El que compré en la tienda de espionaje cuando fui a buscar el micrófono direccional. Se me había olvidado contártelo. Le dije a Phil que poner micrófonos ocultos no era una opción, y no debería serlo. Pero ahora esa opción está sobre la mesa y he trazado un plan. Para poner las cosas en marcha.

Lo busco en el interior de mi neceser, lo saco y lo observo durante un rato. Es un objeto curioso. Es una cajita del tamaño de una moneda de cincuenta peniques: «micrófono espía GSM». Contemplo el apartamento dieciocho. Las cortinas están bajadas. Se mantiene apartado, pululando por ahí sin la menor duda, pero sin dejarse ver, camuflado como el carricero común en las orillas del embalse. Con mi visión intermedia, trato de descubrir en vano signos de movimiento. Y entonces me llega un mensaje:

«Delante de la tienda. 5 minutos».

Respondo:

«OK».

Anoche, cuando vi a Aiden, hablé muy en serio con él. Por una vez, le dije lo que le tenía que decir. Le di la vuelta a las cosas. Aiden quería saber qué era todo el jaleo que yo había armado en la salita de estar mientras él trabajaba. Me preguntó dónde había ido y quién me había acompañado hasta la puerta. Pero yo le di la vuelta a la conversación. Le eché toda la culpa a él, porque es él quien la tiene. Él es el misterioso. Él es el que se esconde. No me guardé nada.

–Eres un cobarde, ¿sabes? Me he casado con un cobarde –le dije, al tiempo que le lanzaba una mirada acusadora.

–¿De qué coño estás hablando? –respondió él, dolido por el golpe.

–¿No has oído el teléfono? ¿Ni los pájaros que se han estrellado contra la ventana?

–¿Pájaros? ¿Qué pájaros? El teléfono no ha sonado desde que vivimos aquí.

Me lo quedé mirando durante un instante. Los papeles se habían invertido.

Estaba tenso. Y me pregunté por qué. Seguramente se sentía culpable. Tuvo que oír los pájaros. Tuvo que oír el golpe. Chof. Pam. Pam.

Una pausa. Se pasó una mano por la cara. Frunció el ceño. Y entonces di un paso hacia él.

–Te has escondido en la habitación, ¿verdad? Con las cortinas bajadas. Oculto a la vista, ¿no es cierto? Mientras yo estaba aquí sola. Hasta se me ha olvidado que estabas en el apartamento. Ya nunca me acuerdo de que estás aquí. Vives encerrado. Eres un cobarde. Patético.

Se lo dije todo.

Se tomó unos instantes. Chasqueó la lengua. Hinchó los carrillos.

Esperé.

–Mira, lo siento. Reconozco que tenía muchas cosas que hacer. Tengo que cumplir un plazo de entrega. Me quedan miles de palabras por escribir y sólo cinco días de tiempo. Estoy desconectado. Lo siento. Lo siento mucho.

Contuvo el aliento y me miró, con los ojos enrojecidos.

Nos observamos el uno al otro durante un instante. Y me ablandé un poco. El Aid de siempre había vuelto, en parte al menos. Parecía humano. Vulnerable, pero de una forma sincera. Me miró y, de repente, sentí de nuevo su presencia. La presencia del hombre al que amo.

–Pero, Lily…, yo no he oído ningún pájaro. Tampoco he oído el teléfono.

Zuuum. Pasó un avión por encima de nuestras cabezas. Cada día vuelan más bajo.

Me quedé mirando a Aid. Sé que el factor común de todo este extraño comportamiento soy yo. Pero todo el mundo actúa de forma rara de vez en cuando, ¿no? No puede tratarse sólo de mí. ¿Cómo es posible que no haya oído nada?

–Ven a la salita. Ven –le ordené.

Pero no quería entrar. Algo se lo impedía. Sonrió forzadamente. Parecía reacio. Hasta incómodo.

–He visto las ventanas. No les pasa nada. Están limpias. Mira, me voy a poner mis auriculares y voy a seguir trabajando.

Le cogí las manos y me las acerqué al pecho. Nos miramos a los ojos. Le hablé despacio, en tono cordial.

–No has visto las ventanas. Ya no sales nunca de la habitación, excepto para ir al váter. ¿Verdad? Vamos –dije, tirando de él hacia mí.

–Lily, he visto las ventanas. Y no hay nada raro en ellas.

–Ven conmigo y te lo enseño. Ahora lo verás –dije, sujetándole la muñeca.

–¿Qué haces? Tengo mucho trabajo. Suéltame –me suplicó.

Pero yo aún lo tenía cogido por las muñecas. Tenía que acompañarme.

No parecía contento. Se mantuvo firme. Intentó sonreír, fingiendo. Como si aquello no fuera una agresión, como si ninguno de los dos estuviera intentando salirse con la suya. Tiré de él; sus calcetines resbalaron sobre el liso suelo de madera.

–Ven. Ven. ¡Entra y echa un vistazo!

–Lily, no, yo…

Finalmente cedió y entramos los dos en la salita. Echamos un vistazo. Él no dijo nada, mientras contemplábamos la ventana.

–Mierda.

Una pausa. Sólo se oía nuestra respiración. Y por fin cayó en la cuenta.

–Mierda. Antes no estaba así. ¿Cómo es que ahora está así?

No sé si estaba actuando o qué, pero parecía sorprendido de verdad. No creo que estuviera intentando escurrir el bulto. Creo sinceramente que no sabía lo que había pasado allí. Mientras a mí me ocurría todo aquello, él tenía puestos los auriculares. No se había enterado de nada mientras yo me arrastraba, con la barbilla pegada al suelo. Mientras trataba de llegar al teléfono. Se quedó mirando las plumas.

–Los pájaros. Te lo he dicho. Unos chavales de las viviendas sociales se han dedicado a bombardear nuestro piso con pájaros

muertos. Vete tú a saber por qué. Algunos de esos chavales son putos animales, en serio –murmuré.

–¡Puaaaj! Joder. Madre mía –dijo, al tiempo que se tapaba la boca con una mano, se inclinaba hacia delante y contenía una arcada.

Siempre ha tenido un estómago delicado.

Diez minutos más tarde, por primera vez en muchos muchos meses, salía al exterior. Aunque fuera sólo al balcón. Limpió la sangre y se deshizo de los pájaros. La sangre medio disuelta empezó a resbalar por el cristal. Seguí la escena desde el otro lado del cristal. Era como si Aid se estuviera bañando en sangre de un tono burdeos claro. Como si estuviera nadando en ella.

Finalmente, toda la sangre cayó al suelo, de donde la limpió con una esponja y un rollo de papel de cocina. Luego lo metió todo en una bolsa negra de basura. Y la ventana quedó como nueva. Como si no hubiera ocurrido nada. Entró en el apartamento y lo besé. Luego nos fuimos a la habitación y, por primera vez en mucho tiempo, mantuvimos contacto físico. Fue bonito.

Puede que no te interese saber esos detalles, pero es que pensaba que empezabas a preocuparte.

Y por la mañana, en la ducha, empiezo a pensar en el micrófono oculto y en cómo colocarlo en el piso dieciocho. En los trucos que tendré que inventarme. Porque eso es lo único que importa ahora. Tengo que hacer algo.

Se me ocurrió pensar en si conocía a alguien capaz de colarse en un edificio. Y no tardé demasiado en reducir la lista. Ya sé que es caer en el estereotipo, así que traté de abordar el tema con delicadeza. Envié un mensaje al número de Jean. Que ahora es el número de los chicos.

«¿Por casualidad no sabrás forzar una cerradura?», decía el mensaje.

Vale, supongo que no abordé el tema con demasiada delicadeza.

Diez segundos más tarde, mi teléfono empezó a vibrar. Qué rápido escriben estos chicos.

«¿Por qué? ¿Para qué?». Lo interpreté de inmediato como un sí.

«Para pillar al tipo que lo hizo. Necesito ayuda. Dispuesta a pagar».

«¿Cuánto?».

Un rápido regateo y quedamos en encontrarnos una hora más tarde. Apenas conozco a ese chico y ahora resulta que lo tengo en nómina.

Me seco, me pongo unos vaqueros negros, una camiseta negra y unos zapatos negros. No sé si esa ropa me hace destacar más o menos, pero me voy a arriesgar. Luego guardo el micrófono en mi neceser, me acerco a la ventana para comprobar que las cortinas sigan perfectamente bajadas, como una boca con los labios apretados, y es entonces cuando recibo su mensaje de los «cinco minutos».

Hace dos días que no voy a trabajar. He llamado para decir que estoy enferma. Estoy agotando mis días de asuntos propios. Como miembro de la población activa, no soy muy de fiar, pero es que hay cosas más importantes.

Son las 11:00. Brenner debería estar trabajando. Todo el mundo debería estar trabajando a estas horas. Bueno, al menos las personas normales.

Siguiendo adelante con sus vidas. Dejando sus casas vacías. Desocupadas y desprotegidas.



6 días antes de que ocurra. Por la tarde

Aquí está. Nos saludamos con una inclinación de cabeza. Como dos veteranos en estas lides. Chris también lleva ropa en tonos oscuros, así que el atuendo que he elegido ya no me parece tan absurdo. Le doy la pasta y él se la guarda de inmediato en el bolsillo. No parece que lleve nada encima. Ninguna herramienta ni nada que se le parezca.

Cuando llegamos a la entrada del bloque Waterway, acordamos un plan. Se supone que no hay que sujetarle la puerta abierta a nadie. Han llegado varios correos electrónicos que insisten en esa cuestión: correos en los que se dice que no se ha producido ningún robo en estos pisos desde que los construyeron y que así es como debe seguir. El problema es que ese mensaje se interpreta de otra manera: «¿No ha habido robos? Ah, vale, entonces me puedo relajar». Lo cual significa que la gente tiende a sujetar la puerta abierta a otras personas. Que bajan la guardia, vamos. Hasta yo lo he hecho. Es lo normal. Una cosa es decir «pues claro que no voy a dejar que un extraño entre en el bloque» y otra cerrarle la puerta en las narices a una mujer que llega cargada con las bolsas de la compra. Una mujer de aspecto normalísimo.

Lo triste, sin embargo, es que es poco probable que alguien le sujete la puerta abierta aquí a mi amigo, pero sí a mí. Y así es como funcionan las cosas, por lo general. En la vida. Confiamos en las personas con un aspecto similar al nuestro. O eso dicen los psicólogos. Así que él se esconde. Y yo me quedo merodeando cerca de la puerta, cargada con una bolsa de frutas y verduras orgánicas procedentes de la tienda del barrio. Que, curiosamente, es como mi carné de identidad. Soy como vosotros. ¿Lo veis? Yo también voy a las tiendas, dice mi bolsa. Esperamos.

Veo a aquella mujer tan rara a la que le di la crema para el pie de atleta. Está pasando justo en ese momento por la otra acera. Vuelvo

la cara enseguida y, por suerte, no me ve. No me apetece pararme a charlar. Ahora no.

Después de quince minutos sin que ocurra absolutamente nada, empieza a preocuparme que alguien se fije en mí, que me vea merodeando. Acechando. Esas cosas no gustan mucho por aquí. Todo el que esté en sus cabales tiene un lugar al que ir.

El único problema de elegir un momento del día en que todo el mundo está trabajando es que todo el mundo está trabajando. Necesitamos a alguien que trabaje desde casa, un informático o algo así. O un estudiante, no soy tan quisquillosa. Pero hasta ahora, nada de nada. Sigo paseando, tratando de parecer de lo más normal.

Y entonces, como si estuviera planeado, sale Alfred, nuestro universitario que acaba de estrenar su primer piso. Me he distraído en el peor momento. La ley de Murphy. Tengo que apresurarme, maldita sea, o se me escapará la oportunidad.

Ya prácticamente ha cruzado la puerta y está a punto de soltarla para que se cierre. Acelero el paso mientras rebusco en el bolsillo, como si tuviera las llaves en alguna parte. Trato de parecer aturullada, creíble. Creo que estoy demasiado lejos para llamar su atención.

Alfred, sin embargo, es muy educado. Habrá estudiado en un buen colegio privado. Me ve llegar con la compra. Me dedica una media sonrisa, nada demasiado afable, pero sujeta la puerta abierta y me deja pasar. Me alegra que ya nadie conozca a sus vecinos. Por lo menos, en bloques como éste. Nadie excepto yo.

Cruzo las relucientes puertas de cristal y luego me detengo, empiezo a trastear con mi bolsa como si estuviera cerciorándome de no haber olvidado nada. El neceser y el micrófono están ocultos bajo mi compra de atrezo. Escondidos entre la quinoa y una calabaza cacahuete. Luego cuento hasta diez y, al volverme, Chris ya está junto a la puerta. Pulso el botón verde para abrir, él asiente, abre y listos: estamos dentro los dos.

Mientras subimos la escalera, echo un vistazo a mi alrededor. La decoración de los pasillos es distinta: moqueta marrón y paredes verdes, una fascinante elección de colores. Entre los cuales, ahora me doy cuenta, cantamos como una almeja. Como si fuéramos a

una fiesta de disfraces vestidos de ladrones. O nos hubieran contratado para un servicio a la inglesa. O fuéramos titiriteros.

Un conserje, vestido con su uniforme gris de ribetes azules y su aguja de color verde lima en la corbata, pasa corriendo junto a nosotros. Nos apartamos un poco. Rodeo a Chris con un brazo, en un intento de crear un vínculo entre nosotros. De sugerir, quizá, que es mi hijastro y no un chaval al que apenas conozco y al que he contratado para que fuerce la puerta de un piso.

–Disculpen –murmura el conserje, que sin duda se dirige a atender alguna emergencia en el aparcamiento.

Chris me mira. Contempla mi mano, apoyada aún en la parte baja de su espalda, y la retiro enseguida. Sonrío. Él no. Sin embargo, creo que de algún modo todo esto le resulta divertido. Piso dieciocho, primera planta, no es difícil de encontrar.

Mientras yo monto guardia en lo alto de la escalera, me vuelvo a mirar cómo lo lleva Chris. Se saca del bolsillo dos largas piezas de metal, una de ellas curvada en un extremo. Y eso es lo único que necesita. Pensaba que sería un trabajo más técnico. Introduce una de las piezas en la parte inferior de la cerradura y luego, despacio, introduce la otra en la parte superior. Con hábiles movimientos, hace girar la pieza de la parte inferior, manipulando así el mecanismo interior de la cerradura.

En una ocasión, realicé un proyecto de investigación para un fabricante de cerraduras. Los cerrajeros eran en otros tiempos personas que creaban cerraduras muy particulares. Eran inventores, más que artesanos que se limitaban a incorporar sutiles variaciones a un producto fabricado en serie. Durante el siglo XIX, hombres como James Sargent, Linus Yale Sr. y Jeremiah Chubb se convirtieron en los artífices del desarrollo de este arte. Para ellos, cada cerradura se consideraba una especie de enigma que había que resolver. Fabricaban nuevas cerraduras y garantizaban que era imposible forzarlas; luego, sus competidores trataban de abrirlas y, si lo conseguían, se daba a conocer así el nuevo mecanismo, que pasaba a convertirse en el líder del sector.

Se celebraban concursos nacionales de cerrajeros. Creo, de hecho, que hoy en día aún se celebran. Pero, a medida que fue

pasando el tiempo, la carrera armamentística entre cerradura y llave acabó siendo dominada por la llave. O, mejor dicho, por los explosivos, las ganzúas y las pistolas. Los cerrajeros se mostraron cada vez más reticentes a ofrecer garantías de sus productos, a menos que estuvieran fabricados especialmente para el cliente, lo cual lógicamente suponía un gasto mucho mayor. Así, ahora hemos llegado de nuevo a un sistema basado en la honestidad. Si antes podíamos estar tranquilos mientras estábamos en casa, rodeados de nuestros objetos de valor, el mundo moderno funciona gracias a una especie de sistema que se basa en el «no lo hagas, por favor». Cualquiera que desee hacerlo, que disponga del material, el tiempo y las ganas, puede entrar donde le plazca. La cerradura no es más que una barrera que te obliga a pararte a pensar, que te pregunta: «¿De verdad quieres hacer esto? Porque en cuanto lo hayas hecho, no habrá vuelta atrás, te habrás convertido en un delincuente». Mientras pienso en esas cuestiones, oigo el chasquido de un pomo al girar. Ya no hay vuelta atrás.

Chris me hace un gesto y entramos los dos en casa del señor Brenner. No te voy a mentir. En ese momento, estoy eufórica. Nerviosa, también, temblando. Pero cuando sabes que lo que te dispones a hacer es lo correcto, tu determinación aumenta. Puede que la chica esté aquí, ahora mismo. Viva o muerta. Echo un vistazo. Primero, en el dormitorio. Camino con cautela, pero rápido. Veo dos mesillas de noche de estilo francés, de mediados de siglo. Paso la mano por una de ellas mientras apoyo la otra en el armario de puertas correderas.

Vacilo. Trago saliva. No sé muy bien qué me voy a encontrar. No me considero preparada para ver un cadáver. O un rostro contraído por el dolor, ya sea vivo o muerto. O unas muñecas atadas. O un cuerpo lleno de moratones. Me parece que no quiero ver nada más.

–¡Eh! ¿Qué haces?

Doy un respingo y reprimo las ganas de gritar. Es Chris. Sigue hablando, en apresurados susurros:

–Oye, te dejo con lo tuyo. Yo me largo. Ya nos veremos.

Se dispone a marcharse.

–No, no me dejes aquí. Tenemos que volver a cerrar la puerta al salir, ¿no?

–Eso no entraba en el trato. Si me pillan aquí, estoy jodido.

Y se marcha.

Sigo con la mano apoyada en el armario. Me armo de valor y cierro los ojos. Corro la puerta. Los horrores que estoy a punto de encontrar podrían cambiarlo todo. Me humedezco los labios y luego abro los ojos.

Pelotas de tenis. Ropa interior. Las declaraciones de la renta de los últimos diez años. Camisas. Camisas bonitas. Las toco. No sé por qué. Luego bajo la vista y veo un arcón verde. Tiene una cerradura de combinación. Me pongo en cuclillas para ver si se abre, pero no, está cerrado. Oigo un ruido en el pasillo. Pasos y voces. Chris ha cerrado la puerta, pero oigo claramente ruido de pasos ahí fuera. No quiero que me pillen aquí.

Saco el micrófono de la bolsa y me dirijo a un alto helecho que está en una esquina de la salita, pensando que tal vez pueda engancharlo en la parte posterior. Me mantengo alejada de los ventanales, para que nadie pueda verme desde fuera. Sé por experiencia lo mucho que se puede ver desde fuera.

Alguien llama a la puerta. Me quedo helada y se me cae el micrófono, que se estrella contra las baldosas del suelo en la zona destinada a cocina. Se rompe. Mierda, la cajita se ha partido en tres trozos. Me arrodillo para examinarlo.

Toc, toc. Escondo las piezas en un minúsculo hueco entre la vinoteca empotrada y la nevera. Desesperadamente, lo empujo hacia el fondo con los dedos, hacia la oscuridad. Luego me pongo en pie y me dirijo a la puerta. Sin hacer ruido, me inclino hacia ella y observo por la mirilla.

Nada. En estos edificios, tienen más bien algo que podría describirse como visor. Mirilla suena demasiado humilde, teniendo en cuenta que son de tamaño industrial. Ofrecen una mejor perspectiva de lo que ocurre en el exterior, pero distorsionan un poco la imagen; todo se ve más raro, como si estuvieras en la casa de los espejos. Pero lo único que acierto a ver es el pasillo. Es una imagen peculiar,

que me recuerda que no estoy en mi piso. Que ése no es mi pasillo, que esas paredes verde lima no tienen nada que ver con mi casa.

Cojo mis cosas. Todo esto no ha servido de nada. El micrófono está destrozado. En el piso no hay nada, aparte de camisas bonitas, material deportivo y un arcón que ni siquiera he podido abrir. Y entonces aparece una figura, que se me antoja enorme a través del visor. Un rostro arrugado. Doy un paso atrás y me pego a la pared, por si acaso. Aunque sé perfectamente que desde fuera no se puede ver el interior del piso.

Toc, toc.

Sujeto mi bolsa con fuerza, para armarme de valor. Y apoyo la espalda en la pared. Respiro hondo mientras cuento hasta quince. Expulso el aire mientras cuento hasta diez. Inspiro durante quince segundos, espiro durante diez. Vuelvo a echar un vistazo por la «mirilla». Nada. Respiro hondo y aprovecho la oportunidad.

Giro el pomo y salgo en un instante, tratando de aparentar normalidad. Como si estuviera saliendo de mi propio piso. Nada extraño. Nada que levante sospechas. Consigo dar cinco pasos antes de que un brazo me agarre por detrás.

–Eh, tú te vienes conmigo. ¡Ven aquí!

No me detengo a averiguar quién es. Me suelto y bajo corriendo la escalera. Está justo detrás de mí. Es el rostro arrugado de antes, deduzco.

–¡Quieta ahí! ¡Ahora mismo! –me grita.

Pero consigo zafarme de él y pulsar el botón verde que abre las puertas. Veo la luz del sol al otro lado del cristal. Ya casi estoy.

Mientras cruzo las puertas y salgo al aire libre, oigo al hombre detrás de mí. Frena el paso, jadeando. Me he librado de él. Mi intención es dejar caer la bolsa y echar a correr. Ocultarme hasta que oscurezca y luego escabullirme a mi apartamento sin que nadie me vea. Luego deshacerme de la ropa que llevo puesta y pasar desapercibida durante un tiempo.

Pero no hago nada de todo eso. Echo a correr hacia el mundo de ahí fuera. Y voy a parar directamente a los brazos de un hombre vestido con una chaqueta reflectante. Lleva una placa. Y mide más de metro ochenta. No me había sentido así desde que era una cría y

jugaba a cosas de niños. Pillada. La paro yo. Estoy jodida. El hombre de la cara arrugada se acerca por detrás, jadeando, y apoya las manos en las rodillas.

–Es ella. Sí, es ella.

Debe de ser el encargado de seguridad de la zona, supongo. Nunca lo había visto. No sé muy bien qué hacer ahora. No sé si confesar que vivo aquí o no. Sin pensar en lo que hago, actúo como una delincuente. Eso es lo malo de las situaciones, que nos dictan la conducta. No es la personalidad –si es que tal cosa existe– la que nos dicta la conducta.

Me rebelo. Pataleo. Grito.

–¡Suélteme! ¡Quíteme las manos de encima! ¡Suélteme de una puta vez!



6 días antes de que ocurra.
Por la noche

HB – Habitación blanca mal ventilada – Lluvia intensa, 9 grad – Solo – Traje marrón – 1,75 cm – Pensativo, analítico, pero también informal.

Bueno, pues ahora ya sé lo que es. Estar sentada ante una mesa, en una sala de interrogatorios, de paredes blancas. Y no me refiero a una en la que yo haya entrado por propia voluntad. La tonalidad es un poco distinta esta vez.

Estoy esperando que venga alguien a interrogarme. Para intentar sonsacarme. Si has visto en la tele alguna serie de polis en la que aparezca una escena de este tipo, bueno, pues esto es lo que se siente. Aunque algo más cálido. Y no lo digo en el sentido emocional del término. Hace bochorno aquí dentro. Es decididamente verano. Detrás de mí hay una ventana alta. Nada de espejo de doble cara ni esas cosas tan chulas. Sólo una habitación de atmósfera cargada.

Me siento sobre las manos y me muevo en la silla, incómoda. Me pregunto si habrá dos interrogadores. Supongo que uno de ellos entrará y, sin mediar palabra, me dará un bofetón en toda la cara. Y entonces yo me desmoronaré y se lo contaré todo. Sigo esperando.

Ya he conseguido encajar unas cuantas piezas. No contaba con que hubiera tantas cámaras en los bloques de nueva construcción. El conserje dispone de varias pantallas que van pasando de la imagen de una cámara a la de otra. El ojo ovalado del pasillo, que parece una especie de detector de humos. Hay uno en cada pasillo. También en el mío. Un ojo que nos observa constantemente.

Si sólo me hubieran visto entrar en los apartamentos Waterway cargada con mis bolsas, no se habrían preocupado. No conocen físicamente a todos los vecinos. No habrían sabido que no vivo en ese edificio. Tampoco es que dispongan de una tecnología tan avanzada, ni que estén tan organizados. Así, habríamos podido

recorrer el pasillo tan tranquilos, como cualquier otro vecino. Eso tampoco habría despertado sospechas.

Pero cuando una de las pantallas del conserje mostró durante unos segundos el pasillo del primer piso de los apartamentos Waterway, ahí se nos acabó la suerte. Vio a Chris manipulando la cerradura, sin llave. Con toda probabilidad, incluso presenció el acto en sí de forzar la puerta. Porque las cámaras pueden girar y enfocar de cerca. Para ver las piezas de metal, capturar el instante preciso en que las hizo girar, analizar el rostro de Chris. Que no encaja exactamente, vamos a decirlo así, con el perfil de uno de los residentes de los apartamentos. Parece justo lo que es: un chaval de las viviendas sociales.

El conserje envía a un agente de seguridad, entrado en años, a ver qué estoy haciendo. Y le envía un mensaje a la policía, que por lo general suele patrullar la zona. De día, por lo menos. Para vigilar los pisos pijos. Y evitar la presencia de indeseables. Mantener las manos de la peña de las viviendas sociales lejos de los cajones de la peña que vive en estos apartamentos. Una especie de *apartheid* a pequeña escala.

En cuanto me pillaron, me preguntaron dónde estaba mi amiguito. Antes incluso de meterme a empujones dentro de un coche. Nos habían visto a los dos en la pantalla, conspirando.

Sigo esperando. ¿Cómo debo comportarme? Saben demasiadas cosas de mí como para que ahora juegue a hacerme la samaritana. Que finja ser una simple vecina vigilando la casa porque ha visto a un chaval sospechoso merodeando por ahí, que finja haber entrado en el piso para asegurarme de que todo estaba en su sitio. Saben demasiado. Han analizado las cintas. Y no se lo van a tragar.

Durante el trayecto desde el coche hasta esta sencilla sala de paredes blancas, me he hecho la tonta. No les he dicho nada. Me han tomado las huellas dactilares. Y yo, ni una palabra. De todas formas, tampoco se me da bien charlar de temas triviales. Tengo los dedos manchados de tinta. Me los miro. Y sigo esperando.

Se abre la puerta y entra un tipo, que se sienta delante de mí sin apenas molestarse en mirarme. El mismo de la otra vez. Puede que le haya tocado cargar conmigo. Soy su caso. «A partir de ahora, no

le quites el ojo de encima a ésa, ¿vale? Ella sola ha protagonizado una ola de delitos».

La verdad es que no parece un policía. Tampoco es que yo sepa mucho acerca de los policías. Es grandote, pero hoy desprende un aire de persona eficiente, a pesar de su traje marrón viejo y gastado. Más que un policía, parece un contable o un tesorero. Me siento un pelín decepcionada.

–Hola, otra vez. Bien. Bueno, todo esto es un poco raro –dice, mientras lee unas cuantas hojas tamaño A4 rudimentariamente archivadas en una carpeta de cuero. Pone en marcha una grabadora. Y luego prosigue–: Doce de septiembre, 2015. Señora Lily Gullick. Señora Gullick…, ¿puede usted contarme, con sus propias palabras, por qué estaba intentando cometer o, mejor dicho, por qué ha cometido un delito de allanamiento de morada en el apartamento número 18 del bloque Waterway?

Silencio. Cambio de postura en mi silla. Llevo rato aquí sentada pensando en cómo responder a esa clase de pregunta. Un buen rato. Pero, de momento, no se me ha ocurrido gran cosa.

–¿Significa eso que se niega a declarar? Le leería lo de «Cualquier cosa que diga puede…», pero me parece que eso ya lo ha oído un par de veces, ¿no? Ya conoce el procedimiento.

¿Cuándo? ¿De camino hacia aquí? Hasta ahora, no lo he oído. Nunca antes me habían arrestado. He estado aquí antes, una vez, pero vine por propia voluntad. Me entran ganas de protestar, pero en lugar de eso me quedo sentada en silencio. Todo esto tiene un aire muy informal. Pero eso no significa que me sienta menos presionada.

–¿Se niega a declarar? –repite como un robot, sin mirarme.

No quiero revelar nada. No me he llevado nada del apartamento, no he roto nada. No creo que deba tomarme a broma todo este asunto, pero sí podría minimizarlo. O, ya puestos, exagerarlo. Minimizarlo o exagerarlo. ¿Minimizarlo o exagerarlo?

–Que conste en el historial que la sospechosa…

–Vi algo en el apartamento. Un delito. Desde mi ventana. Vivo justo enfrente, en el otro bloque –farfullo.

–¿Qué clase de delito, señora Gullick? –me pregunta, aún maquinalmente.

–Bueno, prefiero no decirlo –digo, al tiempo que me reclino en mi silla.

Él suspira y echa un vistazo a la sala. Pulsa un par de veces el botón de su bolígrafo.

–¿Y cómo es que, a partir de ahí, decidió usted colarse en el citado apartamento? –pregunta, mientras le asoma una sonrisa a las comisuras de los labios.

Espero que no se esté riendo de mí. No sé qué haré si se está riendo de mí.

Sacudo la cabeza un par de veces. La personalidad es de lo más curioso. Todo tiene que ver con la situación, a mi entender. Una persona normal en una sala. Un asesino en otra sala. El poder de la edición. Hitchcock decía que se podía mostrar el plano de un hombre que simplemente está mirando; luego corte y aparece el plano de un bebé. ¿Qué pensamos del hombre? Es un padre, un hombre protector. Luego se puede mostrar un plano de ese mismo hombre y, en esta ocasión, corte y pasamos al plano de un cadáver. ¿Qué es entonces ese hombre a ojos del público? Un asesino. Sí, sigue siendo el mismo hombre, en todos los planos. Y ahí radica el poder de la edición. Me parece que yo también voy a tener que ponerme a editar.

–Soy pajarera. Es una afición que tengo. Observo los pájaros cuando sobrevuelan el lago y tomo notas. Pero anoche me llamó la atención el piso número dieciocho. Vi a un hombre que estrangulaba a una mujer, supongo que su esposa. Le tapó la boca con una mano, por detrás, y luego la estranguló. Creo.

Ya está. Lo he dicho. Bueno, no está mal. Creo que me ha salido bastante bien.

–Ya. Lo siento, pero creo que me he perdido un poco –dice, al tiempo que se acaricia la barbilla.

Cruza los brazos y reflexiona. Dirige la mirada hacia arriba y luego hacia un lado. No me va a intimidar. Tengo una historia y pienso ceñirme a ella. Por primera vez, me mira directamente a los ojos. No me había parecido al principio que fuera un sabueso, pero

ahora veo que tras ese aire informal se esconde una determinación férrea. Me juego algo a que ésa es su táctica.

–Bien, ¿y por qué decidió usted colarse en el apartamento?

Una pregunta razonable.

–Bueno, ¿y que tendría que haber hecho? –pregunto, indignada y con aire inocente.

–¿Llamar a la policía, por ejemplo?

Una idea razonable.

–Ya lo intenté una vez. Y no sirvió de nada. Así que ahora no me resulta fácil confiar en ustedes, ¿sabe? Porque no se toman en serio a las personas cabales. O sea, vale, no se ofenda, pero es que todo lo que sé sobre la poli es lo que sale en los periódicos. Y en la tele. Corrupción policial. Encubrimiento policial. Escándalo policial. Sí, ésas son las cosas que suelo oír. Putos polis.

Me muerdo el labio. Estoy en una comisaría de policía por primera vez en mi vida… y acabo de decir «putos polis». El hombre no dice nada durante un rato. En realidad, no hace falta.

–No se ofenda –digo.

Y sigue con el bolígrafo. Clic, clic, clic.

–Bueno, no estoy diciendo que los ciudadanos tengamos que ir por ahí resolviendo delitos. Que la gente tenga que tomarse la justicia por su mano y esas cosas. Lo que ocurre es que no sabía si alguien me creería o no. O si ustedes irían a contarle que yo lo había acusado, y entonces él la tomaría conmigo. Pensaba que eso podía resultar peligroso. Lo cual, ahora que lo digo, tiene bastante gracia, dado que finalmente decidí… colarme en su apartamento, lo cual también puede considerarse… peligroso. Pero, no sé…, temía por ella… y por mí. No sabía qué hacer, así que eso fue lo que hice.

Hago una pausa y respiro hondo. Algunas de las cosas que he dicho no estaban nada mal.

Lleno el pecho de aire, en un suspiro cargado de emotividad, y luego lo expulso. Un gesto muy bonito. Me gustaría dar las gracias a mi madre, a mi padre, a Dios…

–En fin, supongo que me pudo la curiosidad. Esto… Sí, me pudo la curiosidad.

Frunce el ceño y anota algo. Un par de palabras. En su informe.

–¿Y dónde está su cómplice? El que abrió la puerta.

–Eso no pienso decírselo. Ni siquiera lo sé. No es más que un crío –digo.

Asiento, para reafirmarme en mi decisión.

–Deme un nombre, señora Gullick, por favor.

–No, no pienso decírselo. ¿Qué coño le pasa? ¿Está sordo o qué, joder?

Ahí está otra vez, mi incapacidad para controlar los impulsos. No sé de dónde ha salido eso. Estaba yendo todo tan bien. Jamás me he sentido cómoda ante las figuras de autoridad.

Lo siguiente que oigo es un portazo. Corte, montaje rápido y aparezco yo entre rejas. No sé qué es lo que le ha molestado más, si mi historia o mi lenguaje.

Llamo a casa. No responde nadie. Ésta es sólo la segunda vez que oigo sonar nuestro teléfono. Desde el otro lado, quiero decir. Luego lo intento con el móvil de Aiden, pero me sale el buzón de voz.

Puede que lleve puestos los auriculares o que se le haya acabado la batería. O que finalmente haya salido de casa y esté en algún sitio donde no haya cobertura. Aunque lo dudo bastante.

En realidad, no importa. Esta noche no volveré a casa. Apoyo la cabeza en una almohada dura como una piedra. Dejo descansar el cuerpo sobre una cama fría y dura. Y, en apenas unos segundos, me quedo dormida.



5 días antes de que ocurra

Me despierto cuando llaman a la puerta. Me duele la espalda. Estas camas no son precisamente cómodas, pero he dormido profundamente, la verdad. Lo necesitaba. He dormido como un bebé.

La primera vez que me he despertado eran las nueve. He intentado llamar otra vez a Aiden. Luego lo he intentado en unos cuantos números más. Lo he intentado en mi segunda opción y luego en la tercera. Sin respuesta. Sin respuesta. He dejado unos cuantos mensajes. Me han vuelto a conducir a mi habitación. Mi celda. ¡Ja! Y como no tenía nada que hacer, me he echado a dormir otra vez.

Oigo una voz que me llega desde el otro lado de la puerta.

–Señora Gullick, su marido ha venido a verla. Puede usted marcharse con él. El otro caballero no va a presentar una denuncia.

Asiento, me desperezo durante un instante y luego salgo de la celda. Como una veterana en estas lides.

Me sorprende que Aiden haya venido a recogerme. No pensaba que se atreviera a salir de casa. Creía que estaba demasiado asustado. Creía que sus pensamientos y sus miedos eran más fuertes que lo que siente por mí. Pero aún me sorprendo más al comprobar que el hombre que está justo delante de mí no es Aiden.

–Bien. ¿Lo tienes todo, cariño? ¿El bolso? ¿Las llaves y todo eso? –dice, tratando de aparentar calma.

La verdad es que no le sale demasiado bien. Está sudando. Me coge la bolsa sin motivo aparente. Luego se le cae y todo el contenido se esparce por el suelo. Nos agachamos los dos y, con movimientos torpes, recogemos los objetos desparramados en torno a los pies del agente de policía. No estoy muy segura de querer marcharme con él, pero quiero salir de aquí y rápido, así que no tengo otra opción.

Nos incorporamos. Le doy un beso fugaz en la mejilla. Me siento en la obligación de hacerlo. Hasta le cojo la mano mientras nos marchamos, para luego retirarla en el último minuto. No tengo muy claro que sea necesario seguirle el juego hasta ese punto. No quiero ofrecerle más de lo estrictamente imprescindible.

Ya en el exterior, nos dirigimos hacia su Vauxhall Astra y, finalmente, se relaja un poco.

–Caray, ha sido emocionante, ¿verdad? Caray –sigue barbotando.

No sé muy bien si le ha parecido emocionante o más bien excitante. Transgresor. Perverso. Sí, creo que eso es lo que le ha parecido.

Él no era mi segunda opción. Ni la tercera.

–Bueno, Lil, no sé muy bien en qué estás metida. Pero me alegra poderte ser útil en algo, formar parte de todo esto. Me alegra participar en el juego –dice, mientras arranca el motor.

Será cursi…

–¿Era necesario decir que eres mi marido? –le pregunto.

–Hum… No estaba seguro, no acabé de entender tu mensaje. Pero se me ocurrió decirlo, por si acaso. Por si acaso tenía que ser el «pariente más cercano» –dice sin demasiada convicción, como si estuviera utilizando lenguaje técnico.

Le encantan todas las jergas, hasta las más tontas. Le encantan las palabras en clave y los secretos.

–Pariente… más… cercano –repite, sin motivo aparente.

Y, mientras lo dice, me observa y veo un destello en su mirada.

–Después de escuchar tu mensaje –prosigue–, he llamado y me han dicho que el…, bueno, la… víctima… no iba a presentar denuncia. Me han preguntado si era tu marido y he dicho que sí –dice, mientras toquetea las fundas de los casetes.

–¿Te han pedido el documento de identidad o algo? –pregunto, por curiosidad.

–Sí, pero les he dicho que conservabas tu apellido de soltera. Y así es, ¿no?

–Sí, sí, así es –respondo distraída, mientras miro por la ventana.

No recuerdo haberle contado tal cosa. Sé que tendría que estarle agradecida. Pero, esta mañana, su presencia me inquieta. Parece

saber de mí mucho más de lo que yo creía.

Aparca delante de mi bloque de apartamentos. Insiste en acompañarme hasta mi puerta. Aiden estará al otro lado. Completamente ajeno a todo. Otra vez. Sin saber siquiera dónde he pasado la noche. Encogido bajo las mantas. Se está convirtiendo en un hombre muy pequeño. Y es difícil mostrarle respeto a alguien que demuestra tan poco interés. Que lo único que hace es encogerse en las sombras.

Me aparto de Phil. Introduzco la llave en la cerradura, entreabro la puerta y entonces me detengo. Sigue ahí de pie. No ha captado que ésta era la señal para que se marchara.

–Bueno, ¿qué es lo que has hecho? –pregunta, sonriendo.

–Phil. Muchísimas gracias. Estoy bien. Será mejor que vuelvas al trabajo.

–No, venga ya. ¿Quién era la «víctima»? Ja. No puede ser tan grave, ¿verdad?

Me lo quedo mirando. Quiero que se largue. Respiro muy muy hondo.

–He matado a una anciana. Me colé en su piso en plena noche y la pillé desprevenida. Le machaqué la cabeza con un trozo de ladrillo. La tiré al suelo. Y luego me largué y la dejé allí, desangrándose sobre el linóleo. Eso es lo que he hecho. Por pura diversión. Porque no podía dormir.

Se me queda mirando, boquiabierto.

Tiene una mirada curiosa, como si estuviera a punto de sonreír. Creo que lo que acabo de contarle le ha encantado. Que le interesa. Que le parece fascinante. Eso es lo que creo. Estamos manteniendo un pulso otra vez. Tengo la sensación de que se dispone a admitir algo. Pero me limito a esperar. Y él no revela nada. De momento, al menos.

–Pero no va a presentar denuncia, así que no creo que me pase nada –digo, al tiempo que me vuelvo.

Para romper el silencio.

–Ja. Buen intento. ¿Me invitas a un té por las molestias? –dice, con una mano apoyada en la puerta.

–Quiero echarme un rato. Necesito descansar –le miento.

La verdad es que he descansado bastante. Lo que quiero es volver a observar a Brenner. Quiero empezar de cero. El hecho de que no haya presentado denuncia es una clara admisión de su culpabilidad. Sé lo que vi.

–Oh, venga ya. Te animaré un poco. Sólo un té rápido.

Intento detenerlo, pero no lo consigo. Entramos los dos a trompicones y él tropieza. ¿O acaso me ha empujado? Las cortinas están bajadas, la puerta del dormitorio está cerrada. Y lo mismo la puerta de la salita. En la calle hay luz, pero aquí está oscuro. En mi pasillo.

–Venga, sólo quiero charlar un rato. ¿Qué tiene eso de malo?

No me gusta esto. No me gusta estar aquí con él. Él y yo. Solos, tal vez. En la oscuridad. En mis dominios privados. No le he pedido que entrara. Y no quiero que esté aquí. Me acerco a la lámpara del recibidor y la enciendo. La luz parpadea.

–¡Ah! Perdona. Es que me has…, me has asustado –digo.

Estaba más cerca de lo que yo creía. Lo quiero donde pueda verlo.

La luz sigue parpadeando entre nosotros. Sólo ilumina nuestro perfil, en mitad del silencio.

La lámpara del recibidor nunca ha iluminado mucho, pero creo que ahora se ha estropeado. Es tenue. Parpadea. Y emite un ligero zumbido. Como si la bombilla estuviera a punto de estallar. Lo miro. Parece sentirse muy cómodo, en este silencio. En esta situación incómoda. Respira pesadamente. Es de los que inspiran por la boca. No tiene intención de marcharse. Es como si una pregunta flotara en el aire, pero ya no sé cuál es esa pregunta. Y, entonces, levanta una mano.

–En otra ocasión, Phil. Ahora no. Ahora no –digo. Lo más calmadamente que puedo.

Él termina de levantar la mano y se coloca el pelo detrás de la oreja. Por un momento, pienso que se dispone a besarme. Podría dominarme y hacerme lo que quisiera; ahora que lo pienso, es lo bastante corpulento. Pero se queda inmóvil. Ninguno de los dos sabe muy bien qué viene a continuación. Aiden debe de estar al otro lado

de una de esas puertas. Estoy segura. Introduzco las llaves entre el segundo y el tercer dedo y cierro el puño.

–Aid, tenemos un invitado a tomar el té –digo, al tiempo que me dirijo rápidamente a la puerta del dormitorio y la abro.

La luz inunda el pasillo. Las cortinas están subidas, pero ahí dentro no hay ni rastro de Aiden.

Phil se me queda mirando. Entrecierra los ojos, para acostumbrase a la luz. Mi presencia parece incomodarlo. Mi energía desprende cierto frenesí y tal vez le estoy dando a entender que tengo miedo. Mis movimientos son apremiantes, como un SOS.

–¿Aid? ¿Dónde estás, cariño? –grito, al tiempo que abro la puerta de la salita.

Pero se ha ido. No está en ningún lado.

Phil se me queda mirando. Como si intentara comprenderme. Como si intentara comprender algo. Luego da media vuelta y grita algo por encima del hombro.

–Lo siento. No tendría que haber vuelto hasta aquí. No tendría que haber venido.

La puerta se cierra ruidosamente y, de repente, Phil también se ha marchado. Respiro hondo y me llevo dos dedos al cuello. El pulso es rápido y fuerte. Cierro los ojos. Para recobrar la calma. Para rogarle a mi corazón que empiece a latir más pausadamente.

Luego entro en el dormitorio y me quedo allí de pie.

Asimilo el silencio, que es el sonido normal de esta habitación. Las paredes. Aquí no hay nada. Sólo ausencia. Me inquieta y me tranquiliza a partes iguales. Se ha marchado. Todos se han marchado.

Y justo en ese momento entra *Terrence* dando saltos, con su cuenco en la boca. Vacío. Anoche nadie le dio de comer. Y parece que esta mañana tampoco.

Puede que Aiden se marchara anoche. Puede que se haya marchado para siempre.



4 días antes de que ocurra

Hombre blanco – Desaparecido – Lluvia – Abandona grupo de dos – Camisa vaquera y pantalón de pana – Pelo claro – 1,82 cm – Pícaro, tranquilo, últimamente introvertido.

Llamaría a sus padres, si aún estuvieran vivos. Incluso en el caso de un hombre de treinta y seis años, el primer puerto de escala es siempre papá y mamá. Llamaría a su hermano, pero no tengo el número. Tampoco es que hablen mucho. Dudo mucho que, después de tres años, hubiera llamado a su hermano para contarle adónde iba.

Anoche hice un pacto conmigo misma y estaba convencida de que iba a funcionar. Estaba convencida de que si me iba a la cama. Veía un par de pelis. Intentaba olvidarme de Brenner. Entonces Aid estaría otra vez aquí, cuando me despertara. ¿Tú no te haces esas vanas ilusiones de vez en cuando? Pensamientos tipo «si tiro este corazón de manzana a la papelera, todo me irá bien». Creía que había sido yo, con mi estúpido comportamiento, quien había provocado que Aid se machase. Pero también pensaba que si me olvidaba de todo, si fingía no haber visto lo que había visto. Si me olvidaba del tema. Si me decidía de una vez a olvidarme del tema. Entonces él volvería.

Así que concentré la mirada en las vidriosas imágenes en movimiento de mi portátil, hasta que me empezaron a pesar los párpados y, de repente, la noche se convirtió en día y, al despertarme, seguí viendo pelis. Esperé a que se me pasara el dolor de cabeza. Esperé durante todo el día.

Pero Aid no ha vuelto aún.

Contemplo las cortinas aún bajadas del número 18. Ha vuelto a cerrarlo todo. Me pregunto si sabe que fui yo. Que he estado ahí dentro. En su casa. En su mente. Que he visto de cerca la espada de

samurái. El arcón metálico de color verde. Que lo he visto todo, en primera persona.

Ha vuelto a meter la cabeza bajo el caparazón de tortuga. Y no tiene pensado salir a corto plazo.

Es absolutamente cierto, desde luego, que yo me he estado comportando de forma bastante irracional. Leí parte de todo esto después de haberte mandado el diario de mi primera semana y sé lo que parezco. Sé que no suena nada bien. Pero, a estas alturas, ya debes de saberlo. Ya habrás recibido las entradas de mis cuatro primeras semanas o por ahí, por lo que ya debes de llevar bastante tiempo juzgándome.

Es probable que la policía haya puesto patas arriba el apartamento de Brenner. Pero no habrán encontrado nada, por lo que me habrán etiquetado definitivamente como loca. Y habrán pasado a otra cosa. Ahora que lo pienso bien, ¿qué estoy diciendo? Seguramente, me habrán etiquetado como loca ya desde el principio y ni siquiera se habrán molestado en poner nada patas arriba. Si yo estuviera en su lugar, no me creería a mí misma.

Probablemente, no me reconocerías. Siempre tengo los ojos inyectados en sangre. Últimamente, apenas duermo. He cambiado.

He hecho un pacto conmigo misma para olvidarme de todo esto. Sí, creo que es lo mejor que puedo hacer. Al fin y al cabo, estaba muy oscuro en el número dieciocho. Y yo estaba bastante lejos. Cuando vi lo que vi, quiero decir. Ni siquiera estoy segura de que el asesino de Jean viva por aquí cerca. Los chicos no fueron muy concretos y, por lo que yo sé, es probable que Thompson sólo me dijera lo que yo quería oír a cambio de algo de dinero y un poco de emoción.

Le he estado concediendo a todo el beneficio de la duda. Azuzando mi peor lado. Pero si le añado cierta dosis de duda, entonces todo parece distinto. Más fácil. Más razonable. Sólo necesito unos pocos días libres más y Aid volverá. Cuando sepa que he entrado en razón, volverá. Después de haberme dejado un poco de espacio. Y entonces todo irá bien. Lo echo mucho de menos.

He hecho una lista de todos los escenarios posibles, empezando por los más probables y mundanos, y terminando por los más

sorprendentes y peliculeros. Ésta es la lista:

–Se ha marchado a alguna parte a documentarse para su libro. Se le olvidó enviarme un mensaje. Yo estoy muy distraída y él también. Pensó que ni siquiera me daría cuenta.

–Se ha marchado para darme una lección. Volverá hoy mismo, más tarde. Está en casa de su amigo Tom, en Anglesey. Cuyo número no tengo. Siempre está diciendo que un día de éstos irá a visitarlo.

–Hace años que tiene una aventura, no se atrevía a contármelo, así que simplemente se ha largado para estar con su otra familia. Esposa, gato y dos hijos, en Epsom.

–Ha salido a dar una vuelta en su moto, por fin, y se ha visto involucrado en un accidente. Me llamará cuando recupere el conocimiento. A no ser que haya sufrido una amnesia grave y ni siquiera recuerde quién soy.

–Lo ha secuestrado Brenner. U otra persona. Alguien que busca venganza. Alguien del barrio. Alguien que quiere acojonarme. No tardaré en recibir una carta escrita con letras recortadas de los periódicos, en la que me exigirán que deje de investigar o matarán a Aid. O en la que me pedirán cincuenta mil libras y un coche, que usarán para llegar hasta el ferri y huir del país. Empezarán una nueva vida en Bélgica. Se comprarán un viñedo. Ya sé que cincuenta mil no dan para mucho, pero se las arreglarán.

Suena a estupidez.

Pero sigo dándole vueltas en la mente a una versión de esa última posibilidad. Contemplo el edificio de enfrente. Me fijo en las cortinas. Pienso en Aiden, metido en el arcón verde de metal, justo detrás de esas cortinas. El arcón que yo misma vi y toqué. Me vuelvo, en busca de una toalla caliente para la cara. Me duelen los senos paranasales. Últimamente, tengo muchos dolores de cabeza. Creo que necesito beber más agua. Hacer más ejercicio. Descansar. A lo mejor estoy enferma. Creo que sólo necesito dormir un poco. Pero ahora no tengo tiempo para eso.

Fzzz. Fzzz. Ruido blanco. Una voz.

–Tenemos que hacerlo desaparecer. Tenemos que hacerlo desaparecer ya.

La voz se evapora, lo cual me inquieta. Me doy la vuelta, echo un vistazo a mi alrededor, nada.

¿De dónde venía?

Fzzz. Ruido blanco e interferencias. Se oye de nuevo la misma voz.

–No quiero tener otro cuerpo aquí –gruñe el hombre.

La voz procede del interior de mi piso. Está aquí, no hay duda. Hablándome.

–Ayúdame a hacerlo desaparecer –dice.

Oigo voces. Está claro que me he vuelto loca del todo. Esto es exactamente lo que le ocurrió a mi madre. Oía cosas. Delirios. Así fue como empezó todo. El principio de su fin. Lo que la llevó a tomar aquella decisión.

No. No se trata de eso.

Fzzz.

Me vuelvo hacia mi neceser y saco el receptor. Debe de haberse quedado encendido y ahora, al captar algo, ha empezado a transmitir.

Fzzz.

Toqueteo el dial del receptor. Toqueteo la frecuencia y el volumen. Oigo su voz. Al menos, creo que es su voz.

Fzzz. Murmullo.

Sigo toqueteando el dial hasta captar su voz como si estuviera aquí mismo.

Murmullo.

Ocupo mi posición, escondida en el observatorio. No bajo la cortina, pero me agacho por si acaso. Y empiezo a observar. Enfrente, las cortinas siguen bajadas. Pero, tras ellas, escucho ahora su voz. Lo oigo caminar de un lado para otro.

–Se están amontonando, tío. ¿Qué esperabas? Esto es un baño de sangre.

Contengo una exclamación. Tengo los ojos abiertos como platos. El micrófono oculto ha resucitado en el mejor momento posible. Por fin un poco de suerte.

Entre la vinoteca y la nevera. La cajita, rota en tres trozos, debe de seguir lo bastante viva como para captar cosas.

–Pero esa…, esa zorra de mierda. Ha estado aquí. Sí. Sí, me llamó la policía, me dijeron que una tía había entrado en mi casa.

Me arden las orejas. Sigo observando, por si acaso sube un poco la cortina, lo suficiente como para que yo pueda ver el interior de la casa, o para que él pueda verme a mí.

Sigo escuchando. Él sigue hablando.

–Sí, me parece que ya sé quién es. La he visto antes. Una tía muy siniestra. Que siempre está mirando. Observando pájaros. La del tic nervioso. Tiene un puto tic, ja, ja. Sí. Ah, no lo sé, pero no me la tiraría. No me la follaría ni borracho.

Escucho. Esa voz ordinaria, despotricando ante mi micrófono, que lo capta todo. La voz se oye más clara ahora, como si estuviera en esta misma habitación.

–Hice lo que tú querías, ahora es el momento de pagar. Sí, la estudiante, me encargué de ella. Por muchos carteles que cuelguen para informar de que ha desaparecido, no servirá de nada, no va a volver. Y tampoco ha desaparecido. Está por ahí. Hecha pedacitos. Está por todas partes. He escondido trocitos suyos por todos los rincones. Aún me queda alguno por aquí. Y también tengo un par de cadáveres aquí. Unas cuantas ancianas…

Si pudiera grabar todo esto de algún modo… Tendría que haberme comprado el equipo necesario para grabar. No me lo puedo creer. Me imagino los detalles más siniestros. Me está ofreciendo todo lo que necesito. Se está declarando culpable ante todo el mundo. Es un caso clarísimo. Qué lástima que nadie más pueda escuchar todo esto.

–Y lo siguiente que voy a hacer es cerrarle el pico a esa tía. La de los pájaros, la que anda metiendo las narices donde no debe.

Ay, señor. Escucho. Su voz suena tan próxima. Debe de haberse acercado al micrófono oculto. Su voz retumba, la escucho perfectamente. Percibo la oscuridad tras ella. Este hombre debe de ser hijo de alguien, tal vez hermano de alguien y amigo de alguien. Pero también es un asesino. Un asesino en serie. Que anda suelto. Todo tiene que ver con la situación.

–Te voy a decir lo que tengo pensado hacer. Me colaré en su piso. Esperaré hasta que vuelva a casa. Y cuando vuelva, me

abalanzaré sobre ella… Le daré un beso en la mejilla y gritaré «¡sorpresa!». Y luego…, luego la abrazaré. Sí, eso es lo que voy a hacer. Si es que te parece bien, guapa. Exacto. Hablo contigo. ¿Qué te parece? ¿Oye? Vamos, hablo contigo.

La cortina sube y nos quedamos mirando fijamente el uno al otro. Le habla directamente al micrófono. Sujeta los restos con el puño. Me mira fijamente. Y me habla.

–Venga, ¿qué me dices? ¿Se te ha comido la lengua el gato?

Contengo el aliento en la garganta. Me han pillado, y esto es mucho peor que lo de antes. Palidezco por la sorpresa. Me quedo inmóvil. Jamás me había sentido tan expuesta.

–Sí, es que me encanta asesinar, cariño. Asesino esto, asesino lo otro. No puedes detener a un tipo como yo. Con lo que a mí me gusta asesinar –dice.

Y, tras esas palabras, arroja al suelo los restos del micrófono. Me quedo sin sonido. Pero él sigue observándome, desde el otro bloque.

Se parte de risa. Se está burlando de mí.



2 días antes de que ocurra

Me siento como una estúpida. Hace un par de días que ando bastante alicaída. No he hecho casi nada. Me avergüenza que me hayan pillado con las manos en la masa. Que hayan jugado conmigo y me hayan humillado.

Me avergüenza mi propio material de espionaje. Me avergüenza que mi marido se haya marchado y que, al parecer, no tenga intenciones de volver.

Lo único que hago es estar tendida de espaldas. Contemplando las paredes. He pensando en llamar a la policía, pero ahora aún me fío de ellos menos que antes. Seguro que ellos también se han reído lo suyo de mí. Casi los oigo. Junto a los oídos. Deben de haberle hablado a Brenner de mí y de lo que yo aseguraba haber visto. Deben de haberle pedido que eche un vistazo para comprobar si le falta algo. Y él le habrá dado una pasada a la casa y habrá encontrado mi micrófono, toscamente escondido.

Qué tonta fui al pensar que había conseguido ocultarlo y que se había puesto en marcha él solito. Sin duda, Brenner se debe de estar riendo de mí a base de bien. Ahí dentro. Se ha desquitado. La broma no podía haberle salido mejor. Y ahora lo celebra practicando jueguecitos sexuales con su flacucha novia europea.

Lo único que he conseguido hacer es investigar un poco en Internet. He encontrado bastante material sobre la chica desaparecida. Y lo cierto es que no había dedicado mucho tiempo a pensar en ella. Hasta ahora.

He intentado dejar todo esto a un lado. Sí, lo he intentado. Durante unas pocas horas. Pero no puedo.

No puedo creer que haya dedicado tan poco tiempo a pensar en ella, en el nombre y la imagen que aparecían en el cartel. Hasta ahora. Cuando veo que solicitan testigos, lo que suelo hacer es mirar hacia otro lado. Ni siquiera dedico un segundo de mi tiempo. Sí, he

culpado a todo el mundo por no demostrar el menor interés por la muerte de Jean, y ahora resulta que yo hago exactamente lo mismo. Como si «desaparecida» significara «no te preocupes» en una especie de lenguaje del inconsciente. No vale la pena dedicar tiempo a eso. Lo más probable es que no hayas visto nada. Que no sepas nada.

Pero me han bastado diez minutos de búsqueda en internet para saber por qué tendría que haber empezado a pensar en ella mucho antes.

Vive en el número cuarenta del edificio Canadá. Justo al lado de Jean. Sonya Sharma. Estaba a punto de convertirse en abogada penalista, se había criado en aquellos pisos y era el orgullo de una familia asiática de honrados trabajadores.

Últimamente, ella también andaba metida en un proyecto. Como yo.

Estaba analizando los aspectos legales del contrato que la empresa constructora, Princeton, había firmado con el Gobierno para llevar a cabo el proyecto de revitalización de la zona. Desconozco los pormenores, pero al parecer algo no le acabó de cuadrar. La posibilidad de que el dinero cambiara de manos, o la existencia de funcionarios del Gobierno con los dedos demasiado largos. Algo así. En realidad, los detalles no importan.

Lo que importa es que Sonya empezó a hacer preguntas. A presionar a ciertas personas. Hubo una demanda. Se habló incluso de una investigación. Era una joven muy tenaz. Que se proponía conseguir, al menos, un poco más de tiempo para los habitantes de las viviendas sociales. Era lista. Muy lista. Pero, lo mismo que Jean, desapareció y al parecer nadie tiene ni la menor idea de lo que le ocurrió.

Como en el caso de Jean, su familia también vivía en el extranjero, en este caso en la India. Se habían mudado allí nada más comprender que sus vidas estaban a punto de desmoronarse: por culpa de la recesión, ambos progenitores se habían quedado en la calle y no les estaba resultando fácil encontrar puestos de trabajo decentes como los que tenían antes. Luego les habían dicho que recibirían una ridícula suma por su hogar, el cual quedaría reducido a

escombros en menos de un año. Así, habían decidido marcharse antes de que las cosas empeorasen aún más. Pero el piso era de propiedad, gracias a un plan de ayudas del Gobierno, y su hija había decidido quedarse hasta el final para poder terminar su periodo de prácticas. Durante todo el tiempo que pudiera. Que, a la postre, fue menos de lo que ella esperaba.

Tengo que salir de aquí. Sólo un rato. Me estoy volviendo como él. Como Aiden. Llevo demasiado tiempo aquí encerrada. Tengo la sensación de que la luz natural –me refiero a la luz solar que te da directamente en la cara, sin cristal de por medio– me haría escocer los ojos y el cuerpo. Esto no va bien. Esas ideas son agorafóbicas. El manifiesto de alguien que vive confinado en su casa.

Me obligo a apartarme de la pantalla de mi portátil. Hace años, habría tenido que acudir a la biblioteca para obtener toda esa información. Sobre ella. La chica. Tendría que haberla buscado en las microfichas. Ésa es una de mis palabras favoritas. Pero ya no hay drama ni romanticismo en la investigación. Unos cuantos golpecitos en el teclado, o en la pantalla táctil, y listos.

Me arrastro hasta la tienda que está junto al café. Necesito café, beicon, pan, aguacates y zumo. Eso me hará sentir normal otra vez. Una poción mágica que me llevará de vuelta al mundo de los vivos.

Aquí dentro, tengo la sensación de que las luces fluorescentes se me caen encima. Zumban sobre mi cabeza. Me siento distanciada del resto de los seres humanos. Me ven, pero no captan nada de mí. Mi rostro no les dice nada.

Y, sin embargo, a muchos de ellos los conozco muy bien. Qué extraño entonces que ellos no me conozcan a mí.

Alfred está justo delante de mí en la cola, comprando cereales y papel higiénico. Vincent pasa en ese momento, muy serio. Está hablando por teléfono, cerrando un trato. El chico griego que regenta el café restaurante entra un segundo, coge un cartón de leche y le guiña el ojo a la chica de la tienda. Ella asiente. Lo apuntará en su cuenta.

La chica pasa por caja los productos esenciales de Alfred y me sonríe a modo de saludo. Hace seis meses que trabaja aquí. Ciento setenta y ocho días, para ser exactos. Trabaja cinco días por

semana, tres en el turno de mañana (de 07:00 a 15:00) y dos en el de tarde (de 15:30 a medianoche). Recuerdo que, en su primer día de trabajo, me cobró huevos, espinacas, tomates y un batido de chocolate. Y así es como sé todo eso. Tomé nota de ello.

Es buena. Es buena en su trabajo. Ha ido mejorando.

Es eficiente. Tiene un lugar al que ir. Parece feliz.

Termina de cobrarle a Alf y luego me cobra a mí. Sonrío, intento parecer una persona normal. Intento mirarla y sonreír. Intento que no se me curven hacia abajo las comisuras de los labios. Aunque me pesen. Intento no mirarle las manos y estudiarlas, como he estado haciendo con todo el mundo durante esta última semana, por si acaso. Intento no revelar nada. Intento no resquebrajarme.

Salgo de la tienda lo más rápido que puedo. Se dan cuenta. Saben que no soy normal. Saben que mi marido me ha abandonado. Saben que no soy más que la sombra de un ser humano. Tienen que haberse dado cuenta de que he perdido el control sobre todas esas cosas que la gente hace de forma automática para sobrevivir. Ahora tengo que hacerlas una a una: tengo que ir apilándolas cuidadosamente, sin perder ni un solo detalle, y microgestionarme para no perder el dominio sobre mí misma, accionar manualmente los piñones y hacer girar las ruedas para conseguir llegar al final del día. Abro la puerta y casi se me escapa un grito.

La mujer está justo al otro lado. Con una expresión inquietante. Se detiene. Está peor que antes. Tiene mal aspecto. Y estoy segura de que ella piensa lo mismo de mí. Quiere charlar.

–Hola, doctora –me dice la mujer que no podía dormir.

–Hola, Sandra –digo, recordando su nombre justo a tiempo.

–Es horrible lo de aquella mujer, ¿verdad? Un suceso espantoso. Muerta –dice, contemplándome de arriba abajo.

–¿Ah, sí? Qué horror. En fin, me tengo que ir –digo.

–Primero la estudiante. Luego ella. ¿A quién le tocará después? Ja –parlotea.

–Ni idea. No tengo ni idea de todo eso –digo, pero mis palabras suenan mucho más culpables de lo que yo pretendía.

–Lo de la estudiante es muy curioso, la verdad. –Me sostiene la mirada. Me atrapa.

–¿Qué quiere decir? –la apremio ahora, movida por la curiosidad.

–Bueno, no digo que estén relacionados. Los crímenes. Pero, en ambos casos, todo apunta hacia el asesinato. Para mí, al menos. Era muy activa. En la comunidad, quiero decir. Pero luego…, bueno, tenía aquel novio… Seguro que lo ha visto usted por el barrio. Creo que vivía en este lado –farfulla, casi eufórica. Dándome pie.

–¿Sí? ¿Quién era?

–Ah, no sé, un tío. Aspecto normal. Agradable –dice, con candidez.

–Quizá alguien debería ir a hablar con él. Puede que sepa algo –sugiero.

–Sí, puede. Lo único que sé es que vivía en uno de estos bloques. Pelo claro. Y eso es todo –dice, deseosa de proseguir la conversación a pesar de haberse quedado sin munición.

Pero yo ya me he cansado de ella. Me pone de los nervios. No encarna el modelo de conducta que necesito ahora mismo.

–Bueno, ¿y ya se lo ha contado a la policía? –pregunto, mientras me dispongo a marcharme.

–Sí, claro, doctora. Pero no me creen. Les he contado muchas cosas, pero nunca me escuchan. Se limitan a asentir y sonreír. Pero ya ni siquiera apuntan nada. No sé qué les pasa, ni sé por qué creen que a mí me pasa algo. Pero no se preocupe, se lo he contado –dice, al tiempo que me roza el antebrazo.

Recuerdo en ese momento que a mí la policía también me trató más o menos así. Y me asalta una espantosa idea. Cuando dijeron que yo ya había «estado allí antes», espero que no me estuvieran confundiendo con Sandra. No quiero parecer grosera, pero es por lo menos quince años mayor que yo. Cualquiera se daría cuenta. No estoy siendo presuntuosa, pero… es obvio, ¿no? Y también parece bastante más nerviosa que yo, de carácter. Como una asustadiza criatura del bosque. Pero en el fondo supongo que tiene sentido. Porque yo no he «estado allí antes». Estoy segura de que no. Segurísima.

Me alejo, murmurando una excusa. Intento no darle pie. No es más que una pobre mujer trastornada, me digo. Bueno, puede que ya seamos dos.

–Me alegro de verla, Sandra –le digo.

–Adiós, doctora –me dice ella, en un tono de voz algo más alto de lo necesario.

Sandra cree que están relacionados. La verdad es que a mí no se me había ocurrido pensarlo. Bueno, sólo de pasada. Medio en broma. No en serio. Pensaba que Brenner se estaba desquitando, que se estaba riendo de mí por haber pensado que era un asesino. No era más que un tipo normal riéndose de una situación completamente absurda. Pensé que no era más que una parodia. Pero a lo mejor él quería que yo lo oyera. Puede que fuera verdad todo lo que murmuró. Tal vez estuviera revelando sus secretos en susurros, sólo para mí. Provocándome. Por diversión, simplemente. Porque sabe que ahora la policía no creerá ni una sola palabra de lo que yo diga. Igual que no creen ni una sola palabra de lo que dice Sandra. Así que ahora Brenner puede hacer lo que le dé la gana. Delante de mis narices. Y eso forma parte de la diversión.

¿A cuántas personas hay que matar para ser un asesino en serie?

Sonya, la estudiante. Jean. La chica de la ventana. Aiden.

Sandra cree que un asesino en serie anda suelto. Y, ahora, yo también lo creo.



1 día antes de que ocurra

Son las once de la mañana. Me dispongo a volver a las viviendas sociales. Voy a ver a Chris. Cree que soy una estúpida por querer volver allí. Ya me lo ha dicho. Dice que nos volverán a pillar. Y si eso ocurre, él tendrá más problemas que yo. No es que lo hayan pillado antes, dice. No tiene antecedentes. Pero, al parecer, este tipo de cosas suelen darle muchos más problemas a alguien con su descripción que a alguien con la mía. La gente suele presentar denuncias. Y eso no se lo puede permitir. Tiene un hermano al que cuidar.

Así que me va a dar un curso rápido de ganzuado. Dice que en una hora puedo aprender todo lo que me hace falta saber, por lo menos para abrir cerraduras de ese tipo. Da miedo pensarlo, la verdad. Sólo hace falta alguien lo bastante desesperado como para correr un riesgo. Yo estoy dispuesta a correr un riesgo.

La última vez no tuvimos suerte. Si las cámaras no hubieran cambiado justo en aquel momento, si no hubieran mostrado mi canal, si no me hubieran enfocado a mí. Si el conserje hubiera estado con los pies sobre la mesa, viendo la tele y metiéndose en la boca caramelos Murray de menta, en lugar de estar mirando la multipantalla…, nos habríamos salido con la nuestra. Pero me pillen o no, pienso entrar ahí para averiguar qué está ocurriendo. Para descubrir qué se oculta dentro del gran arcón verde. Para ver si tiene a Aiden maniatado ahí dentro. Todo es posible.

Primero le doy de comer a *Terrence*. Luego bajo unas cuantas cosas al cuartito de reciclaje. Puede que sea una delincuente, pero eso no me impide ser una persona civilizada. Cojo mi neceser y esta vez me pongo ropa normal. Pulso el botón del sótano.

Qué mal huele. Éste es el ascensor de la basura. El que usa todo el mundo para bajar al cuartito del reciclaje. Apesta, porque todo el

mundo lo usa para eso. Y todo el mundo lo usa para eso porque apesta.

Se abre la puerta y me dirijo al aparcamiento subterráneo, a través del cual se llega al cuartito de reciclaje. Aquí abajo siempre está muy oscuro. Se oye de fondo el irregular zumbido de los generadores. La verdad es que no apetece quedarse mucho rato aquí. Ese ruido, que en pequeñas dosis puede resultar tranquilizador, acaba atacando los nervios.

No hace mucho, me quedé aquí atrapada entre puertas durante media hora. No fue agradable. Tuvo que venir un conserje a rescatarme. Llamé a Aiden, pero me salió el buzón de voz, como de costumbre.

Entro en el cuartito de reciclaje. Tengo compañía. Un tipo de aspecto imponente. La puerta se cierra a mi espalda y el hombre se vuelve.

Es Lowell, que está separando el plástico del resto de la basura. Es curioso, pero nunca pienso en él como en alguien de aspecto imponente. Cuando se conoce mucho a alguien, es difícil ver a esa persona de manera objetiva. Bueno, tampoco es que lo conozca mucho.

En una bolsa lleva el cristal. En otra, restos de comida. Las bolsas son reutilizables, para proteger el medioambiente. Lleva también trapos viejos para el contenedor de la ropa usada, en una bolsa de arpillera de Waitrose. Con palito en la «t» y punto en la «i». Pues vale.

–Hola, Lil, vaya, me has pillado desprevenido –dice, volviéndose.

–Perdona, no pretendía asustarte. ¿Qué estás tramando?

–Nada. No estoy tramando absolutamente nada. Literalmente –dice, con aire sospechoso. Como si en realidad sí estuviera tramando algo.

–¿No deberías estar trabajando? –digo, al darme cuenta de la hora que es.

Supongo que se coge días libres cuando le apetece. Supongo que va tan adelantado en su trabajo que el jefe le dice: «Mira, Lowell, ya sé que no te va a gustar, pero tómate el resto de la semana libre, ¿vale? Te lo has ganado». Así de responsable es.

–Ay, Lil. ¿Puedo contarte una cosa de la que no estoy orgulloso? ¿Puedo?

De repente, me parece distinto. Situacionismo. La confianza en sí mismo que suele demostrar ha desaparecido. Se ha evaporado. Hace una mueca. Coge aire.

–Verás, resulta que… he perdido el trabajo. Sí, ya lo sé, ¿no podía haber perdido otra cosa? –dice, compungido, aunque tratando de quitarle importancia.

–Oh, Lowell, lo siento muchísimo. Lo siento, tío –digo, acercándome a él.

Nos abrazamos. Un abrazo largo. No me habían dado uno de éstos desde aquella noche con Jean. Me apoya la cabeza en el hombro. No me parecía de esos que apoyan la cabeza en el hombro. No creía que fuera la clase de hombre que se abre tanto.

–En realidad, es bastante peor. Aún hay más –dice, con voz apagada.

–Te escucho.

–He perdido dos trabajos. Vaya mierda, ¿no? Primero, mi pequeña empresa quebró, se fue a pique, perdí dos contratos en una puta semana. De repente, ya nadie quería nuestro *software* y se acabó. Luego, me fueron recortando la jornada laboral de ocho horas. Sólo llevaba allí diez meses, me había largado de otra compañía. Así que no me pagaron mucho de liquidación. A ver si así aprendo, ¿no? –murmura, con los ojos casi llenos de lágrimas. Cosa que no me esperaba.

–Joder. Lo siento –digo.

Me aparto un poco para mirarlo.

Lowell se recuperará, no me cabe duda. Pero me resulta extraño verlo tan débil. Aunque tal vez ése sea su verdadero yo. Una vulnerabilidad que lo hace pasar de capitán del equipo de ajedrez a alguien un poco más humano. Me resulta atractivo en este momento. Pero creo que es sólo cosa mía. Él no parece sentirse cómodo. Más bien parece distinto, dolido. Me pregunto cuánto tiempo hace que sucedió lo que me ha contado. Creo que ya hace bastante que lo veo por aquí de día. Cuando no estoy en el trabajo. Da la sensación de que anda siempre por aquí.

–Bueno, en fin. Tampoco es tan grave. Tengo muchas cosas de las que ocuparme –dice.

Se apaga la luz. Tiene un temporizador. Este cuartito no está pensado para quedarse aquí a charlar, así que a menos que se abra la puerta cada tres minutos, la luz se apaga.

Permanecemos en silencio durante un momento. No sé por qué. Pero el momento se alarga una eternidad. Este silencio negro. Y entonces me echo a reír.

Se supone que es para aliviar la tensión, cosa que no ocurre. Nos sumimos de nuevo en el silencio. Puedo oler a Lowell. Desprende una fragancia fuerte y misteriosa. Oigo su respiración pausada. Quiero decirle que Aiden ha desaparecido. Supongo que tendría que habérselo contado hace mucho. Tendría que habérselo contado a alguien. Y, al mismo tiempo, no quiero. No me apetece en absoluto pensar en Aiden.

Se inclina hacia mí. Me sujeta los brazos. Me abraza.

–Ah, estás aquí –dice, con voz baja y suave.

Es agradable. Luego, muy despacio, acerca el rostro al mío. Gradualmente. Sin prisas. Se me altera la respiración. Y a él. Está tan cerca de mí que noto su aliento junto a la boca.

Y, entonces, nuestros labios se rozan. Dejo caer el peso hacia delante y pego el cuerpo al suyo. Me introduce muy despacio la lengua en la boca, durante un segundo apenas. Intento cogerle un brazo, pero no encuentro nada. Me roza la nuca y retrocede un poco. Se aparta. Y entonces me besa otra vez. Hace mucho, mucho tiempo que no me besa nadie. Nuestras frentes se rozan en la oscuridad. Levanto una mano hacia él y trato de tocarle el rostro con delicadeza. De acariciarle la piel por encima del pómulo derecho.

Y entonces me aparta. Oigo sus pasos. Está trasteando por ahí. Se encuentra detrás de mí, pero no sé exactamente dónde. Me siento expuesta. Cinco minutos dentro de un cuartito con un hombre desconocido, a oscuras. De repente, lo noto moverse otra vez. Oigo sus pasos en el suelo y dirijo de nuevo el cuerpo hacia él.

Las luces se encienden y su rostro aparece ante mí. Habla.

–Bueno, pues así estamos, Lil. Me alegro de verte –dice, como si quisiera indicarme que debo marcharme.

Me echo a reír, nerviosa. Lo ignoramos todo, pero los dos lo sabemos. El ambiente está cargado. Es excitante. Y eso no nos lo quitará nadie. Aunque no conduzca a ninguna parte. Aunque no pase de aquí. Me tiene atrapada, mucho más de lo que yo creía.

Cojo mi bolsa y me alejo de él. Me vuelvo antes de marcharme.

–Estás bien, ¿verdad? –digo.

–Sí, sí, claro –dice, no muy seguro de sí mismo. Tratando, sin éxito, de parecerlo.

–Bueno, si necesitas algo, estoy al otro lado de la pared –digo.

Sonrío. Él también intenta sonreír. Me guiña un ojo. Sonríe. Baja la vista al suelo. Con aire coqueto, pero también muy masculino. Y le funciona.

Me cuelgo la bolsa al hombro.

Soy una mala esposa. Puede que nunca haya sido la mejor esposa del mundo.

Pero ahora soy mala.



1 día antes de que ocurra. 14:00

Una de las muchas ventajas de vivir en un edificio prácticamente abandonado, como el de Chris, es la cantidad de puertas cerradas que dan a los pasillos vacíos.

En primer lugar, porque tanto cemento resulta estéticamente evocador e inquietante, desprende un aire distópico. Comunista. Brutalista. Cada puerta se convierte en una pequeña posibilidad. Podrías abrirla si quisieras. Y sumergirte en la antigua vida de alguien. O en lo que quede de ella. Y eso resulta muy emocionante, sobre todo si te pareces un poco a mí. Y sé que tú eres un poco como yo.

Pero lo más útil de todo, en mi opinión, es la cantidad de cerraduras con las que puedo practicar. Chris dispone del lugar perfecto para montar una academia de ganzuado. Al principio no me resultaba fácil, porque hay que sentir la cerradura, conocerla. La primera que probé…, bueno, pensé que nunca conseguiría abrirla. Ya me encontraba en esa fase de cabreo en la que estás a punto de rendirte. Creía que nunca podría abrirla. Le dije a Chris que me había tocado una muy difícil. Y entonces probó él y en un periquete ya estaba dentro.

Las cerraduras antiguas, dice, las de las viviendas sociales, son de muy mala calidad. Peores que las de los edificios de mi lado del barrio. Pero van muy bien para practicar.

Mientras practicaba con una de las cerraduras, partí por la mitad una ganzúa. Chris me la cobró.

–Con delicadeza –dijo Chris–. Hay que hacerlo con delicadeza.

Clic. Clic. Clic. Clic. Clic.

Ya he abierto cinco. Cada vez lo hago más rápido. Lo noto. Estoy prácticamente preparada. Chris es un buen maestro. Podría ganarse la vida con esto. Y puede que se gane la vida así.

Vuelvo a bajar por la escalera desnuda. Dejo atrás los grafitis que me intimidaron la primera vez que entré en el edificio. En este momento, sin embargo, me parecen bastante inofensivos. Salgo por la trampilla practicada en la plancha de metal y me dirijo con paso rápido al bloque Waterway, frente al cual empiezo a merodear. Esperando a que alguien me deje entrar.

La hora del mediodía me trae más suerte que la última vez, y la señora Smith, que vuelve a casa a comerse una ensalada (creo que tiene su propia tienda de interiorismo en Stoke Newington) me deja pasar con toda tranquilidad. La mar de sonriente, entro con la cabeza gacha y no abro la boca. Ella tuerce un poco el gesto, pero no es más que un momento, nada que vaya a recordar más tarde. Estoy acostumbrada a resultar de lo más encantadora. Por lo general. A ser educadísima con todo el mundo. Pero últimamente no tengo tiempo para eso. Y, mucho menos, hoy.

Llevo las ganzúas preparadas en el bolsillo. Tengo aún más suerte y no encuentro a nadie en el pasillo. Puede que no disponga de demasiado tiempo. Me estoy dando prisa, pero intento que no se note a simple vista. O a través de la cámara. Bajo la cual paso mientras recorro el pasillo en dirección al número dieciocho.

Debajo de la gorra negra de béisbol, agacho la cabeza por si alguien está mirando. Por si la pantalla del conserje salta a esta cámara. La gorra es mi única concesión, mi único disfraz, para despistar ni que sea durante unos segundos. Es posible que necesite esos segundos. Soy una delincuente reincidente, al fin y al cabo. Me han visto la cara. Y seguro que el conserje tiene una foto mía en su cuartito.

Introduzco una ganzúa en la parte inferior de la cerradura y la otra en la parte superior. Parece ligeramente forzada, desde la última vez, lo cual quizá me facilite el trabajo. Tal vez baste con introducir la ganzúa en una ranura y la cerradura se abra enseguida.

Pero me está resultando más difícil de lo que creía. En las viviendas sociales, he conseguido abrir cinco seguidas, pero ésta es más complicada, me está costando más trabajo encontrar los pernos. Hay cinco pernos dentro de la cerradura, y tengo que

subirlos. Ya llevo un buen rato ante la puerta. Si alguien me está observando, se dará cuenta.

Intento no precipitarme. Se me está agarrotando el brazo y empiezo a desesperarme, pero intento mantener la calma, actuar con serenidad y no permitir que la tensión lo estropee todo. Me la imagino ahí dentro, a la chica de la ventana. Amordazada y atada a los pies de la cama. Con un cuenco para perros a los pies, lleno de agua que va lamiendo de vez en cuando. Para que siga con vida. Me imagino a Aiden en otra habitación, con un corte en la garganta, maniatado, desangrándose. Cada segundo cuenta. La cerradura se niega a ceder, pero yo insisto. Oigo un quejido en el interior. Me dan ganas de pegar la oreja a la puerta, pero no dispongo de tiempo. Se me cae la llave de tensión, la que se introduce en la parte inferior de la cerradura, y me agacho para recogerla. Oigo algo a mi espalda. Me imagino una bolsa junto a Aiden, una bolsa de basura de color naranja que esconde el cuerpo descuartizado de la estudiante. Un revoltijo de extremidades, que gotea. Rezuma líquido sobre el suelo de madera laminada y roza los tobillos desnudos de Aiden. Sabe que él será el siguiente, en cuanto Brenner vuelva a casa. Seguramente cree que el ruido que se oye en la cerradura indica que Brenner está de vuelta. Podría estar desangrándose. Cada segundo cuenta. Oigo los quejidos.

Vuelvo a introducir la llave de tensión en la cerradura, introduzco la ganzúa en la parte superior y noto que algo se mueve un poquitín hacia arriba, con un chasquido apenas perceptible. Subo los pernos, giro la llave de tensión y la puerta se abre. Entro. Tratando de controlar la respiración. Pasos en el pasillo. Algún vecino, alguien de seguridad o la policía. No tengo tiempo para averiguaciones. Inspecciono la habitación. Las cortinas están bajadas. Los gemidos proceden del dormitorio. Donde encontré el arcón. Tendría que haberme traído un martillo y una palanca para abrirlo. Echo un vistazo a mi alrededor, en busca de algo que pueda servirme. No hay nada en el recibidor.

Busco en el cuarto de baño. Veo jabones de hotel –viaja mucho–, pero por lo demás se parece mucho al mío. Todo está relacionado con la situación. Tiene una crema hidratante a base de quinoa. Un

cepillo de dientes eléctrico. Como yo. Pero él no es como yo. Tiene algo que esconder. Algo peor que lo que yo escondo. Los gemidos aumentan de volumen.

Me acuerdo entonces de la espada de samurái, aunque luego me lo pienso mejor. Es más apropiada para cortar piel y huesos que otra cosa. Para eso sirve. En un cajón, debajo del lavabo, encuentro un martillo.

Me armo de valor, junto a la puerta del dormitorio. Ahí dentro hay una chica, no me cabe la menor duda. Y yo he venido a salvarla. Allá voy.

Abro la puerta de golpe, martillo en alto, y me planto en la habitación. Ella chilla. Él grita. Revoloteo de sábanas, mucho movimiento. Los dos respiran agitadamente. No sé muy bien qué es lo que él le estaba haciendo, pero no parecía demasiado violento. Me quedo de pie en mitad de su dormitorio, con un martillo en la mano.

–¿Qué coño haces? –me grita él. Se pone en pie, desnudo. Se le ve todo–. ¡Fuera de aquí, chiflada hija de puta!

Está rabioso y también un poco asustado. Yo lo estaría, si alguien se hubiera colado en mi casa. Mientras lo estaba haciendo. Con la cabeza a miles de kilómetros de la seguridad doméstica. La joven se cubre, pero ya se lo he visto casi todo. Me limito a quedarme donde estoy. Con el martillo en alto. Y, de repente, ella parece reconocerme. De cuando la apunté con los dedos, como si fingiera tener una pistola, desde el otro lado, desde mi guarida. Parece recobrarse. Yo me limito a quedarme donde estoy.

–¿Conoces a esta mujer, Rich? No te la estarás follando, ¿verdad?

–¿Tú crees que…? Mírala, joder. Está como una puta cabra. Lárgate de aquí, pedazo de chalada.

Dejo caer el martillo. Todos damos un respingo cuando el ruido resuena en la habitación. Y salgo del dormitorio. Cuando cierro la puerta, después de salir, lo oigo a él explicarse en susurros.

–No quería contártelo porque pensaba que te asustarías. Pero una mujer, bueno, la hija de puta esa, se coló en mi casa el otro día. Está loca.

Me quedo allí un momento y luego echo a correr hacia el pasillo. Puede que consiga huir. Y que no pase nada. Pero es poco probable. Merezco que me pillen. Merezco que me encierren. La mujer no parecía herida. La he visto desnuda. No tenía moretones. Ni marcas de quemaduras. Nada. Algo no encaja. Es la misma mujer. De piel tersa y bronceada, inconfundible. Pero no tiene ni una sola marca y no pueden haberle desaparecido en apenas unos días. Es imposible.

Pero yo vi las marcas a través de los prismáticos. La tuve en la mira. Me están gastando una broma. Sí, tiene que ser eso. Justo cuando llego al final del pasillo, oigo un grito.

–Eh, ven, vuelve aquí –grita él.

No quiero hacerlo. No confío en él. Para mí, sigue siendo el mismo de antes. Sigue siendo Brenner. De aspecto imponente. Vuelve a gritar.

–Vamos. Acércate un poco para que podamos hablar –dice.

Está más calmado.

–Lo siento, lo siento muchísimo. Veo visiones. Sí, es eso –digo, mientras me detengo al final del pasillo.

–Ven aquí. Acércate un poco. Para que podamos hablar.

Obedezco. Me rindo. Estoy destrozada. Haré lo que me pida. Lo único que deseo es que no grite. Espero que no me grite. Me acerco un poco más.

–Ahí está bien, eso es. ¿Cómo te llamas?

Me observa, muy serio.

–Me…

–Lily, ¿verdad? Sí, Lily –dice, en tono amable.

–Sí, sí –murmuro, casi incapaz de contener unas lágrimas abrasadoras.

–Acércate un poco más. No quiero que nos oigan los vecinos.

–Lo siento mucho, de verdad.

Se muestra tranquilo conmigo. Cuidadoso. Como si no quisiera asustar al pajarillo. Sin embargo, no sé muy bien qué quiere hacer con el pajarillo. Cuando lo atrape.

–Mira. Escúchame. Lo siento. No he sabido reaccionar bien. A todo esto. No es una situación normal. No pretendía… Pero no lo es.

Normal, quiero decir. ¿Verdad? –dice, en un tono reconfortante y compasivo.

–No, no –digo, compungida.

Él se apoya en el marco de la puerta de su habitación. Echa un vistazo al interior. Le hace un gesto a la mujer para indicarle que va todo bien. Y luego me mira otra vez a mí.

–Lily, la policía me dijo que tendría que haber presentado una denuncia. Aunque tú seas… Aunque ellos creyeran que eres…

–¿Una chalada?

–No, una persona inofensiva. Pero yo no quise. Pero luego encontré aquello. Aquel puñetero trasto debajo de la nevera. Supuse que te darías cuenta de que todo era una broma. De que estaba riéndome de ti. Lo cual tampoco parece muy… normal.

De repente, parece un vecino cualquiera.

–Lily, no voy a poner ninguna denuncia ni nada de eso, porque creo que en parte yo tengo la culpa de lo que ha pasado y porque es evidente que tú no…, quiero decir que tú eres…, que estás un poco confundida. Pero no pasa nada.

Me está disculpando.

–Gracias, gracias.

Sueno patética. Me seco los ojos con las mangas de la camiseta y me doy la vuelta.

–Pero, Lily, quiero que busques ayuda. O… creo que sería buena idea que vieras a alguien. Después de un incidente como éste. Porque no es que sea una puta ton…, una tontería, ¿verdad? Así que hazme ese favor, ¿vale? –dice, en un tono ligeramente duro.

Me chasquean los labios al separarlos. Los noto resecos. Estoy a punto de encogerme de hombros, pero tampoco quiero parecer indiferente. Quiero parecer decidida. Soy una mujer decidida. Levanto la cabeza. Permanecemos inmóviles los dos. Como si nos comprendiéramos bien el uno al otro.

Está esperando mi reacción, creo. Esperando que le diga que lo haré. Eso es lo que quiere. Pero no sé si estoy dispuesta a darle todo lo que quiere.

Pienso en mi madre y le dedico una larga mirada.



El día en que ocurre

Suena el timbre. Son las 08:30 de la mañana, pero no me ha despertado. Ya llevaba rato despierta, contemplando el techo. Mi jefa, Deborah, me ha llamado a las ocho para preguntarme si quería «oficializar estos días de permiso». Dice que ha notado un cambio en mí. Un retraimiento. Y también dice que «lo sabe y lo entiende». Parece que todo el mundo «lo sabe» y «lo entiende».

Quiere que me tome un mes sabático por «cuestiones de salud mental». Según parece, hace ya algún tiempo que mi comportamiento es errático. No sé qué de apatía. Ha hablado, con mucha cautela, de ciertos «incidentes». Ninguno de los cuales recuerdo.

Se muestra amable y dulce por teléfono. Lo cual hace que me resulte aún más humillante. Me dan ganas de decirle «Anda y vete a la mierda». Que se meta el trabajo donde le quepa. Pero creo que eso no sería de mucha ayuda a la hora de convencerla de que no me he vuelto loca. Me dan ganas de decirle que busco algo mejor. Un trabajo mejor, con un sueldo más alto, donde se me respete más. Pero no es cierto. Así que no se lo digo.

Un mes de permiso, pagado. Es un regalo. Qué voy a hacer todo este tiempo, qué voy a hacer. Y en eso, precisamente, estoy pensando cuando suena el timbre.

Me levanto de un salto. Debe de ser Aiden, que ha olvidado las llaves. Por fin vuelve a casa. Ahora todo irá bien. La gente no suele llamar al timbre. Se limitan a llamar a la puerta.

Al principio de mudarnos aquí, sin embargo, solíamos llamar a la puerta. En broma, aunque tuviéramos las llaves. Y luego resultaba que era él. O yo. Poníamos una voz graciosa y decíamos «Ah, hola, soy Nigel, el administrador, sólo estoy comprobando si los timbres funcionan correctamente». Sí, seguro que se trata de eso. Seguro que es él.

Me encuentro con dos hombres en la puerta. Ninguno de ellos es Aiden. Uno de ellos es el detective de la policía al que ya conozco. El otro es más fornido y lleva el uniforme reglamentario. Nuestro hombre de la otra vez sigue pareciendo un tesorero. Es él quien habla.

–Señora Gullick, hay un par de cosas sobre las que nos gustaría charlar con usted –dice, en un tono menos informal que el de la otra ocasión.

–De acuerdo, soy toda oídos. Dispare.

–Creo que esta clase de cosas es mejor tratarlas en comisaría. ¿Quiere usted acompañarnos?

Creo que es una pregunta, pero la verdad es que no parece una pregunta. Suena más bien a orden. Iré con ellos. Puede que Brenner, o Rich, no haya sido fiel a su promesa. Gilipollas. Seguro que ha llamado a la policía y se lo ha contado todo. Creo que voy a necesitar una historia más convincente. Creo que voy a necesitar un abogado.

Sólo cuando vuelvo a sentarme en esa silla, en la minúscula sala de paredes blancas, empiezo a pensar en Aiden. Tendría que hablarles de él, pero no creo que eso sea muy ortodoxo. «Ah, por cierto, ya que estoy aquí, mi esposo lleva cinco días desaparecido. Sí, quizás tendría que haberlo mencionado antes, pero en fin, aquí estamos. ¿Creen que podrían ustedes echar un vistazo por ahí?».

No. Mejor que no suelte prenda. Mejor que no suelte prenda sobre nada. Todo esto tiene que ser culpa de «Rich». Que no ha mantenido su palabra. Puedo asumir la culpa de haber forzado la puerta y haber entrado en su casa. Hasta puedo desmoronarme ante ellos. Y se lo tragarán. Pero el tesorero no quiere hablar de eso. Ni siquiera lo menciona de pasada. Quiere hablar de otra cuestión.

–¿Puede usted decirme qué relación tenía con la recientemente fallecida Jean Taylor, del apartamento número cuarenta y uno del edificio Canadá?

La grabadora está en marcha. La oigo girar de fondo. ¿De qué va esto? El otro policía se inclina hacia delante.

–La tenía vista de por ahí. Oí decir que había muerto. Vi un poco de alboroto delante de su piso la mañana en que la encontraron. Y

eso es todo.

Escuchan. No revelan nada. Y, entonces, ambos sonríen discretamente.

–Vi una foto suya en el *Guardian*… Publicó un artículo. Nos saludábamos cuando nos veíamos. Vi…, vi el cartel en el que se solicitaban testigos. ¿Creen ustedes que fue un… homicidio?

Otra vez esa palabra. Tan infantil en mis labios.

–Es decir que… ¿usted no entró nunca en su casa? –dice el tesorero.

Medito sobre la pregunta. ¿Qué debo hacer, qué debo hacer? No te delates.

–No. Nunca –digo, en tono firme.

Sonrío un instante. Primero a uno de ellos. Luego al otro. Resuelta. Y, entonces, me asalta una idea. Vale la pena intentarlo.

–¿Ha habido algún avance? En el caso, quiero decir. Deseo con todas mis fuerzas que alguien llegue al fondo de la cuestión.

¿Me estás oyendo? Hasta yo mismo creo que parezco sospechosa. Muy poco natural.

–Es posible que lo haya habido. Pero aquí las preguntas las hacemos nosotros.

Silencio de nuevo. Las pausas son tan largas que podría pasar un autobús por ellas.

–¿Tiene algo más que contarnos, señora Gullick?

No les convencía mucho la historia de Brenner, no me conducía a ningún lado. Pero podría contárselo todo. Eso sería una posible salida. Podría hablarles del hombre alto de pelo claro. De los tres testigos que corroboran la historia, a los cuales he encontrado yo sola. De la posibilidad de que vieran a ese hombre, o alguien que se le parecía mucho, con Sonya. Puede que incluso fuera su novio. Podría hablarles de Aiden. Y de mis prismáticos. Podría contárselo todo. Pero no lo hago. Me limito a sonreír con aire atribulado. Y no les digo nada.

–Pues resulta curioso porque, después de que le tomáramos a usted las huellas el otro día, hemos descubierto que coinciden con las que encontramos en el piso de la víctima. Era una mujer solitaria.

Y en el piso sólo hemos encontrado dos tipos de huellas. Las de ella. Y las suyas, señora Gullick. ¿Puede usted explicarlo?

Bueno, ahora puedo elegir. Aunque no es fácil. Decir algo. O no decir nada.

–Me niego a declarar.

Una vez que salen de mis labios, esas palabras me parecen más culpables de lo que imaginaba.

–Por otro lado, está el hecho de que el otro día entró usted en el piso de otro vecino.

Sólo esa vez. No ha mencionado la segunda vez. No ha mencionado el martillo. Puede que Rich sí haya decidido ser fiel a su palabra.

–También tenemos las declaraciones de varios testigos que dicen haberla visto a usted merodeando cerca de las viviendas sociales unas noches antes de que mataran a Jean Taylor. Y también en las noches posteriores a su muerte.

–Vivo bastante cerca. A veces atajo por ahí. ¿Quién…?

–Pero lo que más me preocupa, señora Gullick, es que hemos tenido noticia de que una doctora llegó antes que nosotros al lugar de los hechos. Una doctora que, según hemos descubierto, encaja con su descripción, señora Gullick. Tenemos un testigo casual, aunque no del todo fiable, según el cual la doctora en cuestión se parecía mucho a usted.

De repente, el aire se vuelve frío. Se me aflojan los músculos de la cara y un escalofrío me recorre el cuerpo.

–Usted no es médica, ¿verdad, señora Gullick?

–Me niego a declarar.

–Nos preguntábamos si a lo mejor Jean Taylor creía que sí. Porque a lo mejor usted le dijo que sí lo era. Y tal vez se sirvió usted de eso para entrar en su piso. ¿Fue eso lo que pasó? Es, cuando menos, factible, ¿no? En nuestra opinión.

Estoy atrapada. Soy como un bicho bajo una lupa.

–No sé de qué están hablando.

–No se marche usted a ninguna parte, señora Gullick. Es sospechosa del asesinato de Jean Taylor. Quédese por aquí. Sólo los

culpables huyen. Es un cliché, ya lo sé, pero también es absolutamente cierto.

Octava parte:
La mujer del cuarto



El día en que ocurre. Por la tarde

Me llevan de vuelta a casa. Me palpita la cabeza. Creo que me pasa algo grave en los senos paranasales. Me duelen mucho. De pequeña solía tener migrañas, puede que sea eso. No lo sé. O puede que tenga algo que ver con el hecho de ser, al parecer, la única sospechosa en una investigación por asesinato.

Parece que todo el mundo está observando. Hablando de mí. Desde la mujer perturbada a la que en una ocasión le di crema para el pie de atleta, simplemente porque tengo un corazón bondadoso, al posible psicópata que vive al otro lado de la calle. Y otros muchos rostros variopintos, que siguen la escena desde sus ventanas. Yo no era la única que observaba, al parecer.

Un rostro conocido me recibe cuando bajo del coche y cierro de un portazo. Es Lowell, que llega corriendo vestido con ropa deportiva. Es más delgado de lo que imaginaba. Hombros anchos, que dejan al descubierto una camiseta blanca. Vuelve corriendo tras una sesión de escalada, supongo, pues aún lleva los guantes puestos. Como si quisiera recordar su masculinidad a todo el mundo. Hacer ejercicio por la tarde: un privilegio de autónomos y parados.

–¿Estás bien, Lil? ¿Te importa si te pregunto qué ocurre? –dice, al tiempo que sigue con la mirada el coche policial, que ya se aleja.

Debería sentirme avergonzada, pero a estas alturas ya ni siquiera me importa. Por lo menos, él también ha compartido cosas conmigo. Podemos ser hermanos en los momentos difíciles. Compañeros en la vergüenza. Me alegra ver un rostro conocido. Lo abrazo. Percibo el calor que emana de su cuerpo. Está sudoroso. Me aparto.

–Ah, es… –digo en tono vacilante, mientras me vuelvo hacia la entrada del edificio.

–Sigue –me apremia, algo nervioso por lo que yo pueda decir.

–Sólo los estoy ayudando con las investigaciones –digo, como quien no quiere la cosa.

Apoya las manos en las caderas. Entrecierra los ojos, para protegerse del sol. Bebe un sorbo de su botella de agua.

–Caray. Sobre…, ¿sobre qué? ¿Te importa que te lo…? –dice, pero no acaba la frase.

Por primera vez en mucho tiempo, me siento poderosa. Fuerte. Tengo un secreto. Todo el mundo quiere saber en qué estoy metida. Estoy metida en un lío de los gordos.

–Mira, vamos a hacer una cosa. ¿Te apetece una taza de té?

Ya está dentro. Mi nivel básico de orden es lo que me ha mantenido a flote. Hay periódicos viejos esparcidos por ahí. Platos y tazas sin lavar. Bastantes. Me fijo ahora en ellos, como si acabaran de aparecer. Pero aparte de eso, el piso está bastante decente. Tiene gracia que los extraños nos obliguen a vernos a través de sus propios ojos. Pero no me va tan mal. Me mantengo a flote.

Se apoya en el brazo de mi sofá, como si quisiera darme a entender que no va a quedarse mucho rato. Aunque lo más probable es que se sienta incómodo porque está empapado en sudor en la salita de alguien a quien sólo conoce a medias. Es raro sentirse como un intruso cuando no estás del todo presentable. Le he dicho que fuera antes a ducharse, si quería, pero parecía ansioso por escuchar mi historia. Empieza él mismo. Directamente al grano.

–¿Es por lo del piso ese en el que entraron?

–¿Qué piso? –pregunto, sosteniéndole la mirada.

–¿Eh?

Hace una pausa. Está sudando. Pero es normal, ha estado corriendo.

–He oído decir que entró alguien en un piso. En el otro edificio, ¿no? –dice.

–Ah, lo has oído. Sí. Creo que yo también lo he oído.

De repente, me siento como si tuviera las de ganar. Es una novedad. Emocionante.

–No, no. No era por eso –digo, apartando la mirada.

Él se incorpora y se dedica a pasear por la sala. Un repentino deseo de dominar el espacio. Merodea como un animal. Está gracioso, ahora mismo. Puede que esté nervioso, creo que todo esto

le parece demasiado real. No sabe muy bien cómo ayudar. No sabe adónde nos conduce.

–La verdad es que la historia tiene cierta gracia –digo, para echarle una mano.

Se queda inmóvil y me observa fijamente. Bum bum. La tensión es palpable. Creo que está preocupado por mí. Lo cual es comprensible.

–Al parecer, creen que sé algo sobre aquella anciana. La que murió.

–Ah, vale. Vale.

Lo dejo con las ganas. Esto me divierte, aunque no sé por qué.

–¿Y bien, Lil? ¿Sabes algo de ese tema?

–No, no. Apenas la conocía. Nos saludábamos y eso. Nada más.

–Vale. Bueno, supongo que intentan buscar toda la información posible.

–Y fui a su casa. Una noche. Más bien tarde.

–Ya. ¿De verdad? –murmura.

Por primera vez, bebe un sorbito de té. Entre sus manos, la taza parece más bien pequeña. Casi de juguete. Es más alto de lo que recordaba. Y con la ropa de deporte, parece más fornido.

–Sí. Bueno, sólo pasé a saludarla. La había visto en el periódico. Se publicó un artículo sobre ella y sólo quería saber si estaba bien. Soy una buena vecina.

–Y eso es lo que le has contado a la policía –dice, con un tono impertinente.

–No. No es eso lo que le he contado a la policía.

–Entonces… ¿qué les has contado?

Otro sorbito.

–Nada. No quería dar la impresión de haber tomado parte en algo en lo que no he tomado parte. No quería que me molestaran. Así que no les he contado nada.

Se apoya de nuevo en el sofá y termina su té de un sorbo.

–Supongo que es mejor así.

–Sí, yo también lo creo.

No me pregunta dónde está Aiden. Tengo a un extraño en casa. Que trata de dominar el territorio. Y que no me pregunta dónde está

el hombre de la casa.

–Has hecho lo correcto. Te has ahorrado un sinfín de problemas. ¿No?

Percibo claramente el tono transatlántico de su voz. Es encantador cuando utiliza términos y expresiones procedentes de allí. Como cuando dice «sinfín», «bobadas» o «un tecito». Seguramente no es consciente de lo sutil y a la vez hermosamente ajenas que suenan esas palabras en sus labios. Esas delicadas imitaciones y réplicas de la vida real.

Por un momento creo que va a marcharse, pero no, sigue así. Parece preocupado. Por mí, tal vez. Puede que quiera ayudarme pero que no sepa cómo hacerlo. No se va a ninguna parte. Tiene algo que decir. El ruido de las excavadoras es más fuerte ahora.

Bum. Bum. Bum. Bum.

–Tengo un sinfín de problemas últimamente –dice. Otra vez esa expresión. Casi casi adorable. Sin embargo, el tono ha cambiado. Se pone de pie–. Verás, resulta que compré un par de pisos, en los edificios nuevos. Antes de que me despidieran dos veces, ja, ja.

Medito sobre lo que acaba de decir. Cada seis meses, empiezan a excavar para poner los cimientos de un nuevo edificio. En cuanto la bola de demolición derriba uno de los viejos edificios, en apenas unos meses despejan el terreno y empiezan a trabajar con entusiasmo en el nuevo proyecto. Está proyectado que el edificio Canadá quede reducido a escombros dentro de dos años. Si echas un vistazo a la página web de Princeton Homes, descubrirás que tienen proyectado un bloque de apartamentos, Aqua View, que pronto empezarán a construir y que quedará terminado durante el primer trimestre de 2019. Las cosas van rápidas en cuanto empiezan a excavar para poner los cimientos. Es un trabajo que requiere de operarios que manejan las excavadoras y de capataces, pero también de diseñadores gráficos e imágenes de ordenador que muestran idílicos paisajes. Y fiestas. Muchas fiestas. El Pimm's y el *prosecco* corren como el agua. Los que ya tienen un piso también suelen dejarse caer, mientras piensan en la posibilidad de dar la entrada para otro piso. Como inversión, nada más. Porque… ¿en qué otra cosa se puede invertir el dinero hoy en día, verdad? Para

empezar, te solicitan la entrega a cuenta de una cantidad no muy alta. Unos pocos miles. Luego, al cabo de unos seis meses, otros veinte mil. Y otros seis meses más tarde te piden sesenta mil y así sucesivamente. Así sucesivamente. Cuanto más tiempo estés en el juego, más posibilidades de venderlos a algún inversor del Lejano Oriente y obtener unos buenos beneficios. Pero nadie quiere dejar de pagar, nadie quiere abarcar demasiado. Porque entonces podría perderlo todo.

–En realidad, invertí en tres pisos, Lil. Y ahora tengo plazos que pagar. Muy pronto.

Él es de los que siempre salen adelante. Seguro que se le ocurrirá algo. Encontrará una solución. Es de esa clase de personas. Pero… ¡tres pisos!

–Vaya. Ya se te ocurrirá algo. Eres de esa clase de personas.

–Sí, sí. Estoy seguro de que todo saldrá bien. Mientras los pisos no se devalúen. Todo irá bien.

–¿Por qué compraste tres? Si no te… molesta que lo pregunte…

–Porque las cosas me iban bien. Muy bien. Pero luego empezaron a no irme tan bien. Creo que me excedí un poco. ¿Por qué se van las cosas a pique? Por gastar más de lo que se gana. Bueno, tampoco es que yo me vaya a ir a pique, ja, ja.

Da un paso. Se ofrece a lavar la taza, pero yo se la cojo y la dejo a un lado. De repente, nos sentimos incómodos el uno en presencia del otro. Me parece que él cree que hemos compartido demasiado. Estas últimas semanas nos hemos ido conociendo un poco mejor. Todo ha ocurrido muy rápido. Tal vez demasiado rápido.

Pero seguimos siendo colegas. Y él estará bien dentro de un momento. Es bueno compartir las penas.

–En fin, será mejor que me vaya. Si hay cualquier noticia o… lo que sea…, estoy aquí.

–Lo sé.

–Y aléjate de esos polis. En serio. Sea lo que sea lo que está ocurriendo aquí, es mejor que nos mantengamos al margen. Que intentemos pasar desapercibidos. ¿Entiendes lo que quiero decir? Al fin y al cabo, ya sabes, a nadie le gustan los soplones –dice en un tono algo torpe.

Me pongo en pie y lo acompaño a la puerta. No sé por qué. Tampoco es que el piso sea muy grande. Sólo tiene un dormitorio. Suficiente para nosotros dos. El suyo tiene dos habitaciones. Para él solo. Puede que le guste estar ancho. O que sea avaricioso.

–Lástima que no esté Aiden para saludarlo.

Se detiene. Me mira. Como si supiera algo.

–Sí. ¿Cómo lo llevas?

–Bueno, no es fácil. Que se haya marchado –sonrío.

Él frunce el ceño. Algo confuso. Con una mirada de perplejidad.

–Sí, es duro. ¿Cuánto hace que se marchó?

Me mira de forma significativa. Se está poniendo un poco agresivo. Apoya una mano en la mía. ¿De qué va todo esto?

–Unos cinco días.

–Ya, parece que sólo haya pasado ese tiempo, ¿verdad?

–Es que sólo ha pasado ese tiempo. Pero no te preocupes. Volverá. La moto no está. Así que se habrá ido en moto.

Parece como si estuviera haciendo mentalmente una división larga. Se pellizca suavemente una mano.

–¿No dijeron que… había quedado para el desguace? En el… accidente.

Ahora yo también estoy calculando mentalmente. Desvío la mirada de un lado a otro. Arrastro los pies. Es como si estuviera fuera de mi cuerpo.

–¿Perdón? ¿Has oído algo de un accidente? Yo no he oído nada.

–Me lo contaste tú misma.

–Perdona, ¿qué?

¿Qué juego es éste? ¿Sabe algo que yo no sé? ¿A qué está jugando?

–Justo después de que os trasladarais aquí. Una noche en que llovió mucho. Un coche le salió por el lado ciego. No se vieron el uno al otro.

Me siento desfallecer. Me cuesta un terrible esfuerzo permanecer en pie.

–¿De qué estás hablando? –consigo decir al fin.

Noto las rodillas flojas, como si fueran de gelatina. Me apoyo en la mesa del recibidor, para no precipitarme al suelo.

–Oh, Lil. Dios. Será mejor que te sientes un segundo.



El día en que ocurre. Por la noche

Se me doblaron las rodillas.

Cuando vuelvo en mí, estoy en la cama. Tengo un paño frío sobre la frente. Lo primero que veo es a él. Inclinado sobre mí. Su rostro llena por completo mi campo de visión. Al principio es una mancha borrosa, como en una pesadilla, pero luego consigo enfocar bien. Me alegra que esté aquí. Por lo menos, hay alguien. Pero tengo unas cuantas preguntas. Intento manejar la situación con serenidad y elegancia. Pero creo que no la manejo con serenidad y elegancia.

–¿Qué haces tú aquí? –pregunto.

–Te has desmayado. Estabas… Creo que hay algunas cosas que debo… contarte.

–¿Qué coño te pasa? ¿Crees que no sé lo que estás haciendo? –digo, atacando de inmediato.

El ataque es la mejor forma de defensa.

Escudriño su rostro en vista de signos de debilidad. En busca de una sonrisa o una mueca. De algo que lo delate; que aparte la mirada, lo cual indicaría que miente. Últimamente, yo he mentido mucho. Y también han jugado mucho conmigo últimamente.

La policía, «Rich», Lowell. ¿Qué es lo que trata de conseguir? ¿Qué gana él en todo esto?

–Lil, tu marido murió hace cinco meses. En un accidente de moto. Recuerdo que nos vimos unas pocas horas después de que ocurriera. Tuviste que ir a reconocer el cuerpo. Habías recibido una llamada. Fue todo muy rápido. No sufrió. No se enteró de nada, dijiste. Así, en un segundo –dice, al tiempo que chasquea los dedos–. Vine aquí y estuvimos hablando. Ya he estado aquí, en tu salita de estar, hablando de todo eso. Antes de ahora.

Bajo la mirada. Parpadeo. No puedo asimilar tanta información. Él se ocupa de llenar el vacío.

–Dijiste que estabas viendo a alguien para superar el tema. Y luego, un mes más tarde o por ahí, dijiste que habías dejado de ir.

Estoy furiosa. Noto una rabia que surge de lo más profundo de mi ser. No puedo frenarla.

–¿Crees que no sé lo que me digo? Sé…, sé muy bien lo que me digo. ¿Sabes qué le ha ocurrido? ¿Sabes dónde está? ¿Dónde está realmente?

–Lil, creo que será mejor que me vaya.

–Sí, vete. Lárgate de una puta vez –le grito.

Estoy muy enfadada con él. Tanto que apenas consigo controlarme.

–Pero es necesario que veas a alguien. Me dijiste que aún tenías el número. Por si acaso. Por si necesitabas volver a verla, dijiste…

–¿Qué es lo que intentas, que alguien me encierre? ¿Es eso? ¿Como encerraron a mi madre?

–No, no es eso. Creo…, creo que será mejor que me vaya. Sólo necesitas un poco de ayuda. No pases sola por todo esto. No sé cuál es el protocolo, pero…, bueno, te voy a dar un poco de tiempo, ¿vale? Estoy al otro lado de la pared.

No sé si eso es una amenaza o una promesa. No sé cómo interpretar todo esto.

–Toma. Te dejo también mi número de móvil. Por si acaso. Estés donde estés. Si necesitas algo. Estaré ahí. Te lo prometo –dice, observándome con atención.

–Vale. Lo que tú digas. Vale –concedo.

Se marcha y, de repente, me quedo sola. Ya he sentido antes esta soledad. Pero no durante mucho tiempo. Creo. Es una soledad especial. Una sensación especial. Con su propia tonalidad y su propio color. Sí, ya la he sentido antes. En mis carnes.

Registro mis cajones en busca de pruebas, aunque en realidad no sé qué estoy buscando. Pongo la casa patas arriba. De un libro de Daphne du Maurier, que leí hace meses, cae un trozo de papel. En él hay un número escrito, que no reconozco. Es un número de Londres y, sobre él, un nombre: «Helen». Rozo la tinta, las palabras y paso los dedos sobre ellas como si fueran a desaparecer en

contacto con mi piel. Es mi letra, pero no recuerdo haber escrito todo eso. Ni conozco a ninguna Helen.

Registro mi armario, frenética. En busca de un recuerdo que pueda desenmarañar las cosas. De una vez por todas. Que pueda demostrar o negar. Mi teoría.

Toco su ropa, todavía guardada en el cajón, limpia y planchada. Aún conserva el calor de su cuerpo, sin dudas. Me fijo en las parrillas y gráficos que decoran las paredes, como si esto fuera el refugio de una loca. Me imagino lo que habrá pensado Lowell al ver todo eso. Es la única persona a la que he dejado entrar aquí… y ahora comprendo su incomodidad.

Contemplo mi habitación con ojos de extraña, como si fuera una detective o una antropóloga. Acaricio las palabras; resigo con el índice las líneas de mi parrilla, trazadas a lápiz. Los números y los nombres. Las referencias cruzadas. Los alfileres de colores clavados con fuerza en los gráficos, que perforan el papel y los fijan a la pared. La línea marrón que va de un nombre a otro, las relaciones, las pistas. El interior de mi mente expuesto a todo aquel que quiera contemplarlo. Las rarezas de una persona fantasiosa. Vista desde fuera, soy completamente transparente.

Paso las manos por sus sudaderas, en lo alto del armario, donde apenas llego. También desprenden calor. Apoyo una oreja en ellas. Restriego el rostro y percibo todos y cada uno de los hilos en mis facciones. Su olor sigue aquí, muy cerca. Debe de ser una broma. Es imposible, si estaba aquí hace nada. Estoy segura. Está aquí mismo. Encuentro una nota entre dos sudaderas. Otra vez bolígrafo azul sobre blanquísimo papel. Un número y, debajo, «Helen».

Abro ahora sus cajones. Sus objetos personales. Esos que, al registrarlos, provocan una sensación a caballo entre los celos y la culpabilidad. Los aparto con rabia.

Encuentro las cosas aburridas, las pruebas de su existencia. Cuentas bancarias, recibos, pruebas de vida. Estaba aquí. Estaba aquí hace nada. La foto de su pasaporte me devuelve la mirada. Sin sonreír. Me observa fijamente. Me aparto de un salto. Me tapo el rostro con las manos, noto las lágrimas calientes que caen sobre la moqueta que me sostiene. En esta celda. Que me impide caer a la

celda que está debajo. Que impide que los demás, desde las celdas que me rodean, puedan verme. O tocarme. Soy como una minúscula celda en una hoja de cálculo de Excel. En una página larga y vacía, repleta de innumerables entradas vacías, completamente sola.

Cojo las carpetas que están en la parte inferior de su lado del armario. Justo al lado de sus zapatos. De sus Converse, de sus Nike, de sus Doc Martens, todos muy gastados.

En estas carpetas están sus escritos. Las palabras inéditas de su libro. De su última novela. Las cojo y las lanzo por toda la habitación. Las páginas revolotean en el aire, por todo el dormitorio. Páginas y más páginas. Meticulosamente ordenadas por fecha. La habitación queda cubierta de papeles. De hojas aún numeradas. Todas. Nunca se relajó. Lo conservaba todo. Y aquí están. Las páginas que escribió. Páginas y páginas. Al final de la semana las imprimía. Decía que no le parecían reales al verlas sólo en la pantalla. Que no podía juzgar lo que escribía.

Y aquí están. Las palabras que escribió. Pruebas. No sólo sus cosas, también sus palabras, en clave temporal. Vuelvo al principio. Y sonrío. Son ellos los que me estaban gastando una broma. Ellos. Todo el mundo. Confío en mí misma. Sé que puedo confiar en mí. Sé lo que me digo.

Febrero. Aquí está todo lo que escribió en febrero.

Una introducción. Las palabras: «Ruso»; «Cámara»; «Prestigio»; «Salpicadura»; «Nieve»; «Pies»; «Cuadro»; «Pasión»; «Hermoso». Hermosas las palabras que escribió. Sus recuerdos me invaden de golpe. Sé que estuvo aquí. Lo vi, hablé con él. Lo abracé. Lo besé en la mejilla. Hicimos el amor. No hace ni una semana. Mi respiración se vuelve más lenta. Me tranquilizo y pienso en la próxima jugada. Sigo pasando las páginas, cronológicamente. Aquí están, sus palabras.

Vacío todas las carpetas y formo una gran pila. Las voy revisando por orden cronológico. Febrero me conduce a marzo. Sus palabras inundan mi dormitorio. Las voy leyendo por encima, para asimilar lo que dicen. Para respirarlo a él otra vez.

Me pregunto cuándo volverá a casa. Nadie puede habérselo llevado. Conduce con tanta soltura su motocicleta. Se ha liberado de esta habitación. Sí, eso es lo que ha hecho. Puede que terminara su

libro y luego saliera a conducir y ver adónde lo llevaba el camino. Para celebrarlo. Es un espíritu libre. Volverá pronto. Cuando haya hecho lo que sea que tenga que hacer.

Nadie puede hacerle daño. Sí, dije que era débil. Pero no lo es, es fuerte. Es libre. Viaja a través del aire frío de la noche. Casi puedo verlo.

Llega abril. Leo sus palabras de abril. Semana a semana. Fechadas día a día. Las muchas palabras que escribió. Prolífico. Cada una de esas palabras era como una pequeña victoria. Con qué suavidad conducía. Nada podía detenerlo, nada podía frenarlo. Era un profesional. Esa cosa tan rara: un artista. Jamás supe hasta qué punto lo era. Jamás me di cuenta de lo fuerte que era. Me lo imagino en su moto. Bajo la lluvia.

Mayo. Cada vez estamos más cerca. Dejo atrás los capítulos dieciséis, diecisiete, dieciocho y diecinueve. Todo lo que escribió. Es muchísimo. Ha trabajado mucho. Y aún queda mucho más en esas carpetas. Los papeles me pesan en las manos. Es su vida lo que sujeto con ellas. Su corazón en mis manos. Su vida, su sangre. Está todo aquí. La prueba de que los demás mienten. Lo vi escribir estas palabras, justo delante de mí, y aquí están. Adjetivos, nombres y adverbios esparcidos por toda la habitación. Semanas enteras de palabras. Hay tantas… Y muchísimas más aún por llegar. Sigo teniendo las manos llenas de resmas de páginas.

Las voy pasando muy deprisa. Las palabras se abalanzan sobre mí cada vez que paso una página. Y luego, nada. Una página en blanco. Me detengo. Veintiuno de mayo. Y luego nada.

Paso a la siguiente página. Está en blanco, pero me la quedo mirando como si no pudiera estar más llena. Como si ocultara algo. La analizo, en busca de pistas. De códigos. Pero no encuentro nada en ella. Paso a la siguiente.

Me la quedo mirando. No hay nada. ¡Ni una palabra! La siguiente también está en blanco.

Otra más en blanco. Otra más en blanco. Otra más en blanco.

Paso diez páginas de golpe. Cada vez me cuesta más respirar. Pasa un avión por encima de mi cabeza. ¡Zuuuum! Cada vez vuelan más bajo.

No hay nada, no hay más. No hay más palabras. Esto es todo.

El resto de la pesada pila está en blanco. Pero yo lo vi escribir las palabras. ¡Zuuuum! Pasa otro avión, tan cerca que podría haber arrancado el tejado.

Quiero acercarme a la ventana a echar un vistazo. ¿Se habrá estrellado? ¿Se habrá precipitado al lago?

No hay más palabras. Pero es imposible. Yo lo vi escribirlas. ¡Zuuuum!

Todos los sonidos desaparecen. Me tapo los oídos con las manos. El pitido que oigo es cada vez más alto y más agudo. Me dejo caer de espaldas sobre las páginas. Que cubren mi dormitorio. Están por todas partes. Me asfixian. Arrugo el papel con los puños. Mis oídos ya no captan ningún sonido. No oigo el roce de mi cuerpo al retorcerse sobre el papel. Porque el pitido me perfora los oídos, como si se hubiera producido una explosión aquí cerca.

Espero a que mis oídos se recuperen. Pero no pueden. Es imposible.

Me muerdo con fuerza el labio, casi hasta el punto de hacerme sangre. Mi pecho se eleva hacia el techo. Y entonces ocurre. Entonces ocurre.



El día en que ocurre. Un minuto más tarde

Me tiembla el cuerpo. De forma incontrolable. No soy yo quien lo hace. No puedo ser yo. Es como si unos cuerpos extraños e invisibles hubieran irrumpido en el dormitorio y me estuvieran sujetando. Como sombras que me agarran por las extremidades y los músculos y me sacuden. Me sacuden hasta el último tendón. Es una imagen espantosa. Un exorcismo. Pero cierro los ojos. No veo nada. Me golpeo el cráneo contra la moqueta. No puedo hacer nada. No puedo parar.

Y entonces, de repente, vuelvo a oír. Poco a poco, van remitiendo los temblores, se me pasa el ataque y relajo el cuerpo. Pero no puedo moverme. Les digo a mis brazos que tiren de mí. Le digo a mi columna vertebral que se separe del suelo. Les digo a mis pies que por lo menos me envíen una señal para hacerme saber que siguen ahí. Pero ninguno de ellos me responde. Estoy catatónica. Estoy inmóvil. Nunca, en toda mi vida, he experimentado nada tan aterrador.

Espero que mi corazón pueda latir por sí mismo. Espero que mis órganos puedan bombear. Todas esas cosas –millones– que nos mantienen con vida, que damos por sentadas.

Mi respiración sigue funcionado, porque noto el aliento entre los labios. Mis pulmones siguen expulsando aire de forma mecánica. Todo lo demás está inmóvil. Excepto los ojos. Que giran y contemplan otra nota, a mi derecha. Veo otra vez ese número. Veo el nombre: «Helen». Otra nota, un pósit amarillo, descansa sobre mi pecho. Es mi letra. «Helen». Me quedo mirando la nota, asombrada.

Es tan difícil describir los sentimientos que se tienen en este estado. Cuando no puedes mover ni un solo músculo. Como si cada pensamiento brillante tuviera un atenuador de luz. Una nube negra que flota sobre él y proyecta una sombra sobre cada recuerdo. Intento desconectar la mente. Quisiera dormir, pero me da miedo

tragarme la lengua. Y, de todos modos, estoy demasiado asustada para dormir.

Pienso en imágenes y cosas. Pienso en Aiden. En su moto. Lo veo conduciendo en la oscuridad. Se me antoja una pesadilla, una amenaza o un miedo.

Pero es un recuerdo.

Recuerdo haber recibido una llamada en el móvil. De un número desconocido. Normalmente no contesto si no conozco el número, así que rechazo la llamada. Pero llaman de nuevo; la rechazo. Estoy en el trabajo. Aburrida y ocupada. Vuelven a llamar; respondo.

–Sí –digo en voz muy alta, hasta el punto de que todos los que están en la oficina de planta abierta se vuelven a mirar.

–¿Es la señora Gullick, del apartamento cuarenta y nueve, en el bloque Riverview?

–Sí, ¿qué pasa?

–Creo que será mejor que se siente.

Estoy sentada, pero no quiero seguir en la oficina, así que salgo para atender la llamada. Me voy al pasillo, donde no puedan oírme mis colegas de trabajo, que parecen haber intuido algo. Lejos de sus miradas curiosas y de sus oídos.

–Sí. Continúe. Estoy sentada –miento.

Estoy de pie, mirando por la ventana del pasillo. Pasan trabajadores que salen de otros despachos. Hay muy poca intimidad aquí, es uno de esos edificios.

–Su marido ha tenido un accidente. A primera hora de esta mañana, sobre las 06:45, se ha visto implicado en una colisión.

Hubo otro coche implicado en la colisión. Y un camión. Y una lluvia intensa.

Tenía una reunión muy temprano. No sé qué de su nuevo libro, en algún lugar fuera de la ciudad. Sussex u Oxford. Hampshire o Hertfordshire. No me acuerdo.

En el pasillo, la gente pasa a mi lado. Van de un despacho a otro. Casi me empujan al pasar. Yo sigo mirando por la ventana. Bajo para oír la historia de labios de la policía local. Son amables. Están acostumbrados a esto. Yo no. Les tengo miedo, me muestro tímida y nerviosa. Pero no consigo expresar los sentimientos adecuados. No

de inmediato, al menos. Ni siquiera cuando veo el cuerpo. Casi tengo la sensación de que me pasa algo raro. Pero luego descarto esa idea. Mi mente la encierra en alguna parte. Y yo me limito a observar.

Un coche me lleva de vuelta a casa. Contemplo pasar el mundo a través de la ventanilla del pasajero. Nada se ha detenido. Todo el mundo sigue con sus quehaceres diarios. El mundo sigue rodando. Pasamos junto a un parque y veo personas sentadas en un banco, bebiendo café bajo la lluvia. Una pareja de ancianos. Me cautivan.

Me dan unos cuantos números a los que llamar. Una lista. Yo misma concierto varias citas. Lo hago todo de forma maquinal. Como si fuera lo más natural. Las lágrimas siguen sin llegar, como si alguien hubiera extraído toda la energía de mi cuerpo. Como si fuera una vaina quien hace las llamadas por mí.

Luego llamo a su hermano. A un par de amigos. A su agente. Su hermano llora desconsoladamente por teléfono. Lo escucho, interesada. Pero no conmovida. Por primera vez, siento una punzada de culpa, que desaparece enseguida.

Ya en casa, contemplo su ropa y me pregunto qué hacer con ella. Se acaba de marchar. Me fijo en sus sudaderas, colgadas en el armario. En sus carpetas, en su pasaporte, en sus efectos personales. Plancho varias camisas suyas. Metódicamente. Las cuelgo en el armario. Luego me siento. Y eso es todo.

Con el tiempo, me obligan a hablar de lo sucedido. Ése es el consejo que me dan. Se lo cuento a un montón de gente. A personas con las que había perdido el contacto porque estaba con Aiden. Él ocupaba todo mi tiempo, lo hacíamos todo juntos, el uno para el otro. Era mi mejor amigo. No necesitaba a nadie más. Hasta ellos lloran. Llamo a antiguos colegas de trabajo a los que ya no veo casi nunca. Llamo a la prima Sarah de Devon. Escucho la historia a través del teléfono. Y no me afecta.

Recuerdo habérselo contado a Lowell. Lo recuerdo. Sí, ahora sí. En el pasillo. Entró en casa. Ya había estado aquí antes. Me abrazó. No me ablandé ni moví un solo músculo. Por aquel entonces, apenas lo conocía. Ahora tampoco lo conozco apenas, pero entonces aún menos. Acabábamos de mudarnos, como quien dice. Se marchó.

Quiero llamarte, papá. Pero soy demasiado tozuda. Sigo enfadada contigo. Cada correo y mensaje de voz tuyo que ignoro es mi forma de castigarte por las palabras que me dijiste. Por compararme de forma tan obvia con ella y con todos sus defectos en una frase hiriente. Todas las veces que llamas. «Ya sabes quién». Tú. Es un tramo más del maratón. Dejar que suene o pulsar la tecla de rechazar llamada. Otra proeza de resistencia. Y me hace sentir bien.

Así que empecé a escribir un diario. Para encontrarme contigo en un término medio. Para poder controlar mi relato. Hacer las cosas a mi manera sin que tú me desautorices. O «intentes ayudarme», como dirías tú. Claro. Bueno, puede ser. Pero, de esta forma, no te doy la oportunidad. Somos sólo la página y yo. Yo administro la justicia a mi manera y puedo hacer las cosas como me apetezca.

Te culpo. Mientras recuerdo cómo te iluminaba la luz en el observatorio. No decíamos nada, sólo observábamos a los pájaros. Y jamás hablábamos de ello. De ella. De cómo nos sentíamos. Nunca lloramos juntos. Nunca hicimos nada de todo eso.

En realidad, no sé de quién es la culpa, pero ya ves. Te culpo a ti. Y puede que sea injusto. Puede que yo esté siendo injusta. Pero así son las cosas. Así soy yo. Y aquí estoy.

Todas las semanas, te envío lo que escribo. Ya debo de haberte hecho cinco envíos, por lo menos. Y todas las semanas, tú me llamas. Me dices que vendrás, me guste o no. Y entre llamada y llamada, me escribes mensajes. Pero aún no estoy preparada.

Se me ha ocurrido otra idea. A lo mejor estoy soñando despierta. A lo mejor me lo estoy imaginando todo. Me imagino allí, con la estudiante. En su casa. Sonya. Tiene una infección de las vías respiratorias, dice que ya lleva así varias semanas. No sabe si es por todo el polvo y la porquería que flota en el aire a causa de las obras de demolición de los edificios. Pero no termina de curarse y se pregunta si debería empezar a preocuparse. Ha oído hablar de mí. Ha oído hablar de la doctora Gullick. Y quiere que yo le eche un vistazo.

Le pongo una mano sobre el pecho y percibo los latidos del corazón. Parece asustada. De mí. De lo que yo pueda decir. O hacer.

Le palpo la piel. Contemplo la funda de sus gafas, junto a su moderno frutero. La bonita librería. El delicado y modesto cactus. Le digo que inspire y espire. Que inspire y espire. Le digo que tosa, lo cual la hace toser aún más. Una tos fuerte y áspera. Tose y tose. Tiene una tos muy fea. Se apoya en mi mano, que yo intento mantener firme sobre su pecho durante todo el ataque. Percibo los espasmos de su organismo, bajo el tórax. La fascinante sensación de la caja torácica al subir y bajar. Y el eco que retumba en su interior. Chasqueo la lengua y la miro. Ella parece muy muy asustada. Contengo el aliento y la miro directamente a los ojos. Directamente a los ojos. Y luego le digo que haga vahos. Y que se pondrá bien.

Sigo rígida como una tabla. Es una ensoñación que parece más bien un recuerdo. Pero no puede ser un recuerdo. No es posible. Me acordaría. No es más que una curiosa fantasía. Una de esas extrañas imaginaciones que nos asaltan todos los días. Puede que eso sea ahora lo único que me queda.

Y aquí estoy. Inmóvil. Completamente inmóvil en mi dormitorio. Incapaz de mover absolutamente nada. Me siento como si llevara horas así.

Se me curvan los dedos. Ya hace unos cuantos minutos que les estoy diciendo que lo hagan y, por fin, han cedido. Noto un hormigueo en el codo, tan doloroso que no sé si reír o gritar. Las piernas se me doblan, como si no formaran parte de mi cuerpo. Me las golpeo unas cuantas veces, pero es como si estuvieran muertas. Y luego, despacio, se van descongelando y regresan a la vida.

Levanto el cuerpo y respiro el aire del dormitorio. Está viciado, de modo que abro la ventana. El cerebro me dice que acabo de tener un ataque, pero mi cuerpo se alegra de seguir vivo. Salto un par de veces. Me siento libre. Y muy aliviada. Me agacho bajo la cortina, la levanto por encima de mí como si fuera una sábana y abro la ventana para poder asomar la cabeza. Dejo que me acaricie la brisa.

Respiro el aire frío del exterior. Luego, pasados unos segundos, levanto de nuevo la tela por encima de la cabeza y retrocedo un paso, hacia la oscuridad de la habitación. Me quedo inmóvil un segundo. Luego tiro de la cuerda para subir la cortina: sólo un poco, lo bastante para que entre un poco de luz. Pero no lo bastante como

para ver las ventanas de los otros apartamentos. Tengo la sensación de que eso sería peligroso. Y aún no estoy preparada. Oigo el eco de mis propios pasos sobre las baldosas y en la cocina. Estoy sola. Por primera vez, me siento completamente sola.

Cojo el pósit que llevo pegado a la camiseta. Voy a usar el fijo, lo cual es una novedad. Tecleo los números. Los números que aparecen encima de la palabra «Helen».



El día en que ocurre. Por la noche

Agachadiza chica – *Scolopaci, Lymnicryptes Minimus* – Humedales – Cielo cubierto, 10 grad – Grupo de tres – 22 cm – Dos líneas laterales de color claro, plumaje con buen aspecto – Buscando alimento.

Miro por la ventana. Dejo que suene el teléfono, con el auricular pegado a la oreja. Siguió sonando durante lo que me pareció una eternidad. Permanecí en pie y esperé. Vamos, cógelo. Me dediqué a pensar en lo que había al otro lado de las cortinas. En lo que estaba pasando. Pero enseguida aparté esos pensamientos. Tengo que dejar de observar. Dejar las persianas bajadas. Reprimir el impulso antes de que empiece todo otra vez. Esperé a que alguien descolgara.

–Hola –dijo la voz.

Por enésima vez, le pedí a mi cuerpo que hiciera algo y el cuerpo se relajó. Le ordené a mi cerebro que hablara, pero las palabras se negaban a salir. Habla.

–Hola –dijo de nuevo la voz.

Colgué. No sé si porque pensaba que no necesitaba a Helen o porque me daba miedo hablar con ella. Mi cuerpo se dejaba llevar por los impulsos a la hora de tomar decisiones.

Temía que Helen llegara acompañada de una dosis excesiva de realidad. Ya había vivido demasiadas emociones en un solo día. Basta. Demasiadas revelaciones. Todo vuelve demasiado deprisa.

Veo el portátil de Aiden en el suelo. Que es donde ha estado siempre, en realidad. Lo veo a él tecleando, pero es una imaginación. Toco la puerta del cuarto de baño. En mi mente, Aiden solía esconderse a veces detrás de las puertas. Contemplo las sábanas de la cama, entre las que dormí a su lado. Pero no fue así.

Ya hace mucho tiempo que no está aquí. Me acariciaba a mí misma mientras creía que estaba haciendo el amor con él. Abrazaba

el aire y me imaginaba que era su cuerpo. Aún percibía el olor de su cuerpo, en las almohadas. Y cuando el olor desaparecía, las rociaba de nuevo con su loción de afeitar, para que su fantasma siguiera cerca. Para convencerme a mí misma.

Recuerdo las conversaciones que mantuve con paredes mudas. Imaginaba que él me respondía. Mi amigo imaginario. Creí verlo limpiando la sangre de las ventanas y me pareció que la sangre y el agua resbalaban por su cuerpo. Esa era la imagen que había evocado aquella noche lluviosa. Tras el accidente. Su cuerpo tendido sobre el asfalto, bajo la lluvia. Parecía casi sereno. Estoy de nuevo en mi salita. Me tumbo en el sofá. Y medito acerca de las mentiras que me he contado a mí misma para sobrevivir día a día.

Alguien llama en ese momento a la puerta y el cuerpo me pide que lo ignore. Sea la policía, sea un amigo o un enemigo. El instinto me dice que esconda la cabeza bajo las mantas y espere a que pase todo. Que vuelva a la cama. Que mañana será otro día.

Pero vuelven a llamar. Podría arriesgarme a echar un vistazo por el visor. Mi objetivo «ojo de pez». Si mi piso fuera una cámara.

Pero prefiero no saberlo. Cuento hasta quince mientras cojo aire por la nariz. Cuento hasta diez mientras lo expulso por la boca. Lo haré tres veces. Y cuando haya terminado, quien sea que llama se habrá dado por vencido y se habrá marchado a su casa. Inspiro contando hasta quince. Espiro contando hasta diez.

Toc. Toc.

Tendrán que traer una orden de registro si quieren entrar. Tendrán que ir en busca de un ariete. Apilaré todos los muebles. Levantaré una barricada. Pondré obstáculos. No pienso entregarme tan fácilmente. Me quedaré aquí. No abriré; no pueden obligarme.

Inspiro contando hasta quince. Espiro contando hasta diez.

Toc. Un único golpecito. Solitario. Mi mente regresa de repente a algún lugar. Un golpecito especial. Era lo único que yo necesitaba para saber que eran ellos. Nuestro código secreto. Yo devolvía el golpecito, para hacerles saber que mi tempestad había cesado. Cada vez que se desataba una pequeña tormenta dentro de mi mente. Asimilo el recuerdo. Sabían que debían dejarme tranquila. Y luego

llamaban una sola vez para saber si estaba bien. Para saber si me sentía capaz de salir.

Devuelvo ese único golpecito. Un roce con los nudillos en la madera. Espero. Nada. Y entonces recuerdo que tengo que contar hasta diez. Así era como funcionaba: cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve. Y entonces toc. Toc. Dos golpecitos lentos, inspirando hondo entre uno y otro. Y entonces decidía dejarme ver. Si era eso lo que quería. Si me sentía preparada. Así era como funcionaba. Ahora recuerdo cómo se hacía.

Ni siquiera me molesto en echar un vistazo por la mirilla. Cierro los ojos. Y abro la puerta. Abro los ojos. Despacio. Como un recién nacido, como si fuera la primera vez. Y ahí está él. Ha vuelto.

Ahí estás. Papá.

Permanecemos en pie, contemplándonos el uno al otro. Siento deseos de abrazarte. Y parece que tú también quieres abrazarme. No lo sé. A mí me parece que sí, pero tendrás que confirmármelo.

Y, sin embargo, nos limitamos a mirarnos. Tú desde fuera, yo desde dentro. Un precipicio nos separa. Sólo ha transcurrido un año, pero pareces bastante más viejo. Espero que no te importe que lo diga. Sé que no te has encontrado demasiado bien. Que tus senos paranasales, igual que los míos, se alteran bastante de vez en cuando. Y la cosa empeora a medida que te haces mayor, me dijiste una vez. Lo que antes era un dolor discreto, se instala en tu cuerpo y va empeorando. Se queda ahí definitivamente. No se marcha con tanta facilidad como cuando eres joven. Puede que algún día acabe conmigo, dijiste una vez. Y la verdad es que pareces más viejo. Ahora eres un anciano. He necesitado alejarme un tiempo de ti para darme cuenta. Pero sigues siendo muy guapo. De un modo objetivo. Sigues siendo papá.

Y entonces me invade un miedo creciente. Me asalta la necesidad de decir «lo siento», incluso de decir «lo siento muchísimo». Por no haberte dejado entrar en mi vida. Ni en mis sentimientos. Te escribí una carta, el día en que murió Aiden. Porque no me veía capaz de llamarte. Porque estaba muy enfadada y era muy terca. Quería mantenerte al margen. Pensaba que me dolería un poco menos si te mantenía alejado. Si decidía centrarme en mi rencor por cosas

insignificantes. O quizá temía que alguien cordial me dijera algo amable que me hiciera sentir aún peor. Pero no funcionó. Sigo estando asustada. Y ahora también estoy avergonzada.

Entras. Seguimos sin pronunciar palabra. Vistes un traje. Siempre te ha gustado viajar bien vestido. Deduzco que acabas de bajar de un avión. El hombre del traje oscuro. El expatriado. Ligeramente bronceado ya.

Imagino que te has instalado en algún sitio no muy alejado de la playa. Tal vez cerca de un acantilado. En un sitio sólo para ti. Donde saludas a la gente, pero no hablas con nadie. Soledad. Como mucho, una partida en el club de *bridge* los martes, si es que juegan a esas cosas por allí. Y luego te sientas al sol, bebiendo ginebra. Tu perdición. Algún lugar desde el que puedas observar pájaros. Me lo imagino. No me hace falta preguntar nada. No me hace falta conocer los detalles.

Me asusta tanto lo que puedas decir a continuación que ni siquiera me atrevo a hablar. Te enseño el dormitorio, en silencio. Los papeles de Aiden están esparcidos por todas partes. La cama está revuelta. Los prismáticos fuera de su funda. Motivos más que suficientes para que me riñas. No dices nada. Luego te enseño el cuarto de baño. Espacioso y moderno, bastante limpio. Una bañera en la que una vez me imaginé llorando, aunque nunca llegué a hacerlo.

Luego la salita y la cocina. Gráficos y objetos varios desperdigados por ahí. No estoy demasiado avergonzada. Éste es mi sitio ahora y es mejor que sea sincera al respecto. Mejor aceptarlo. Allí donde vas, ése es tu sitio. No quiero que hables en este momento. Durante un rato, me dolió retrasar lo inevitable. Tu opinión. Formulo rápidamente un deseo: que podamos mantener este silencio para siempre. Tengo la sensación de que estás a punto de hablar. No quiero escuchar lo que vas a decir. Me estremezco por dentro.

Y entonces me abrazas, lo cual me coge desprevenida. Y, al mismo tiempo, me reconforta.

–Oh, Lily Anna. Te quiero tanto…

Y, por dentro, me dejo llevar y lloro, porque me alivia que estés aquí. En realidad, sin embargo, mis lágrimas siguen aferrándose con fuerza. Todavía no soy capaz de hablar.

–Recibí el diario. Y lo leí. Hasta la última palabra –dices.

–¿Y qué te pareció? ¿Te he tentado para que vuelvas, con mis pájaros ingleses de jardín? –murmuro.

–No. No, tenía que venir. Porque te habías alejado demasiado. De la realidad de las cosas.

Lo mismo que le ocurrió a mamá. Leo entre líneas lo que estás insinuando. Tus cautelosos pasos me reconfortan, pero también me asquean. No necesito más silencios, ni más charlas cautelosas de papá. Quiero que lo arregles. Me pregunto por qué no lo arreglas. Y recuerdo que solías hacerlo. Siempre.

–Pensaba que estarías bien. Pensaba que no pasaba nada si te dejaba sola. Pensaba que a ti no te ocurriría –dices.

Estás hablando de un incidente en particular. Voy a dar los detalles. Estás hablando de un periodo concreto, de unos pocos meses, durante los cuales mamá sufrió severos delirios y desvaríos, hasta el punto de olvidar quiénes éramos. Creía que yo era la hija de la vecina. Que iba a su casa a comer tostadas con mermelada. Eso sí lo recuerdo. Eso sí me resultaba doloroso. Fue el principio del fin.

–Es injusto. Es muy injusto, papá. Pues claro que era seguro dejarme sola. Siempre he hecho las cosas yo sola. ¿Por qué no iba a estar bien? ¿Por qué me iba a pasar algo? –digo, alzando la voz.

–Eso es lo que acabo de decir. No me malinterpretes. En algunas cosas me la recordabas. Ciertas excentricidades, pero nada más. Pero luego… el desencadenante. Aiden, sabes, fue el desencadenante. Y sólo ahora me doy cuenta. Lo siento. De verdad. Lo siento muchísimo. No tendría que haberme marchado. Creo que en algunos aspectos nunca… has superado la… muerte de mamá. Tendría que haber hablado más contigo sobre esa cuestión. Tendría que haberme asegurado de que… estabas bien.

Pensaba que eso era justo lo que yo quería, Lo que había esperado durante todo este tiempo. Pero ahora ni siquiera sé por qué te estás disculpando. Sé que soy yo.

Desde el momento en que has cruzado esa puerta. Puede que durante toda mi vida… esto es justo lo que he deseado. Una disculpa, de alguien. Por el hecho de que mamá fuera como era. Por el hecho de haberse marchado como se marchó. Sí, quizás tendríamos que haber hablado de todo eso, pero tampoco es que no pasáramos tiempo juntos. Siempre pasábamos tiempo juntos. Siempre. Tú buscabas tiempo para que estuviéramos juntos. Aunque fuera en silencio. Observando pájaros.

Pero cuando dices lo siento significa tan poco. Porque no hay nada que sentir. Eres mi padre. Y es mucho lo que has hecho por mí. No podría desear más, pero sólo ahora lo sé. Y lo digo aquí porque me resulta difícil decírtelo a la cara. Pero gracias.

Pero, en fin, dices que lo sientes. Por si sirve de algo. Y, a veces, es raro obtener lo que uno quiere. La tierra no empieza a girar hacia el otro lado. Todo sigue igual. Como después de la muerte. Una mariposa bate las alas y el mundo lo jode todo.

Pero algo ha cambiado. Mi padre ha vuelto.

–¿No me ofreces un té? ¿Tienes Lady Grey? –dices.

–Sí. Siéntate. Debes de estar cansado.

Estamos fingiendo los dos. Nos comportamos como si no resultara extraño que yo me haya negado a responder a tus llamadas, que haya evitado que te inmiscuyas en mi nueva realidad. Se nos da muy bien fingir.

–Lily. Lily Anna. Me alegro tanto de verte.

Tus palabras me reconfortan. Eres incluso más afectuoso de lo que recordaba.

–Lily Anna. Eres tan inteligente. Tan inteligente cuando estás centrada. Pero ya te lo dije. Si tienes algún delirio. Si tienes la más mínima sensación de que pueden aparecer, tienes que llamarme de inmediato. Y juntos buscaremos la solución.

Y entonces hablamos de verdad. Quizá por primera vez en toda nuestra vida. Sobre mamá. Sobre nosotros. Hablamos. Como adultos e iguales. No quiero aburrirte con los detalles. Tú estabas allí. Hablamos de mamá antes de que se pusiera enferma. De mis primeros recuerdos. Hablamos de Aiden y hacemos planes para ayudarme a superarlo.

Hablamos de los pájaros. Limpiamos. Una limpieza a fondo, como solíamos hacer todos los domingos. Hasta que todo queda prácticamente como nuevo. Ya sé que sabes todo esto, papá. Sé que estabas allí. Pero es importante recordar la limpieza. Porque este diario se ha convertido en una especie de registro. Una especie de crónica, una disculpa. Todo esto lo escribo como si fuera un acta. Lo único que quiero es asegurarme de que se me quede grabado en la mente. Por si algún día vuelvo a recaer.

Luego te hablo sobre las últimas páginas de mi diario. Las que aún no te he enviado. Las de esos siete días en los que todo se volvió real. Te hablo de todo eso.

Te hablo de mi búsqueda para encontrar al hombre de pelo rubio. Te vuelves hacia mí. Y me miras con expresión grave.



28 de septiembre. 09:00

Lo consultamos con la almohada. Tú, con la del sofá cama. Por la mañana, nos despierta el teléfono fijo. A estas alturas, los timbrazos ya no son una novedad. Me apresuro a cogerlo. Supongo que estarás cansado después del viaje en avión. Pero tienes buen aspecto, ahí tranquilamente tumbado mientras yo te observo. Durante un segundo, me fijo en el tono que ha adquirido tu piel bajo el sol continental.

No quiero molestarte, necesitas descansar. Tienes la cabeza pesadamente apoyada en la almohada. Así pues, me dirijo al teléfono. Lo cojo y me lo llevo al dormitorio. Espero escuchar una voz grabada que me pregunta si tengo seguro de protección de pagos. O si quiero hacer alguna reclamación por accidente.

–¿Señora Gullick?

Espero. No es una voz grabada. Exige una respuesta.

–Sí. Sí, soy yo –digo.

–Tengo a Helen al teléfono. ¿Puede usted hablar?

Reflexiono acerca de las posibilidades. Supongo que sí puedo hablar. No sé muy bien quién es Helen, pero tengo una especie de pálpito.

–Sí, supongo que sí. ¿Quién le ha dado este número?

Pero la voz ya ha desaparecido, sustituida por la música para las llamadas en espera. Levanto las cortinas y echo un vistazo. Rich tiene las cortinas cerradas, por suerte. Pero ya no me voy a preocupar más por todo eso. Lo he prometido. A menos que mi padre diga que no tiene nada de malo.

Todo el mundo está ocupado en sus quehaceres diarios. Se está celebrando una especie de fiesta popular al otro lado del lago. Es bastante habitual. Creo que forma parte del proyecto: unir a las dos partes del complejo. Los apartamentos y las viviendas sociales. Hay talleres de pintura de caras. Enchiladas de pollo jamaicano. Kayak en

el embalse. Es una fiesta para niños, básicamente. Pero casi todos los vecinos se dejan ver. Independientemente de la edad. Termina la música para las llamadas en espera.

–Hola, Lily.

–¿Helen?

–Sí. Hemos recibido una llamada desde tu número. No te asustes. Lo hacemos normalmente. Sabemos que a veces es difícil llamar y más difícil aún hablar. Así que nos gusta tender una mano amiga para ayudar. Cuéntame, por favor. ¿Cómo estás? He pensado mucho en ti.

Su voz es cálida y reconfortante. Si fuera un color, sería un azul claro y fresco. Recuerdo que eso fue exactamente lo que pensé la primera vez que me senté en su consulta. Cuando aún era virgen en cuestiones terapéuticas. Su voz me acariciaba como una brisa, hacía que todo me fuera pareciendo más controlable. Su voz es un lugar seguro.

–No estoy muy bien, la verdad. No muy bien.

–Bueno, es normal. Quiero que me lo cuentes todo el lunes. Puedes venir el lunes y nos vemos. Intenta estar tranquila durante el fin de semana y el lunes ven a verme.

–Sí. Es mucho peor que antes. Ha ocurrido algo.

–Bien. Cuéntame algo. No es necesario que me lo cuentes todo, pero sí quiero que me cuentes algo ahora –dice, con voz serena y clara.

Así que le hago un resumen. Los delirios. Mucho más vívidos que antes, le digo. Reales. Luego le hablo de lo que vi en los otros apartamentos. De que no estoy segura de si todo lo que vi es real o no. Pero a mí me parece real. Mucho más real que Aiden.

Le digo que no quiero que nadie me diga que no es real. Eso me da miedo. Porque nadie puede estar seguro. Y no quiero que me vuelvan a quitar la alfombra de debajo de los pies.

No sé muy bien si lo que digo tiene sentido o es razonable. Pero es lo que deseo.

Helen tiene una propuesta. Me pone deberes. Le gustaba mucho ponerme deberes. Como si estuviéramos otra vez en el cole. Dice que le gusta el hecho de que haya estado escribiendo un diario y

que debo numerar los días. Los días hasta el ataque. Contarlos. Hasta el día en que me ocurrió. Ayer. Cuando me dieron esos temblores más fuertes. Y después no podía moverme. Es un punto medio muy útil. Y tenemos que ver qué es lo que condujo al ataque. Reconciliarnos con ello. Para luego trabajar en lo que viene después, dice. Nos será muy útil, dice. Me permitirá volver atrás, y también a ella. Podemos analizarlo juntas. Y utilizarlo como referencia.

Así que lo hago. Organizo un poco el diario. Para que no quede exactamente igual que como te lo he enviado a ti. Para que resulte lo más útil posible de cara a los propósitos de Helen. Releo todo lo que he escrito. Ése es mi proyecto de hoy. Convertir mi diario en un registro, tal y como me han dicho que haga. Lo leo por encima, trato de no profundizar demasiado. Aún no. No quiero sentirme confusa, porque aún podría estar en un momento frágil. No lo sé.

Pero si consigo superar un par de días más… entonces ya será lunes y Helen podrá empezar otra vez a enderezar las cosas. Helen, que hace que me siente y me deja hablar en su consulta. Un par de días más en el buen camino… y luego podré empezar a recuperarme otra vez.

Te levantas y yo preparo el desayuno. Me sigo sintiendo mucho mejor si te dirijo estas palabras a ti. Aunque resulta gracioso, ahora que estás aquí.

Desayunamos huevos a la florentina. Me salen muy bien. Me siento estupenda. Sana. Hoy es sábado y los últimos rayos del mes de septiembre se cuelan por mis ventanas. Abro la puerta del balcón para que entre un poco de aire fresco. Veo a mis vecinos al otro lado del lago. Puntitos en la distancia. Demasiado lejos hasta para verlos con los prismáticos.

Pienso entonces en sacar el tema y contártelo todo. Absolutamente todo. Pero tú te me adelantas.

–Sé lo que crees haber visto, Lily. Quiero que pienses que no fue más que otra ilusión. No voy a insistir en ello. Pero creo que podemos estar de acuerdo en que es bastante probable.

Sigo comiendo. Masticando mi tostada. No es que discrepe del todo. Porque no discrepo del todo. De hecho, en su lugar pensaría lo mismo.

–Pero, Lily, creo que hay algo que podemos hacer y que nos sería de bastante utilidad. Los demás no son nuestros enemigos. Pero eso ya lo sabes, claro.

–Eeh… Sí, papá. Lo sé.

–Pueden ayudarnos a aclarar las cosas. A contrastar y todo eso. ¿Entiendes lo que quiero decir?

–Sí, papá, lo entiendo.

–Bien, pues si no te importa, y de verdad que no voy a insistir, menos aún si te da vergüenza…, decía que, si no te importa, creo que deberíamos hablar con algunos de ellos. Con esas personas. Las de tu historia. –Me mira directamente a los ojos. Y luego prosigue–: La mujer que cree que eres médica. Y los chavales del artefacto ese.

–El Hoverboard. Es un dispositivo electrónico para desplazarse.

–Sí, y con ellos también. Chris y Nathan. Si es que los encontramos. Y con tu vecino.

–Lowell.

–Sí, ése. Y creo que, después de eso, todo debería quedar un poco más claro. De una forma u otra. Será interesante ver qué dicen. Bueno, ¿qué te parece?

Me dan ganas de decir que no. Quiero desobedecer a mi padre. Me resultaría de lo más bochornoso. Dedicarme a husmear por ahí con toda esa gente, acompañada además de mi padre. Pensarían que estoy aún más chiflada que antes. Al preguntarles si lo que yo creo que ocurrió con ellos ocurrió de verdad. Explicarlo todo para que un tercero lo analice. Un árbitro imparcial. Mi padre.

Todos me observarán, con sus miradas indiscretas. Y eso no me hará sentir mejor. No descubriremos nada. Sobre Jean. Ni sobre mí. Así que no quiero hacerlo. No quiero. Me dan ganas de pedirle que no me obligue a ello. Suplicárselo de rodillas. Rogarle que no me obligue. Pero tengo la sensación de que debo hacer lo que dice. Porque papá ha hecho un largo viaje desde Francia. Y tengo la sensación de que se lo debo.

Papá sabe más que yo. Me voy a tener que acostumbrar a confiar en los demás, al menos durante un tiempo. Más que en mí misma.

Novena parte:
Tachando de la lista



28 de septiembre. 12:00.
Los chicos malos

Un tipo entrado en años, con largas rastas, toca una guitarra acústica en la fiesta del barrio. Una joven de piel morena, muy guapa, canta con una voz clara y sedosa. El aire huele a barbacoa. Está previsto que un grupo de baile moderno actúe más tarde. Así es como se divierte la gente en los límites de Hackney. Estamos buscando rostros que nos resulten familiares.

He dejado a *Terrence* en casa. Me siento mal por haberlo dejado encerrado tanto tiempo últimamente, pero se lo compensaré en cuanto pase todo esto. Seré una mami como Dios manda. Pero no quiero que nadie se dé cuenta de que es el perro de Jean. A la gente le podría parecer raro, no sé.

Por lo menos, tú sabes que *Terrence* es real. Tienes pruebas oculares.

Sabes que Jean está muerta. Que probablemente la asesinaron. Y diría que te lo crees.

Pero no sabes que soy sospechosa. Eso no podía contártelo.

Pero sí pensarías que yo no lo hice. Por lo menos, creo que eso sí lo sabrías. Creo que es lo que supondrías.

Es raro estar aquí fuera. Todo el mundo parece muy feliz. Como si estuvieran conectados entre sí. No sé por qué se sienten tan felices. Supongo que a todo el mundo le gustan esta clase de encuentros. No sabía que por aquí tuviéramos ese espíritu de comunidad.

No me malinterpretes, no creas que estoy siendo mala. No estoy siendo mala, es sólo que todo me parece muy raro en estos momentos. Hace bastante tiempo que no salgo. Y tanta gente me marea. Niños sujetos con arneses que corretean en torno a mis pies, seguidos de cerca por sus padres. Otros que beben latas de sidra algo más apartados, junto al agua.

Pero es un lugar agradable y seguro. Incluso parece una comunidad. Pienso en la familia que Aiden y yo planeábamos tener. Y me pierdo en esos pensamientos durante un rato. Me fijo en los críos que pasan junto a mí, con sus gafas de sol de color rosa o sus camisetas marineras.

Veo el Hoverboard a la legua. Los chicos malos, allí a lo lejos. No quiero decirte que deberíamos empezar por ahí, porque puede que no sea el lugar más agradable para empezar. Pero quisiera quitármelos de encima cuanto antes.

Te tiro de un brazo y señalo. Nos abrimos paso los dos juntos entre la multitud. Entre críos con la cara pintada de tigre. Entre tenderetes de tofu y clubs de lectura en busca de nuevos miembros.

Le están dando patadas a un tronco, pero ya son demasiado mayores como para que les divierta causar daños menores a la naturaleza. Por ejemplo, achicharrar hormigas con lupas. Pisotear ratas, matar palomas.

Y, sin embargo, es probable que también anden metidos en rollos más serios. Rollos de los que yo aún no sé nada. Me muestro cautelosa con ellos. Son chavales con los que no quiero mezclarme. Porque la última vez que lo hice, la cosa no acabó precisamente bien.

–Eh. ¿Hola? ¿Perdonad? –digo, dirigiéndome a toda la banda.

Intento parecer pequeña, insignificante, dar una imagen muy distinta a la que di en el café. No creo que aquí se pongan desagradables, pero… ¿quién sabe?

–Eh, mirad, sólo quería deciros que lo siento.

En realidad, no es eso lo que quiero decir, pero servirá para romper el hielo.

–¿Que sientes el qué, guapa? –responde uno de ellos.

Lleva el pelo recién cortado: rapado a los lados, más largo en la parte alta de la cabeza.

–Os vi en el café. Quería pediros disculpas por mi arrebato. Eso es todo.

–Lo siento. No sé de qué hablas, pero no te preocupes.

Se les ve muy educados. Podría presionar un poco. Provocarlos. Hacer que salgan a la luz los chicos de antes. Pero no lo hago. Me

limito a ser educada.

–No pasa nada. Bueno, en fin, sólo quería decir que fuera lo que fuera lo que arrojasteis contra mi ventana, ya me he deshecho de ello. De ellas, mejor dicho. Así que olvidemos el tema, ¿vale? Lo siento. Que tengáis un buen día.

Uno de ellos se echa a reír, pero no es una risa maleducada. Parecen distintos. Se sonríen unos a otros. Se hacen los inocentes. Supongo que es así como evitan meterse en líos. Se muestran de lo más dulce. Podría inspirarme en ellos para trabajar en mi actitud ante las figuras de autoridad.

–Lo siento, guapa. Creo que te has confundido de persona. Pero que tengas un buen día. Que te diviertas. Que vaya bien.

Me vuelvo hacia papá. Sabe que eso no me lo puedo haber imaginado. No hay duda. ¿Pájaros que se estrellan contra el cristal? Puede parecer peliculero, pero recuerdo haberlos limpiado de mis ventanas. Sí, lo hice. Ahora lo recuerdo. Casi puedo notar en los labios el sabor de la sangre y el olor que desprendían.

Me vuelvo de nuevo hacia ellos. No quiero problemas.

Creo que ni siquiera debería estar aquí, pero también es cierto que últimamente ni siquiera sé cómo debo comportarme. Nunca, hasta ahora, había sido sospechosa en un caso de asesinato.

Me los quedo mirando. Ellos me devuelven la sonrisa. Uno de los chicos se dispone a encender un cigarrillo. Otro le indica por gestos que hay muchos niños por aquí cerca, que mejor no fume. Le dice que vuelva a guardar el pitillo en el paquete. El otro accede, cordialmente. Se vuelven y me sonríen de nuevo.

–Nos vemos, guapa. Que vaya bien.

No detecto en ellos ni el más mínimo rastro de malicia. Escucho sus palabras y, en labios de otro, podría interpretar en ellas agresión pasiva. Pero no es eso lo que este chaval sugiere. A mí me parece muy sincero.

Le devuelvo la sonrisa. Ganan ellos.

–Sí, lo siento. Debo de haberme confundido. Que tengáis un buen día –digo.

Me miras. No lo digas.

–Parecen buenos chicos.

Lo has dicho.

–No empieces.

–¿Qué?

Nos dirigimos paseando a las viviendas sociales. Tengo que ver a unas cuantas personas más.

–Bueno, claro, no querían delatarse, ¿verdad? ¿Papá? Son delincuentes. Me atacaron. No quieren que nadie sepa las cosas que hacen por ahí. ¿Verdad? ¿Papá?

–Claro, cariño. Lo entiendo. Tranquilízate. Ya hablaremos más tarde.

Ya estás empezando a perder la fe en mí. Pero quiero ir a ver a Chris. Él confía en mí. Sabe que no me lo estoy imaginando.



28 de septiembre. 12:45. Nathan

Nos quedamos fuera, de pie. Este sitio está asqueroso, pero no me parece tan terrorífico como antes. Tú te criaste en un complejo de viviendas sociales y seguro que has visto cosas mucho peores. En los años cincuenta. Esperas pacientemente, como hacen los padres.

Los padres están acostumbrados a esperar. En el coche, para recoger a sus hijos. O a que sus jefes les den su opinión sobre los informes que han escrito. Junto al teléfono, esperando una llamada cuando eran jóvenes. Son esperadores profesionales, están acostumbrados. A medida que uno se va haciendo mayor, esperar resulta más fácil. En pocas palabras, la teoría de la relatividad.

Llamo a Chris al móvil. Pero suena y suena.

Inspeccionas el lugar. A ti no te parece tan terrorífico. No se parece a lo que te he descrito. Pero hay que tener en cuenta que es de día. Parece un lugar desierto e inofensivo. Que no esconde misterios. Sin embargo, no lo has visto por dentro. Te invitaría yo misma a entrar, aunque no creo que te guste mucho la excursión. La primera vez no fue precisamente un paseo agradable. Además, la reja que arranqué de sus goznes ya no está suelta. La han vuelto a colocar en su sitio. Igual que estaba antes. No sé quién lo ha hecho.

El teléfono sigue sonando. Salta el contestador, pero ya no es la voz de Jean. La han cambiado y ahora aparece esa grabación genérica que recita despreocupadamente el número. Las cosas, pues, están volviendo a ser como antes. Las piedras a las que di la vuelta están volviendo a ocupar el mismo lugar que ocupaban antes de que yo las encontrara. Todo conspira para hacerme parecer poco creíble. Pero no soy yo quien resulta poco creíble. Son ellos.

Sigo sin obtener respuesta. Llamo otra vez.

–Vamos, Lil, a mí me parece que no hay nadie ahí dentro.

–Sí que hay alguien. Te lo prometo. Algunos chavales se han vuelto a colar y están dispuestos a esperar hasta el último momento.

Hasta que lleguen las excavadoras. Hay varios carteles por ahí en los que dice cuándo van a demoler el edificio, así que saben exactamente cuánto tiempo les queda. Tienen su propia comunidad ahí dentro.

–Esa parte la leí, Lil. Ya sé lo que dijiste. Pero será mejor que nos vayamos y volvamos más tarde, ¿vale? Puede que hayan salido.

–No, están ahí dentro.

Retrocedo un poco y levanto la mirada hacia sus ventanas. Hago bocina con las manos y utilizo un improvisado megáfono.

–¡Eh! Salid. ¡Chris! ¡Chicos! Soy yo. ¡Vamos!

–Lil. Lo volveremos a intentar más tarde, ¿vale? No estoy diciendo que no vivan ahí.

Me apoyas una mano en el hombro, con gesto firme, y tratas de alejarme. Me suelto.

–¡Chicos! Soy yo. ¡Caruu! ¡Caruu! –grito, recurriendo a un reclamo.

–Vámonos, Lil –dices.

Empiezas a perseguirme. Durante un segundo, es como cuando yo tenía seis años, y tú, cuarenta y algo. Cuando me perseguías por el jardín. Cuando jugábamos a cosas divertidas. Tú y yo.

–¡Caruu! ¡Caruu! –vuelvo a gritar.

Y entonces veo algo. En la ventana: una de las rejas gira sobre sus goznes y, un segundo más tarde, vuelve a cerrarse. Resplandece bajo la luz. El verde oxidado centellea momentáneamente gracias a los rayos del sol.

–¡Papá! ¿Lo has visto? Algo allí arriba. ¿Lo has visto?

–No. No he visto nada. Vamos, ven aquí.

–No, lo he visto. He visto algo que se movía. Están allí arriba. Los he visto.

Pero no me crees. Es tan frustrante. No puedo convencerte. Si hubieras estado aquí la primera vez, lo habrías visto todo. Pero no estabas. Si hubieras estado mirando hacia arriba en el momento justo, lo habrías visto, pero no estabas mirando. Yo, en cambio, sí. Y lo he visto.

–¡Eh, salid! –grito de nuevo.

Pero no hay nada que hacer. Chris se niega a dejarse ver y, sin embargo, sé que está ahí arriba. Él también guarda silencio. Me hace quedar mal. Me deja en evidencia delante de mi padre. Oigo el ruido de un balón de fútbol que rebota, a mi espalda. Es Nathan, el niño. El balón es casi tan grande como él, aunque supongo que ya es lo bastante mayor como para salir a jugar solo. Aquí está, lo tengo.

–Nathan.

No se vuelve. Pensaba que se volvería. Aunque sólo fuera por instinto. Aunque siguiera con la cabeza gacha. Al parecer, estos chavales aprenden muy rápido a fingir indiferencia. Son actores natos.

Sigue botando la pelota y caminando. Alejándose del edificio. Del lugar en el que yo sé que vive. Es un crío sensato y listo, pero a mí no me va a engañar tan fácilmente. Balancea los brazos mientras lanza hacia el suelo el balón naranja y luego lo va chutando.

–Vamos, Nathan, soy yo. ¿Te acuerdas? –digo, al tiempo que corro hasta él.

Me observa fijamente. No advierto en su expresión signos de reconocimiento. Se rasca la cabeza. No parece asustado. Sólo un poco confundido por culpa de esta señora tan rara.

–¿Qué? No, yo no la conozco –dice.

Y luego se larga, se aleja del edificio. Se dedicará a dar vueltas por ahí, se quedará en la calle hasta que nos hayamos ido, hasta asegurarse de que tú no eres del Ayuntamiento.

Tiene que asegurarse de que no se va a delatar. Por su hermano. Y por las demás personas que viven en el edificio. Porque si eso sucede, los echarán a patadas o los trasladarán quién sabe adónde. Está muy bien enseñado. Intento seguirlo, pero él echa a correr, dándole patadas a su balón. Yo, la loca, otra vez.

–Nathan. Eh. Eh. ¡Vamos! –digo.

Entrelazo los dedos por encima de la cabeza, en un gesto de frustración, y me tiro suavemente del pelo.

Me rindo. Me doy la vuelta y te sonrío con gesto compungido.

–Papá. Lo prometo. No estoy loca. Te lo prometo.

–Vamos. Será mejor que volvamos un rato a casa.

Me vuelvo de nuevo hacia el edificio.

Silencioso, tranquilo.

Como si en su interior no hubiera nada que ver, excepto un montón de ladrillos viejos a punto de ser demolidos.



28 de septiembre. 13:10. Sandra

Pasamos por delante del Café Z, y luego por delante de la tienda, en silencio.

Estoy medio aturdida. Me cuesta creer lo que está sucediendo. Y, justo entonces, un rostro que no deseo ver. Es como si siempre me estuviera esperando por aquí. No creo que ella pueda ayudar a mi causa, desde luego.

–Hola, doctora. ¿Es su novio? –dice.

–Ja. No, es un… colega –respondo.

No me apetece decirle que eres mi padre. No sé por qué. No quiero que conozca ningún detalle personal acerca de mí.

Ojalá no fuera ella mi única amiga, porque no es precisamente la clase de compañía que necesito. Sólo me hará quedar mal. Tú guardas silencio. Sabes la historia esa de la doctora, pero nunca se te ha dado muy bien mentir. Finges estar muy interesado en algún detalle de tu zapato y luego diriges la mirada hacia la feria, en el otro lado del lago, hasta que esto acabe. Yo también espero que acabe pronto.

–En fin, doctora, que tenga un buen día. Nos vemos –dice, alegremente.

La detengo. Puede que, en el fondo, no sea tan mala idea. Puede que me ofrezca algo. Ni que sea un pequeñísimo destello de credibilidad.

–Espere un momento. ¿Recuerda aquella noche en que le di algo para el sarpullido? ¿Recuerda aquella noche?

–Creo que me echó un vistazo, sí. Es verdad. Pero no me dio nada, doctora –dice, con voz titubeante.

–No es verdad, Sandra, sí que le di algo. No podía darle pastillas, pero sí le di una crema.

Te observa fijamente. Lo único que deseo es que algo sea cierto. Que algo sea exactamente como yo dije. Te sonríe. Traga saliva. Y

luego me sonríe a mí.

–No, eso sería mala práctica, doctora, creo yo. Darme medicinas sin receta, quiero decir. Y fuera del horario de trabajo. Me dijo que me fuera a la cama y que por la mañana me encontraría mejor.

–Fui a su piso. Y hablé con usted allí.

–No, no, eso no es verdad. No sería apropiado. Y usted es una doctora muy buena, doctora.

Te sonríe. Como si me estuviera dando la mejor de las recomendaciones. Debe de haber pensado que eres mi superior o algo así. Cierro los ojos. Me apoyas la palma de la mano entre los omóplatos. Un gesto dulce que quiere decir «tranquila».

Me dan ganas de agarrarla y empezar a gritarle. Me dan ganas de cogerla por las solapas y decirle: «¡Venga ya, señora! ¡Sea normal durante un segundo! Cuéntelo tal y como sucedió. Tal y como sucedió, sin quitar ni añadir nada». Pero no creo que eso arregle las cosas.

Papá, la verdad es que nunca se te ha dado bien hablar abiertamente de las cosas. La gente desconfiaba de ti. Y luego de mí. No te culpo. Pero todo esto se ha construido a partir de palabras susurradas tras las puertas. Secretos en los pasillos y saludos en la calle.

¿Qué esperabas? ¿Que fuera fácil? ¿Que todo el mundo saliera a mostrarme su apoyo incondicional? No, jamás podría ser así.

–Mire, Sandra, no quiero ponerla en un aprieto, pero le estaba hablando a mi padre del novio de la estudiante.

Más silencio. Cambia el peso de un lado a otro.

–¿Lo recuerda? Dijo que había visto a la chica desaparecida salir varias veces de los apartamentos, con un hombre. ¿No es verdad?

Me observa, desesperada, con los ojos muy abiertos. Luego a ti, luego otra vez a mí. Con una mirada suplicante. Sin saber muy bien qué responder.

–¿Eso dije? –pregunta.

–Sí, eso dijo.

La tensión empieza a resultar visible. Estoy acalorada. Intento no perder el control. Pero es difícil. Es muy difícil cuando, a tu alrededor, todo el mundo quiere hacerte quedar mal y juega sucio.

–Ah, bueno, yo digo muchas cosas, doctora. No me haga usted mucho caso. La verdad es que tendría que ver a algún médico de forma regular. ¿Entiende lo que quiero decir? Por esas ideas raras que tengo. No me escuche. En serio. No me escuche.

Y desaparece tras una esquina. Antes de este último encuentro, yo era la persona más rara, pero ahora me han usurpado ese título. Sandra se aleja, hablando sola, como esas personas que vagan por ahí. Muy a pesar, pienso en ese momento que ésa no es la imagen que yo doy a los demás, o al menos eso espero. No tendría que haberla presionado tanto. Me aprietas la mano. Veo a un hombre que me saluda. Que se acerca desde la otra parte del lago. Un hombre alto y delgado. Mayor que yo. Ahora tengo miedo. Miedo de lo que pueda ocurrir a continuación.



28 de septiembre. 13:40. Thompson

–¡Ahí está! El amor de mi vida –grita.

Me pregunto si está colocado o algo así. Joder, ahora resulta que me he estado relacionando con gente de lo más rara. Es tan larguirucho y lleva la ropa tan raída que parece un trozo de cordel. Sujeta una lata de sidra Strongbow en la mano. El alma de la fiesta. Se dirige hacia mí. Como si fuéramos viejos amigos, al parecer.

Me pregunto qué has pensando en este momento, papá. Todo esto no es mi paño de lágrimas. Da igual hasta dónde lleguen las cosas. Da igual lo bajo que yo caiga. Jamás podría llegar a ese punto.

–Lucy, ¿no? –dice, acercándose quizá demasiado a mí.

–Lily.

–Lucy, eso es. ¿Éste es tu padre?

Sonríes. Yo también; al menos, éste me ha reconocido. Al menos sabe quién soy. Y no piensa que eres mi amiguito. Te da una palmada en la espalda, quizá demasiado fuerte.

–¿Os venís? ¿Qué os parece el castillo hinchable? Qué os parece si subimos a dar unos saltos, quiero decir, no qué os parece el castillo.

Suelta un chaparrón de consonantes. No tengo del todo claro qué quiere decir. Mece un poco el cuerpo, como una vela al viento.

–No, ya hemos dado una vuelta por ahí. Muy bonito. Hay mucha gente.

–Sí. Hay mucha gente. Yo suelo guardar las distancias, como tú ya sabes, Becky, pero ahora estoy por aquí. Pasándolo bien. Dame un par de tragos y soy el rey del mambo.

Lo observo con atención. Creo que será mejor hacer esto cuando esté sobrio. Pero entonces hablas tú.

–Si no me equivoco, Lily dice que se conocieron ustedes en la cafetería.

Guarda silencio. Se lleva una mano a la cabeza. Respira.

–Sí, sí. Eso es. Fue ahí donde nos conocimos. Me acuerdo. Tomando un capuchino caliente, ¿cómo lo iba a olvidar?

Le da un aire exótico a la palabra «capuchino», como si estuviera diciendo caviar o Zanzíbar. Intervengo.

–Le estaba contando a mi padre lo del tipo ese al que vio usted. El que volvía a los apartamentos la noche antes de la noche en que asesinaron a Jean.

Intento mantener un tono informal, pero de repente las palabras se estrellan contra el suelo como un peso muerto. Parecen resonar por todas partes. Si no fuera porque sé que es imposible, diría que todos los rostros se han vuelto a mirarnos. Estoy con el hombre más borracho de todo Londres y soy yo la que se siente torpe.

–No sé de qué me hablas, guapa.

Asientes. Tal y como te imaginabas, supongo.

Hundes las manos en los bolsillos, con decisión. Sigues, sin embargo, mostrándote paciente. Veo desplegadas ante mí, como si hubieran adquirido dimensión física, todas las veces que tuviste paciencia conmigo.

Te lo quedas mirando. Durante un momento, pienso que todo esto te divierte. Durante un momento, pienso que te dispones a atizarle un puñetazo en el estómago, a inclinarte sobre él y preguntarle qué es lo que sabe en realidad. Intervengo antes de que eso ocurra.

–No, venga ya.

–No, venga ya tú, guapa.

–Es mi padre. No va a contar nada. No es poli ni nada de eso. Se lo he contado todo. Sólo quiere ayudar. Aquel día, en el café, usted quería hablar, ¿verdad?

Su actitud cambia. Tensa la mandíbula, en un gesto de rabia, y se inclina hacia mí. Tú, como debe ser, te pones inmediatamente en guardia.

–Ya, bueno, las conversaciones imprudentes se cobran vidas, ¿no es cierto? Lo que dijera o no dijera queda entre tú y yo, pero desde luego no voy a empezar a soltar disparates, aquí, a plena luz del día sólo porque tú me lo pidas. Además, tú creerás lo que quieras creer,

¿no? Eso se ve. Te vas inventando las cosas sobre la marcha, ¿verdad, chata? ¿Verdad?

Noto una sensación extraña en la boca del estómago. Sus dientes amarillentos me plantan cara. Su peculiar aspecto. No sé muy bien si es su aliento lo que me está mareando o lo extraño de esta situación, pero de repente las cosas empiezan a temblar ante mis ojos. Me siento como si estuviera en el mar. Me zumban los oídos. Me dan ganas de estrangularlo mientras observo su boca. Me fijo en las comisuras de sus labios agrietados, que se curvan hacia arriba para formar una sonrisa.

–¡Ah, perdóname, guapa! Sólo te estaba tomando el pelo. Divirtiéndome un poco. Lo siento. Ven aquí y dame un achuchón.

Me abraza. Y no puedo hacer nada para evitarlo.

Muy a pesar, sonrío, porque el tipo está a punto de descubrir el pastel.

–Bien. Entonces… ¿el tipo? Traje. ¿Pelo rubio? –digo.

–Sí, sí. Todo eso. Lo que hablamos en el café aquel día. Dije que había visto al tipo volver a los apartamentos Riverview, después de que ocurriera. Lo vi.

Me vuelvo hacia ti con expresión radiante. No sabes si es algo importante. No te parece que sea muy importante. No lo es para ti, pero sí para mí. Es la veta madre. La más grande. Y es importante. Pero entonces reflexiono sobre lo que acaba de decir.

–Se refiere usted a los apartamentos Waterway, ¿no? Esos de allí –digo, al tiempo que señalo el edificio que está enfrente del mío.

El edificio en el que vive Brenner. Ya no lo llamo Rich. Es Brenner, definitivamente.

–No, no, no. Mira. No sé muy bien cuál de los dos. Ahora mismo estoy un poco espeso. Pero te juro que está en uno de esos dos edificios. Segurísimo.

Podría ser el que está al otro lado de la calle. O podría estar en el mío. Eso es lo que está diciendo Thompson. Mierda.

–No, no, no. Usted me lo dijo muy claramente. Le pedí que lo pensara bien. Que se asegurara. Y luego usted me dijo que era Waterway, que estaba segurísimo.

–Bueno, intentaba estar seguro, ¿vale? Mira, no pretendo joderte, disculpa el lenguaje. No estoy seguro de cuál de los dos, me he hecho un lío. Pero tengo clarísimo que está en uno de los dos.

–¿Está usted convencido de eso, señor Thompson? –dices.

–Sí, amigo. Sin la menor duda. Llevaba un vendaje en esta mano. Pelo rubio. Es mala gente. Y está en uno de esos dos edificios, creedme. Y ahora, *bon voyage,* el grupo principal acaba de subir al escenario principal y yo tengo ganas de mover el esqueleto. ¡Buena suerte, preciosidad! –dice, al tiempo que se dirige de nuevo a la feria.

Me empieza a dar vueltas la cabeza. Estaba convencida de que mi parrilla contemplaba todas las posibilidades. Pero ahora tengo que aceptar la posibilidad de que otras muchas caras se unan a la fiesta.

Y lo peor de todo es que… el único lugar que no puedes ver… en un sitio como éste… es el lado en el que tú estás. No puedes ver lo que ocurre en la puerta de al lado. Los prismáticos no sirven para nada. Porque es tu lado ciego.

Ya me he cansado de estar en la calle. De nuevo noto las miradas. Y noto que se me está acabando el tiempo.

Puede que ese tipo esté borracho y desesperado, y que el día de hoy no haya sido precisamente una constatación categórica de mi cordura, en general, pero creo que Thompson sabe lo que vio. No me preguntes por qué. Confío en mis fuentes. Y la confianza es siempre el mejor punto de partida.

Pero significa también que el asesino podría seguir siendo Brenner. Creo que intentó avergonzarme para que pensara que no era él. Intentó dominarme. Pero me da igual lo que digan los demás: no pienso descartarlo.

Sigo teniendo la sensación de que estoy muy cerca. De hecho, estoy segura.

Sólo me hace falta convencerte a ti de ello.



28 de septiembre. 15:00. Mi salvador

Ya he dicho antes que la gente se mueve por este sitio como si fueran fantasmas. Los ves aquí y, un segundo después, ya no están.

He llegado a conocer bastante íntimamente a los vecinos de enfrente y, sin embargo, no sé nada de los que me rodean. De las personas con las que comparto el aire. Y el techo. Bajo el cual tal vez viva un asesino.

Pero Lowell sí los conoce; él es mi conexión. Va a las reuniones de vecinos, mantiene un estrecho contacto con el conserje. Es el presidente de la comunidad o algo así. Una especie de representante de los vecinos. Conoce a todo el mundo. Y sé que puede serme de ayuda.

Así que cuando tú sales a tomar un poco el aire y a pasear a *Terrence*, tal vez para descansar un poco de mí, me acerco a su puerta y llamo. Es la primera vez que lo hago. Nunca he visto su piso por dentro. Pero ahora estamos mucho más unidos. Llamo.

–¿Sí? –responde desde el otro lado, con la puerta cerrada.

–Soy Lily –digo.

Intento no utilizar un tono de coqueteo. A pesar de nuestro anterior encuentro. No quiero que piense que voy a su casa en busca de algo de eso.

–Un momento –dice.

Mientras espero, vuelvo la cabeza hacia la ventana limpia y moderna del pasillo, cuyas líneas rectas y suave superficie han limpiado justo esta mañana. Desde allí se puede ver la entrada del bloque. Veo a un hombre con gorra que en ese momento entra en el edificio. Juraría que es Brenner, pero tengo mis dudas. Todo el mundo me hace sentir como si ya no supiera nada. No puede tener mando a distancia para entrar en este bloque, ¿verdad? ¿O sí? A lo mejor ha conseguido uno. A lo mejor viene a por mí. Aprieto los

puños. Necesito que Lowell abra ya. Me muerdo el labio inferior. Estoy a punto de gritarle Lowell cuando se abre la puerta.

–Hola –dice.

Ahí de pie. Con un aire extrañamente formal. Lleva un abrigo largo y una bufanda roja. Está empezado a hacer frío, desgraciadamente, pero el atuendo parece un poco excesivo. Es ropa de invierno. Pero está muy guapo, tan arreglado. Es un Watson perfecto; o Samwise, Cosmo, Goose, Jem, Hastings.

–Necesito entrar –digo, en tono apremiante.

–Es que iba a salir –responde.

Tendría que haberlo adivinado por la ropa, supongo. Pero si quien se acerca es Brenner, necesito entrar por si las moscas. Y rápido. Papá ha salido. Y no quiero estar sola en casa. Hoy no.

–Por favor, necesito hablar contigo de un par de cosas.

No parece muy entusiasmado, pero lo estoy presionando, no le doy opción. Me parece oír los pasos de alguien que sube la escalera. Estoy nerviosa y Lowell se da cuenta.

–Claro. Pasa. Pasa –dice con sencillez, en un tono encantador.

La puerta se cierra y ya estoy dentro. No tengo intención de mencionar a Brenner todavía, porque Lowell pensará que soy tonta. Antes quiero descubrir unas cuantas cosas. Y sólo se lo contaré si me parece una persona receptiva.

Por el momento, sin embargo, me limito a envidiar su piso. Mucho más confortable que el nuestro. Más espacioso. Tiene todas las comodidades imaginables. Una cocina muy bien equipada, con encimeras de mármol y una nevera enorme con amplio congelador aparte. Yo sólo tengo una neverita con un minúsculo compartimento en la parte superior, en el que apenas cabe una bolsa de guisantes congelados. Es raro que a veces estas cosas nos hagan sentir inferiores.

Sin embargo, percibo un olor muy raro. Lo cual me hace sentir un poco mejor. No sé a qué huele. Puede que sólo huela a hombre. Me fijo en que también hay una maleta. En la sala de estar. A lo mejor se marcha de vacaciones. Me dan ganas de preguntarle, pero no tengo tiempo para conversaciones triviales.

–¿Cada cuánto tiempo se hacen esas reuniones? Sobre temas relacionados con el edificio y todo eso… ¿Cada cuánto? –dijo, mirándolo directamente a los ojos.

–Pues… una vez al mes. No son nada del otro mundo. ¿Quieres hablar de algún tema? ¿Puedes venir? –dice, intentado que esto parezca una conversación normal.

–Sí. Puede que sí. Puede que sí.

Mientras hablo, noto en los oídos los latidos de mi propio corazón. Brenner podría estar justo ahí fuera.

Podría convertirme en presidenta del bloque. Y conocer a los vecinos, uno a uno. Acudirían a mí para hablarme de sus problemas. Para hacerme sugerencias acerca del cuartito de reciclaje. O pedir más soportes para aparcar las bicis. Podría invitarlos a pasar y así observarlos de cerca. Acudirían ellos a mí. No tendría que acercarme yo a ellos. Pero la verdad es que parece una estrategia muy a largo plazo.

Tengo que actuar ahora, antes de que mi padre pierda toda la confianza en mí, antes de que el siguiente en llamar a la puerta sea Brenner. O la policía, tras haber conseguido finalmente relacionarme con la muerte de Jean de alguna forma que a mí ni siquiera se me habría ocurrido. Lo intento otra vez.

–Supongo que, al ser el presidente, conoces a la mayoría de los vecinos del bloque, ¿no? –digo, con cautela.

No sé aún qué es lo que puedo revelar, pues Lowell parece estar en guardia.

–Claro. Conoces a un montón de gente. Que se quejan de la calefacción central y esa clase de cosas. Política de la dura –dice, sonriendo.

Ah, el bueno de Lowell. Ha nacido para estas cosas. Para preocuparse por los demás. Para ser el que siempre levanta la mano y asume la responsabilidad en nombre de todos.

–¿Has conocido a alguien que te parezca sospechoso? –preguntó con intención.

No sé si Brenner está cerca o no.

–A muchas personas. Aquí todo el mundo se muestra muy reservado, hasta que se dan cuenta de que puedes hacer algo por

ellos. Por ejemplo, los profesores del segundo piso, los que dicen que su piso huele a humedad. Nadie más la huele, ni yo. Ni siquiera los de salud medioambiental. O el tipo brasileño del sexto, que fuma un montón de hierba y viene a quejarse porque cree que su balcón se está cayendo, cuando lo que le pasa es que está colocado. Ese siempre viene a llamar a las diez de la noche. Ya lo espero.

No quiero que me cuente anécdotas. Necesito algo más. Y rápido.

–¿Y la estudiante de Derecho? La del edificio Canadá. ¿La conocías?

Lowell dirige la mirada al techo y tuerce los labios. De repente, guarda silencio. Sacude la cabeza. Mientras piensa. Parece que se dispone a hablar, pero luego murmura algo. Se rasca otra vez la cabeza. Como si se estuviera esforzando.

Supongo que es difícil acordarse de todo el mundo. Cada edificio tiene uno o dos representantes. Hay seis edificios en total, entre los de apartamentos y los dos bloques de viviendas sociales que aún siguen en pie. Los representantes se reúnen una vez al mes. Como si fuera una especie de comité municipal. Un espejismo de comunidad. De integración.

–¿Sabes, Lil? Creo que no recuerdo a nadie así. No.

Lo que él no sabe es que lo voy a presionar sobre este tema porque, según he averiguado gracias a mi búsqueda en internet, la joven estudiante asistía a esas reuniones. Era una forma más de dar a conocer su opinión sobre los nuevos edificios. Estaba haciendo todo lo posible para armar jaleo.

–¿Seguro? Porque, por lo que he oído, estaba causando un gran revuelo. Quería que se revisara el proyecto de Princeton Homes para la zona. ¿O estaba poniendo en cuestión el contrato público? Quería encontrar la forma de parar el proyecto de revitalización de la zona, antes de que desaparecieran todos los edificios viejos y el proyecto se convirtiera en «una reserva natural de la clase media». Creo que fue eso lo que dijo. Lo he leído en alguna parte.

–Hum… Ya –murmura Lowell.

Me parece que le estoy refrescando la memoria. Que su cerebrito está trabajando a marchas forzadas ahí dentro. Prosigo. Creo que

ahora se está enfadando, pero yo he llevado a cabo mi investigación, así que más vale que le revele todo lo que sé. Transparencia total.

–Ya me entiendes. Quería saber exactamente a cuántos habitantes de los edificios antiguos se iba a realojar en los bloques nuevos. Según les habían prometido, tenía que ser al menos un treinta por ciento. Quería detener las obras. Y que se marcharan las excavadoras, hasta que se investigara todo el asunto. Eso es lo que he oído decir.

Le cuento todo lo que he averiguado. No creo que él me esté ocultando información. Supongo que es difícil recordar todo lo que se dice en esas reuniones. Pero está claro que he tropezado con algo.

–¿Pues sabes qué? Sí, desde luego. –Chasquea los dedos y luego prosigue–. Soy un poco lento. Sí que me acuerdo. Ajá.

Es entonces cuando recuerdo que tú no tardarás en volver, papá. Que tengo que meterle prisa. No quiero que sepas que me dedico a visitar a los vecinos sin consultártelo antes.

Tengo la sensación de que Lowell cree que, en cierta manera, lo estoy interrogando. Lowell es un tipo listo. Sabe que pasa algo.

–Quiero decir que, bueno, no me corresponde a mí exigir que todo sea perfectamente legal. Va muchísima gente a las reuniones. Creo que se levanta acta. Pero vamos, sí que la recuerdo, claro. Quería que se revisaran un montón de cosas relacionadas con la licencia para construir los edificios nuevos. Llevaba tiempo trabajando en el tema. Sí, eso. Digamos que causó bastante alboroto.

–Te entiendo, es increíble. Qué manera de hacernos sentir culpables por vivir nuestra vida, ¿eh?

–Ya. Sí, ¿verdad?

Aún no quiero hablarle sobre mis planes. No quiero asustarlo. Pero hay algo que sí necesito saber. Yo y mi control sobre los impulsos. Pero se lo tengo que preguntar.

–Bueno, Lowell, ¿qué es lo primero que pensaste al enterarte de que la chica había desaparecido?

Está junto a la puerta. Parece suplicarme con la mirada que lo deje marchar. Ya está cansado de aguantar a la loca. Deja escapar

un largo suspiro y se apoya en el marco de la puerta. Está medio dentro y medio fuera de su piso.

–¿De qué chica hablas, perdona? Un poco lento otra vez.

Ya está cansado de todo esto.

–La abogada. Sonya. La que desapareció –insisto.

–No he oído nada de eso.

Me parece poco probable. Sacudo la cabeza y, durante un segundo, no sé qué decir. No quiero dejarle entrever lo que estoy pensando. Por indiferente que yo me mostrara, por encerrada en mi mundo que estuviera, eso no me ha impedido ver los carteles sobre la chica desaparecida. Estaban por todas partes.

No los examiné con atención porque, en ese momento, no me sentía conectada a nada ni a nadie. Pero Lowell estaba estrechamente vinculado. Y conocía a la chica. Había asistido a reuniones con ella. Sin duda, debía haberse hablado del tema en la última reunión. Seguro. Aquí está pasando algo. Siento la necesidad de llenar el silencio.

–Ah, pues sí. Ha desaparecido. Tiene gracia, ¿no?

Ja, ja, pues claro que no tiene gracia.

–Sí. Es de locos. Oye, me tengo que ir. No tardaré mucho.

Pero no lo dejo marchar. No hasta que vuelva papá. No quiero quedarme sola.

–No, no. Por favor. Me gustaría que vinieras a conocer a mi padre –le suplico.

–Ah, ¿ha venido desde Francia?

Se me olvidaba que ya se lo había contado. Tiene buena memoria, para algunas cosas.

–Pasaré a saludar cuando vuelva, Lil.

No, quiero que se quede conmigo. Para protegerme. Quiero que se quede aquí a mi lado hasta que tú vuelvas. Y no quiero que sepas que he estado deambulando por ahí, molestando a la gente. Tengo que hacerlo entrar en mi piso. Podría ser mi salvador.

Durante un segundo, pienso en besarlo otra vez. Pero entonces abro la boca y lo suelto todo.

–Creo que alguien ha asesinado a esa chica. Y creo que, después de matarla a ella, ha vuelto a matar. Y creo que sé quién lo ha

hecho.

De repente, adopta una expresión seria. Una expresión que hasta ahora no le había visto nunca. Estoy convencida de que me está juzgando. Pero luego resulta que no.

–Vale, te escucho. ¿Puedes decirme cómo sabes tú todo eso? –pregunta, acompañando sus palabras de un lenguaje corporal abierto. Listo para recibir lo que yo esté dispuesta a ofrecer.

–Mejor aún. Puedo enseñártelo.

Le cojo la mano. Y nos dirigimos a la puerta de al lado.



28 de septiembre. 15:30

–Dios. Joder –susurro entre dientes.

Lo conduzco por el pasillo y entramos en mi piso. Tiro con fuerza de él y nos apoyamos en la pared. Aún le estoy sujetando la muñeca con una mano.

–¿Qué pasa, Lil? –pregunta, con los ojos muy abiertos.

Una expresión de preocupación le cruza el rostro.

–Era él. Brenner. Bueno, así es como yo lo llamo.

Al salir del piso de Lowell para dirigirnos al mío, he visto el perfil del rostro de Brenner en el pasillo. Estaba hablando con alguien al fondo, en el descansillo.

–¿De qué estás hablando, Lil? –dice Lowell, en voz baja–. ¿Crees que ese tío es un psicópata o algo así? ¿Estás segura de que todo esto no es…?

–No. Necesito que me escuches.

–Vale, pero tranquilízate.

No sé si muy bien si lo que intenta es que calme o que me altere aún más. En estos momentos, incluso me está poniendo nerviosa. Y no es eso lo que espero de él. Doy un paso atrás y sacudo las manos. Las giro. Intento eliminar la tensión antes de hablar.

–Vive en el otro edificio. Lo he estado observando. Bueno, a todo el mundo. Porque creo que la persona que mató a esas dos mujeres vive en uno de estos dos bloques. Me enfrenté a él. Lo hice enfadar. Y ahora está aquí. ¿Qué hace aquí? Creo que viene a por mí.

Me sale todo de un tirón. Sin pensar.

–¿Y qué te hace pensar todo eso, Lil? ¿Qué te hace pensar que se trata de él? –dice.

Me coge la mano. Con un gesto dulce otra vez.

Se me había ocurrido que podría enseñarle mi parrilla. Los nombres que he tachado. Las personas a las que no he descartado. La descripción del asesino y el rasgo que estoy buscando, es decir, la

cicatriz en la mano. Pero no lo hago. Me acuerdo de la policía y de sus risas burlonas. Del mono de porcelana. Del atizador. De forma aislada, parecen estupideces. Pero creo en ellas con todas mis fuerzas.

Me pregunto qué pensarás cuando vuelvas y nos encuentres aquí, tan alterados.

Me pregunto si Brenner sigue en el pasillo. Pruebo otra táctica.

–Lowell. Estuve allí. La noche antes de la noche en que la mataron. A la anciana, ¿recuerdas? Es la otra mujer a la que han asesinado. Y entonces… luego… vi su piso. Había una multitud frente a su casa y entré. Alguien me lo pidió. Y faltaba una figurilla de porcelana. Y un arma que ella usaba para defenderse. Creo que alguien entró a la fuerza en su casa. Que hubo una pelea durante la cual se rompió la figurilla de porcelana, y que ella golpeó a su agresor con el atizador. Luego, Brenner recogió todos los fragmentos de la figurilla rota y se deshizo del atizador, por si contenía restos de su sangre o algo así…

–Lily, estoy preocupado –dice, sujetándome el rostro con las manos.

Estamos junto a la puerta. Me tiene cogida.

–¿Preocupado por qué? –pregunto, mientras me muerdo el labio inferior y cojo aire.

–¿Has tenido ataques? ¿O desmayos? ¿Cosas así?

Me parece una pregunta extraña. Creo que no está de mi parte. Tal vez no quiera estarlo.

–Sí. Una vez. O dos. ¿Por qué?

Aún me sujeta el rostro con las manos. Aún estoy bajo su control.

–Temo que hayas estado haciendo cosas. Tú sola. Que todo eso sean recuerdos y no acusaciones. Ya hay algunas cosas que no recuerdas. O versiones de la realidad que no son del todo exactas.

Me quedo atónita. Me dan ganas de escupirle.

–No estoy diciendo que lo hayas hecho tú –dice–. No, no es eso lo que estoy diciendo, ni mucho menos. Pero me preocupa que al estar tú tan metida en todo esto, y siendo como eres, es lo que la gente…, es lo que la gente podría pensar.

La puerta se abre de golpe. Nos volvemos. Aún me sujeta el rostro con las manos. Las lágrimas siguen sin llegar. Pero por muy poco. Sorprendidos *in fraganti*.

Te quedas ahí de pie. No tienes ni la más remota idea de lo que está sucediendo. Ni yo, para qué engañarnos.

No hay nadie en el mundo a quien se le dé mejor que a ti ignorar las cosas. Para bien o para mal. Creo que es algo positivo. En serio. En algunos aspectos, ha sido muy duro para nosotros. Pero, en otros, se ha convertido en nuestra mayor fortaleza. Tú soportas todo lo que te echen encima. Todo lo que yo te eche encima. Y sigues adelante, sin inmutarte.

–Es todo un placer conocerlo, señor. Si no recuerdo mal, Lily dijo que vive usted en el extranjero.

–Sí, así es –respondes.

Hombre de pocas palabras. Pero que lo observa todo. Sin perder detalle. Fingiendo, mientras estamos los tres sentados en el sofá, que es una situación de lo más normal. A pesar de que todo flota en el aire de forma casi palpable.

–¿Se va a quedar muchos días? –dice Lowell.

–No lo sé muy bien. No es que tenga nada que hacer por aquí. Sólo echar un vistazo. Asegurarme de que mi pequeña está perfectamente –dice.

Me caes bien, papá, pero estas galanterías sólo estorban. Colombo nunca iba por ahí con su padre. Ni Poirot. Ni Ironside. Ya sé que no soy detective, pero supongo que entiendes lo que quiero decir.

A mí también se me da muy bien ignorar las cosas. Miro a Lowell y me obligo a olvidar todo lo que acaba de decirme. Si me concentro en eso, me va a destrozar por dentro. Ni siquiera puedo creerme que haya contemplado esa posibilidad. Así que me limito a ignorarla.

Se hace entonces un silencio. De esos que alguien tiene que llenar. Cojo aire, dispuesta a seguir. Hay unas cuantas cosas que ambos deben escuchar. Necesito que me apoyen en esto. Pero Lowell se me adelanta.

–Creo que se llama Rich, Lily. El tipo al que has visto al final del pasillo. Y creo que tiene un mando y puede que hasta llaves. Porque

el piso del final del pasillo es suyo. Lo tiene alquilado. Así que supongo que habrá venido a hablar con los inquilinos.

Sacudo la cabeza y clavo la vista en el suelo. Me dan igual sus propiedades inmobiliarias. Nada de todo eso le impide ser un asesino. Es más, lo acerca. Significa que está un paso más cerca de llegar hasta mí cuando le dé la gana. Lo único que tiene que hacer es forzar mi cerradura. Como hice yo con la suya. Entrar. Y acabar conmigo.

–Sólo estoy tranquilizando a Lily sobre una cuestión, señor Gullick. Lil, ese hombre ha estado en algunas de las reuniones. Sí, recuerdo haberlo visto allí. Creo que compró dos pisos cuando aún los estaban construyendo. Uno para vivir y otra para alquilar. Y eso es todo.

Pero no, no es todo. No es todo ni mucho menos. Porque sigue presionándome y acosándome. Puede que no lo haga a propósito, pero lo hace. Levanto la mirada al techo y me desahogo.

–Bueno, creo que ahora me toca otra vez hablar a mí y sé que seguramente no os vais a creer ni una palabra de lo que tengo que decir, pero ahí va. Lowell, según he descubierto, a la estudiante la vieron con el hombre al que estoy buscando.

Lowell se queda inmóvil, como si alguien hubiera congelado la imagen. Parece que esto le interesa.

–Así pues… ¿queréis saber lo que pienso? Brenner, o Rich si lo prefieres, conoció a esa chica. Esa advenediza. En una de las reuniones. La vio y sintió por ella atracción y odio a partes iguales. Esa don nadie de las viviendas sociales. ¿Quién se habrá creído que es? No sabe si lo que quiere es follársela o cargársela.

–Ese lenguaje –dices.

Lowell se limita a reclinarse en el sofá y observar, como si estuviera viendo una estrella a punto de implosionar.

–Así que hace las dos cosas. Y así lo tiene todo. Luego decide cerrarle la boca a la chica. A esa cría estúpida, que se atreve a presentarse en las reuniones y a decirle a él, un tipo de lo más competente, lo que tiene que hacer.

No quiero contarles que entré en casa de Brenner. No quiero hablarles de la mujer a la que vi junto a la ventana. Porque ya no

estoy segura de si eso es realmente lo que vi. Y ésa es la parte que se me queda atascada en la garganta. No, eso no debo contárselo.

–Es el clásico macho alfa. Lo he visto en su casa, merodeando como un animal. ¡Hasta tiene una espada de samurái!

–¡Eso no significa que sea un asesino, por el amor de Dios! –dice mi padre alzando la voz, cosa muy poco habitual en él.

–Pero está tramando algo. Lo sé. ¡Lo intuyo!

Mis ideas son confusas. Me pongo en pie y empiezo a dar vueltas en la cocina. Tú intentas apaciguarme, pero Lowell se limita a seguir sentado. A lo mejor piensa que tengo algo de razón. O a lo mejor se siente incómodo. Deseo tanto que me creáis. Que me apoyéis en esto. Los dos.

–Mirad, no estoy muy segura de los detalles, pero sé que algo no encaja. Brenner es mi principal sospechoso.

–O sea, en tu opinión ese hombre es un… –interviene por fin Lowell. Su voz es pura duda en formato de audio–. ¿Psicópata?

–No lo sé. Puede. ¿Un misógino? ¿Un asesino de mujeres? Eso desde luego. Sonya, Jean… Y puede que otras.

Todo eso lo digo sin mirar a Lowell. Se me está agotando el coraje.

–Es una posibilidad muy remota, Lil. ¿Por qué iba a matar a esa chica? ¿Porque no le gusta que vaya a las reuniones? Me parece un poco rocambolesco –dice Lowell.

Con imparcialidad. Sin querer echar por tierra mis argumentos. Concediéndome un mínimo de credibilidad.

–No si creía que, de alguna manera, podía constituir una amenaza. Para él. Para su vida. Para… su…

Me interrumpo y bajo la mirada hacia el suelo. Hacia el suelo de madera laminada de mi piso. El mismo suelo de todos los pisos de estos edificios. Tiene lógica. Quizá sea un poco exagerado, pero no deja de tener lógica.

–¿Lily…? –dice mi padre, mientras intento ordenar las ideas.

–Aiden estuvo a punto de comprar un piso en Mánchester. ¿Te acuerdas, papá? –digo.

–Sí. Creo que sí –dices.

–Fue hace unos cuantos años. Había publicado su tercer libro y había ganado una buena suma. Antes de que decidiéramos instalarnos aquí, pensó que podría comprar algo más al norte. Como inversión. Se suponía que formaba parte de un nuevo proyecto de desarrollo urbanístico. Que incluiría muchas tiendas, por lo menos diez edificios residenciales y todo eso. En fin, que iba a transformar la zona. Revitalización.

–Como aquí –dice Lowell, que tiene la barbilla apoyada en un puño.

–Sí. Lo malo es que, después de construir los dos primeros edificios, el proyecto quedó paralizado. No sé qué de las fuerzas del mercado. Y pararon las obras. Se suponía que iba a ser sólo durante unos meses, un año como máximo, sólo hasta que la constructora reorganizara sus finanzas y pusiera de nuevo en marcha el proyecto. Pero cuanto más esperaban, menos confianza tenían en que eso llegara a ocurrir. Y esos dos edificios tan populares, cuyo valor había aumentando sin descanso al principio, se iban devaluando más y más. Su valor cayó en picado. La gente perdió el interés y la repercusión para la constructora fue que, si empezaban a construir de nuevo, la rentabilidad de los nuevos pisos sería mucho más baja.

–¿Así que abandonaron el proyecto? –dices.

–Sí. La constructora hasta tuvo que cerrar. Y todo por culpa de aquella pausa en un proyecto a largo plazo. Y la falta de confianza que generó. Ahora, la zona es un enorme agujero con dos altísimos edificios de apartamentos, muy pijos pero muy baratos.

–Ése es el riesgo que se corre. Es justo lo que yo dije sobre esta zona. Un proyecto de veinticinco años está muy bien si se lleva a cabo, pero eso no siempre ocurre –dice Lowell muy acertadamente, absorto en sus ideas y reflexiones.

–Sí. Y si la estudiante hubiera conseguido detener este proyecto, aunque fuera sólo durante unos meses, existen muchas posibilidades de que los pisos hubieran acabado perdiendo valor. Menos mal que Aiden no llegó a comprar aquel piso. Después de aquel tercer libro, estuvo bastante tiempo sin escribir. Sufrió un bloqueo tremendo. Por tanto, no entraba mucho dinero en casa. Así que lo que quiero decir

es… Brenner tiene dos pisos. Y no son baratos. Puede que toda su vida dependa de ellos. ¿Qué os parece?

Justo cuando termino mi discurso, los tres miramos por la ventana, hacia la entrada del edificio. Brenner sale en ese momento y echa un vistazo a su alrededor. Lleva un periódico bajo el brazo. Los tres nos acercamos un poco más a la ventana y lo observamos. Se echa el aliento en las manos y se las frota. Estamos casi en octubre. Se vuelve para echar un vistazo a su alrededor y los tres retrocedemos al mismo tiempo. Y luego nos miramos.

–Lily –dice Lowell, mientras sacude la cabeza con aire de desconcierto–. Puede que tengas razón en lo que has dicho.

En mi interior se enciende una pequeña chispa.

–Al menos, no lo descarto del todo –continúa–. Podría haber algo de cierto. No lo sé. Pero déjame que investigue un poco, ¿vale? Déjame hacer unas cuantas preguntas. ¿Lo harás?

Asiento y él se pone en pie para marcharse. Su voz suena firme, pero me reconforta. Porque percibo esperanza en ella. Ya en la puerta, se vuelve.

–Hablo en serio. No le cuentes a nadie nada de todo esto. A nadie, ¿lo entiendes? Podría resultar peligroso para ti, si lo haces. Así que no lo hagas.

Eso ha sonado demasiado severo. Un poco torpe. Casi mezquino.

El tono ha cambiado y tú también lo has notado. Te metes las manos en los bolsillos. Gesto típico de papá cuando se siente incómodo.

–Hablamos luego, ¿vale? Me alegro de haberle conocido, señor Gullick.

Te acercas a él. Con andares bastante ceremoniosos. Le tiendes una mano, en un gesto muy masculino. Los apretones de manos me resultan muy graciosos. No es que sean muy frecuentes en mi mundo.

Lowell contempla tu mano. Al parecer, tampoco son muy frecuentes en el suyo. Pero en fin, es un hombre muy competente, se dedica a los negocios, también hace cosas muy masculinas. Supongo que el suyo será un apretón de manos firme.

Te coge la mano. Te la estrecha. Y entonces lo veo.

Lowell se ha marchado. Me apoyo en la pared, junto a la puerta. Completamente inmóvil. Durante unos cuantos segundos, ninguno de los dos dice nada. Y, luego, tú rompes el silencio.

–¿Lo has visto? –preguntas.

Casi a regañadientes. Casi con miedo.

–Sí, lo he visto –digo. Sin moverme.

Tú no vas a sacar el tema. No quieres avivar el fuego, por así decirlo. Pero sabes lo que has visto. Una cicatriz bastante reciente que va desde la mano, entre el dedo pulgar y el índice, hasta más o menos la mitad del antebrazo, por el lado de la muñeca. Un corte profundo. Que no es obra de ningún cirujano. No es una incisión limpia, sino hecha con algo afilado.

Lowell también mide metro ochenta. Puede que un poco más. Y tiene el pelo rubio. No entiendo cómo es posible que hasta ahora no se me haya ocurrido pensarlo.

Recuerdo cuando me lo encontré en el pasillo aquella noche, con una chica, ya hace unas cuantas semanas. Llevaba un vendaje. Pero yo entonces aún no sabía nada. Él sí. Creo. Porque de vez en cuando llevaba puestos los guantes de escalada. Apenas le di importancia, porque entonces yo aún no sabía qué estaba buscando.

La noche que lo vi por primera vez con una mujer, tenía el brazo casi oculto y la mano delicadamente apoyada en la parte baja de la espalda de ella. Pero estoy segura de haberlo visto. Lo estoy viendo ahora mismo en mi mente. No creo que se trate de una ilusión. Ni de un falso recuerdo.

Si hay algo de lo que estoy segura, es de que tú también has visto la cicatriz. Porque tu estado de ánimo ha cambiado. Radicalmente.

Paseas de un lado a otro, incómodo. Tú también la has visto.

Tú también la has visto.



28 de septiembre. Por la tarde. 18:30

–No lo sé, Lily. Creo que podría tratarse de una prueba. Para nosotros. Has sacado a la luz bastantes cosas, puede que algunas de ellas ahora te hagan resultar sospechosa.

–¿Algunas de ellas? Estamos buscando a un hombre con un corte o cicatriz en la mano y la muñeca. Que, posiblemente, vive en este edificio. ¡Que encaja con su estatura y descripción! Antes lo he interrogado y sé que conocía a la estudiante, pero lo niega.

–Ya, pero hay que actuar con sensatez. No puedo ceder y dejar que te impliques en todo esto. A lo mejor no recuerda a la estudiante.

–¿Que no la recuerda? Todo el mundo sabe que la chica ha desaparecido. Sin duda fue a las reuniones más de una vez. No me creo esa versión de los hechos.

Te vuelves hacia mí, te encoges de hombros, me desafías, pero no me reprendes. Más bien me estás pidiendo que te convenza. Te muestras abierto, dispuesto a escucharme. Tengo la sensación de que me estás lanzando una «invitación». La acepto. Y ataco con todas mis fuerzas.

–¡Venga ya! He expuesto todos mis argumentos y ni siquiera él podía objetar nada. No quiero que sea cierto, pero… ¿has visto cómo le ha cambiado la cara? Se ha quedado blanco como el papel. Tiene que ser él. Y ahora tengo que pedirle disculpas a Brenner. Porque nos equivocamos de hombre pero acertamos con el móvil.

–O sea, que de repente ahora es él. Sólo quieres un sospechoso.

–Pues claro que quiero un sospechoso. ¿De qué estás hablando? ¡Pues claro que sí! Porque, si no, la sospechosa soy yo. ¿Es que no lo entiendes?

–Sí, lo entiendo –dices, mientras te vuelvas y diriges la vista al lago.

Pero, en realidad, no sabes ni la mitad de las cosas. No sabes que la policía también lo piensa.

–Es un tipo extraño. Sólo lo he visto una vez con una mujer. ¡Una vez! En todo el tiempo que llevo aquí. Y, últimamente, a ella no la he visto. A lo mejor también la ha matado.

–¿Te estás escuchando? Cuando creías que era «Rich», tu argumento era que es un… caballero alfa. Ahora tiene que ser Lowell porque es un desconocido extremadamente reservado.

Te vuelves y te enfrentas abiertamente a mí.

–Sí, ¡porque los dos encajan muy bien con el perfil de un sangriento asesino!

–¡Ah! No piensas con claridad. Estás obsesionada.

–¡Sí, estoy obsesionada! –grito.

De repente, se hace el silencio. No sé por qué no he bajado la voz. Lowell vive justo aquí al lado. Está al otro lado del tabique. No creo que haya salido en realidad. Ha vuelto a su piso. Lo he oído. Cambio de planes.

Silencio. Tú también estás paranoico. Me indicas por gestos que baje la voz.

Hablo en susurros.

–Sí, estoy obsesionada. Pero estoy metida hasta el cuello en esto. No hay vuelta atrás. Me han acusado de asesinato.

–¿Qué? ¿Quién? ¿La policía? Eso no me lo habías contado.

Me invade un escalofrío. Intentaba ocultártelo. Era mi último secreto. No quiero perderte ahora, precisamente ahora que he descubierto algo importante.

–Sí, la policía. Me han visto husmeando por ahí. Todo el mundo se ha limitado a esconder la cabeza bajo el ala, pero yo quiero resolver todo esto. Empecé a hacer preguntas y resulta que ahora soy yo la sospechosa.

–No tendrías que haberlo hecho –susurras–. Tendrías que haberte mantenido al margen de todo esto.

–Bueno, ahora ya no importa, ¿verdad? Estoy implicada y tengo que seguir hasta el final. Han asesinado a una mujer. Así que, vale, estoy obsesionada.

Me miras, papá. No quieres seguirme en esto. Sabes que mamá despotricaba y se enfadaba. Que solía «obsesionarse». Conoces los peligros. Los has visto todos. Los has visto en ella. Y no pudiste hacer nada para impedirlo, por mucho que lo intentaras. No pudiste impedir su final.

Lo último que deseas hacer es incitarme. Pero también sabes que no te quedan muchas más opciones.

–Cuéntame cómo se hizo el corte. El de la mano –dices.

Sonrío, pero mi sonrisa desaparece al instante. Quiero demostrarte que todo esto no me divierte. Porque no es así.

–No estoy del todo segura. Me contaron que merodeaba por las viviendas sociales. Y que luego se peleó con Chris y se llevó un corte en la mano por andar buscando problemas.

Se te ilumina la mirada, papá. Me llevas a la otra punta de la habitación. Al punto más alejado de la pared que da al piso de al lado. La que comparto con Lowell. Tienes razón, aquí estamos más seguros. Estamos muy cerca el uno del otro. Hablamos muy despacio, en voz muy baja. Pero estamos lo bastante cerca de la pared como para oír a Lowell si hace algún movimiento repentino ahí dentro.

–A ver qué te parece. Aquellos chicos vieron algo. O, por lo menos, creyeron haber visto algo. Aquellos pares de ojos en el edificio. Él cree que ellos lo vieron liquidar a la estudiante. O a la anciana. Y fue a por ellos.

–Es cierto. Tienes razón. Eso podría ser cierto –murmuras.

Estoy eufórica, pero lo expreso todo sin palabras. Me limito a emitir discretos gritos al tiempo que te señalo con gestos elocuentes.

–¿Crees que puede haberlo hecho él, papá? ¿Crees que es él?

Mientras te tomas tu tiempo para considerar esa idea, recuerdo que Lowell me ha estado observando de cerca desde que me vio con la policía. Recuerdo que le cambió la expresión cuando le conté que la policía me había estado preguntando sobre Jean. Recuerdo la inquietud en su voz, en su comportamiento. Y, desde entonces, siempre ha estado por aquí. Observándome de cerca.

Sí, ahora que lo pienso, es posible que ya lleve un tiempo observándome de cerca.

–Lowell acaba de perder el trabajo –digo.

Entrecierras un poco los ojos y te frotas el rostro. Coges aire, mientras intentas asimilar todo esto.

–Pero aunque esté hasta el cuello, el hecho de que su piso se devalúe tampoco va a acabar con él, ¿no?

–¿Y si tuviera cuatro pisos?

Echas un vistazo a tu alrededor y luego te diriges al armario de la cocina. Mi padre, en acción. Coges un vaso pero no lo llenas de agua. Coges otro y me lo das a mí.

Luego subes las cortinas hasta arriba y echas un vistazo al exterior, al barrio. Le das vueltas en la cabeza a todo lo que te he contado. Luego te concentras en la pared que separa mi piso del de Lowell. Los dos la contemplamos. Ansiosos por ver a través de ella.

Esto sólo lo he visto en las pelis. Y supongo que tú también. Ni siquiera sabemos si funcionará. Pero estamos juntos. Cogemos nuestros vasos. Nos los acercamos a la oreja. Los apoyamos en la pared blanquísima. Y escuchamos.

Décima parte:
Las rarezas de Hastings



28 de septiembre. 19:15

HB – Lowell – Apartamentos Riverview – Sin visibilidad, fuertes rachas de viento, 15 grad – Solo – Pelo rubio, hombre – 1,80 cm aprox. – Sociable, dominante.

Permíteme que te recuerde algunos detalles sobre las Rarezas de Hastings.

Según cuenta la historia, George Bristow, armero y taxidermista de la zona de Hastings, registró una serie de avistamientos entre 1892 y 1930 gracias a los cuales se añadió a la Lista de las Aves del Reino Unido la asombrosa cifra de veintinueve especies o subespecies de aves.

Muchos años más tarde, sin embargo, esos avistamientos suscitaron mucha controversia. El analista John Nelder, de hecho, llegó a afirmar que todo lo que se hubiera registrado en un radio de treinta kilómetros alrededor de Hastings durante esa época debía ser, literalmente, eliminado de todos los registros y libros de referencia. En otras palabras, estaba diciendo que George Bristow era un mentiroso descarado. Un asunto muy grave.

El resultado fue que quinientas cincuenta entradas, relacionadas con un total de entre ochenta y noventa especies, fueron rechazadas. Porque, como todos sabemos, cuando alguien afirma haber visto algo, los demás tienden a dar rienda suelta a su imaginación.

Lógicamente, y como muy bien sabes, George Bristow resultó ser un auténtico estafador. Se dedicaba a importar pájaros disecados del extranjero y luego registraba un avistamiento de dicha especie en la zona de Hastings, cosa que le permitía vender el animal disecado como raro ejemplar avistado muy lejos de su hábitat natural. Gracias a ese método, consiguió sacarle una considerable cifra a acaudalados ornitólogos como Walter Rothschild.

El inesperado final de la historia, sin embargo, tiene que ver con lo que hoy en día sabemos. Que, casi inmediatamente después de todo aquello, prácticamente la totalidad de aquellas ochenta o noventa especies fueron realmente avistadas en estas tierras.

Lo cual significa que la historia tiene dos posibles moralejas.

Una comprensible corriente de opinión sostiene que George Bristow vio algunas o tal vez todas las aves que afirmaba haber visto. Pero la forma en que se ocupó del tema y la magnitud de sus descubrimientos hizo creer a todo el mundo que era un mentiroso.

La segunda moraleja es que algunas mentiras, incluso algunos errores o conjeturas, acaban convirtiéndose en verdades.

Estoy pensando en decirte todo eso. Estoy pensando en recordarte la historia de las Rarezas de Hastings. Pero no lo hago.

En lugar de eso, nos limitamos a escuchar. Crujidos. Algún que otro paso. Sus zapatos raspan el suelo laminado mientras va de un lado para otro ahí dentro. ¿O es el sonido de las tuberías? Aguzamos el oído, a la espera de escuchar algo revelador.

–Está paseando de un lado a otro. Está nervioso –digo, especulando.

Te observo, mientras los dos estamos con la oreja apoyada en un vaso. Me siento joven. Me alegra que estés de vuelta. Jugando conmigo otra vez. Es agradable tener compañía. Estamos de vuelta en el observatorio.

–Si pudiéramos escuchar una llamada telefónica. En la que él se delatara. Pruebas concretas. Eso sería algo, pero…

–Ya he puesto un micrófono oculto en un piso, papá. Y la cosa no acabó bien.

–Caramba. Bueno, no estaba insinuando eso. No estaba insinuando nada de ese estilo. No podemos cometer tonterías, Lily Anna –dices, dirigiéndote a mí con cautela.

No quieres avivar el fuego, pero intentas resolver el problema. Como si me estuvieras arreglando un enchufe. O purgando un radiador para mejorar el rendimiento de mi sistema de calefacción.

–Ya lo sé, papá.

Me daba tanto miedo hablarte de todo esto. No sabía qué dirías, ni qué harías. Pero aquí estás. Tan sensato como siempre.

Considerando, al menos, la posibilidad. De mi parte. Mi padre.

Camino de un lado a otro, nerviosa. Me apuesto algo a que Lowell está haciendo lo mismo al otro lado de la pared. Seguramente está analizando nuestra última conversación. Haciéndola rodar de un lado a otro en el interior de su mente, como si fuera una canica.

Puede que él también nos esté escuchando a nosotros, con un vaso apoyado en la pared. Tratando de descubrir qué sabemos. Y si tendrá que hacer algo al respecto.

–Bueno, creo que tengo una idea –dices, desde el dormitorio.

Tienes otra vez los prismáticos en la mano y estás deambulando por la habitación. Comprobando, ventana a ventana, qué es lo que puedes ver.

–No consigo obtener un buen ángulo –dices concentrado en la lente, mientras tratas de ajustar la rueda de enfoque.

De tal palo, tal astilla.

Te agachas, en busca de una posición estratégica. Todo esto me resulta muy raro. Por mucho que retuerzas el cuerpo, por mucha experiencia que tengas, por muchos trucos nuevos o viejos que utilices, no podrás ver el edificio de al lado. Es una cuestión de geometría.

–¿Qué estás haciendo, papá?

–¿Ves aquella ventana de allí? En la sexta planta, la que tiene las cortinas bajadas.

–Sí.

–He captado un reflejo. Si encuentro el ángulo adecuado, podré ver la silueta de ese tipo reflejada en la ventana. Sombras y luz, básicamente, pero es mejor que nada. Es sólo para ver qué podemos ver, ya me entiendes. Por curiosidad. Sólo para echar un vistazo. ¿Entendido?

–Entendido.

Intento, sin éxito, contener mi entusiasmo. Noto un cosquilleo en los dedos.

Buscas un sitio junto a la pared. Apoyas en ella el hombro derecho. Te agachas, para estabilizar la posición. Movimientos de manual. Como si ya lo hubieras hecho antes. Espero, pacientemente. Ya estoy planeando la siguiente jugada. Recuerdo que tengo su

número. Me lo dio el otro día. Por si acaso lo necesitaba. Por si acaso.

–Ahí está –dices, con frialdad.

–¿Lo ves?

–Sí. Paseando. Sin parar. De un lado a otro –dices, en tono neutro. Sin dramatismos. Simples hechos que apuntar en nuestro diario.

Imagino algún extraño ritual. Ahí dentro. En ese piso. Un ritual que no produce sonido alguno. Una pantomima. Un acto silencioso en su silencioso piso. Mi dormitorio da al suyo. Si quitáramos la pared, estaríamos prácticamente en la misma cama. Recuerdo todo el tiempo que he vivido aquí. No iba tan desencaminada en mis imaginaciones. Porque él estaba en la puerta de al lado. En silencio. Tal vez haciendo algo. Pero… ¿qué? ¿Fabricando instrumentos de tortura? ¿Armas? Puede que esté serrando. Sí, puede que esté serrando algo.

–Creo que está planchando una camisa –dices.

–Eso no es que sea muy incriminatorio –digo, decepcionada–. No es que hayamos dado con una mina de oro –digo.

De vuelta en el observatorio, nada que ver. Las horas de espera.

–Un momento, ahora se acerca a la ventana –dices.

Cambias de postura.

–¿No deberías esconderte? –digo, tirándote de la manga–. ¿Puede verte? ¿En el reflejo?

Ahora estoy preocupada. No debemos delatarnos. Menos aún ahora que estamos tan cerca. No ahora que él está tan cerca.

–No estoy seguro. No estoy del todo seguro.

–¡Papá! –digo, al tiempo que te quito los prismáticos y te empujo hacia un lado–. Si nosotros podemos verlo a él, él también puede vernos a nosotros.

Pero tú sigues observando. No te rindes.

–Mantendré un puesto de observación. A simple vista, que llama menos la atención.

–No dejes que te vea –te advierto.

–Ahora está junto a la ventana.

–¿Qué hace?

–Nada, está ahí.

–Ten cuidado, papá.

–Ha bajado la cortina.

Me siento más segura ahora que estás aquí. Pero eso no significa que estemos seguros.

–¿Te ha visto? Papá…, ¿te ha visto?

Tenemos que hacer algo. Sujeto el teléfono con fuerza, dentro del bolsillo.



28 de septiembre. 20:55

He enviado un mensaje, pero no he obtenido respuesta. De momento. La última vez no me contestaron. Ni siquiera se dejaron ver. No son muy de fiar. Pero espero que esta vez me contesten. Porque ahora sí que los necesito de verdad.

Me ponía un poco nerviosa contarte lo del mensaje, así que no lo he hecho. En fin, a estas alturas ya soy toda una experta en ocultar cosas. Suponía que no me dejarías hacerlo. Que ni siquiera te parecería útil. Porque, ahora que lo pienso, ni siquiera estás seguro de que existan esas personas a las que les he enviado un mensaje.

«Atención al número que adjunto. Es el tipo al que visteis. Lo tengo. Necesito que salga de su piso. Xfa enviad sms desde este número. Amenazadlo. Decidle lo que sea. Necesito diez min para entrar en su piso. Xfa».

Hace una hora que lo he enviado. Consulto de nuevo mi teléfono, que sigue empeñado en no emitir pitido alguno. Puede que tenga que enviar otro mensaje para acelerar las cosas. Tiene que ser esta noche.

Te has acomodado en el sofá. Dándole vueltas el tema con aire meditabundo, como un detective que no lo ve claro. No sé si me estás siguiendo la corriente con la idea de apaciguarme. O si tú también tienes un plan. De vez en cuando contemplas la pared y, luego, a mí.

No te va a gustar la segunda parte del plan. Seguro que tendrás muchas reservas. Que te parecerá peligroso. Que incluso te parecerá que significa quebrantar la ley. No quieres que me pillen en el lugar equivocado en el momento equivocado. No quieres que me meta en un lío de verdad. Yo también temo todas esas cosas. Pero no creo que nos quede ninguna otra opción. Esperamos.

Envío otro mensaje. Para que se den prisa. O por si acaso el primero se ha perdido por el camino. O por si acaso le gusta más

responder a súplicas que a preguntas directas. O tal vez sea simplemente porque así me siento un poco menos impotente.

«Xfa. Tengo que entrar ahí. O mi vida peligra. Estamos muy cerca».

Dejo de nuevo el teléfono sobre el cristal de la mesilla de café. Compruebo que no esté en silencio. Dos veces. Espero diez minutos. Lo vuelvo a comprobar. Me aseguro de que el volumen no esté bajado. Me aseguro de tener cobertura. Miro a *Terrence,* que sigue ahí, ajeno a todo, con esa expresión ingenua que no conoce altibajos. Para él, la felicidad es tener comida en el plato. Y agua en el cuenco.

Le acaricias la cabeza. Seguimos en silencio. No decimos ni una palabra, por si acaso Lowell ha encontrado la manera de escucharnos. O a lo mejor es porque nos hemos quedado sin nada que decir. Esperamos.



29 de septiembre. De madrugada

El ruido de la puerta de Lowell al cerrarse. Me despierto y compruebo el teléfono. Son las seis de la mañana. Nos hemos quedado dormidos en el sofá, los dos. Te tapo con una manta y acerco el ojo a la mirilla. Espero. *Terrence* se despereza. Me llevo un dedo a los labios fruncidos para indicarle que guarde silencio. Como si pudiera entenderme. Oigo pasos en el pasillo. Permanecemos en silencio, como ratoncillos. Tú aún duermes y deseo que siga siendo así. Busco mi bolsa: ya tengo a punto las herramientas para forzar la cerradura y colarme en su casa.

Y entonces oigo más pasos. Está volviendo a su piso. Parece que ahora camina más rápido. Esperamos. *Terrence* y yo. Tengo la sensación de que está a punto de ladrar. Le tapo el morro con la mano y le sujeto la mandíbula firmemente cerrada. Él me observa con desdén, pero guarda silencio. No quiero que Lowell oiga ni el más mínimo sonido. No quiero que piense ni remotamente en lo que nos traemos entre manos.

No ha estado fuera mucho rato. Se ha oído un ruido, algo que se abría. Unos cuantos crujidos. Luego ha vuelto a pasar por delante de nuestra puerta. Lo veo por el visor. Está tan cerca que contengo una exclamación. Su imagen borrosa. Su rostro, ampliado hasta el tamaño de una pantalla de cine. Entonces oigo el ruido de su puerta al cerrarse. De nuevo en su guarida. Voy en busca de mi vaso, sin soltar a *Terrence*. Me lo acerco a la oreja y lo apoyo en la pared.

Parece que Lowell está buscando algo. Oigo ruidos sordos. Podría tratarse de cualquier cosa. Podría estar tirando bolsas por ahí. O podrían ser las tuberías. Podrían ser las excavadoras, a lo lejos. O él, buscando un cuchillo. No sabría decirlo.

Sigo de pie, esperando. Como una estatua musical. Mi teléfono emite un pitido. Es muy temprano para recibir mensajes.

Lo cojo, para que no suene. Por si acaso.

Leo el mensaje: «Ya está. No sé si se lo va a tragar. Pero ya está».

No sé por qué ha tardado tanto, pero no me ha fallado.

Ahí dentro está pasando algo. ¿Se lo habrá tragado? Me pregunto qué es lo que puede oír a través de la pared. No creo que las paredes sean muy anchas, en estos edificios modernos. Estoy convencida de que si alguien, en el piso de al lado, pegara la oreja a la pared y escuchara sin hacer ruido, hasta nos oiría respirar.

Sigo escuchando.

Una puerta se cierra de golpe y doy un respingo. Temo que te despiertes, pero no, sigues durmiendo. *Terrence* se tumba, tan pancho. El perfil de Lowell pasa por delante de la puerta, muy rápido. Pero lo veo. Oigo sus pisadas que se alejan por el pasillo. Y luego escaleras abajo. No coge el ascensor. Tiene prisa. Los pasos se van alejado. Hasta que ya no se oyen.

Sigo observando por la mirilla. Por si acaso.

Ha llegado el momento. Empiezo una cuenta atrás con los dedos, mientras voy cogiendo todo lo que necesito.

Diez, nueve. Una cuenta atrás muy lenta. Para asegurarme de que se ha marchado. Cojo mi bolsa.

Ocho, siete. Encuentro un hueso para *Terrence*.

Seis, cinco. Respiro. Vamos allá. Empieza el espectáculo.

Cuatro. Un ruido en el pasillo.

Es una familia india, con un niño en un carrito. No los conozco. No sé sus nombres. Podrían ser nuevos en el barrio. A lo mejor se van de vacaciones. Qué suerte. Las personas normales aún no han empezado el día. Espero que lo paséis bien. Y ahora, andando. Los observo mientras recorren el pasillo y esperan el ascensor.

Tres, dos. Reanudo la cuenta. Llega el ascensor y suena la campanita. Se abre la puerta.

Uno. Entran. El sonido del ascensor al cerrarse.

Abro la puerta de mi piso y giro a la derecha. Hacia el apartamento de Lowell.

Introduzco la ganzúa y la llave de tensión en la cerradura. Me armo de paciencia. Me alegra que no me veas hacer esto, porque me pondría nerviosa. Y cuando alguien hace algo delante de su

padre, aunque sea forzar una cerradura, tiene que parecer muy seguro.

Ahora ya tengo bastante práctica. Mis movimientos son suaves, no quiero hacer ruido. No quiero despertar a nadie.

El sonido del ascensor. Me preparo para abortar la maniobra.

Justo entonces, la cerradura cede y ya está. Sucede todo en cuestión de milisegundos. Empujo la puerta, entro rápidamente y cierro la puerta a mi espalda.

Me he puesto guantes, por si acaso. Ya he dejado huellas en otros dos pisos, así que he decidido no dejar ningún rastro mío por aquí.

Llevaba mucho tiempo queriendo ver este piso por dentro. Y ahora resulta que, en cuestión de veinticuatro horas, ya he estado aquí dos veces.

A Lowell le gusta leer, pues tiene el piso lleno de libros. Algunos ordinarios. Otros extraordinarios. Novelas de ficción de autores estadounidenses contemporáneos. Muchos libros sobre Egipto. Algunos de medicina. De filosofía. Libros para aprender a cocinar y para aprender español en casa. Tendría que buscar algo un poco más incriminatorio en lugar de dedicarme a revisar esta extraña biblioteca, pero no puedo evitarlo. Siento curiosidad. Las viejas costumbres nunca mueren.

Me vuelvo, abro la puerta del dormitorio y empiezo a registrar su armario. Soy concienzuda. Perchas y perchas llenas de pantalones de vestir y camisas. Los mismos pantalones de vestir. Las mismas camisas blancas. El orden es para él una prioridad, está claro. Me dirijo a la otra habitación.

Estoy preparada para meterme en su armario en cualquier momento. En caso de que vuelva a casa. Reviso los posibles escondrijos, por si las moscas. Sí, el armario del dormitorio será mi primera opción en el caso de que regrese de repente.

Registro los cajones. Hileras de ropa interior blanca. Cajones y más cajones de sencillos calcetines blancos y camisetas. Y eso es todo.

No puedo evitar fijarme en que Lowell tiende a acumular cosas. Todo está meticulosamente ordenado, es verdad, pero hasta las

Kardashian pensarían que su armario no es moco de pavo. No en lo referente al estilo, sino en la abundancia. Da la sensación de que Lowell jamás tira nada. Camisas viejas y vaqueros en la parte inferior del armario. Guarda, además, montones de periódicos, pulcramente ordenados, en cada uno de los cuales hay un crucigrama completado a lápiz. Periódicos y más periódicos. Clasificados.

Me dirijo al cuarto de baño y echo un vistazo debajo del lavabo. Nada. Cincuenta clases distintas de loción para después del afeitado. Un cajón lleno de productos cosméticos para hombre, perfectamente ordenados. Es como si supiera que iba a tener invitados. Ojalá yo pudiera mantener mi apartamento así de ordenado.

Levanto la tapa de la cisterna y echo un vistazo para ver si ha escondido algo ahí dentro, donde el tirador se une al mecanismo de bombeo. Por dentro. Pero no hay nada. No dispongo de mucho tiempo y necesitamos encontrar la pistola humeante. Sangre en el pasillo. O unos guantes despreocupadamente arrojados a la papelera.

Abro la papelera. Y lo único que veo es una bolsa de basura vacía.

Podría habérselo llevado. El cadáver. De hecho, podría habérselo llevado en cualquier momento. Tal vez, incluso el día en que nos encontramos en el cuartito de reciclaje. Puede que estuviera deshaciéndose de todo aquello delante de mis narices.

Me empiezo a desesperar. Rebusco detrás de los libros y de una enorme librería de roble. Compruebo tras los altavoces, debajo del sofá. Compruebo bajo su mesita de café. Le doy un buen repaso a su modernísima lámpara de pie. Lowell tiene un gusto excelente. Muebles escandinavos. Pulcros y elegantes. Madera y cerámica. En los cajones sólo encuentro una excelente selección de infusiones de hierbas y cubiertos de diseño. Me vuelvo al oír un ruido a mi espalda.

–¡Aah! –exclamo, reprimiendo a duras penas un auténtico chillido.

Eres tú. Debes de haberte despertado. Has caído en la cuenta. Has salido al pasillo y has visto la puerta de Lowell ligeramente

entreabierta. Has comprendido el resto y has entrado. Siempre decías que puedes leer en mí como si yo fuera un libro abierto.

Extiendo una mano. Como solías hacer tú para impedirme cruzar la calle cuando había demasiado tráfico. Es un gesto para suplicarte un par de segundos más. Me vuelvo y veo otra vez la maleta. Tú te dispones a cogerme para sacarme a rastras de aquí. Lucho por llegar hasta la maleta. Tú tiras de mí con todas tus ganas, pero ahora yo soy más fuerte. Me suelto, no hay nada que puedas hacer para impedírmelo.

La levanto. Y, bajo la maleta, aparece un oscuro fluido. Que gotea despacio y cae sobre el suelo de madera laminada.

Susurras algo, levantando un poco la voz, para intentar sacarme de aquí.

Luego te tapas la boca con la palma de la mano. Cuando yo empiezo a abrir la cremallera. De aquí viene, sin la menor duda, el olor que percibí la primera vez que entré en este apartamento. La maleta sigue rezumando bajo mis pies mientras la abro. Estoy convencida de que es sangre. Debe de haber guardado a la pobre chica en el congelador, para tratar de minimizar el hedor. Para evitar que empezara a descomponerse antes de que él decidiera qué hacer con el cadáver.

Mientras me peleo con la cremallera, me vuelvo a mirarte.

Y entonces lo veo, justo detrás de ti.

Levanta una porra y te golpea con fuerza en la cabeza. Luego se dispone a coger un cuchillo de cocina, pero yo anticipo sus movimientos y trato de hacer lo mismo. Tú te arrastras por el pasillo, sangrando por la cabeza. La sangre te resbala hasta la nuca.

Lucho con él. Nos ha pillado *in fraganti*. Sabe que lo hemos visto todo y que no puede dejarnos marchar. Quiere deshacerse de nosotros. Nos sujetamos las manos el uno al otro. Disputándonos el mango del cuchillo.

Me inclino y le muerdo la muñeca con fuerza. Él deja caer el cuchillo de cocina y yo echo a correr hacia el pasillo, pero ha cerrado la puerta con pestillo. Descorro el pestillo y abro la puerta, justo a tiempo de verte entrar en el dormitorio y cerrar la puerta. Ya tengo la mano en el tirador cuando recibo una patada por detrás.

–¡Zorra! –grita Lowell–. ¡Ven aquí, zorra estúpida!

Me tiene y está intentando arrastrarme de nuevo hacia la cocina. Quiere meterme en ese congelador. Primero me dejará inconsciente. Y luego me cortará el cuello. Casi puedo verlo. Pero no quiero perder tiempo imaginando cosas. Sea lo que sea lo que va a ocurrir, no tardará. Coge su porra y me golpea con ella en la cabeza. Tengo la adrenalina tan alta que apenas noto el impacto en el cráneo, pero las piernas se me doblan.

Intenta golpearme de nuevo, pero la porra sólo me roza. Un golpe tosco. Paso por debajo de la porra y le doy un rodillazo en la entrepierna. Grita.

Intento abrir la puerta de nuevo, pero él me coge por la garganta.

Aprieta. Me levanta y me empuja contra la puerta. El cuello me empieza a hacer unos ruidos muy extraños que yo no le he ordenado. Lowell es fuerte. Y está totalmente concentrado en la idea de estrangularme.

Se me van los ojos hacia atrás y tengo la sensación de verme el hueso.

Luego lo veo de nuevo a él. Asiente. Sí.

Me mantiene a unos centímetros por encima del suelo. Y me mira directamente a los ojos.

Empiezo a perder el conocimiento. En lo último que pienso es en ti. En que estás aquí por mi culpa. Qué estúpida he sido. Espero que consigas salir con vida de ésta.

Trato de soltarme y grito, pero ya no me quedan fuerzas.

Tengo las piernas a un palmo del suelo y lo único que puedo hacer es patalear suavemente hacia atrás. Y golpear la puerta de entrada. Ése es el sonido que oigo justo cuando empiezo a perder el conocimiento.

Tap, tap. Toc, toc.



29 de septiembre. 06:35

Algunos verían estas líneas como un epitafio. Que te dedico a ti, porque fuiste mi cómplice. Tú creíste en mí. Sin ti, no lo habría conseguido. Así que esto es para ti.

Hago algo que hasta ese momento ni siquiera se me había ocurrido. Echo la cabeza hacia atrás. No es actitud imitativa. Ni siquiera sé de dónde lo ha sacado. Desde luego, nunca se lo he visto hacer a nadie. En la vida real, al menos. Luego lanzo la cabeza hacia delante mientras contemplo su rostro, contraído, y sus labios, que escupen saliva…, y estrello la frente contra ellos.

Le doy en toda la nariz. Que cede fácilmente al recibir el impacto de mi frente. Lo noto.

Es como cascar un huevo. Fácil.

El golpe es muy fuerte y me duele. Pero a él le duele aún más. No sé muy bien lo que estoy haciendo. Me guía una especie de instinto animal.

Me palpita la cabeza. La suya se va tiñendo de sangre. Inmediatamente, se lleva las manos a la cara y me suelta. Agarro la puerta, la abro lo suficiente para pasar y echo a correr. Luego oigo la puerta abrirse de nuevo y sé que Lowell no está muy lejos de mí.

Está demasiado cerca, no puedo parar. Me atraparía de nuevo antes incluso de que me dé tiempo a sacar la llave. Dejo atrás mi puerta. Precisamente en el único momento en que de verdad lo necesito, no tengo tiempo de coger el cuchillo de la bolsa. Bajo a saltos los tramos de escaleras. No tengo ningún plan. Lo oigo gritar detrás de mí, pero no escucho lo que dice. De la cabeza le caen gotas de sangre, entre los tramos de escaleras, y van a parar a la moqueta de la planta baja.

Llamo a una o dos puertas de la planta baja, sin dejar de correr, con la esperanza de que alguien escuche el alboroto y salga. Puede

que al menos sirva para frenarlo un poco. Quiero llegar a conserjería. Es mi guarida. Si llego allí, no podrá hacerme nada.

Nadie responde. Nadie se mueve. En un sitio como éste, todo el mundo intenta pasar desapercibido. La mayoría de los pisos ni siquiera están ocupados. Y, en los otros, viven personas incapaces de levantar un dedo por los demás. Personas que llevan vidas solitarias, con su banda ancha y su Netflix. Pulso el botón verde. Y echo a correr, desesperadamente. Para salvar la vida.

Corro como una exhalación. Chillo y grito. Mientras Lowell se acerca un poco más a mí. Alguien tendrá que oír todo este alboroto, ¿no? Algún samaritano. O algún vigilante de seguridad. Bien que me pillaron a plena luz del día. Pero alboroto significa problemas. Significa «no tiene nada que ver conmigo». Significa «sea lo que sea, mañana ya estará olvidado». Como los chillidos de los gatos cuando se pelean o los gruñidos de los zorros cuando se aparean.

Si sigo corriendo directamente hacia conserjería, me atrapará antes de que me dé tiempo a llegar. Es más rápido que yo. Así que giro a la izquierda. Hacia la oscuridad. Hacia las viviendas sociales. Es la clase de decisión que no suele terminar bien. Estamos entrando en sus dominios. En el lugar donde mató a las otras mujeres. Pero de esta forma, al menos tengo un poco de ventaja. Puedo despistarlo. En la oscuridad.

Paso por delante del edificio Alaska. Quiero gritar, ver si algo o alguien sale en mi ayuda. Pero puede que a estas alturas todo el mundo se haya marchado ya. Recuerdo en ese momento que la bola de demolición está a punto de echar abajo este sitio, en cuestión de horas. Me vuelvo para ver dónde está, justo en el punto en que las luces se acaban y nos adentramos en la oscuridad del edificio. Su rostro, rojo y desesperado, ya sin rastro alguno de la sonrisa que lo iluminaba cuando estábamos en su guarida, se pierde en la negrura. Y el mío también.

Me quito los zapatos para amortiguar el ruido de mis pasos. Me pisa los talones. Algo afilado, puede que cristal, cruje bajo mis pies, pero no me atrevo a gritar. Tengo que seguir corriendo. Y entonces veo un contenedor para escombros. Que, sin duda, han dejado allí los trabajadores de la obra. Pienso en la manera de llegar hasta allí.

–¡Lily! ¡Lily! –grita.

Con voz áspera y gutural. Una voz que le sale de lo más profundo. Diabólica, hasta el punto de aterrorizarme.

–¡Vuelve aquí, zorra chiflada!

Coge aire por la nariz mientras cuentas hasta quince. Expúlsalo por la boca mientras cuentas hasta diez. Mantén la calma. Los pies me sangran sobre el cemento.

Y, entonces, me agarra la cintura por detrás, con una mano. Me sujeta por la camiseta. Me tiene. Noto su piel, empapada por la sangre. Su voz resuena por los edificios. Estoy segura de que se nos oye en varios kilómetros a la redonda. Pero no viene nadie.

Voy a morir aquí. A pocos metros de muchos hogares. De áticos valorados en un millón de libras. Ante las nuevas clases medias en su primera vivienda. Ante la gente que se aferra a su hogar en las viviendas sociales. Justo delante del edificio Canadá. Entre los residentes a los que les queda muy poco tiempo, a un lado; y las hileras de viviendas desalojadas, al otro. Dentro de unos días. Colgarán un cartel en el que se busca a una persona desaparecida. La gente pasará por delante. Y a nadie le importará.

Forcejeamos y caemos al suelo. Rodamos sobre el cemento. Intenta de nuevo agarrarme la garganta. Consigue sujetarme con la mano izquierda y empieza a apretar. Noto dolor y escozor en la piel del cuello. Se sienta a horcajadas sobre mí. Me sujeta ambas manos al tiempo que me clava el antebrazo en la garganta, todo con el brazo izquierdo. Es mucho más fuerte que yo.

Estoy debajo de él, sin poder moverme. Mientras levanta la porra con la mano derecha. Un coche pasa a lo lejos y la luz de los faros le ilumina el rostro. Parece más contento. Como si creyera que todo está a punto de acabar. Supongo que fue así como hizo callar a la estudiante. Sonya, la joven que quería joderle la vida. Que quería arruinar a este hombre tan competente. Destruirlo. Bueno, Lowell es un tipo pragmático. Soluciona los problemas.

Vuelve a pasar otro coche. Veo la porra, en la mano alzada. Estoy segura de que fue eso lo que usó con Jean y con la estudiante. A quien luego metió en una maleta hasta que consideró que había

llegado el momento de deshacerse de ella. Consigo liberar la mano izquierda y, en el mismo momento, él empieza a bajar la porra.

Esquivo el golpe y la porra golpea el cemento, justo a mi lado, con una fuerza asombrosa. Es una especie de correa de cuero, larga y resistente, que en la parte superior termina en forma de bola bastante grande. Fácil de sujetar. Muy pesada. Seguro que ha leído algún libro sobre esa clase de armas. Y supongo que la habrá comprado en eBay. Todo forma parte del juego. Para él, quiero decir. La herramienta. Aún me tiene atrapada.

Murmura algo y yo empiezo a chillar. Luchamos. Como si fuéramos hermano y hermana. Marido y mujer. Levanta de nuevo el brazo. Veo la porra, manchada aún con tu sangre. Y a saber la de quién más. Otro coche pasa por la calle, detrás de nosotros, y los faros lejanos le iluminan de nuevo el rostro. Cojo algo que llevo en el bolsillo.

Él empieza a bajar la porra de nuevo. Pero yo soy más rápida. Se lo clavo en el costado con todas mis fuerzas, justo debajo de las costillas. Un bolígrafo de Princeton Homes. Siempre los van regalando por ahí. Me alegro de haber cogido uno. Lo aparto de un empujón mientras él se saca el bolígrafo y gime de dolor.

Echo a correr hacia el otro lado del edificio Canadá. El lado desierto. Pero oigo el eco de sus pasos. Se ha recuperado, pero no sé dónde está. Podría estar a mi derecha o a mi izquierda. Por el ruido de pasos, parece como si hubiera dos personas. Pero seguro que es mi mente, que me está jugando una mala pasada. El sonido parece acercarse desde ambos lados. Toco las llaves, aún en el bolsillo. No quiero usar la linterna y delatar mi posición. Él sigue acercándose.

Justo entonces, veo el contenedor. Corro hacia él y apoyo las manos en el borde. En otras circunstancias, me andaría con mucho cuidado. A saber qué se esconde ahí dentro. Pero no es que esté en la mejor de las situaciones; no sé cuánto tiempo podré mantener a Lowell alejado. Tengo que esperar a que lleguen refuerzos. Trepo al contenedor y me meto dentro. Lo más silenciosamente que puedo.

Luego me sumerjo en la porquería. Entre serrín y colchones. Clavos y trozos de madera cortada. Intento controlar la respiración.

Lo oigo acercarse.



29 de septiembre. 06:45

Apoyo la mejilla en el frío metal del interior del contenedor. No quiero llorar. No quiero compadecerme de mí misma. Lo que quiero es salir viva de aquí. Durante un segundo, me parece oír sirenas a lo lejos, pero puede que sólo sea mi imaginación. Y, de todas formas, tal vez no vengan hacia aquí. Podrían estar pasando por Green Lanes o por Seven Sisters Road. Al fin y al cabo, esto es Londres.

Se me clava un trozo de madera en la espinilla. Es incómodo, pero de momento no me ha rasgado la piel. Tengo un colchón debajo e intento mantenerme apartada de los afilados muelles metálicos que asoman a mi izquierda. Me tiembla todo el cuerpo por el esfuerzo de mantener esa postura. No tenía muchos sitios donde esconderme por aquí. Si me hubiera alejado de la zona, Lowell habría oído mis pasos. Igual que yo habría oído los suyos.

El edificio Canadá está en algún lugar, por encima de mí. De repente, pienso en lo extraño que resulta que medio edificio esté ocupado, y el otro medio, desalojado y criando moho, a la espera de que llegue el verdugo. Como hermanos siameses: uno vivo, el otro fallecido ya hace mucho. Huelo algo. ¿Algo gotea debajo de mí? ¿O sangra? Tanteo a mi alrededor con la mano izquierda y toco lo que me parece piel. Un escalofrío me recorre el cuerpo entero. Creo que hay alguien aquí, a mi lado. Quiero mirar. Pero no quiero gritar. Busco la linterna que llevo en el llavero.

Sigo tanteando con la mano y me parece tocar ropa. Un vestido. Creo que lo que toco ahora es una pierna. Está fría. Y ahora que lo pienso bien, creo que el olor que detecto es el mismo que flotaba en el apartamento de Lowell. Debe de ser carne humana. Intento ahuyentar la idea, pero es bastante difícil conseguirlo.

«No mires», me digo. «No mires». Oigo pasos de nuevo. ¿De dos personas? ¿O de una? No sabría decirlo. Guardo silencio.

Tengo que mirar. Estoy medio enterrada entre tablones de madera y un colchón, así que lo más probable es que no vea la luz. Me vuelvo para enfrentarme a lo que tengo al lado, sea lo que sea. Luego pulso el botón. Y el haz de luz ilumina un rostro.

Cierro los ojos con fuerza y trato de respirar con calma. Acerco la mano al rostro. ¿Quién es? ¿La mujer con la que vi a Lowell? ¿Otra víctima? Pienso a toda velocidad. Toco el rostro frío. Estoy muy cerca de él. Oigo los pasos, cada vez más cerca. Puede que hayan pasado de largo.

Es de plástico. Le doy un golpecito suave en la mejilla. Para asegurarme. Es un maniquí. No tiene piernas, sólo un torso. Un vestido de terciopelo rojo le ciñe el cuerpo. Suspiro, aliviada. Este sitio ya es lo bastante incómodo como para tener que compartirlo con un cadáver. Retiro la mano y me relajo durante un instante. Me apoyo en el sofá y aparto la pierna del trozo de madera y el costado de los muelles metálicos. Suspiro de nuevo, en silencio. Y, entonces, alguien retira el tablón de madera que tengo encima.

Me incorporo, tratando de sujetar el tablón. Creo que en su día era parte de una litera. Golpeo con él la cabeza de la figura. La figura retrocede, aturdida. Durante un segundo, me pregunto a quién he golpeado. Podría ser un vigilante de seguridad o un desconocido dispuesto a ayudarme.

Es Lowell. Lo miro a los ojos. Le arrojo mi improvisada arma, salgo de un salto y echo a correr, mientras él trata de recobrarse del golpe que le he atizado. Si por aquí había alguien más, no veo a nadie.

Echo a correr hacia el lado abandonado del edificio Canadá. Veo una reja medio abierta y trepo para entrar por ella. Una vez al otro lado, me vuelvo para intentar cerrarla, pero Lowell consigue introducir los dedos por debajo en el último momento. Lo veo por el hueco. Me mira directamente a los ojos. Con una expresión que ya no parece humana. Ya no queda nada de mi viejo vecino. Su rostro es una masa sanguinolenta. Le golpeo los dedos con el puño y echo a correr.

–¡Zorra de mierda! –me grita.

Me vuelvo mientras me dirijo a la escalera. Ilumino el camino con la pequeña linterna. Ya no hay vuelta atrás. Sólo puedo seguir subiendo. Tiene que haber alguien en el otro lado de este edificio, que se prepara para empezar un nuevo día, pues en la calle ya está amaneciendo. Sigo subiendo. Oigo a Lowell abrir de nuevo la reja.

Resbalo. Los pies, ensangrentados, me patinan sobre el musgo y los hierbajos mientras intento ponerme de nuevo en pie. Si consigo sacarle la suficiente ventaja, tal vez pueda ocultarme en uno de los apartamentos. O tal vez pueda llegar a la azotea.

–¡Ven aquí, Lily! –me grita.

De repente, este sitio me parece un manicomio. Dos personas de dudosa cordura que se persiguen por un patio de cemento. Me estoy empezando a cansar. Parece que le llevo bastante ventaja. Sigo subiendo, más y más. Al llegar a la octava planta, abro la puerta que da al pasillo y la cierro a mi espalda.

Busco un palo o algo con lo que atrancarla, pero no encuentro nada. Aquí todas las ventanas están destrozadas y la tenue luz de la calle se filtra al interior. Ninguna ventana tiene lamas metálicas.

Luz, un destello apenas perceptible que procede de las farolas de la calle. Pero suficiente para ver la desolación que me rodea. Paredes ya medio derruidas. Cables que asoman entre los ladrillos como si fueran hierbajos. Entro en el último apartamento de la izquierda y pego la espalda a la pared.

Y entonces se abre la puerta. Entra. No tengo adónde huir.

Sujeto la llave con el puño cerrado.



29 de septiembre. 06:55

Sigo con la espalda apoyada en la pared fría y húmeda. Tiemblo. El verano toca a su fin. La gente pronto empezará a entrar en casa los muebles del balcón. Las barbacoas, que de todas maneras no están permitidas, irán a parar a los trasteros. La ropa de verano acabará en maletas y los pichis irán a parar a cualquier cajón. Respiro el aire húmedo.

Los pasos parecen apáticos. Rezo para que se acerquen, pues ya no soporto la espera. Y, justo entonces, parecen alejarse. Una pausa. Silencio. En la calle ha empezado a llover. Lo oigo. Y casi veo la lluvia, si me arriesgo a echar un vistazo por el agujero que tengo al lado. Lo que en otros tiempos fue una ventana. La lluvia, iluminada a medias, entra por el agujero. Y en ese momento oigo cerrarse una puerta.

Cuento hasta diez. Debe de haber seguido subiendo. Si consigo bajar sigilosamente y salir del edificio lo bastante rápido, podré llegar hasta el conserje y él llamará a la policía. Tenemos todo lo que hace falta: un cadáver en una maleta; las heridas que nos ha causado; la sangre que ha derramado. Tuya y mía.

Diez, nueve. Me incorporo y empiezo a dirigirme a la puerta. Sin hacer ruido, despacio, echo un vistazo al pasillo. Y entonces me tapa el rostro con una mano y me obliga a entrar de nuevo en el apartamento. Me tiene atrapada. Intento gritar, pero no puedo. Y, aunque pudiera, nadie me oiría. Se acabó. He caído en su trampa. Pienso en ti. Y en si habrás dado parte a la policía. Pero ya no se oyen las sirenas.

Me tiene. Sacude la cabeza de un lado a otro, sin dejar de sujetarme. Una vez más. La última. Mi cuerpo se ha rendido. Lowell sangra, pero no está débil. No tiene intención de dejarme marchar. Me tiene justo donde él quería. Podría hacerme lo que quisiera. Estrangular a una persona es difícil, por lo que he oído decir. Pero

puede que él sea capaz. O puede que me golpee con la porra hasta matarme. La sujeta en alto. Estoy muerta de miedo.

Empiezo a temblar. Un ataque que me recorre el cuerpo entero. Lowell se detiene y me observa. Retrocede un paso. Se pregunta si es necesario seguir recurriendo a la violencia. Si voy a expirar sin que a él le haga falta emplear más fuerza. Lo observo, entre convulsiones. Por un momento, me parece que va a sonreír, pero luego veo que está confuso. Asqueado. Y tiene la nariz rota, creo. Le cuelga la aleta derecha. Sangra. Dijo que los chicos eran unos animales. Pero eso es exactamente lo que él parece.

Me tiembla todo el cuerpo. Me golpeo la cabeza contra el suelo de cemento. Podría tragarme la lengua. Me atraganto, echo espuma por la boca. Él lo ve todo. Me observa, fascinado. Lo único que puedo hacer es seguir con vida. Esperar que el ataque acabe. Pero cuando eso suceda, él seguirá estando ahí. Me golpeo el cuerpo contra el suelo y los ojos se me van hacia atrás, igual que me ocurrió la última vez. Los cierro y me pregunto si estoy al borde de la muerte.

Oscuridad.

Cuando vuelvo a abrirlos, el ataque ha pasado. Lowell sigue de pie, junto a mí. Aún estoy inmersa en esta pesadilla. Pero ahora no puedo moverme. Cojo aire con dificultad. Vuelvo a estar catatónica. Quiero gritar, pero no me sale nada. La linterna del llavero parpadea en algún lugar, a mi lado, y nos ilumina a los dos. A mí, paralizada aún. Y a él, simplemente observándome.

–Vas a morir aquí –dice.

Intento hablar. Parpadear. Intento gritar. Pero no puedo.

Se arrodilla junto a mí. Me sujeta el rostro con las manos.

–Vas a morir aquí porque no has sido capaz de controlarte.

Me acaricia el pelo. Me besa en los labios. Noto un sabor salado. Sangre y sudor. Permanezco inmóvil.

–Lo siento. Joder, lo siento de verdad, Lily. Pero no tendrías que haber entrado en mi puto piso. ¿Qué otra cosa puedo hacer, aparte de esto?

Se tumba junto a mí y me habla en voz baja. Es como si estuviéramos compartiendo una cama.

–Vosotras, las mujeres, no podéis hacer ni una puta vez lo que se os dice, ¿verdad? Sonya no pudo mantener la boca cerrada. Los demás se limitaron a seguir adelante con sus vidas, en silencio. Dejadnos vivir aquí y coged lo que os ofrecen. ¿Verdad? Es el mercado libre. Pero no. A ella no le dio la gana de hacerlo. Tenía que dar el coñazo con el tema. ¿Qué podía hacer yo? Dime. ¿Qué podía hacer yo? Tenía las manos atadas.

Es una situación muy íntima. Como si estuviéramos haciendo terapia.

–No dices nada. Me gusta. Mejor así.

Su sonrisa desaparece.

–Voy a conseguir lo que me merezco. He trabajado demasiado duro para que ahora vengan unos cabrones hijos de puta y me lo quiten todo por no sé qué tecnicismo legal. Esos animales de por aquí. Ya sabes cómo son esas putas ratas. Tú odias a esas putas cucarachas tanto como yo, ¿verdad? ¡Son incapaces de controlarse! Me incordiaron cuando estaba aquí encargándome de un par de asuntos. Podría haberme deshecho de la maleta aquí, ¿sabes? Así que la culpa de que tú estés metida en este lío la tienen ellos. ¡No yo! Creo que al final también voy a tener que acabar con ellos.

Tiene los ojos bañados en lágrimas. Quiere que lo perdone. Que lo bendiga. Como hacen los amigos.

–Oh, Lil, mírate.

Me sujeta ambos muslos. Se inclina sobre mí. Me mira. Es todo muy íntimo. Lo cogería, si pudiera. Lo cogería por las pelotas. O le agarraría la cara y tiraría de la piel hasta arrancarle algo. Pero no puedo.

–Cualquiera habría hecho lo mismo. De haberse encontrado en mi situación, quiero decir. ¿Crees que la vieja se lo pensó dos veces? Joder, si me pegó con un atizador. ¡Mira!

Se sube la camisa y bajo las costillas, en el lado derecho –el bolígrafo se lo he clavado en el izquierdo– veo la costra de una herida ya casi curada.

–Todo terminará enseguida. Ni siquiera te dolerá, te lo prometo. No sentirás nada.

Se pone en pie y coge la porra. Se acabó. Lo único que puedo hacer es sentir y escuchar.

Su voz. El rumor lejano de los coches. Y la lluvia.

–¿Sabes?, ojalá no te hubiera visto volviendo de casa de la anciana aquella noche. Porque, a partir de entonces, tampoco pude confiar en ti. Y te juro que eso me complicó mucho las cosas.

Me resbala una lágrima por la mejilla. Hacía tanto tiempo que no me sentía así. Me despido mentalmente de ti. De Aiden. De este lugar.

–En cierta manera, tú la mataste al ir allí. Al levantar mis sospechas. De modo que también es culpa tuya… Si lo piensas bien…, estamos juntos en esto. Pero te perdono. ¿Me perdonas tú a mí?

Sujeta con fuerza su arma. Y la levanta. Cierro los ojos. Los cierro.

–Sabes, yo también veo todo lo que pasa por aquí. Absolutamente todo.

Todo ocurre muy rápido. Coge aire para armarse de valor y, justo en ese momento, yo busco el llavero con la linterna. Lo cojo. Y le clavo la llave en el ojo izquierdo. Se hunde con firmeza. Como un clavo en una pared, pero con más facilidad. Como un *tee* de golf en la hierba. Cae hacia atrás y empieza a sangrar.

Sacude las piernas. Las veo moverse mientras me incorporo. Me quedo de pie delante de él. Parece como si me guiñara el ojo. Me guiña el ojo, papá. No me lo invento. Un ojo ha desaparecido. Y el otro me sigue mirando. Como si quisiera hacerme saber que aún me está vigilando.

No puedo dejar de mirar. Es fascinante, aunque también grotesco. Hasta yo tengo que volverme. Las sirenas se oyen más cerca. ¿Sabes?, al cerrar los ojos me he dado cuenta de que ya podía volver a moverme. Y ahora me siento mucho mejor.

Intenta levantarse, pero no puede. Ahora es él quien no puede moverse. No sé muy bien si está consciente o no, pero de todas formas hablo.

–Vas a ir a la cárcel. Y yo voy a encontrar ese cadáver, Lowell.

Doy media vuelta para marcharme. Pero entonces lo oigo hablar.

Me vuelvo de nuevo hacia él, con calma. Sé que no puede ponerse en pie. Ha sufrido un shock y tiene dolores terribles.

–¿Qué has dicho? –pregunto, de pie junto a él.

En su rostro veo una expresión entre risueña y asustada. Desde el suelo me llega lo que parece una risa. Entre la sangre.

–No hay ningún cadáver –dice, arrastrando las palabras. Como una serpiente.

Deja rodar la cabeza hacia un lado y se golpea contra el suelo. Se ha desmayado. Doy media vuelta otra vez, para marcharme. Deprisa. Tengo que salir de aquí e ir en busca de la maleta. Tengo que hacerlo. Voy a volver a su piso. No estoy loca. Sé lo que he visto.

Recuerdo entonces que mi llave sigue clavada en su ojo. No tengo tiempo para titubeos. Me inclino sobre él y se la saco del ojo. Hace un ruido parecido al de un beso. Limpio el llavero mientras salgo a toda prisa de aquí.

En la calle, el día ya ha empezado. Los más madrugadores circulan en sus bicis plegables o se dirigen al metro. Paso junto a los obreros que van hacia el edificio Alaska, preparados ya para una nueva demolición. Paso de nuevo junto a los carteles. La calle está cortada. Y eso me recuerda que hoy el es gran día. Veintinueve de septiembre. La mayor demolición hasta la fecha.

Entro corriendo en mi edificio y subo hasta mi pasillo. Empujo la puerta del apartamento de Lowell, que está abierta. Te veo sentado en el suelo y apoyado contra la cama, pero paso de largo. El tiempo sigue siendo fundamental. Me dirijo hacia el lugar en el que antes he visto la maleta.

La maleta. La maleta ya no está. Ni el fluido o residuo que goteaba de ella. Es imposible.

–¡Papá! ¡Papá! ¿Dónde está la maleta? –pregunto, en tono suplicante.

–¿Qué?

–La maleta, papá. La maleta. ¿Ha entrado alguien y se la ha llevado?

–Creo que no –murmuras.

No hay ni rastro de ella. Alguien debe de habérsela llevado mientras estabas inconsciente.

–He intentado llamar a la policía –dices, empezando a moverte–. Pero no hay línea.

Debería detenerme para ver cómo estás. Quiero hacerlo. Me inclino hacia ti y le echo un vistazo a la herida que tienes en la cabeza.

Y entonces empieza.

Bum. Bum. Bum. Bum.

Me pongo de pie. Ahora todo me parece obvio. Dónde esconder un cadáver para asegurarse de que nadie lo encuentre jamás. Para asegurarse de que quede oculto bajo una tonelada de escombros. En una maleta. Para asegurarse de que alguien se lo lleve de allí en un contenedor y lo arroje a un vertedero. Como reliquia familiar olvidada de una familia olvidada. Como un crucifijo. Están poniendo a punto las máquinas. La demolición no tardará en empezar.

Te doy mi teléfono móvil.

–¡Papá! ¡Papá! Si sales al balcón deberías tener suficiente cobertura para llamar a la policía. ¿Lo entiendes?

–Sí. Vete. Encuéntrala. Vete.

–Llama a la policía. Cuéntales lo que ha pasado. Diles que vengan enseguida a la obra.

Te pongo el teléfono en la mano y echo a correr de nuevo hacia el edificio Alaska.



29 de septiembre. 07:35. Amanecer

Me abro paso entre la lenta multitud que se dirige al trabajo. Parece que esta mañana soy yo la única que tiene prisa. Contemplo las viviendas sociales mientras repaso mentalmente todo lo ocurrido.

Me gusta este sitio. Toda mi vida está aquí. Y no me gustaría nada tener que marcharme. Pero dudo que Lowell y yo lleguemos a ser buenos vecinos si, de alguna manera, consigue salirse con la suya. Que es lo que parece más probable. Porque no estoy muy segura de tener razón en todo esto. De saber dónde está la maleta. No estoy segura.

Se me ocurre por un momento la idea de huir. Ya sé que quien normalmente huye es el culpable, pero durante un segundo pienso que podría marcharme contigo. Ir a Francia y empezar de nuevo. Ahorrarme todo esto. Las consecuencias. Las repercusiones y todo eso. Podría abandonar la búsqueda ahora mismo y huir antes de que sea demasiado tarde. Tengo dinero suficiente para comprar un billete de última hora a Calais. Podría esperarte allí. Y tú podrías ayudarme a empezar una nueva vida.

Pero no. Me gusta vivir aquí. Me gustan los árboles. Me gusta estar rodeada de todo tipo de personas. Aunque en general se muestren taciturnas. Aunque se pasen la vida jugueteando con sus teléfonos. Aunque tenga que hacer cola en la escalera mecánica. Me gusta que cada día sea distinto. Me encanta esta ciudad. Esta gran ciudad a la que siempre soñaba con venir cuando era niña. Londres es un hervidero de gente y no quiero que me alejen de todo esto.

Marcharme de esta ciudad sería para mí la muerte, así que prefiero quedarme y luchar.

Bum. Bum. Bum. Bum.

Y entonces veo la obra. La bola de demolición que se prepara para empezar el día.

Aminoro la marcha, mientras busco la manera de entrar. Esta obra es mucho más grande de lo normal. Y hay muchos más obreros de lo normal. Pero, a veces, el exceso de personal implica cierta dejadez. Implica «ya se ocupará alguien de eso». Implica huecos que explorar. Y, por otro lado, nadie espera que una chiflada vaya a colarse en el edificio que están a punto de derribar.

Me detengo a observar. Elijo a mi hombre. Veo una figura, un muchacho apenas, que transporta sin demasiado entusiasmo unos cuantos conos hacia el lado oeste del edificio.

El estruendo y el fragor pronto resultarán más nítidos. La bola no tardará en estrellarse contra los ladrillos. De forma instintiva, me siento preparada. Una oleada de emoción me recorre el cuerpo entero. Estoy a punto de hacerlo y nadie podrá impedírmelo. Me invade una sensación parecida a la de los animales cuando intuyen que se avecina una tormenta. El peligro está cerca y me dispongo a lanzarme de cabeza a él.

Bum. Bum. Bum. Bum.

Veo un hueco, un punto de la planta baja en el que alguien ha dejado abierta una plancha metálica.

Observo. Todo lo que ha ocurrido aquí está a punto de ser destruido. El papel de las paredes. Los recuerdos de las personas que en su día vivieron aquí. Quiero ver cómo todo se viene abajo. Quiero bañarme en el agua y en el polvo que me golpeará la cara. Lo quiero ahora. Lo quiero todo. Así que voy a entrar en ese edificio.

Bum. Bum. Bum. Bum.

Veo la bola de demolición remoloneando por ahí, preparándose para golpear. Pero no puede empezar hasta las 08:00. Es lo que dicta la ley. Y eso me da un poco de tiempo. Sigo con la mirada al muchacho de los conos; se le caen unos cuantos y se agacha para recogerlos. Aprovecho ese momento para echar a correr. Paso por detrás de él, no muy lejos, pero el griterío y el caos general encubren mis movimientos, de modo que llego a la abertura de la planta baja y consigo colarme rápidamente.

Registro la planta baja. Con la linterna de mi llavero. Parece que esta mañana han empezado a trabajar dentro del edificio, derribando los muros interiores para que la demolición sea más fácil.

Trepo por las montañas de escombros, compruebo los rincones de esta planta ahora diáfana, pero no encuentro nada. Me dirijo hacia la escalera y subo al segundo piso, mientras en el exterior aumenta el rumor de las máquinas.

Trastabillando, llego al segundo piso. No he dormido mucho últimamente. Obligo a mi cuerpo a seguir avanzando. No queda mucho tiempo. No saben que estoy aquí. Cada paso que avanzo, significa que luego tendré que desandarlo. Al final del pasillo de la primera planta veo una figura.

Se acerca a saludarme. Este edificio tendría que estar desalojado. Es Aiden. Doy media vuelta y me dirijo a la tercera planta. Él sube corriendo la escalera, detrás de mí.

–Cariño, ¿qué haces? Vamos, tenemos que salir de aquí.

–Cállate –le digo.

Soñé que estaba vivo. Pero ahora quiero que se vaya para siempre.

–Por favor, vámonos. Volvamos a casa a recuperar la normalidad. Tómate el día libre. Te prepararé el desayuno. Y luego, tienes que dormir un poco –dice.

–No, vete, Aiden. Por favor.

Llego a la tercera planta, nada. Me dirijo a la cuarta. En el exterior, se oyen cada vez más gritos. Las máquinas golpean con ganas. Estando tan cerca, el ruido es ensordecedor. Estando tan cerca de todo. De la aniquilación. En la cuarta planta no hay nada. Aiden aún me sigue.

–¿Ze puede saberr qué ocurrre, querrida? ¿Estás cansada, Lil? Amor, vámonos a casa –dice, burlándose de mí.

–No eres real. Capullo. –Estoy llorando. Se me saltan las lágrimas–. No eres real. Vete… ¡Vete a la mierda!

–Nena. Lily. Mi Lily. ¿Ze puede saberr qué significa todo esto? –dice, con una mirada suplicante en los ojos.

Parece tan frágil. Lo agarro por la camisa y lo atraigo hacia mí.

–Lo siento, pero ya te lo he dicho. No quiero que te vayas. No, no quiero. Pero así es como debe ser. Tienes que marcharte. Tienes que irte. ¡Ahora!

Lo empujo con fuerza, cae por encima de la barandilla y se precipita al piso de abajo. Tengo los ojos bañados en lágrimas cuando llego a la quinta planta. Veo algo junto a la pared, en un rincón. Corro hacia allí.

No debe de faltar mucho para las 08:00.

Bum. Bum. Bum. Bum.

Me acerco. Es la maleta. Intento cogerla. Tengo que llevarla abajo. No hay tiempo. Pesa tanto que tengo que arrastrarla.

El ruido es ensordecedor. Aumenta más y más. Y cuando creo que ya no puede aumentar más, vuelve a hacerlo. Busco la cremallera.

Bum. Bum. Bum. Creec.

La bola de demolición golpea. Un par de pisos por encima de donde yo estoy, calculo. Me caigo al suelo. Tiro de la maleta hacia mí. Aunque ya no sirva de nada. Aunque no consiga salir con vida de aquí, tengo que saberlo. Quiero ver el cadáver.

La cremallera está atascada. La maleta está llena de algo que no sé qué es. Tiro con fuerza. La bola de demolición está a punto de golpear otra vez.

Craas. Golpea. Y me derriba al suelo. Cada vez está más cerca.

Cojo la maleta y tiro de la cremallera. Ahí está. Un cuerpo amoratado. O lo que queda de él. Abotargado. A causa del *rigor mortis* y de todo lo que ocurre cuando el corazón deja de latir. Se parece vagamente a sí misma debido a lo que se denomina ley de Casper. Leí una vez sobre ese tema. Lowell debió de meterla enseguida en el congelador. De manera que el cuerpo no estuviera demasiado tiempo en contacto con el oxígeno.

La empujo de nuevo al interior de la maleta y empiezo a arrastrarla hacia la escalera.

Craas. Un pedazo de hormigón me cae justo al lado. Y no nos da por muy poco. A Sonya y a mí.

No conseguiré llegar abajo, así que me dirijo hacia arriba. Arrastro lentamente la maleta hacia arriba mientras la bola de demolición sigue golpeando. ¡Buum!

Quiero llamar a mi padre para decirle que detenga todo esto, pero antes le he dado mi teléfono. Quiero que paren ellos por

iniciativa propia, pero dudo mucho que sepan que estoy aquí. Quiero asomarme a una ventana y gritar, pero están todas tapiadas. Tengo que hacerles saber de alguna manera que estoy aquí.

En la sexta planta, arrastro la maleta hasta el centro de la superficie y encuentro una barra. La cojo y empiezo a golpear con ella una plancha metálica. Pero no cede. En algún lugar del exterior, la bola de demolición se está preparando para un nuevo golpe. Y puede que sea este el que acabe conmigo. Cojo carrerilla y golpeo la plancha metálica con la barra. Cede un poco. Lo justo.

La arranco de la pared y asomo la cabeza al exterior.

–¡Paren! ¡Estoy aquí! ¡Paren! –grito.

Pero estoy demasiado arriba, no creo que me oigan. Veo las máquinas allí abajo y entonces oigo gritar también a los obreros. A lo lejos.

–¡Parad! ¡Parad! –repiten.

Creo que me han oído. Me asomo de nuevo. Veo a varias personas que entran corriendo en la obra. Pero, al parecer, el hombre que maneja la bola de demolición no los ha visto, porque la bola viene hacia mí. Directamente hacia mí. Cojo la maleta y la arrastro hacia el fondo justo en el momento en que cede la pared.

¡Buum! El impacto es brutal. Me zumban los oídos, oigo un agudo pitido y lo siguiente que espero es la rápida caída hasta el suelo, donde me partiré todos los huesos. Por lo menos, encontrarán la maleta. Por lo menos, encontrarán en ella las huellas de Lowell. Al menos, papá podrá informar a la policía y se sabrá todo. Tengo el cuerpo. Y las huellas de Lowell en él. Y aunque estoy a punto de morir, me he asegurado de que se encuentre al asesino de Jean y Sonya. De que no caigan simplemente en el olvido. De que se haga justicia.

Abro los ojos y veo una densa nube de polvo de ladrillo, que lentamente se va disipando. Lo siguiente que veo es el cielo azul y todo el complejo de viviendas sociales ante mí. El suelo, delante de mí, ha quedado completamente destruido. Pero en un minúsculo saliente, al fondo de lo que en otros tiempos fue una salita de estar, ahí estoy yo tendida. Abrazada a una maleta de la que sobresale un cadáver. A la vista de todo el mundo.

Dirijo la mirada hacia los rascacielos, hacia la ciudad que se extiende hasta el horizonte. Más abajo, y bastante más cerca, los obreros me están gritando algo. Que van a buscar la forma de subir hasta aquí. Que me quede donde estoy.

El cielo, por encima de mi cabeza, es de un azul tan intenso. Es precioso.

Mientras contemplo los puntitos que son las personas, allí abajo, veo llegar varios coches de la policía. Al parecer, he atraído a toda una multitud. Veo los rostros de los vecinos del barrio. De las personas a las que conozco y aprecio. Por fin se han animado a participar.

El mundo parece dar vueltas a mi alrededor cuando me apoyo en la pared que tengo detrás. Al cerrar los ojos, pienso en lo bonito que es volver a sentirse parte de una comunidad.

Me agarro fuerte, mientras el polvo y el viento soplan a mi alrededor.

Veo una bandada de vencejos, en forma de cuarto creciente, que se recorta contra el cielo.

Las últimas semanas han sido muy raras.

¿Verdad?

Undécima parte:
Lista personal



1 de diciembre

***Calidris alba, Chordata* – Correlimos tridáctilo (un andarríos pequeño y regordete) – Tiempo soleado, despejado y frío, 6 grad – Solo – Blanco con mancha oscura en el dorso – 18 cm – Solitario, lejos de la costa, errante.**

Me froto las manos. El viento frío del invierno sopla con fuerza en el andén cuando bajo del tren y emprendo el camino de casa. Me he sentido bastante sola desde que ocurrió todo, aunque supongo que era de esperar. He perdido a mi marido. Y a mi mejor vecino, también. Aunque lo de «mejor» es bastante discutible, ahora que lo pienso.

Pero tampoco estoy tan sola. *Terrence* está aquí. No sabía si los perros podían subir al tren, pero parece que sí. Tendría que haberme asegurado antes de emprender el viaje, pero, en fin, aquí estamos. Aún desconozco muchas cosas en lo relativo al protocolo canino, pero estoy aprendiendo. Tarde o temprano, lo conseguiré.

El otro día lo llevé por primera vez a la peluquería. Ahora tiene un pelo muy suave. Te encantaría. Está muy mono. Muy limpio. Incluso le pago a alguien para que lo saque a pasear cuando yo estoy trabajando.

Tengo un trabajo. El mismo rollo, pero en una oficina diferente, claro. Lo bueno es que me pagan más. Y que el ambiente es bastante más dinámico. Bueno, ligeramente más dinámico. Bueno, tienen una mesa de *ping-pong*. Pero me gusta el sitio. Necesitaba empezar de cero.

También me he aficionado a correr. Impresionante, ¿no? Los veo a todos por ahí: a David Kentley, al señor Smith, a Cary… Nos saludamos. De hecho, he tomado café con un par de ellos en el parque. Ahora tengo un papel muy activo en el edificio, ¿sabes? Soy la presidenta del bloque. Eso es. He asumido la tarea de Lowell. Menudo golpe de efecto, ¿verdad? Pero… ¿qué esperaba? Es difícil

hacer este trabajo desde la cárcel. Y también he puesto en marcha una patrulla de vigilancia vecinal. En serio. Ahora somos una comunidad admirable. Bueno, somos mejor comunidad. Bueno, digamos que algunos nos conocemos por el nombre. Pero por algo se empieza.

Este diario también tiene otro propósito. Es una forma de darte las gracias. Por todo. Por soportar todos mis delirios. Durante tanto tiempo. Por venir a buscarme. Por redimirme. Al fin.

No me voy a poner en plan llorón ahora. Me prometí que no lo haría. Porque, en conjunto, este diario no es para eso. Es más bien para afrontar las cosas de una manera clara. Para llevar un registro de dónde estoy y de cómo me va. Es muy útil. Y pienso seguir llevándolo. Pero no es para regodearme en la tristeza. Dicho eso, me gustaría que estuvieras aquí. De verdad. Me alegré tanto de verte. De aclararlo todo. Ojalá aún estuvieras aquí.

Pero te has marchado a un lugar mejor. A un lugar mucho mejor. Al sur de la Bretaña. Perdona, ahora me doy cuenta de que suena un poco como si te hubieras muerto. Y no es así, claro. Pero, bueno, ya me entiendes. Es obvio.

Seguro que allí por lo menos hace un poco más de calor. Aquí hace un frío que pela. He pensado que a lo mejor voy a hacerte una visita en febrero, que siempre es un mes de mierda en Londres. El más frío y deprimente. Y también he pensado que a lo mejor puede haber algo interesante para mí allí donde tú vives. Algún que otro rinconcito soleado donde un pajarillo pueda sentarse. Siempre que la oferta siga en pie, claro. Hasta hay alguien que quiere acompañarme. Pero ya veremos.

El edificio ya ha sido totalmente demolido. El edificio Alaska, quiero decir. No queda nada de nada. Ni un ladrillo. Borrado del mapa. Ni el fantasma. Y ya han empezado a excavar los cimientos de su sucesor, Aqua View. Que, según dicen, tendrá hasta sauna y baño de vapor. Hicieron una promoción especial en mi edificio y vino mucha gente. El ochenta por ciento de los nuevos pisos se vendieron en veinticuatro horas. ¿Te lo puedes creer? Vamos, que se vendieron como rosquillas. Menudo negocio tienen montado aquí.

Y, mientras, los demás siguen esperando en sus casas. Nunca los veo. Pero sé que están ahí. En las pocas ocasiones en que veo a los que llegué a conocer –Chris, Sandra, Thompson–, no hablamos mucho. Nos limitamos sabiamente a saludarnos. Y veo una aceptación tácita en quienes lo sabían. En quienes, de una forma u otra, me ayudaron.

Los demás se muestran más comunicativos. Los que no conozco, quiero decir. La clase media de los edificios nuevos. Han leído mi historia en los periódicos. Supongo que igual que yo leí la de Jean.

Así que me limito a sonreír y a saludar con la cabeza. A responder preguntas si por casualidad me preguntan algo. Por ejemplo, algo relacionado con su «mirada malvada». Me preguntan si me «di cuenta enseguida». ¿Me entraba un escalofrío cada vez que me cruzaba con él por el pasillo? Y les digo que no. Que, en realidad, parecía muy majo. Muy normal. Que era como tú y como yo.

Es raro, ¿verdad? Para mí, todo ese asunto significa mala publicidad, pero por aquí la gente es muy dura de pelar. Y la mayoría de ellos no se arriesgarán a mudarse mientras los precios de los pisos sigan subiendo. Supongo que todo el mundo creía que yo me acabaría mudando, pero no pienso hacerlo. Me gusta vivir aquí. Y estoy más decidida que nunca a ver cómo va cambiando la zona.

Después de todo lo sucedido, pedí la baja por motivos familiares. Pensé en marcharme de vacaciones, pero al final me quedé aquí. Volví a ver todas las películas de Hitchcock. Todas. Ya sé que no parece algo precisamente saludable, pero estoy decidida a terminar mi libro sobre Hitchcock. Así que se me ocurrió repasar un poco sus pelis. Por lo menos, me sirve para mantener la vista alejada de los prismáticos. De momento.

Se las estoy poniendo todas a un amigo. Pobrecito. No había visto ninguna. ¿No te parece increíble? Le estoy abriendo los ojos, la verdad. Y le encantan. La primera noche que vino a casa, tuvimos sesión doble: *Vértigo (De entre los muertos)* y *Yo os declaro marido y marido*. Esta última la eligió él, evidentemente.

Te acuerdas de Phil, ¿verdad? Digamos que estamos más o menos saliendo. Es un tío muy especial. Bueno, un tío que no está

mal. No. Sí que lo es. Especial. Se ha portado muy bien conmigo. Ha estado a mi lado desde que ocurrió todo. Le gusto mucho, papá. Pero nos lo estamos tomando con mucha calma. Creo que lo necesito. Creo que eso es lo mejor, sin duda.

Me lleva en coche a ver a Helen. No sé por qué, yo podría ir tranquilamente en metro. Pero dice que no quiere que me pase nada. Y quiere demostrarme que siempre va a estar ahí, antes de que entre y cuando salgo. Pero en el buen sentido, no rollo acosador ni nada de eso. Aunque admito que de vez en cuando se me había ocurrido esa posibilidad, antes de ver las cosas con claridad. Antes de verlo a él de verdad. Como realmente es.

Todas las semanas tengo sesión con Helen. Para asegurarme de que veo las cosas tal y como realmente son. Creo que nunca he estado mejor que ahora. Física y mentalmente. Y Helen está de acuerdo. Ya no tengo delirios, nada. Estoy empezando a cerrar un ciclo. Corrigiendo algunas cosas. Y por eso, en parte, acabo de ir adonde acabo de ir. A ver a mamá. Ya no estoy enfadada con ella. Por rendirse. Por las pastillas, la puerta cerrada del cuarto de baño, la bañera llena de agua caliente. Se lo he perdonado todo. Le puse unas flores y le dije lo que pensaba. Me sentí tan bien al aceptarlo todo. Aceptarlo de verdad. Por primera vez.

Un tema que aún no he conseguido cerrar, sin embargo, es la posibilidad de que existiera un cómplice. Los otros pasos que oí en la oscuridad. La persona que sin duda llevó la maleta al edificio justo antes de que lo demolieran.

Puede que aún ande por ahí suelto. No lo sé. O puede que haya huido. No lo sé.

Si quieres saber mi opinión, yo sigo pensando que tal vez fuera Brenner. Claro que lo pienso. Pero el agente de policía –el detective Andrews, el tesorero del traje marrón; el que se mostraba tan compungido por todo lo que ha pasado, el que me pidió disculpas por una posible falta de profesionalidad al principio del caso, en la comisaría– no encontró más huellas en el cuerpo ni en la maleta. Ni en ningún otro sitio. Así que, pese a mis protestas, la cosa quedó en nada.

Pero esa idea me asalta de vez en cuando. Se me acerca sigilosamente cuando me siento más segura. Me pregunto si me estará observando. Si me vigila de cerca. Si espera el momento de atacar. Desde alguno de esos edificios de allí. Observando todos y cada uno de mis movimientos.

Podría ser cualquiera. Cualquier rostro con el que me cruzo. Cualquier persona que pasa junto a mí en el pasillo. Podría ser cualquiera. No lo sé.

Pienso en eso de vez en cuando. Cuando estoy sola en casa, por la noche. Cuando estoy metiendo la llave en la cerradura de mi apartamento y la puerta del ascensor se abre, a mi espalda. Cuando veo en el edificio a alguien a quien no conozco. O a alguien a quien sí conozco. Pero me atrevería a decir que no es sólo miedo. No, no es eso lo único que siento. Más bien diría que siento interés. Fascinación. Curiosidad.

Y si está ahí, si existe de verdad, quiero que venga a buscarme. Estoy preparada.

Cojo los prismáticos. Hace bastante tiempo que no los toco. Observo a Brenner. Está en su casa ahora mismo. Sí, ahí está. No me hacen falta los prismáticos para verlo. Pero es un gesto simbólico: quiero que sepa que lo estoy observando.

Apago la luz de mi dormitorio. La enciendo. La apago. La enciendo.

Para hacerle una señal. Para que sepa que estoy aquí. Como si fuera un faro. Que lo obliga a volverse. Lo observo.

Se pone de pie y deambula por el apartamento. No se asusta fácilmente. Pero a mí tampoco me asusta él. Ansío el enfrentamiento. Lo deseo. Y, por tanto, espero.

Un solitario correlimos tridáctilo pasa volando entre nosotros. Puede que se haya perdido. Pobrecito, es una ave zancuda común en las costas. Se reproduce en la región circumpolar ártica. Muy gregario. Muy raro, aunque agradable, verlo en estas latitudes.

Apago la luz. La enciendo. La apago. La enciendo.

Apago.

Enciendo.

Apago.

Enciendo.

A pesar de todo, las cosas van mucho mejor.

Qué bien estamos todos aquí. En qué personas tan distintas nos hemos convertido.

Observo a Brenner. Es todo un misterio. Y me fascina.

Y, entonces, se vuelve. Me mira abiertamente. Cruzamos una mirada inexpresiva. Él levanta despacio la mano.

Y, mientras sonrío, yo también levanto una mano. Y saludo.

Agradecimientos

Gracias a Catherine por sus maravillosas ideas, su sabiduría y, en general, un millón de cosas más.

Gracias a Al y a Antonia y, sobre todo, a sus hijos Evan y Darcy por ser la más constante de todas las fuentes de peligro y violencia a las que me enfrento.

A Jim, por no seguir adelante con su largamente discutida novela *Lennon and Presley Detective Agency*, lo cual me deja a mí –hasta la fecha– como único autor de la familia.

A Juliet Mushens, por ser la mejor personificación que se puede desear de la trinidad editor-agente-amigo.

A todo el mundo en Woodberry Wetlands por instruirme en el mundo de los pájaros.

A todo el mundo en HQ por su increíble apoyo, dinamismo y esfuerzo desde el mismo momento en que nos conocimos.

A mis padres, gracias por todo, especialmente por haber trabajado cincuenta años para que su hijo pudiera cometer la temeridad de estudiar dos carreras cuando económicamente aún era posible hacer tal cosa, carreras que sólo le han servido para leer libros y actuar en series de detectives. Gracias también por ser mis seguidores incondicionales y mis mejores amigos.

De uno u otro modo, son muchas las personas que han tenido la amabilidad de leer o escuchar mis palabras sin reprocharme el tiempo que les he hecho perder. Cada uno de esos momentos tiene para mí un valor incalculable. Así pues, gracias a: Chris Farrar, John Hollingworth, Tom McHugh, Jules Stevens, David Hart, Fred Ridgeway, Jo Kloska, Richy Riddell, Natasha James, Jack McNamara, Jane Boston, Alex Odell, Dan Ings y Ben McLeish.

Si queda alguien que se considera en buena parte responsable de que yo me haya decidido a escribir esto que tanta satisfacción me ha proporcionado, y a quien no he mencionado aquí, seguro que tiene toda la razón, así que le ofrezco mis más sinceras disculpas.

Notas

[*] Waterway: literalmente, vía fluvial. *(N. de la T.)*

[*] En el original, *twitchy*, que significa «nervioso, inquieto». *Twitcher*, por otro lado, es un término empleado en inglés para referirse a los aficionados a los pájaros cuyo objetivo es avistar el máximo número posible de aves. (*N. de la T.*)

Título de la edición original: The Watcher

Edición en formato digital: septiembre de 2017

© 2016 por Ross Armstrong

© de la traducción, 2017 por Montse Triviño González

© de esta edición, 2017 por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore

Calle de la Torre, 28, bajos, 1ª, Barcelona 08006 (España)

www.duomoediciones.com

ISBN: 978-84-17128-09-8

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.L.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos

Table of Contents

Escondida
7 días antes de que ocurra
Primera parte: La mirada
    42 días antes de que ocurra
    35 días antes de que ocurra
    33 días antes de que ocurra
    30 días antes de que ocurra
Segunda parte: La noche. Y el día que siguió
    20 días antes de que ocurra.
    19 días antes de que ocurra.
De vuelta a la noche de ayer
    20 días antes de que ocurra.
    19 días antes de que ocurra. 14:30
    20 días antes de que ocurra.
    Noche. 0:30
    De noche. 03:00
    19 días antes de que ocurra. 17:32
Tercera parte: La mujer del edificio Canadá
    18 días antes de que ocurra. 10:00
    16 días antes de que ocurra.
Cuarta parte: Una especie nueva
    15 días antes de que ocurra. 02:02
    15 días antes de que ocurra. 02:32
    15 días antes de que ocurra.
    15 días antes de que ocurra.
    14 días antes de que ocurra. 19:00
Quinta parte: Pajareando
    13 días antes de que ocurra. 08:30
    12 días antes de que ocurra. 16:00
    9 días antes de que ocurra
Sexta parte: Escondida en casa
    Día 1: en resumen, no tengo nada
    Día 2: Piso 11. Cortina subida. Vincent
    Día 3: Piso 4. Alfred.

- Día 4: bloqueo total
- Día 5: las manos de Jonny
- Hoy
- 9 días antes de que ocurra.
- 8 días antes que ocurra.
- 7 días antes de que ocurra.
- 7 días antes de que ocurra. Ahí fuera

Séptima parte: En el punto de mira

- 6 días antes de que ocurra.
- 6 días antes de que ocurra. Por la tarde
- 6 días antes de que ocurra.
- 5 días antes de que ocurra
- 4 días antes de que ocurra
- 2 días antes de que ocurra
- 1 día antes de que ocurra
- 1 día antes de que ocurra. 14:00
- El día en que ocurre

Octava parte: La mujer del cuarto

- El día en que ocurre. Por la tarde
- El día en que ocurre. Por la noche
- El día en que ocurre.
- El día en que ocurre. Por la noche
- 28 de septiembre. 09:00

Novena parte: Tachando de la lista

- 28 de septiembre. 12:00.
- 28 de septiembre. 12:45. Nathan
- 28 de septiembre. 13:10. Sandra
- 28 de septiembre. 13:40. Thompson
- 28 de septiembre. 15:00. Mi salvador
- 28 de septiembre. 15:30
- 28 de septiembre. Por la tarde. 18:30

Décima parte: Las rarezas de Hastings

- 28 de septiembre. 19:15
- 28 de septiembre. 20:55
- 29 de septiembre. De madrugada
- 29 de septiembre. 06:35

29 de septiembre. 06:45
29 de septiembre. 06:55
29 de septiembre. 07:35. Amanecer
Undécima parte: Lista personal
1 de diciembre
Agradecimientos
Notas
Créditos